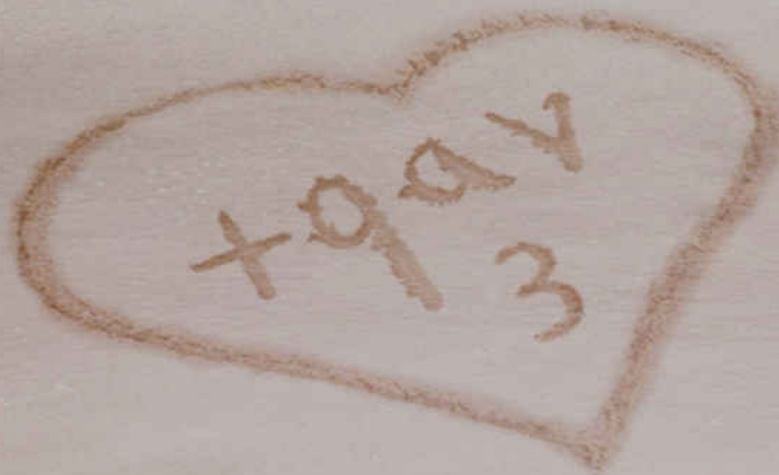


M. N. Mera

Una familia diferente



+qav3

Una familia diferente

M.N.Mera

Este libro está dedicado a vosotras, las lectoras que me pedisteis una tercera parte de la bilogía +qav, cuando en realidad no tenía pensado escribirla. Teníais razón, esta saga estaba inacabada y debía convertirse en una trilogía.

Esto es tan obra vuestra como mía.

María N. Mera

No encontraré jamás un amor que lacere,
que rompa esquemas como el que tú me das.

No pretendo olvidar esos besos,
las caricias...los momentos que siempre me deberás.

Ni encontrar a nadie que encaje como tú
en el lugar donde reside mi palpitar;
no buscaré lo que no pueda hallar.

Y tú lo sabes.

Y tú te vas.

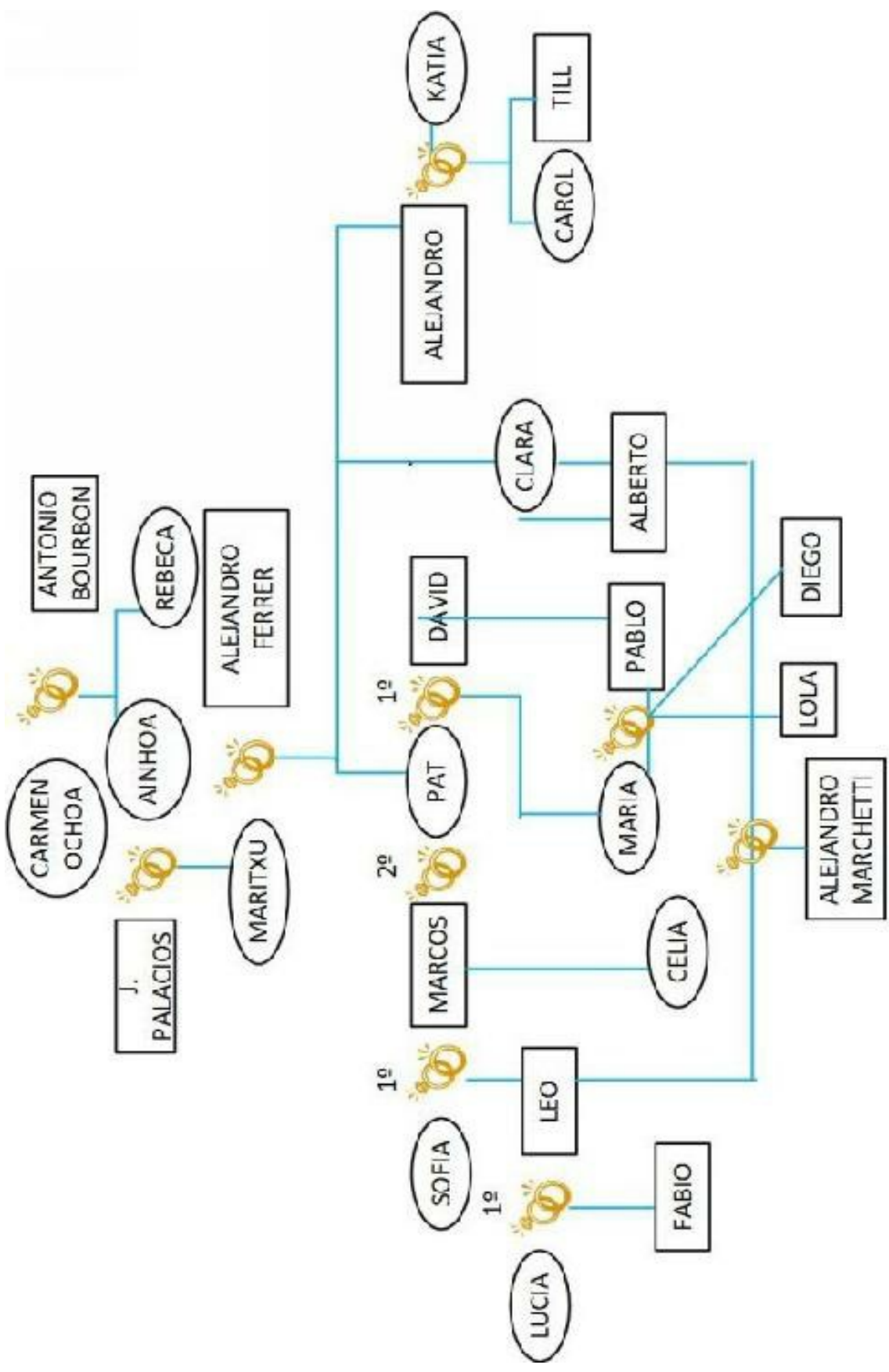
Marcos Nieto Pallarés

Escritor

INDICE

1. Una pequeña mentirijilla
2. La primera visión de Lola
3. Por lo menos tenía un objetivo
4. Martes. En estos momentos me alegro de que estés aquí
 5. Miércoles. Los primeros interrogatorios
 6. Jueves por la mañana. Por fin una pista
 7. Jueves por la noche. Esperando poder volver a enamorarla.
 8. Sábado. Una cita peligrosa
9. Domingo por la mañana. Asuntos de familia
10. Domingo por la tarde. Suite nº 1 de Bach
11. Lunes. Un interrogatorio diferente
 12. Al otro lado del Atlántico
 13. Desenlaces

AGRADECIMIENTOS



1. Una pequeña mentirijilla

*UNOS DÍAS ANTES DE NOCHEBUENA. Finca “Los Olivos”,
Mora. Toledo*

María

Estaba en el despacho de Pablo, intentado solventar algunos temas de papeles de la funeraria (aquello era lo más ingrato de mi trabajo, odiaba los papeleos, a mí lo que me gustaba era preparar cadáveres y reconfortar a las familias), cuando la voz de Lola me sobresaltó.

—Mamá..., he tenido un sueño.

Mi hija era tan sigilosa que a veces ni yo misma la sentía; además de su padre, era de las pocas personas que lograban asustarme. Miré el reloj, las diez de la noche.

—Si tan solo llevas dormida media hora.

—Lo sé, pero tengo que contártelo, es importante.

—¿Ha sido un sueño de los buenos o de los malos? —A juzgar por la expresión de su rostro, no debía haber sido un sueño demasiado malo, al menos no como el que había tenido en verano.

—De los buenos..., aunque creo que en realidad no se convertirá en realidad a menos que tú y yo intervengamos.

Cada día que pasaba, el don de mi hija me asombraba más y más.

—¿A qué te refieres, cariño?

—¿Es malo mentir? Me refiero a..., ya sé que es malo mentir, pero ¿y si es para hacer el bien?

Seguía muy confusa.

—¿Puedes darme más detalles?

—¿Y si, por contar una mentirijilla y hacer un poco de teatro, dos personas que se aman pero que son tan estúpidas y orgullosas que no son capaces de dar su brazo a torcer, vuelven a reencontrarse?

—No sé por qué, pero creo que sé de quién estás hablando... — repuse pensativa—, ¿y se te ha ocurrido cómo hacerlo?

Lola sonrió con picardía.

—Por supuesto, mamá, pero tienes que hacer tú el primer movimiento.

—Cuenta conmigo, lo estoy deseando.

2. La primera visión de Lola

*SEIS MESES ANTES. Un viernes de Julio. Finca “Los Olivos”,
Mora, Toledo*

María

De pie en el porche que daba a poniente, contemplaba absorta cómo Pablo jugaba con los niños entre los olivos. Siempre supe que sería un gran padre y no me equivoqué. Sin embargo, estuve a punto de equivocarme en el nombre de mi hija. Por supuesto, su nombre, por herencia y por sentimiento, debía ser Patricia, como mi difunta madre, pero quién me iba a decir a mí que, por esa razón, mi madre se aparecería en sueños por primera vez desde que murió, justo la noche antes de dar a luz. Me susurró al oído que no debía llamarla como ella, su nieta debía nacer con una energía completamente nueva, limpia, pura, sin ningún tipo de conexión con el pasado, sin relación alguna con sus ancestros. Es por ello que le pusimos Lola, un nombre con personalidad, fuerte, español, además de sencillo y natural, y que creía que sería un nombre nuevo en el árbol genealógico de la familia (aunque tampoco podía saberlo con absoluta seguridad). La única razón para creer que había acertado, era que mi madre no había vuelto a visitarme en sueños. Quizá debí equivocarme de nuevo con el nombre para poder seguir recibiendo sus visitas, me había encantado reencontrarme con ella, aunque fuera en sueños.

De pronto, sentí un pinchazo en el estómago que hizo que me encogiera a causa del dolor. Tal vez solté un quejido, puesto que al segundo Pablo estaba junto a mí agarrándome por la cintura.

—¿Estás bien? —preguntó asustado.

—Sí, tan solo ha sido un pinchazo, estoy bien, no te preocupes.

Sin embargo, las voces de los niños se hicieron lejanas y las imágenes cada vez más borrosas; en cierto momento se hizo el silencio, podía ver cómo los labios de Pablo se movían, incluso sentí cómo Lola y Diego se habían acercado. Pero yo ya no estaba con ellos, estaba en aquel lugar al que no muchos tenían acceso. Apareció frente a mí la imagen de alguien muy conocido y apreciado, la imagen de Fabio me dedicaba una mirada triste y perdida sin dejar de observarme en silencio.

—*Fabio, ¿qué sucede?*

De su boca no salió ni una sola palabra y aquello me resultó extraño, siempre que tenía una visión (obviamente aquello era una visión premonitoria), la otra persona respondía a mis preguntas, me aclaraba lo que iba a suceder; a veces era el rostro de otra persona la que me contaba algo importante sobre alguien de mi familia, incluso en ocasiones eran rostros desconocidos, pero siempre, absolutamente siempre, se comunicaban conmigo.

—*Fabio, tengo que saber lo que tienes que decirme. Adelante, no tengas miedo. Estoy para ayudarte.*

Fabio me observaba impertérrito, clavándome aquella mirada vacía de sentimientos, fría y distante; sin embargo, no parecía querer comunicarse conmigo.

Por lo visto, la situación continuaba igual que en los últimos meses, mis visiones se habían vuelto silenciosas y ya no me aportaban más que confusión, dejándome en un estado de angustia que no lograba quitarme. ¿Por qué? ¿Qué estaba sucediendo? ¿Mi don había decidido no seguir ayudándome? O mejor dicho, ¿mi don me había abandonado?

—¡María! ¿María? ¿Estás bien?

—¿Qué le pasa, papi? —preguntó Diego.

—No lo sé, seguramente sea a causa del calor.

—Papá... ¿no deberíamos llamar a un médico? —insistió Diego.

—Creo que la estamos recuperando... ¿María? ¿Me oyes?

Abrí los ojos cuando aquella visión se esfumó, estaba tumbada sobre el sofá del porche, donde supuse me había colocado Pablo que, junto con mi hijo Diego, me miraban consternados. Sin embargo, Lola no parecía en absoluto preocupada.

—Sí, estoy bien, tan solo ha sido una visión —repuse incorporándome.

—No, María, esto no ha sido solo una visión..., —me temía que se avecinaba una reprimenda cargada de preocupación médica—. Niños... ¿por qué no vais a buscar a la tía Aurora? Pedidle que os ponga una película. Hace demasiado calor para que estéis jugando fuera.

—¿Mamá, seguro que estás bien? —preguntó Diego preocupado.

—Oh, sí, estoy muy bien, vete con Lola y haced lo que os ha pedido papá. Enseguida os acompañaré, ¿de acuerdo?

Diego, el responsable de la pareja, tomó la mano de Lola y la empujó hacia el interior de la casa. Lola, que no solía ser dócil, para mi sorpresa se dejó llevar, pero no sin antes clavarme una mirada un tanto extraña.

—¿Qué está pasando? ¿Me ocultas algo?

—Yo..., verás, he tenido una visión sobre Fabio.

—¿Una visión? Vamos, María, ambos sabemos que una visión no te hace desmayarte. Es la primera vez que te sucede.

—Bueno..., tal vez no tenga nada que ver con la visión. Es posible que...

—¿Qué? —espetó impacientándose.

—Verás..., Pablo, estoy embarazada.

—¿Hablas en serio? —Pablo se puso de pie asombrado y visiblemente emocionado por la noticia—, no es posible..., durante todos estos años hemos intentado tener otro hijo sin resultado alguno. ¿Estás segura? —parecía querer que se lo asegurara como si no quisiera hacerse falsas ilusiones.

—Los niños llegan cuando tienen que llegar. Supongo que ahora es su momento.

—Oh, y ¿de cuánto estás? ¿De unas horas? ¿Desde esta noche cuando te he despertado en mitad de la noche?

Pablo ya sabía que era capaz de visualizar si estaba embarazada desde el preciso instante de la concepción.

—No, esta vez estoy de algo más. Estoy de dos meses y medio.

Pablo cambió su mirada pícaro de hacía un instante por una recriminatoria con razón, haciéndome sentir inmensamente culpable por no habérselo contado antes.

—¿Cómo no me lo habías dicho? Sabes que lo deseaba muchísimo.

—Lo siento, no quise agobiarte con todo el trabajo que tenías, ese viaje a Italia para presentar el aceite del olivar a ese concurso tan importante de Roma. El mejor extra *vergine* mediterráneo, y conseguiste quedar en una buenísima posición. —Debería saber que, con mis alabanzas, no iba a solucionar nada—. No quería distraerte. Pensaba decírtelo estos días que

estamos de vacaciones.

—¡A veces no te entiendo, María! —Pablo se puso a caminar por el porche, lo que indicaba su estado de ánimo; por lo visto no era un simple enfado, eso iba a traer consecuencias—. Me despiertas miles de veces por las noches para contarme sueños que tienes sobre otras personas; sobre tu familia, sobre Alberto, sobre Teresa la novia de tu padre, mi hermana Aurora... ¿y no me cuentas que voy a ser padre?

Se sentó apesadumbrado sobre la silla más alejada de mí, y se pasó las manos por su pelo negro y rizado.

—María..., Dios, María, esto debería ser una gran noticia, y lo es, te lo prometo, pero saber que llevas ocultándome esto casi tres meses..., no lo acabo de entender.

Me levanté ignorando aquel ligero mareo que amenazó con tirarme al suelo y caminé hacia él.

—Lo siento, Pablo; por favor, no te enfades, no sabría explicarte por qué te lo oculté, en realidad no es que te lo ocultara, tan solo no te lo dije.

Pablo levantó la cabeza y puso los ojos en blanco ante mi desacertado comentario.

—Bueno... ¿y qué es? ¿Niño o niña?

«Oh, no, no me hagas esa pregunta», prensé. Una cosa era que yo sospechara que algo extraño sucedía pero, por alguna razón, no quería que nadie descubriera mis temores, ni siquiera Pablo.

—¿No irás a decirme que son mellizos otra vez?

En otra situación, aquello me hubiera hecho reír.

—No lo sé —repuse abatida.

Pablo me miró estupefacto.

—¿No lo sabes? ¿No sabes el sexo? Aquí está sucediendo algo extraño, tú sueles saberlo todo.

—Yo..., llevo unos meses muy extraños, no sé nada sobre nuestro bebé, nada en absoluto, y...

—¿Sí?

—Mis visiones no son iguales que antes. No veo las cosas igual de precisas, como si...

Me miró intrigado.

—Como si mi don estuviera desapareciendo.

—¡Oh, vamos! Eso no es posible, tú y tu don sois uno, sois intrínsecos, no existiríais él uno sin el otro.

Tragué saliva antes de dejarme caer sobre la silla que estaba junto a él.

—Tengo miedo, Pablo.

Aquel comentario le hizo cambiar de expresión, tal vez se hubiera olvidado momentáneamente de lo enfadado que estaba conmigo.

—Oh, vamos, mi amor... —me rodeó con su brazo—, no dejaré que tu don te abandone, ¿entiendes?

—Me siento extraña.

—Ahora en serio, María, quizá algo no va bien, me refiero a..., que tal vez debamos ir al médico y que te reconozcan. Sé que no te gustan los médicos, pero a lo mejor estás extraña porque algo no va bien internamente.

—No, estoy bien.

—¡María! Escúchame, deja de lado tu odio a los médicos, acabas de desmayarte delante de mis narices y eso sí que me da miedo, tienes que hacerlo, aunque sea por mí, por tus hijos... ¿Qué tal si vamos al Escorial a hacerle una visita a tu familia y te reconoce Teresa, o incluso Celia? Ya es a efectos prácticos una matrona.

—Lo pensaré, te lo prometo, pero ahora debo ocuparme de Fabio.

—¿De Fabio?

—Sí, he tenido una visión sobre él, aunque no era nada clara. No sé lo que sucede, pero algo sucede.

—Mamá... —Lola había aparecido de pronto detrás de nosotros haciendo que ambos diéramos un respingo, no acabábamos de acostumbrarnos a lo sigilosa que era nuestra hija—. Mamá..., tienes que hacer que Fabio vuelva a casa.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? ¿Has tenido una visión sobre él?

—Haz que vuelva —repitió para después girarse y salir corriendo hacia el interior de la casa.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Pablo confundido.

—Es tranquilizador saber que lo que yo estoy perdiendo, mi hija lo está ganando. Es la primera vez que tiene una visión.

—O tal vez sea la primera vez que nos lo cuenta.

—De cualquier modo, ya sé lo que tengo que hacer.

—¿Y cómo se supone que vas a hacer que vuelva Fabio? Lleva muchos años viviendo en San Francisco, es un afamado fotógrafo que no tiene tiempo ni para tomarse unas vacaciones, o al menos tan solo lo hemos visto en dos ocasiones en los últimos siete años. Tus hijos apenas lo conocen,

me sorprende incluso que Lola lo haya visto y reconocido.

—Creo que se me acaba de ocurrir la manera de que venga a España, aunque tan solo sea de vacaciones.

—¿Cómo?

Viernes, San Francisco. Estudio de fotografía F. Marchetti

Fabio

—Repitamos esta toma... —Al ver la cara de desesperación de ambos modelos, cambié de táctica—; sé que podéis hacerlo mejor, cabe la posibilidad de que la revista Vogue seleccione esta foto para su portada...., no digo que sea seguro, pero podría ser. ¿No merece la pena un poco más de esfuerzo?

Ambos modelos asintieron y volvieron a situarse en la postura que había ideado para ellos.

—Eso es..., Mike, rodéala por la cintura, pero acércate de lado de modo que se vea la marca del calzoncillo, bésala en el cuello. Victorie, que tu rostro exprese lo que te hacen sentir esas manos acariciándote, ese suave beso en el cuello, uno de los rincones más sensibles de la mujer, llevas soñando con este momento mucho tiempo y por fin lo has conseguido, te sientes plena ...

Y mientras pronunciaba aquellas palabras la imagen de Celia se aparecía, daba igual el paso del tiempo, aquello lo llevaba marcado a fuego en mi corazón.

—¡Fabio! —La voz de Mario, mi ayudante, me sobresaltó—. Tienes

una llamada.

—Sea quien sea, dile que le llamaré más tarde.

—Insiste en hablar contigo, ahora.

—Una más, otra —dije accionando el disparador al mismo tiempo que ignoraba a Mario—, lo estáis haciendo muy bien chicos, parece que lo de *Vogue* os ha hecho ser más teatrales.

—No ha sido lo de *Vogue*, tus palabras nos han inspirado... —repuso Victorie con su singular acento francés.

—Fabio, ¿qué le digo? No creo que me la pueda quitar de encima — insistió mi ayudante.

—Pero... ¿quién demonios es? —pregunté molesto. Mario sabía que no debía molestarme cuando estaba en una sesión de fotos.

—Ella dice que es tu tía María, llama desde España.

Aquello me descolocó de tal modo que bajé la cámara de fotos para mirar a Mario, mientras intentaba averiguar si en alguna ocasión le había dado el teléfono del estudio a alguien de la familia, para acabar decidiendo que ninguno de ellos lo tenía, tan solo el de mi apartamento, y obviamente el del móvil. De pronto eso dejó de ser lo más importante, si llamaba con tanta urgencia, tan solo podía significar que algo horrible había sucedido. ¡Celia!

—Toma la cámara, Mario —se la tendí—, sigue disparando fotos.

—¿Yo? —preguntó perplejo.

—Sí, tú, seguro que sabes hacer una foto, confío en ti —dije esto último antes de abandonar la sala. Me vi corriendo por el pasillo hasta llegar sin aliento a mi despacho, aquel despacho frío pero con unas magníficas vistas de aquella ciudad. Cogí el teléfono con manos temblorosas.

—¿María?

—¡Fabio! Perdona que te moleste, sé que estás muy ocupado, pero no respondías al móvil y no quería tener que esperar hasta las tantas de la madrugada para poder llamarte a casa. Ya sabes..., la diferencia horaria.

—María... ¿ha sucedido algo? ¿Estáis todos bien?

¿Está Celia bien? —pensé para mis adentros.

—Sí, sí, estamos todos bien, no te asustes.

Me senté sobre la silla respirando, ahora sí, con normalidad.

—Verás..., hemos pensado en hacer una celebración por todo lo alto para el sesenta y cinco cumpleaños de Marcos.

—Pero..., para eso todavía faltan algunos meses.

—Por eso no se lo esperará; si lo organizamos cuando sea su cumple, no será tan sorprendente. Pero la verdadera razón para hacerlo ahora es que estamos en verano, la única época del año en la que podemos estar todos juntos.

—Que yo sepa vivís todos cerca, siempre que podéis os juntáis, vamos..., que siempre estáis juntos, nadie vive fuera, excepto yo.

—¡Exacto!, aquí es donde entras tú..., si queremos de verdad hacer algo especial y único, tienes que estar tú.

—¿Yo? Pero...

—Ya lo sé, tienes mucho trabajo. ¿Es que la gente allí no tiene vacaciones? Vamos, Fabio, hace siglos que no te vemos, tan solo has venido un par de veces desde que te fuiste.

María tenía toda la razón. En siete años tan solo los había visitado en

dos ocasiones, la primera vez a pasar fin de año, y la segunda a pasar unos días en verano. Celia se las había ingeniado en ambas ocasiones para desaparecer, no la veía desde que tenía diecisiete años.

—¿Cuándo tienes pensado montar esa fiesta tan especial?

—¿Fiesta? Yo lo llamaría más bien reunión familiar, aquí, en nuestra finca, vamos, un fin de semana largo todos juntos. Pues..., mi idea era hacerlo el fin de semana que viene. Te doy casi una semana para que te organices.

—Imposible, María, no puedo, tengo compromisos ineludibles.

—Fabio..., Celia también vendrá, no faltaría al cumpleaños de su padre.

¿A qué venía ese comentario? ¿Pensaba que aquello haría que me decidiera? Permanecí unos instantes en silencio sopesando esa posibilidad, pero no, ya era demasiado tarde para eso, yo tenía mi vida y ella seguramente la suya.

—No puedo, María. Lo siento, gracias por llamar.

—Ni se te ocurra colgarme.

Lo hice aun sabiendo que se enfadaría conmigo; después, para rematar, dejé el teléfono descolgado por si intentaba llamar de nuevo, y allí me quedé durante lo que me pareció media hora, hasta que apareció Mario por la puerta.

—Jefe...

—Te he dicho miles de veces que no me llames así.

—Está bien, Fabio..., te traigo las fotos para que me digas cuáles eliges para mandarlas a Vogue.

—Todavía puedo seguir haciéndoles fotos.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A los modelos.

Mario carraspeó.

—Jefe..., digo, Fabio, los modelos se fueron hace una hora.

—¿Una hora? Eso es imposible, si tan solo me he ausentado media hora.

Aquella mirada...

—Más bien ha pasado una hora y media. Yo les he sacado algunas fotos, por si quieres echarles un vistazo.

—Una hora y media... —repetí preocupado más que incrédulo. ¿Llevaba todo ese tiempo dándole vueltas a la conversación con María? Lo más probable era que mi mente hubiera regresado al pasado. No podía seguir así.

—¿Te encuentras bien?

—Creo que no. Mario..., ha llegado tu oportunidad, elige tú las fotos, yo tengo que irme.

—¿Irte? No sé si estoy preparado para esto.

—Oh, claro que lo estás, hemos hecho esto más veces, y sabes cuál es el estilo de esa revista. Lo harás bien.

—¿No puedo mandarte las que elija para tener tu visto bueno?

—No. Lo harás bien, deja de preocuparte. Siempre me gustan tus elecciones —dije al tiempo que recogía mi móvil y las llaves de casa—. Hasta el lunes, que pases un buen fin de semana.

Me marché dejando a mi asistente al borde de un ataque de nervios esperando que pronto comenzara a tener más confianza en sí mismo. Media hora después, me encontraba en la terraza de mi pequeño apartamento disfrutando de aquellas magníficas vistas de la playa de *Ocean Beach*. Observar el mar siempre me había resultado algo hipnótico consiguiendo que cualquier problema o decisión que tuviera que tomar adquiriera una proporción más pequeña. Sin embargo, la repentina llegada de Sarah me sacó de mi ensimismamiento e hizo que mi mente volviera de nuevo a la conversación con María.

—¿Cómo es que has llegado tan temprano? —Era lógico que se sorprendiera de verme, no solía llegar nunca tan temprano, ni siquiera los viernes.

—Oh, pues..., me apetecía tomarme el resto del día libre. ¿No tienes clase?

—Sí, tengo que marcharme dentro de un momento, pero..., ya que te tengo aquí, me gustaría hablar contigo.

—Te escucho — ¿a qué venían tantas formalidades?

—Mejor siéntate. ¿Quieres una cerveza?

—No, quiero que me digas lo que tienes que decirme —aquella frase “quiero hablar contigo” me daba mala espina.

Se mordió el labio antes de sentarse sobre el sofá. El hecho de que no le resultara fácil arrancar, tan solo podía significar que era algo muy serio, ella solía ir directa al grano y no andarse por las ramas.

Sarah siempre había sido una mujer realista, dura, de esas mujeres que no se comen demasiado la cabeza, independiente, centrada en su trabajo igual que yo. Para ambos nuestra pasión por nuestras respectivas profesiones era lo

más importante. Ella era copropietaria de un gimnasio de lujo donde daba diariamente clases de zumba, kickboxing y cosas todavía aún más raras de las que jamás había oído hablar. En cuanto a mí, hacía unos años que me había independizado como fotógrafo y recibía tantos trabajos de revistas y empresas importantes que mi jornada laboral apenas me permitía mucha vida personal. Me trasladé a esa ciudad como fotógrafo de una multinacional de lencería y, sin duda alguna, aquello jamás lo olvidarían mis clientes, ya que ese tipo de trabajo era el más habitual, sin embargo poco a poco iba consiguiendo otros encargos diferentes y que me permitían ampliar mis dotes como fotógrafo.

—Sarah...

—Sí, perdona, es que no sé cómo decirte esto.

—¡Dispara!

—Creo que estoy embarazada.

No sería extraño que se me hubiera desencajado la mandíbula. ¿De qué demonios estaba hablando?

—No me mires así, yo también estoy asombrada.

—Pero..., pero..., eso no es posible, siempre usamos...

—Te recuerdo que en la fiesta de *Vanity fair*, nos escabullimos al jardín y...

—¡Oh, mierda!, sí, lo recuerdo. No puedo creer que tengamos tan mala suerte.

Sarah me dedicó una mirada asesina. En nuestro esquema de relación, bastante independiente y nada emocional, fallaba un detalle que olvidaba fácilmente; Sarah era más mayor que yo, tal vez su instinto maternal había

hecho acto de presencia cuando mi instinto paternal estaba hibernando en modo permanente.

—¡Perdona, pero no creo que sea tan horrible tener un hijo juntos! — exclamó visiblemente molesta.

—¡Tan solo tengo veintisiete años! Yo no me veo con un niño con el ritmo de vida que tenemos. ¡Es imposible! —me levanté y comencé a dar vueltas por la terraza, ni siquiera en aquel momento el mar podría hacerme olvidar sus palabras.

—Tampoco estaba en mis planes pero..., empiezo a hacerme a la idea.

¿Hacerse a la idea? Oh, Dios mío, necesitaba salir de mi casa, irme muy lejos...

—Sarah..., yo también quería hablar contigo —de pronto vi la luz, gracias María, gracias por tu llamada.

—Pues no me has dicho nada cuando he llegado —me miró recelosa.

—Bueno, verás... estaba dándole vueltas precisamente cuando has llegado. He recibido una llamada de mi tía, me temo que tengo que ir a España, hay una celebración familiar importante y cuentan conmigo.

—¿Cuándo?

Pensé en la necesidad imperiosa de alejarme de Sarah y de aquella terrible noticia que acababa de darme. No podría permanecer una semana allí con ella pendiente de mis reacciones. Necesitaba alejarme, pensar, aclarar mis ideas de una vez por todas. Ni siquiera me había planteado si aquella era la vida que quería seguir viviendo. ¿Era feliz? Una pregunta básica que debería tener una respuesta igual de sencilla. Pues no la tenía.

—En unos días.

—Me gustaría acompañarte.

¿Qué? Aquello no estaba previsto, necesitaba alejarme de todo, de mi vida en general, pero sobre todo, de ella en particular.

—Creo que sería buena idea conocer a tu familia —añadió haciendo que de pronto palidciera.

—No creo que sea buena idea, mi familia es..., muy diferente, no creo que sea un buen momento.

—¿Te avergüenzas de mí?

—No, claro que no..., es solo que... —¿Cómo salía de aquello? —, no creo que sea el momento, de verdad; además, si encuentro un billete para hoy mismo, o incluso para mañana, lo tomaré.

—Ya veo —se levantó visiblemente enfadada—, entiendo el mensaje, Fabio; siempre he pensado que eras un hombre egoísta, poco sensible, poco romántico, y de verdad que no me ha importado, hasta ahora, cuando llega un momento importante de nuestras vidas. En este momento no necesito a un hombre egoísta que se asusta de los compromisos. Sé que te sorprende este cambio de actitud en mí, pero..., no te estoy hablando de decidir sobre un viaje, te estoy hablando de formar una familia.

Ya no se trataba solamente de la palidez de mi piel, comenzaba a sentirme realmente mareado.

—Fabio..., tengo que dar una clase de TRX, dejaré que lo medites, y luego hablamos —se levantó para desaparecer de mi vista dejándome en estado de shock.

Sarah tenía razón, me había convertido en un hombre sumamente

egoísta. Pero era así. ¿Qué se le iba a hacer? Ella sabía cómo era, se lo avisé cuando comenzamos a vernos, le expliqué que lo del amor no era para mí, que yo prefería tener una relación sencilla, casi de amistad, compartir las cosas del día a día, y por supuesto el sexo era importante, y tenía que reconocer que Sarah era una fiera en la cama, en ese aspecto siempre había estado más que satisfecho. Pero amor..., aquella palabra la había borrado de mi mente hacía años. Dolía demasiado amar a alguien, demasiado, y no pensaba volver a hacerlo nunca más.

Aun sabiendo que aquello me acarrearía problemas, media hora después me había sacado el billete para esa misma noche y había dejado una nota a Sarah sobre la encimera de la cocina: *he encontrado un billete baratísimo para esta noche, te llamaré en cuanto aterrice en España. Lo siento. Fabio.* De camino al aeropuerto llamaría a Mario para explicarle que, durante un par de semanas, tendría que valerse por sí mismo. Tenía más de veinticuatro horas para llegar a Madrid (aquel vuelo no solo era la peor opción por las numerosas escalas que tenía, sino que me había costado una millonada, pero era el primero que me llevaría lejos de aquella noticia), tiempo de sobra para pensar y decidir qué quería de la vida.

Durante el vuelo me dediqué a hacer balance de mi vida; llevaba siete años en América, había conseguido cierto prestigio como fotógrafo, además de muchos contactos, tenía una vida social de lo más intensa, una vida sexual bastante aceptable, pocos buenos amigos salvo por Mario, aunque no podía olvidar que tal vez fuera mi amigo porque yo le daba de comer, en definitiva, vivía para el trabajo y no tenía ninguna gana ni de casarme y mucho menos de formar una familia. Vamos, que estaba metido en un buen lío y, para colmo, aquellas interminables horas metido en diferentes aviones no me habían ayudado a contestar aquella simple pregunta, ¿esta era la vida que quería seguir viviendo?

Cuando aterricé el domingo casi a las ocho de la mañana en el aeropuerto de barajas (lo de Adolfo Suarez no acababa de entrarme en la sesera), lo único que tenía claro eran dos cosas; uno, Sarah debía odiarme a esas alturas (yo me odiaría si hubiera estado en su lugar), y dos, la idea de volver a ver a Celia me aterraba.

3. Por lo menos tenía un objetivo

Domingo. Finca “Los Olivos”, Mora, Toledo

Fabio

Cuando entré por el camino de tierra de la finca de María y Pablo, no pude evitar sentirme como un extraño. Era la segunda vez que venía a esta finca, y de eso hacía unos cuantos años. No había tenido el valor de ir directamente a visitar a mi padre y a Clara al Escorial, todavía no estaba preparado para encontrarme con ella, primero debía averiguar en qué situación se encontraba y esperaba que María pudiera ponerme al día de la situación familiar.

A pesar de lo temprano que era, el calor amenazaba con ser insoportable, pero qué esperaba, aquello era Toledo, una de las provincias más calurosas de España. En cuanto cerré el coche de alquiler dejando la maleta por el momento dentro (no tenía ni la menor idea de qué me depararía aquella primera visita), María apareció junto a la fachada de la casa, como si supiera que iba a llegar en ese momento cuando en realidad ni siquiera la había avisado de mi repentino viaje. Lo más seguro es que supiera que iba a venir incluso antes que yo mismo, así era aquella mujer tan especial y tan hermosa que me dedicó una sonrisa resplandeciente. Si supiera que Sarah tenía casi la misma edad que ella. Estaba magnífica con un par de kilos más. Pablo era un hombre con suerte, aunque no debía ser fácil vivir con alguien con un don como el suyo.

—Oh, Fabio... —María se abrazó a mí y aspiré ese aroma a almendra que despedía su pelo mientras la atrapaba entre mis brazos—, te echaba tanto de menos. Gracias por venir.

No había sido consciente de cuánto había echado de menos a mi familia hasta ese instante en que disfruté de aquel abrazo maternal; a pesar de que tan solo nos llevábamos cinco años, para mí María era más una madre que una tía.

De pronto, María se separó de mí y me miró un tanto seria.

—Mira que colgarme el teléfono...

Aquello me hizo reír.

—Lo siento, María, es que..., me pillaste en mal momento.

—En fin, lo importante es que has venido, incluso antes de lo que te pedí. ¿Qué te ha hecho venir con tanta urgencia?

—Bueno... —no quería contarle la verdadera razón que me había hecho huir como un cobarde de San Francisco—, encontré una oferta para esa misma noche.

—Supongo que tendrás hambre, te he preparado el desayuno.

La seguí hasta el porche que daba a poniente y que suponía era el lugar más fresco de la casa. Sobre la mesa, había todo tipo de viandas, como si fuera a dar de comer a un ejército.

—¡Cómo echaba de menos la comida española! Bizcocho casero, tostadas de tomate con aceite del olivar,..., oh, qué manjares.

María rio por mi comentario.

—No será todo esto para mí, ¿verdad? Tengo hambre, pero no estoy seguro de poder con tanta comida.

—También es para los niños. Supongo que casi no te acordarás de ellos...

—Los vi hace años, pero imagino que habrán crecido bastante desde entonces. ¿Dónde están?

—Jugando en la cabaña. Luego les aviso, tú empieza a desayunar y yo iré contestando a tus preguntas.

—¿Mis preguntas?

—Supongo que querrás saber cómo están las cosas en la familia...

Siempre olvidaba que María siempre sabía lo que necesitaba escuchar, de modo que asentí.

—Por nuestra parte pocos cambios, sigo trabajando en la funeraria y, aunque alguno de mis antiguos trabajadores se ha marchado, ya sabes lo duro que es este trabajo, por lo menos sigo contando con Dani. No sé qué haría sin él. Pablo sigue con su aceite y recibiendo cada vez más premios. Aurora y Joaquín se casaron hace unos años, pero los pobres no consiguen tener hijos y, bueno..., ella está bastante frustrada. Entiendo que no tengo que ponerte al día sobre tu padre, sé que habláis de vez en cuando.

Asentí. Era con el único que hablaba, aunque tan solo fuera tres veces al año, y siempre era él el que llamaba para ponerse al día de mi vida. Estaba al tanto de su vida laboral y del éxito que estaba teniendo con sus libros, y por supuesto también estaba al tanto de cómo le iba a su mujer, Clara, y a mi hermano Alejandro. En cuanto a Celia, estaba al tanto de su brillante carrera médica; en realidad parecía que, después de todo, nos parecíamos mucho, ambos le dábamos más importancia a nuestras profesiones que a nuestra vida personal, o al menos mi padre nunca me había mencionado que estuviera saliendo con alguien.

—Clara ha dejado el teatro, ahora se dedica a dar clases de danza a niños, y por lo visto le apasiona. Tu abuelo Marcos, como sabes, hace años

que se fue a vivir con Teresa, a la casa de al lado, después de todo pasaba las noches con ella, de modo que... ¿Qué sentido tenía vivir separados? Alberto sigue saliendo con Carlota, la hija de Teresa, de hecho se han ido a vivir juntos, lo que pasa es que discuten mucho, y cuando se enfadan, Alberto vuelve a casa. No estoy segura de dónde pasa más tiempo, si en nuestra casa o en el piso que comparte con ella. En fin..., ya sabes cómo son. Tu hermano Alejandro empieza la universidad este año, va a estudiar ingeniería, parece que tiene las mismas capacidades de Marcos.

María suspiró antes de continuar, ¿lo mejor para el final?

—En cuanto a Celia..., como sabes, terminó la carrera de enfermería, y desde entonces está sacándose el EIR, está haciendo prácticas de matrona en el hospital del Escorial. Es magnífica en su trabajo.

—Allí trabaja Teresa, ¿no?

—Sí, ya sabes que se llevan muy bien.

Esperaba que me contara algo sobre su vida personal, sin embargo María guardó silencio como si ya hubiera repasado a toda la familia.

—Y... ¿sigue viviendo en casa?

—Sí, pero Fabio..., no te voy a contar nada más sobre Celia, si quieres saber algo más, tendrás que descubrirlo por ti mismo.

Aquello no podía significar nada bueno. ¿Qué era eso que tenía que descubrir?

—María..., yo... ¿puedes decirme algo sobre mi futuro? ¿Dónde me ves viviendo? ¿En San Francisco? ¿Aquí? ¿Me ves formando una familia?

Necesitaba que la pitonisa de la familia me ayudara un poco, estaba tan confuso con todo...

—Fabio..., me temo que no lo sé

—¿Que no lo sabes? —exclamé asombrado—, tú siempre lo sabes todo.

—De verdad que esta vez no lo veo claro.

El rostro de María parecía abatido.

—Pero... ¿Cómo puede ser? Con tu don siempre...

—Fabio... —la voz profunda y masculina de Pablo me hizo girarme, acababa de aparecer de pronto detrás de mí—, te agradecería que no presionaras a María; apareces después de estar desaparecido durante años y, ¿crees que tienes derecho a que María te solucione tus problemas? Estás muy equivocado. Eres mayorcito para tomar tus propias decisiones. Ni se te ocurra presionarla. Sus visiones aparecen cuando tienen que aparecer.

La verdad es que no me esperaba aquella bienvenida. María me miraba con cara de ¿culpabilidad? No entendía lo que estaba sucediendo.

—Encantado de volver a verte, Pablo —repuse con ironía, levantándome de la mesa a pesar de no haber terminado de desayunar—, iré a dar una vuelta.

Me precipité por los campos de olivos dejándolos hablando en susurros. No entendía a qué había venido aquel comentario tan desagradable de Pablo. ¿Presionarla? Si tan solo le había preguntado. De todas formas, no podía enfadarme con Pablo, no debía olvidar que una vez me salvó la vida, cuando Alberto me dio aquella brutal paliza el día que descubrió que Celia y yo nos acostábamos.

«Celia, Celia, ¿qué es lo que tengo que descubrir sobre tu vida? María no me está ayudando nada», pensé.

Sin darme cuenta, a los pocos metros, me topé con una bonita y pequeña cabaña de madera, obviamente aquellas voces de niños eran las de Diego y Lola.

—Diego..., sienta a Fabio ahí, yo pondré a Celia aquí, frente a él.

—Lola, me aburro, ¿podemos jugar a la pelota? No me gusta jugar a las muñecas.

Paré en seco deseoso de observar aquel peculiar juego, tenía que reconocer que me intrigaba. ¿Celia? ¿Fabio? ¿De qué iba ese juego? Ambos estaban sentados a una mesa pequeña de plástico del tamaño perfecto para aquella cabaña; junto a Lola había otra silla donde reposaba una especie de Barbie con el pelo rubio (¿Celia?), y frente a ella había ¿un peluche en forma de León? (¿yo?). Me pregunté por qué razón yo sería un león en lugar de otro animal menos fiero.

—Solo un poco más y te prometo que luego jugaremos a la pelota. Aunque antes tenemos que desayunar.

—Vaaale. ¿Qué quieres que haga?

—Nada, tan solo coloca bien a Fabio, está torcido.

—Pero... ¿Qué están haciendo? Esto no es divertido.

—Están cenando, tienen mucho de qué hablar.

—Menudo rollo.

Decidí que era hora de entrar en acción, de modo que me incorporé y me acerqué a ellos intentando parecer natural, si es que eso era posible, al tener que arrastrarme de cuclillas para ponerme a su altura.

—Hola niños. ¿Me reconocéis? —ambos se giraron al escuchar mi voz; Diego visiblemente sorprendido y Lola con una sonrisa en la boca, como

si supiera que les había estado espiando.

—Eres Fabio —repuso Lola con seguridad—; Diego, este es nuestro ¿tío? ¿Qué eres realmente?

—Es una buena pregunta. Podemos ser lo que queramos. ¿Qué preferís? ¿Que sea vuestro tío, vuestro primo, un amigo de la familia...?

—Nuestro primo —contestó de nuevo Lola.

—Yo no te recuerdo —intervino Diego.

—He vuelto de América y, cuando te conocí, eras así de pequeño —hice un gesto de la altura que debía tener cuando les visité hacía cuatro años. Después centré la mirada en el juego que tenía frente a mí—; ¿a qué estáis jugando?

—Oh, verás, he pensado que lo mejor es que tengas una cena con la tía Celia. Supongo que tendréis muchas cosas de qué hablar.

—Sí, supones bien. ¿Y crees que a ella no le importará?

—Ella no va a querer, tendrás que convencerla, y ya te aviso que no va a ser nada fácil.

¡Vaya! Tendría que haber preguntado a la pequeña pitonisa de la familia si quería saber qué me deparaba mi futuro próximo. Por lo visto, iba a proponerle a Celia ir a cenar conmigo. ¿Hablaba en serio? Lo más probable es que Celia me partiera la cara nada más verme. La dejé de muy malas maneras, bueno, me dejó ella, pero yo se lo puse en bandeja aquella noche cuando pretendí haber tenido una aventura con una modelo, y después de eso desaparecí de su vida para siempre, me esfumé y me marché a San Francisco sin ni siquiera haberme disculpado. Por lo menos, gracias a una niña de siete años, tenía un objetivo que seguir, ya era algo más de lo que tenía antes de llegar.

De pronto, caí en la cuenta de que Diego había desaparecido, y al ir a preguntarle a Lola sobre ello, me asusté al ver aquel rostro infantil sufrir una metamorfosis; en ese instante, tenía la mirada perdida, estaba pálida y el rostro marcado por el ¿miedo? Un instante después comenzó a gritar haciendo que sintiera pánico. Miré a mi alrededor intentando descubrir qué le había asustado, pero estábamos solos, aun así no paraba de gritar completamente aterrada. No tenía ni la más remota idea de lo que estaba sucediendo. ¿Le dolería algo? ¿Le habría picado un escorpión? ¿Una abeja? La cogí en brazos y salí disparado hacia la casa. Sus padres sabrían qué hacer, yo no tenía ninguna experiencia con niños. Aquella visita estaba siendo un completo desastre, además, con todos y cada uno de los miembros de la familia; María se mostraba esquiva, Pablo se enfadaba conmigo, Diego había desaparecido como por arte de magia, y para colmo, había asustado a Lola tanto que no dejaba de gritar.

Me alegré de ver que Pablo y María venían corriendo a auxiliarme. Lola se tiró a los brazos de su padre y los tres desaparecieron dentro de la casa. Entonces recordé que Diego debía de estar en el olivar, de modo que caminé ansioso en su busca. Por lo menos, Lola había dejado de gritar y aquello era un alivio. ¡Dios, me sentía tan inútil y fuera de lugar! ¿Por qué razón no me habría quedado en mi ámbito de control? En mi casa, junto a Sarah, allí podía controlar más o menos mi existencia. En España, era todo demasiado caótico, demasiado subjetivo, demasiado indeterminado.

Cuando alcancé la cabaña no había ni rastro de Diego. Él había comentado que quería jugar a la pelota, pero ¿dónde habría ido? Desconocía dónde se encontraban los lugares de juego. Vagué por el olivar desesperándome más y más todavía y aquello hizo que (por si acaso había tenido alguna duda) me diera cuenta de que definitivamente no estaba preparado para tener hijos. No podía ni siquiera encontrar a un niño de siete

años. Después de un rato, mis pasos me llevaron de nuevo a la casa, debía avisar a sus padres sobre la desaparición de Diego. Por suerte, me topé con María, que salía justo en ese instante al porche.

—¡María! No encuentro a Diego por ningún lado. ¿Está dentro de casa?

—No, justo iba a buscarlo. No te preocupes, creo que sé dónde está. Sígueme.

Me sentí aliviado al escuchar sus palabras, si ella no estaba nerviosa, ¿por qué yo sentía que era el responsable de todo lo que estaba sucediendo?

—¿Qué tal está Lola? Yo..., no sé lo que ha pasado, de pronto se ha puesto a gritar.

—Oh, no ha sido más que una visión.

—¿Una visión?

—Sí, comenzó el otro día a tener sus primeras visiones. Está confusa, pero esta vez no quiere contarme lo que ha visto. Ha debido ser algo horrible para que le afecte de ese modo.

—Oh,... ¿tú también comenzaste a tener visiones a su edad?

—Sí, más o menos, cuando eres muy pequeño por suerte no ves nada extraño, salvo un sexto sentido que te hace saber algunas cosas, pero no tienes visiones hasta que eres más mayor. Es un poco complicado al principio, ves cosas que no entiendes. Le llevará un tiempo habituarse a ellas.

—Quizá deberías ir con ella, dime dónde buscar a Diego y yo lo haré.

—Verás..., el único que consigue apaciguarla es su padre. Conmigo se pone más nerviosa todavía. Su padre es como un bálsamo para ella, también lo es para mí.

¿Cómo un bálsamo? Debía estar de broma.

—Diego debe estar subido a su árbol preferido. Estamos llegando. Por cierto... ¿de qué hablabais cuando Lola se ha puesto a gritar?

—Oh..., estaba contándome algo sobre Celia y sobre mí —María abrió mucho los ojos, lo cual hizo que me asustara—; no querrás decir que aquella visión que le ha hecho gritar tenía que ver con nosotros, ¿no?

—No lo sé, puede ser y puede que no.

Aquello no era ser muy claro. La María que conocí siempre lo sabía todo sobre el futuro, o al menos cuando Celia y yo éramos jóvenes parecía tener todas las respuestas. Tuve un momentáneo pensamiento negativo sobre nuestro futuro, augurado por aquel grito de Lola, pero decidí no pensar más en ello. Lo único que esperaba era que no le sucediera nada malo a Celia, lo demás podría sobrellevarlo.

—Mira..., ahí está, subido a aquel olivo centenario —dijo María señalando un viejo olivo con el tronco retorcido y, subido a una de sus ramas, estaba Diego con los pies colgando. Parecía un árbol realmente especial, por lo menos único en su forma.

—Hola, Diego, ¿te apetece desayunar? Imagino que debes estar hambriento.

—Síiii, tengo mucha hambre.

—Pues venga, baja

—Voy —repuso Diego.

¿Así de sencillo? Pensé que aquello nos llevaría más tiempo, decididamente no tenía ni idea de tratar con aquellas criaturas desconocidas.

Desconocido era lo que me esperaba en casa, pero no debía postergar

más el encuentro con Celia, debía ser tan valiente como un león de verdad (no de peluche) y enfrentarme a lo desconocido de una vez por todas.

—María..., voy a ir a casa, creo que ya estoy preparado.

—Lo sé, Fabio, debes ir. Tan solo avísame de si vienes a cenar y a dormir, o si por el contrario te quedas en El Escorial.

—Lo haré, aunque... ¿estás segura de que hace falta que te avise? Siempre sabes lo que voy a hacer —le guiñé el ojo, le revolví el pelo a Diego y me giré para marcharme—; por cierto, dale un beso a Lola de mi parte y gracias por el desayuno.

—Es posible que Celia esté en el hospital, tiene turnos, no sería extraño que estuviera allí un domingo.

La sonreí, acababa de ahorrarme el viaje a casa en vano, iría directamente al hospital, de cualquiera manera sería mucho más sencillo que nuestro primer encuentro fuera en un lugar neutral, sin familia alrededor.

Una hora y cuarenta minutos después, aparcaba en el parking del hospital. Una vez en el interior del edificio, seguí las señas de maternidad para desembocar en un pasillo con puertas a ambos lados.

Bien, ¿y ahora qué? No podía entrar en las habitaciones preguntando por ella. Tal vez estuviera pasando consulta, lo cierto era que no tenía ni idea de dónde podría encontrarla, era un auténtico optimista pensando en que sería llegar y encontrarla a la primera; además, aquella idea ya no me parecía tan buena como en un principio, no sería justo para Celia verme por primera vez en su lugar de trabajo. Estaba a punto de darme la vuelta cuando escuché su VOZ.

—Todavía me quedan un par de horas, después a descansar. Por fin tengo unos días libres.

Escuchar su voz por primera vez en tanto tiempo hizo que temblara por dentro. A pesar de que estaba semioculto tras una columna, podía verla en toda su plenitud, lo cual me había provocado una parálisis momentánea. Su pelo rubio estaba más oscuro de lo que recordaba y lo llevaba sujeto en un moño. Obviamente vestía uniforme médico de color azul, un uniforme que a cualquier otra mujer no le favorecería, pero ella no era como las demás; podía intuir su cuerpo moldeado a través de esa basta tela, y por lo visto tenía más pecho que la última vez que la vi, además de un aura más madura, más resulta, más serena. A diferencia de su amiga, no llevaba maquillaje, no lo necesitaba. ¡Oh, Dios!, ¿cómo podía seguir gustándome tanto? Por nada del mundo quería que me descubriera espiándola, sin embargo, era incapaz de apartar la mirada de ella.

—¡Qué suerte!... Oye... ¿no es ese de ahí tu doctor preferido?

—*Shhh*, no digas nada —repuso Celia en susurros—, no debe saberlo nadie en el hospital.

—Está bien, está bien, guardaré tu secreto, para eso están las amigas ¿no? Mejor os dejo solos.

¿Su doctor preferido? ¿De qué demonios hablaba?

Tan solo tuve que seguir la mirada iluminada de Celia para descubrir que se trataba de un hombre de unos treinta y pico años, alto, moreno, con la mirada fija en ella (por suerte él también estaba concentrado en ella y no se percató de mi presencia) quien, nada más alcanzarla, la atrajo hacia él para besarla en la boca.

—Cuidado, que nos puede ver alguien —susurró Celia.

—Oh, ¿y qué más da? Que nos vean.

Celia rio feliz, con esa risa que en otro tiempo me había pertenecido.

—¿Nos vemos esta noche?

—Me temo que no puedo —respondió Celia.

Bien dicho.

—Venga, Celia, por favor..., vayamos a cenar por ahí, deja que te invite a salir.

—Otro día, hoy de verdad que tengo que estudiar. Llevo todo el fin de semana trabajando. Esta semana estaré más libre, ¿de acuerdo?

—Está bien, vas a acabar conmigo, ¿lo sabías?

Celia se quedó mirando cómo se alejaba con una sonrisa estúpida en el rostro. Era obvio que estaba enamorada de un tipo que podría fácilmente ser su padre. No podía creer que se hubiera enamorado de un vejestorio.

Celia desapareció dentro de una de las habitaciones y la escuché hablar con una de sus pacientes; debía estar haciendo una ronda de reconocimiento, de modo que, después de beber un vaso de agua bien frío en la cafetería del hospital (aquel episodio me había dejado medio mareado), decidí desaparecer. No comprendía por qué después de tanto tiempo su sola visión podía turbarme de ese modo. Yo tenía una especie de vida en América, una mujer que me esperaba en la cama todas las noches para acurrucarse junto a mí. ¿Qué pretendía? No podía trasladarme en el tiempo, lo nuestro pertenecía a un pasado remoto y olvidado. Además, aunque quisiera, no tenía ninguna posibilidad de recuperarla. Me conformaría con recuperar su amistad, para mí sería suficiente si pudiera perdonarme y volver a comportarnos como familia.

Al llegar al parking me fijé en un cartel que hasta el momento había ignorado, por lo visto había aparcado en la zona restringida al personal del hospital. Estaba a punto de entrar en el coche cuando escuché la voz de ese

hombre. No sabía si lo que mis ojos estaban viendo era bueno o malo, pero de cualquier modo intenté acercarme, ocultándome entre los coches, necesitaba comprobar que no estaba viendo visiones. ¡No podía creerlo! Aquella mujer que se hacía pasar por su amiga se estaba dejando sobar por el supuesto novio de Celia. Me sentí fatal por ella, estaba siendo doblemente traicionada.

—¿Por qué no vienes a verme?

—Por supuesto, en cuanto termine mi turno pasaré a verte —repuso ella.

—Bien, te estaré esperando en la cama —ella rio nerviosa ante su comentario.

Retrocedí y me metí en el coche cada vez más confuso pero al mismo tiempo cabreado. ¡Celia estaba enamorada de un hijo de puta cabrón que se las tiraba a todas, incluida a su compañera! De pronto eso me hizo recordar que Celia debía pensar lo mismo de mí. Me arrepentía de haber tenido que inventar esa historia con una modelo para que fuera ella quien me dejara. No tenía ni la más remota idea de cómo iba a recuperar su amistad teniendo en cuenta que ella pensaba que la había engañado, cuando en realidad jamás hubiera podido hacerlo, siempre había estado loco por ella, incluso ahora, aunque me negara a admitirlo.

Me vi persiguiendo el coche de ese tipo. La idea de averiguar dónde vivía y tal vez hacerles una foto juntos a los supuestos amantes, me impulsó a continuar a pesar de que me sentía un poco desquiciado por estar haciendo algo así. Tal vez tan solo estuviera desesperado, tal vez no podía permitir que Celia viviera una mentira, tal vez un amigo debía hacer ese trabajo sucio, o tal vez quería que lo dejara con aquel hombre y me tuviera en cuenta de nuevo, tal vez. Además, por suerte, siempre llevaba un buen teleobjetivo. Si les pillaba juntos, no dudaría en inmortalizarlo.

Celia

Estaba agotada y necesitaba una buena ducha, comer algo y un baño en la piscina (en ese orden) antes de ponerme a estudiar, pero para mí aquella carrera era muy importante. Todos me preguntaban por qué no me convertía en ginecóloga si lo que quería era traer niños al mundo, tan solo sería un año o dos más de estudio. Ellos no lo comprendían, los bebés eran importantes para mí, pero lo eran mucho más las madres. Mi objetivo principal era ocuparme de que las madres sobrevivieran al parto. A pesar de no haber conocido a mi madre, el hecho de que hubiera muerto para darme la vida hacía que para mí aquello fuera lo más importante; no solo lo hacía por ella, también lo hacía por mí, por las mujeres en general. Aquel era mi cometido, cuidar de ellas, y siendo matrona era como mejor podía hacerlo.

Me quité la ropa y me enrollé en una toalla, pero nada más entrar en mi baño recordé que la ducha estaba estropeada. Había olvidado por completo comentárselo a Leo antes de que se marcharan a Londres. Tocaba excursión al baño de Fabio. A pesar de que había muchos más baños en la casa, no me parecía bien entrar en el de Clara y Leo, o en el de mi sobrino Alejandro. Y el baño de Marcos, pese a que ya no vivía con nosotros, tampoco me parecía una opción. Sin embargo, el dormitorio de Fabio estaba abandonado desde hacía mucho tiempo. Reconocía que no me gustaba nada entrar allí dentro, aquel dormitorio me traía demasiados recuerdos.

Estaba pasando frente a la puerta principal en dirección al piso de abajo cuando esta se abrió de pronto. En un principio, la luz que inundó la entrada me impidió distinguir la figura imponente que apareció en el marco de la puerta, aunque cuando por fin pude ver con claridad, sentí que perdía el equilibrio. El banco que había colocado recientemente Clara en el vestíbulo

impidió que cayera redonda al suelo. Obviamente estaba viendo visiones, aquello no podía ser real.

—Oh..., lo siento, Celia, ¿te he asustado? Siento no haber llamado antes, pensaba que no había nadie. Marcos me ha dejado un juego de llaves —en ese momento hizo un repaso a mi indumentaria—, será mejor que cierre la puerta.

Me quedé muda y temblando al escuchar su voz. Hacía tanto tiempo...

—¿Estás bien? —se acercó a mí al ver que no reaccionaba.

En ese momento recobré el sentido y me ruboricé al darme cuenta de que tan solo llevaba una minúscula toalla.

—Yo..., yo, me dirigía a tu ducha, la mía está estropeada —¿por qué demonios balbuceaba?

—Por supuesto, Celia, toda tuya, y..., me alegro mucho de volver a verte —me dio dos besos rápidos que me dejaron temblando.

—Sí, sí —dije como una estúpida antes de desaparecer escaleras abajo.

¡Qué había sido eso! ¿Qué hacía él allí? ¿Por qué no le había roto la nariz? ¿Por qué me había comportado como una estúpida insegura? ¡Dios! Me dieron ganas de darme una bofetada.

Me senté sobre la cama de Fabio a pesar de que me había prometido a mí misma ni siquiera mirar aquellos muebles, pero debía hacerlo si quería recuperar la respiración así como el control de mi cuerpo. Aquello había sido un golpe muy fuerte. Jamás me hubiera imaginado volver a verle, y mucho menos en esa situación, los dos solos. Siempre me imaginé un encuentro en un acontecimiento familiar, como el que íbamos a tener en unos días, aunque

en realidad nunca creí que se lo fuera a tomar tan en serio como para venir desde tan lejos.

Me tomé mi tiempo en darme aquella ducha, no porque estuviera disfrutando de ella, sino porque no dejaba de darle vueltas al hecho de que Fabio estuviera allí y preguntándome qué haría cuando le viera; después robé una toalla más grande y volví a mi dormitorio de puntillas intentando no volver a encontrarme con él. Me vestí de forma automática, cogiendo un bikini y un vestido cualquiera y salí al jardín para descubrir, para mi tranquilidad, que estaba sola. En cuanto sentí el frescor del agua en mis pies, me di cuenta de que, sorprendentemente, la visión de Fabio no me producía enfado, como hubiera sido lo normal; después de todo desapareció de mi vida de pronto, después de confesarme que me había sido infiel. El sentimiento que me embargaba era mucho peor..., sentía una tristeza inmensa que amenazaba con convertirse en un llanto incontrolable, pero no debía seguir aquel impulso, odiaría ponerme a llorar y que Fabio me encontrara en ese estado.

Inspiré unas cuantas veces, conté hasta diez, debía comportarme como la adulta que era. Todo aquello era un sueño borroso, algo que sucedió en la era de la inocencia, algo que no dejaría que volviera a suceder nunca más, eso lo había decidido hacía tiempo. Ningún hombre volvería a ser dueño de mi corazón y de mi cuerpo. Obviamente Fabio me hizo madurar de golpe con tan solo diecisiete años, aunque también consiguió destrozar mi comprensión de lo que era el amor.

—Celia... —la voz profunda de Fabio hizo que me girara hacia la puerta del porche, donde acababa de aparecer recién duchado, vestido con unos vaqueros y un polo verde que realzaba el precioso color de sus ojos. ¿Por qué demonios sería tan sumamente atractivo?

—¿Podemos hablar? —me preguntó cuando llegó hasta mí.

—¿Sobre qué? —le espeté.

—Me gustaría disculparme por...

—Oh, vamos, Fabio... —me levanté y caminé hacia la casa sintiendo cómo me seguía a unos metros de distancia, como si no quisiera agobiarme.

Una vez en la cocina, abrí la nevera y comencé a sacar cosas como si aquello fuera a impedir que Fabio siguiera hablando, para después darme cuenta de que con aquellos ingredientes tan dispares no podría preparar nada comestible. Esperaba que no se diera cuenta de mi estado de nervios.

—Celia... —¡Oh, por Dios, que dejara de decir mi nombre! —, he venido a la fiesta de Marcos, mi intención no es molestarte, tan solo quería pedirte que empezáramos de cero. ¿Crees que es posible?

—Por favor, déjame a solas, estoy intentando hacerme la comida.

Fabio echó un vistazo a lo que tenía entre manos, seguramente preguntándose qué demonios iba a preparar con semejante mezcla de ingredientes; después abrió la nevera y sacó una cerveza.

—Imagino que no pensabas que fuera a venir.

Asentí.

—¡Preferiría que me gritaras, o que me pegaras, antes que tu silencio! Dime por favor cómo te sientes, Celia, ¿me odias? ¿Quieres que me quite de tu vista?

—Sí, eso estaría bien.

—Dime qué puedo hacer para hablar contigo, para...

—Fabio..., es mejor que te vayas de casa.

—¿Cómo? —preguntó confuso.

—No es buena idea que estés aquí..., Leo, Clara y Alejandro no volverán hasta el viernes, irán directamente a Mora para la fiesta sorpresa de Marcos. Será mejor que te vayas a casa de Teresa, o a casa de María, o a un hotel.

—¿Quieres que me vaya de mi casa?

—Sí, eso es. Además..., esta ya no es tu casa.

—Mi dormitorio sigue intacto, supongo que eso cuenta.

¿Cómo lo sabía?

—Eres una visita, en unos días te irás, no perteneces a esta familia desde hace tiempo.

Le miré de reojo, mi comentario parecía haberle dolido.

—Lo siento, pero no pienso irme. Tengo el mismo derecho que tú a estar aquí.

En realidad tenía razón.

—Está bien..., entonces me iré yo.

Dejé todo sobre la encimera y salí de la cocina, sabiendo que Fabio, amante de la comida, volvería a meterlo de nuevo en la nevera. Metí algo de ropa en una mochila antes de bajar la escalera con la clara intención de alejarme de él. Sin embargo, me topé con Fabio en el vestíbulo clavándome una mirada ¿tierna? ¿Dolida? ¿Rota?

—No quiero que te vayas, Celia, perdóname..., pero, tan solo quiero que nos comportemos como unos primos, como unos amigos lejanos. No busco nada más, te lo prometo.

Por lo menos era sincero, había dejado muy claro que yo no le importaba en absoluto, que jamás había sentido nada por mí; eso ya lo sabía,

pero aun así, aquel comentario me dolió más de lo que hubiera imaginado.

—Me alegro, Fabio, yo sin embargo, no busco nada. Adiós —dije abruptamente cogiendo las llaves de mi coche.

No fue hasta que me había alejado lo suficiente de la urbanización, que paré el coche y rompí a llorar.

—¡Maldito seas, Fabio, por venir a destrozar mi vida! Estaba muy bien sin ti.

Un rato después, me pregunté a dónde debía ir. ¿A casa de Rubén? ¿A casa de mi amiga Vanesa? ¿A Mora? Arranqué el coche pensando que lo mejor sería ir a ver a Rubén, además él me había pedido quedar aquella tarde. De modo que me dirigí a su casa, llamé al timbre y esperé. Era extraño porque parecía como si estuviera en su casa y sin embargo no me abría la puerta. Le llamé al móvil, nada. Volví a llamar al timbre, y después de quince minutos, decidí que estaba haciendo el ridículo allí plantada delante de una puerta a la que no acudía nadie y me dirigí a mi siguiente opción, la casa de Vane.

Llamé al timbre varias veces. Nada. Pero ¿Qué pasaba aquel día con todo el mundo? Me sentí completamente frustrada, incluso barajé la posibilidad de ir a trabajar a pesar de que estaba librando, también barajé la posibilidad de ir a casa de mi hermano Alberto, pero no sería bienvenida; además, él y Carlota discutían demasiado para mi gusto. La idea de ir a casa de Marcos y Teresa también estaba descartada, ¿Qué explicación les daría para no dormir en mi propia casa? Y en cuanto a Mora, me parecía demasiado lejos.

Cuando aparecí de nuevo en mi casa, rendida y completamente vencida después de vagar por el Escorial en busca de comida y compras no intencionadas, eran las ocho de la tarde. Reinaba un silencio sobrecogedor.

Me dirigía hacia el jardín cuando descubrí el paradero de Fabio, completamente dormido sobre el sofá del salón, con el torso desnudo y la televisión encendida. Me permití el lujo de observarlo. Como siempre, tenía ese color bronceado tan poco habitual en los rubios, su pelo estaba más oscurecido de lo que recordaba. Su torso era musculoso de un modo natural, tal como lo recordaba. Mi mano fue directa hacia su pectoral como si fuera un imán, pero por suerte, paré justo antes de llegar al objetivo. ¿Pero qué estaba haciendo? Fue entonces cuando me fijé en la foto que reposaba sobre su estómago. La cogí entre mis manos. Aquello me hizo vibrar de un modo que no recordaba. ¿Por qué se habría dormido con mi retrato? Precisamente con la fotografía que le alejó de mí, la fotografía que le hizo dedicarse profesionalmente a su verdadera pasión y que le llevó a la fama. Aquel retrato que me hizo en una de nuestras excursiones a la sierra cuando comenzamos nuestra relación, en la que miraba hacia el suelo y un álamo temblón desenfocado enmarcaba mi rostro mientras mi pelo rubio ocultaba parte de mi mejilla. Era una magnífica fotografía.

Y de pronto, me vinieron a la mente aquellos artículos que había encontrado por casualidad en la red (¿había sido por casualidad?) en los que la prensa americana hablaba de él como el fotógrafo italiano más joven de la historia en triunfar en las Américas. Lo consideraban el hombre más deseado por el sexo femenino por ser no solo famoso en aquel mundo de la moda, sino por ser un joven muy atractivo. Por lo visto, tenía mucho éxito con las mujeres y, sin duda alguna, era un rompecorazones. Aquello me cuadraba, decididamente se le daban bien ambas cosas, fotografiar mujeres despampanantes y romper corazones. Al menos a mí me lo había roto. Y que hubiera estado observando aquella foto tan solo significaba que estaba contemplando una de sus obras. ¡Pero qué ingenua era!

Apagué la televisión y le dejé allí tumbado antes de refugiarme en mi

dormitorio.

Lunes. El Escorial.

Fabio

Levantarse a las cinco de la mañana daba mucho de sí, y todo se lo debía al *jet lag* que me tenía muy confuso. El día anterior debí quedarme dormido en el sofá del salón, puesto que fue allí donde me desperté. Al pasar por el vestíbulo, mis ojos se perdieron en el llavero de la entrada de donde Celia había sacado las llaves de su coche antes de desaparecer. El verlo de nuevo ocupado con una llave me hizo sonreír, aquello significaba que había vuelto a dormir a casa, aunque la sonrisa se me descompuso en el acto si, como imaginaba, había ido a casa de su novio y había descubierto el doble engaño. De cualquier modo, tan solo tendría que esperar unas horas para resolver el misterio, su rostro solía ser tan transparente que enseguida sabría lo que había sucedido.

Yo sí había sido testigo silencioso de aquella traición y tenía una foto como prueba de ello, si bien era cierto que la foto no decía mucho, tan solo se veía a su novio y a su supuesta amiga entrando en su casa. La imagen no demostraba lo que estaba seguro había sucedido detrás de los muros de aquel chalet después de eso. En realidad, había sido una pérdida de tiempo.

Mis piernas me llevaron hasta su dormitorio sabiendo que lo que mi mente elucubraba era una malísima además de peligrosa idea. Obviamente la puerta estaba cerrada, pero yo sabía que no la habría cerrado con pestillo. La empujé con suavidad sabiendo que me arriesgaba mucho, si me descubría espiándola perdería mi oportunidad de recuperar su amistad. Sin embargo, la necesidad que sentía de observarla con tranquilidad sin que se diera cuenta era muy tentadora. Allí estaba, tumbada de espaldas un poco ladeada hacia la

izquierda, el pelo desparramado por la almohada que al mismo tiempo escondía sus brazos. Hacía tanto calor que se había dormido sobre la colcha y aquella visión de su camisón corto levantado dejando al descubierto sus braguitas blancas con dibujos de flores, me recordó a la época en la que la había amado.

Estaba harto de la lencería de lujo, de la seda, de los encajes, no había nada más sensual que aquellas braguitas sencillas y diminutas de algodón que cubrían su bonito trasero, y tampoco había ningún camisón más sexy que aquel que llevaba Celia, blanco y sencillo, sin adornos. Ella era así, natural, sencilla, trabajadora, una mujer que no necesitaba maquillaje ni un vestido de noche para deslumbrar a los hombres. Estaba saturado de bellezas *top model* que te miraban por encima del hombro creyéndose las mujeres más bellas del mundo, y que cuando descubrían que no habían conseguido llamar mi atención, desplegaban todos sus encantos para conseguir embaucarme de cualquier modo. Estaba harto de ese mundo superficial de gente a la que tan solo les importaban las apariencias físicas.

Sentí el impulso de acostarme junto a ella y hacerle el amor (obviamente no estaba en mi sano juicio), pero entonces recordé la conversación que había tenido con Sarah hacía unas horas, justo antes de coger la fotografía de Celia y dormirme en el sofá soñando con ella. Mi intento de explicarle a Sarah la razón de mi repentina huida, además de interesarme por ella, había resultado ser un fracaso.

—Ya me lo explicaste en esa nota fría y escueta —repuso, obviamente molesta conmigo.

—Lo siento, no quería irme de ese modo después de lo que me habías contado. ¿Estás bien?

—Todo lo bien que se puede estar, Fabio, me has dejado hecha polvo.

—Lo sé, lo siento —¿es que no sabía decir otra cosa?

—¿Cuándo vuelves?

—No lo sé.

—¿Has cogido un billete con la vuelta sin cerrar?

—Sí.

—Adió Fabio, tengo cosas que hacer —y me colgó.

Aquella conversación no pintaba bien, era evidente que lo había estropeado todo.

Estaba a punto de salir del dormitorio de Celia cuando vi su violonchelo apoyado en la pared y, siguiendo un estúpido impulso, lo llevé conmigo. Una vez en el pasillo comencé una búsqueda frenética por los bolsillos de la funda, pero enseguida me llevé una desilusión. Era un auténtico presuntuoso pensando que todavía tendría guardada aquella nota. En realidad, a veces pensaba que la conocía demasiado bien, y tal vez estuviera equivocado y hubiera roto la nota en mil pedazos. Iba a darme por vencido cuando descubrí un bolsillo interior que pasaba fácilmente desapercibido. Me sentí el hombre más feliz de la tierra cuando leí aquella nota que deslicé bajo la puerta de su dormitorio el día que me marché de casa y abandoné mi vida y a mi familia.

TQC, para siempre. Fabio

Hasta ese momento había olvidado por completo que siempre la llamaba canija. Celia se enfadaba conmigo porque no era capaz de decirle que la quería tantas veces como ella me lo decía a mí, de modo que de vez en cuando le decía TQC, te quiero canija, y aquel día me convencí de que habría guardado aquella nota en un lugar especial como la funda de su adorado violonchelo. Después de todo seguía siendo la persona que más conocía del

mundo, y me gustaba esa sensación de familiaridad, a pesar de que fuera casi imposible recuperar su amistad.

A las nueve de la mañana, entraba en el hospital donde trabajaba Celia con aquella absurda idea en la cabeza, y a pesar de eso, me sentía emocionado, necesitaba hacer algo por ella, aunque fuera una estupidez. Me dirigí a la recepción de la planta de maternidad. Una mujer algo gruesa levantó la mirada al verme y le sonreí; por la expresión de su rostro debió encontrarme atractivo, y sin lugar a dudas pensaba jugar con aquella ventaja.

—Buenos días —esperaba que mi acento americano pareciera auténtico —me llamo John Conroy —acto seguido le mostré una tarjeta de uno de mis contactos de la revista—, soy fotógrafo y periodista de la revista Vogue.

Aquella mujer abrió mucho los ojos, obviamente no entendía qué hacía allí.

—Espero que pueda usted ayudarme, señorita. Verá, estoy haciendo un reportaje sobre matronas, el título..., aunque esto es confidencial, será, auténticas matronas que disfrutaran de su trabajo o algo parecido —dije esto último haciendo un gesto con las manos, como si tuviera el título frente a mí.

—Oh, y... ¿en qué puedo ayudarle?

—Se lo explicaré, señorita... —dije a propósito para saber su nombre, quería meterla en aquello.

—García, Elena.

—Oh, Elena, es usted un encanto de mujer. ¿Podría hablarme sobre alguna matrona que esté realizando sus prácticas aquí? ¿Alguien que sobresalga por su capacidad de trabajo? ¿Alguien que se esfuerce al máximo?

Mi instinto me decía que Celia era una de ellas, aunque no sabía hasta

qué punto esa enfermera pensaría lo mismo que yo.

Elena sonrió antes de hablar.

—Oh, sí, por supuesto, existe una persona así, sin duda la pequeña Celia. —Menuda suerte había tenido, no solo estaba en lo cierto en mis sospechas, sino que parecía que a aquella mujer le caía bien Celia.

—La pequeña Celia..., sí, me gusta, creo que empezaremos por ella. ¿Podría hacerle unas preguntas para el reportaje?

—¿A mí? —me miró sorprendida.

—Sí, a usted. ¿La pequeña Celia tiene apellido?

—Oh, sí, por supuesto, se llama Celia Sotomayor. La conozco desde hace casi un año y estoy segura de que será una estupenda matrona.

«Yo también lo estoy», pensé.

—¿Le importaría que grabara la entrevista? Así no tengo que tomar notas y puedo estar centrado en usted.

—¡Ningún problema!

—Puedes llamarme John. Bien..., pues empecemos —y le di a “comenzar a grabar” en mi móvil.

Quince minutos después, ya tenía mi primera entrevista, pero necesitaba más.

—Tengo que pedirte otro favor, Elena —a esas alturas ya nos tuteábamos—; me encantaría entrevistar a alguna de sus pacientes. ¿Sería posible?

—Pues..., pues, no creo que eso pueda ser.

Tal vez debía insistir un poco más.

—Es muy importante, ya que son también las protagonistas de esta historia, aparte de ti, por supuesto. ¿Es posible que hoy haya consulta en ginecología? Tal vez encontremos allí a alguna de sus pacientes.

Miró nerviosa hacia los lados y me habló en susurros.

—Puedo acompañarle a ginecología y veremos si tenemos suerte. Espéreme allí, junto al ascensor.

Le dediqué una gran sonrisa, aquella mujer era una mina y me lo demostró consiguiéndome entrevistar a tres pacientes de Celia, y no solo eso, sino que también me dieron el contacto de una madre que había tenido a sus mellizos hacía unos meses y estaba encantada con ella. Mi instinto no me solía fallar, Celia era una apasionada de su profesión, igual que yo, y por primera vez en años, disfruté haciendo algo por otra persona, algo poco egoísta; estaba tan emocionado que no podía esperar a publicar aquel reportaje, pero todavía me quedaba una gran parte del trabajo, no solo redactarlo, sino algo imprescindible para un fotógrafo, debía conseguir unas buenas fotos de Celia en su lugar de trabajo, y aquello no iba a resultar nada sencillo, sobre todo porque tendría que tomarlas sin que se diera cuenta.

Cuando volví a casa, eran pasadas las tres de la tarde. Observé con una sonrisa de satisfacción el hecho evidente de que Celia hubiera decidido comer la comida que le había preparado (los tapers limpios y apilados junto al fregadero eran prueba de ello). Y no solo eso, había escrito un GRACIAS enorme en la pizarra de la pared, debajo del mensaje que había escrito antes de irme: “No te lo tomes a mal, pero te he preparado algo de comer, así podrás estudiar sin perder tiempo, y a mí ya sabes que me encanta cocinar”.

En realidad, hacía tiempo que no disfrutaba cocinando, ya que en mi loca vida de San Francisco apenas tenía tiempo para ello, y aquella mañana había puesto todo mi empeño y amor en aquella tarea que tanto me gustaba.

Tal vez Celia pensara que le estaba haciendo la pelota, y posiblemente fuera cierto, pero jamás pensé que uno se lo pudiera pasar tan bien intentando recuperar la amistad de una mujer. Me sentía ligero, ilusionado, al mismo tiempo que relajado y esperanzado.

Me senté en el sofá del salón, a esas horas el calor apretaba demasiado como para salir fuera, y abrí uno de los libros de mi padre. No había leído ni diez páginas, cuando Celia entró en el salón.

—¡Hola! —su tono de voz era alegre, por lo que deduje que: 1 ya no estaba enfadada conmigo y 2, no había pillado a su novio traicionándola.

—¡Hola! —le dediqué una sonrisa—, ¿te ha gustado la comida?

—¿Tú qué crees? Me temo que no he dejado nada para ti.

—Perfecto, ese era el objetivo, además mi estómago está un poco desorientado, tanto como mi sueño.

—¿A qué hora te has despertado? Me he levantado a las nueve y ya no estabas en casa.

¿Significaría eso que se había preocupado por mí?

—Muy, muy temprano. Por eso he tenido tiempo para cocinar.

—Pues gracias y..., adiós —dijo dándose media vuelta.

—Celia..., —me incorporé y caminé hacia ella —, quería pedirte algo.

—La respuesta es sí.

La miré extrañado

—Puedes quedarte a dormir en casa, me haces estudiar más y perder menos el tiempo —añadió.

—Oh..., no se trata de eso, verás..., me gustaría mucho poder salir a cenar contigo esta noche y charlar un rato.

Se quedó mirándome sorprendida por mi propuesta.

—No creo que sea buena idea, Fabio, además..., he quedado.

—¿Ah, sí? ¿Con quién? —esperaba que no fuera con el adúltero de su novio.

—Creo que no te incumbe. Perdona, pero tengo que continuar estudiando...

—Celia... ¿Qué hay de mañana?

—¿Mañana?

—¿Estás libre? —añadí.

—Sí, supongo —repuso sin mucho interés.

—Gracias —dije antes de que saliera por la puerta.

«En cuanto a tu cita de esta noche, yo también estaré allí», pensé.

Y cumplí con mi pensamiento. A pesar de que me sentía como un intruso, un descerebrado y un auténtico pringado, me senté en aquella mesa de la esquina, ataviado con una gorra americana y unas gafas de sol (no se me ocurrió pensar que llamaría más la atención con aquellas gafas de sol siendo de noche), desde donde podía ver cómo Celia y aquel estúpido de su novio cenaban en la parte más elegante del Horizontal, un restaurante del Escorial en lo alto de una colina. Yo me encontraba en la zona de tapeo, mucho menos elegante y con más ajetreo, pero mi elección no tenía nada que ver con el dinero, sino con el hecho de haber encontrado una mesa colocada estratégicamente para mi propósito de espía, desde allí podía verlos a ellos sin ser visto.

Celia estaba deslumbrante ataviada con una falda corta de vuelo de color verde y una blusa blanca de tirantes, además de unas bailarinas a juego con la falda. Era una auténtica muñeca, para qué negarlo. En un principio me mantuve sereno y tranquilo haciendo de espectador, sin embargo, después de tomarme dos copas de vino y de contemplar cómo ese engreído no paraba de manosearla a cada instante, haciéndole una caricia aquí y otra allá, acabó por sacarme de quicio.

—¡Maldito cabrón! —murmuré entre dientes, lo cual hizo que mi vecina de la derecha, una señora de mediana edad que cenaba con su marido, me mirara como si estuviera loco.

Sabía que no tenía ningún derecho a ponerme de ese modo y mucho menos a inmiscuirme en su relación, era una mujer adulta que seguramente sabía cuidar de sí misma, pero aquello era una cuestión de principios y no podía soportar que alguien intentara engañar a mi prima delante de mis narices.

Aquel sufrimiento duró más de dos horas, momento en el que ambos abandonaron el restaurante, seguidos de su sombra, es decir yo, que les seguía a escasos metros. No era difícil adivinar cuál sería su siguiente parada, ya que yo hubiera hecho lo mismo, por eso no entendí que me sentara tan mal cuando aparcaron el coche delante de lo que ya sabía era su chalet y bajaron agarrados de la mano. Me sentí frustrado de ser testigo de todo aquello y, por un momento, estuve a punto de abandonar mi nuevo trabajo de espía, pero mi curiosidad morbosa me llevó, después de media hora de espera, a saltar la valla de aquella casa; era eso o volver a comerme las uñas como había hecho cuando era un niño. Me pegué al muro de ladrillo, como hacían los espías en las películas, hasta llegar a la esquina de la fachada desde donde podía oír sus voces. No, mejor dicho, podía oír cómo se comían a besos. ¡Menudo asco!

—Rubén..., es mejor que lo dejemos por hoy.

—¿Por qué?

—Necesito ir más despacio.

—¿Te parece de verdad que voy rápido? Llevamos viéndonos más de dos meses, Celia, te deseo, no sabes cuánto te deseo.

—Lo sé, y yo a ti, pero..., lo siento, necesito ir más despacio. Tengo que estar segura.

—¿Segura de qué? ¿Acaso no estás segura de mis sentimientos?

—No es eso, de verdad, Rubén..., esto no tiene nada que ver contigo, sino conmigo; ¿te importaría llevarme a casa?

Aquello hizo que diera un brinco y volviera por donde había venido; si salían en esos momentos, podrían cruzarse conmigo y aquello podría ser fatal, perdería a Celia para siempre, de modo que entré en el coche y escapé a toda velocidad de aquella urbanización. Una vez en casa encendí la tele y me tumbé en el sillón, con la intención de hacerme el dormido en cuanto entrara, aunque dudaba de que fuera a asomarse en el estado en que llegaría. Lo más probable es que se sintiera culpable por haber estropeado la velada.

Treinta minutos, cuarenta, cincuenta, sesenta. Estaba poniéndome de los nervios. ¿Significaría que me había marchado antes de tiempo, que al final aquel embustero le había comido la cabeza para follar con ella? Esperaba que no fuera así, con lo contento que estaba de haber descubierto que todavía no se habían acostado.

De pronto escuché cómo se cerraba la puerta y Celia colgaba las llaves en su sitio. Estaba convencido de que subiría las escaleras corriendo, como hubiera hecho cuando todavía compartía una vida con ella, pero obviamente ya no era esa niña pequeña que se encerraba en su dormitorio

cuando estaba enfadada o triste. En su lugar, oí cómo entraba en el salón y se colocaba junto al sofá donde yo pretendía que dormía.

Podía sentir su mirada posada sobre mí, pero lo único que escuchaba, aparte del latido alocado de mi corazón a punto de estallar, era silencio y más silencio. Hasta que de pronto Celia suspiró y masculló entre dientes algo que no me esperaba.

—Fabio..., es todo por tu culpa.

Después de apagar la tele, escuché cómo salía y subía despacio las escaleras hacia el piso de arriba, ya no era la de antes. Me incorporé confuso. ¿Qué habría querido decir con eso?

4. Martes. En estos momentos me alegro de que estés aquí

Funeraria de Mora, Toledo. Martes 21:30hrs.

María

—María..., guau, ¡Cómo te ha quedado el maquillaje! Creo que las has dejado mejor que antes de morir... de verdad, tienes un don para preparar cadáveres.

—No seas tonto, tú lo haces incluso mejor que yo.

—Oh, no.

—¿No estarás haciéndome la pelota para que te suba el sueldo?

—¿Cómo lo has adivinado? —repuso Dani con picardía.

—Eres un caso, Dani, te subí el sueldo hace unos meses... Por cierto, cambiando radicalmente de tema. ¿Cómo va la nueva?

—Oh..., lenta pero segura. Ya sabes que no tenía experiencia, pero la verdad es que no lo hace mal del todo, pero no sé qué excusa nos dará para tener el móvil apagado cuando esta noche tenía que estar de refuerzo.

—Seguro que hay una explicación.

—Eso espero, no me gusta tener que molestarte cuando estás de vacaciones —parecía mentira que yo fuera la propietaria y Dani un trabajador, se lo tomaba tan en serio o más que yo.

—Bueno..., el negocio es mío, ¿cómo iba a negarme después de la oleada de muertes que ha habido esta noche?

—Yo creo que ya te puedes ir. Lo tengo controlado. María... ¿me escuchas?

De pronto había sentido algo extraño, un mal presentimiento, como si algo horrible fuera a suceder.

—¿Estás bien, María? No irás a desmayarte otra vez, ¿no? Oh, Dios, se va a desmayar, ¿por qué tiene que pasarme a mí esto?

A pesar de que escuchaba todo lo que decía Dani, era incapaz de hablar. Estaba sola, en medio del campo, y una espesa niebla me rodeaba haciendo que me sintiera perdida, pero además, algo oscuro y desconocido me acechaba, observándome en silencio desde algún lugar cercano. ¿Pero, quien? ¿Por qué? Ya no podía escuchar nada, estaba sola, a pesar de que sabía que alguien me observaba. Sentía mi corazón latir a mil por hora. Un miedo atroz me atenazó los músculos de las piernas impidiendo que saliera huyendo hacia un lugar seguro. ¿Mi casa? Por mucho que quisiera no podría llegar, aquel frío que acompaña siempre al miedo me tenía paralizada, a la espera de que algo horrible me sucediera. Podía oír mi respiración cada vez más fuerte, tan solo eso, y entonces, algo agarró mi brazo con fuerza para después poner su manos sobre mi boca; después me levantó del suelo.

—¿María? Voy a llamar a Pablo, algo no va bien.

Volvía a escuchar la voz de Dani, los olores que llegaban me indicaban que estaba de vuelta en la funeraria. Abrí los ojos para encontrar a Dani inclinado sobre mí inspeccionándome al mismo tiempo que sostenía su móvil en la mano. Estaba tumbada sobre una de las camillas de la sala de tanatopraxia.

—Menos mal que te has despertado. Me has dado un susto de muerte.

—¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado, en menos de una semana dos desmayos. Esto significa algo, ¿no crees? ¿Tienes algo que contarme? —Por lo visto Dani acertaba con sus pensamientos, él pensaba que yo estaba embarazada.

—Ahora no, Dani, tengo que ir a casa. Algo ha sucedido.

—¿A qué te refieres?

Me levanté de golpe y, a pesar de que sentí un mareo que casi hizo que me tambaleara, caminé bruscamente hacia la escalera.

—Deja que te lleve a casa...

—No puedes dejar esto solo.

—Oh, venga, me temo que esta gente no irá a ningún lado —repuso haciendo un gesto hacia los cadáveres que habíamos estado preparando—, cerraré con llave, no estás en condiciones de conducir el coche.

—Estoy bien.

—Lo siento, jefa, pero te voy a llevar, quieras o no, si no Pablo me matará.

—Oh, ¡está bien! —cualquier cosa para que se callara, debía pensar. Sabía que esa sensación de ahogo que sentía estaba relacionada con mi casa, con mi hogar, con mi familia. Debía ir allí inmediatamente antes de que algo tan horrible como la visión tan espantosa que acababa de tener se convirtiera en realidad.

Lo extraño era que no supiera con exactitud qué iba a suceder, y en ese mismo instante, caí en la cuenta de que Lola había tenido una visión espeluznante hacía tan solo dos días. Esperaba que ambas visiones no estuvieran relacionadas.

—Acelera, Dani, es importante que lleguemos a casa lo más rápido

posible.

—Creo que lo que necesitas es ir a un hospital. No estás bien...

—¡Estoy perfectamente! —Obviamente, había subido el tono más de la cuenta—; perdona, Dani, estoy muy nerviosa.

No dijo nada, pero pareció comprender mi ansiedad, puesto que pisó el acelerador. En cuanto detuvo el coche, salí corriendo hacia el interior de la casa sintiendo cómo Dani me seguía de cerca. Pablo, que estaba cómodamente viendo la televisión, se levantó del sofá sobresaltado al verme llegar en aquel estado.

—¿Y los niños? —le espeté sin darle ninguna explicación.

—Durmiendo, ¿dónde iban a estar?

Ni fui capaz de contestarle y subí los escalones de dos en dos apenas sin aliento y sintiendo todavía aquel mareo que se empeñaba en no abandonarme. Entré en el dormitorio de los niños como un caballo desbocado para sentir, por una milésima de segundo, que se me paraba el corazón. Diego estaba profundamente dormido pero Lola..., su cama estaba vacía. Encendí la luz y busqué por todos los rincones de la habitación. Nada.

—¿Qué sucede María? —Pablo acababa de entrar, no tardó en darse cuenta de la situación—. ¿Dónde está Lola?

—No está. Sabía que algo horrible había pasado.

—¿Algo horrible? ¿De qué estás hablando? Ella estaba durmiendo... No entiendo nada. Estará en el baño, o tal vez en la cocina.

A pesar de que en el fondo de mi alma sabía que era una pérdida de tiempo, Dani, Pablo y yo registramos la casa de arriba abajo sin éxito.

—Busquémosla por el jardín —propuso Pablo—, Dani, ¿no te

importa vigilar a Diego? No quiero perder a más niños.

Me invadió una pena inmensa al descubrir lo culpable que se sentía Pablo.

—No, claro que no. Estaré aquí pendiente y..., María, llamaré a Sergio, seguro que se puede pasar por la funeraria.

Asentí, aunque aquello era el menor de mis problemas. En ese momento los muertos no me importaban.

—Toma esta linterna, María —me indicó Pablo en cuanto salimos al exterior—, tú recorre ese lado, yo iré por el otro. Nos encontraremos en la cabaña de los niños, ¿de acuerdo?

Asentí, incapaz de articular palabra, no recordaba haberme sentido tan asustada e inútil en mi vida.

Después de recorrer el lado de campo que me había indicado Pablo, si es que eso era posible con lo inmensa que era la finca, me dirigí hacia la cabaña de juego de los niños. Fue en ese momento, al contemplarla a unos metros de distancia, cuando recordé la visión que había tenido en la funeraria en la que sentía cómo alguien me tapaba la boca para después levantarme del suelo. Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas al darme cuenta de lo que significaba esa visión.

—¿María? ¿La has encontrado? ¿Por qué lloras? —Pablo me había agarrado con cierta fuerza del brazo.

—Se la han llevado, Pablo.

—¿Quién? ¿A dónde?

—No lo sé, ojalá lo supiera, pero ella ya no está aquí.

—No entiendo nada de lo que dices.

—Te aseguro que nuestra hija no está en la finca. He tenido una visión como si fuera Lola, alguien la ha raptado —y entonces perdí el conocimiento.

Martes 20:30 hrs. De camino a Cebreros, Avila.

Fabio

—¿A dónde vamos?

—Ahhh, sorpresa.

—Espera, espera..., esta carretera me resulta familiar... ¿no estarás llevándome donde creo que me llevas?

Me encogí de hombros. De cualquier manera, sabía que lo descubriría mucho antes de llegar.

—Fabio... ¡para el coche! —no me esperaba aquel arrebató—, te digo que pares.

—No puedo parar, esta carretera está llena de curvas.

—¡Da la vuelta, Fabio! —gritó; aquello, tengo que confesar que me sobresaltó. No pensé que fuera a tomárselo de ese modo, después de todo, tan solo era un hotel- restaurante en el que nos habíamos refugiado para estar lejos de la familia cuando salíamos juntos, aunque también era un lugar lleno de recuerdos.

—No puedo creer que me hagas esto... —Celia se tapó el rostro con las manos y aquello me hizo buscar un lugar donde parar.

—Lo siento, Celia, no sabía que...

—¿Que me haría daño? Ya..., no sueles pararte a pensar en si haces daño a la gente o no.

Aquello me dolió, me dieron ganas de confesarle toda la verdad, si no lo hice fue porque sabía que no me creería. ¿Cómo iba a creerme si durante siete años había sido su verdad, la que yo mismo le hice creer?

—Por favor, llévame a casa.

Decidí obedecerla, después de todo había fastidiado aquella oportunidad, tal vez la única que tendría, y ya no había vuelta atrás.

—Solo quería cenar en algún lugar que tuviera algo que ver con nosotros.

—Sabía que esto era una mala idea... Fabio, voy a ser sincera contigo, no creo que podamos reconstruir nuestra amistad, es algo imposible, es mejor que lo sepas desde un principio. Lo he intentado, de verdad, pero...

—Por favor, Celia, lo necesito —le imploré.

—¿Por qué?

—Lo necesito, lo necesito, no sabría explicarte la razón, pero..., no puedo vivir pensando que te he perdido como prima, como amiga.

—De todos modos, ¿qué más da? En unos días o semanas te irás de nuevo a San Francisco y no volveré a verte en varios años. Una amistad en la distancia es complicada de mantener.

—No volveré a dejar que pase tanto tiempo, lo prometo.

—Tus promesas... —masculló entre dientes.

—Celia, entiendo que no me creas, pero lo único que quiero es que volvamos a ser amigos, familia, recuperar tu confianza. Es muy importante para mí.

¿Cómo le decía que en esos momentos aquel era mi único objetivo en la vida? De pronto, todo lo que había formado parte de mí durante años, mi

trabajo, mi novia, mi vida en San Francisco, me daba exactamente igual, tal vez fuera porque estaban demasiado lejos de mí, intangibles y borrosos. En realidad, no sabía lo que me estaba sucediendo.

Celia suspiró.

—Está bien, Fabio, lo intentaré, pero por favor no vuelvas a llevarme a ningún sitio al que fuimos juntos.

—De acuerdo, no volveré a hacerlo. Siento mucho haber pensado que...

—Déjalo. Tan solo llévame a casa.

Celia puso música y nos mantuvimos en silencio el resto del camino.

—¿Puedo preparar algo de cenar o ya no tienes hambre? —le pregunté cuando ya estábamos de vuelta en casa.

—Tengo hambre, pero cualquier cosa valdrá.

Respiré aliviado, todavía tenía esperanzas de solucionar aquel mal comienzo.

—Deja que eche un vistazo —revolví en la nevera para descubrir algunos ingredientes que podrían servirme; después fui directo al armario donde mi padre y yo solíamos guardar levadura de panadería por si un día surgía la oportunidad de preparar una pizza y no teníamos levadura fresca. ¡Allí estaba! Al fondo del todo, detrás de las latas de atún. Gracias, papá, gracias por continuar haciendo esto —pensé. En cierta forma me hacía sentir que seguía formando parte de la familia.

—¿Qué estás buscando?

—Ya tengo lo que necesito para preparar una pizza. ¿Quieres ayudarme?

—¿Por qué no?

Me sentía aliviado de que a Celia se le hubiera borrado ese rostro triste y compungido y se comportara como si nada hubiera sucedido. No me sorprendió que volviera a poner música, como si necesitara llenar los posibles silencios.

—Está deliciosa, Fabio, sigues cocinando tan bien como siempre — comentó Celia cuando ya estábamos probando la pizza acompañada de una cerveza junto a la piscina.

—Creo que tú has tenido algo que ver..., la hemos preparado juntos. No hay nada como una pizza casera.

—Sobre todo si la ha preparado un italiano... Fabio..., siento lo de antes, en el coche.

—Oh, no te preocupes, tuve una muy mala idea.

En ese instante comenzó a sonar el móvil de Celia, que se levantó para coger su bolso, aunque enseguida se dio cuenta de que allí no estaba. Dejó de sonar y volvió un tanto confusa hacia la mesa preguntándose dónde estaría. Un segundo después, comenzó a sonar el mío. Por lo visto estábamos los dos igual de despistados, podía oírlo pero no lograba encontrarlo; seguí el rastro del sonido hasta que lo localicé sobre el banco de la entrada, aunque, por lo visto, había llegado demasiado tarde, ya habían colgado. No llegué a ver quién había llamado, puesto que en ese momento fue el teléfono fijo de casa el que comenzó a sonar.

—Esto es muy extraño —comentó Celia, que corrió a coger el teléfono—, ¿sí? ¿Pablo? ¿Cómo?... ¿Qué ha pasado? ... ¿Qué? —el rostro de Celia se volvió tan blanco como el mantel que habíamos usado para cenar—, no puede ser... pero... Sí, sí, vamos enseguida.

Después de colgar el teléfono, Celia se dejó caer sobre el brazo del sofá más cercano visiblemente conmocionada.

—¿Qué es lo que ha pasado, Celia?

—Algo horrible... Lola ha desaparecido.

—¿La pequeña Lola?

—Pablo dice que María ha asegurado que la han secuestrado.

—¿Qué?

—Tenemos que irnos.

—Sí, sí, por supuesto —la agarré de la mano en vista de que no reaccionaba y, después de coger las llaves de mi coche, además del bolso de Celia, salimos de la casa.

Una hora y media después entrábamos por el camino de tierra de la finca. Al ver varios coches de la Guardia Civil aparcados me estremecí, aquello era real, no un mal sueño. Las farolas que rodeaban la casa estaban encendidas y, a lo lejos, podíamos ver luces de linternas que alumbraban aquí y allá seguidas de murmullos indescifrables.

—¿Están buscándola? —preguntó Celia.

—Eso parece.

—Pero si la han secuestrado, no tiene mucho sentido.

Me encogí de hombros. ¡Qué sabía yo! No tenía ninguna experiencia en desapariciones. Noté cómo Celia se estremecía al salir del coche y me apresuré a coger el jersey que había dejado abandonado en el maletero el día de mi llegada. Se lo eché por encima aprovechando para dejar mi brazo sobre su hombro. Celia no protestó, suponía que estaba demasiado consternada.

Un joven completamente desconocido, al menos para mí, nos abrió la puerta.

—Hola, Dani. —Celia le dio dos besos y me presentó—. Dani trabaja en la funeraria. Este es mi primo Fabio.

—Encantado —repuso aquel chico con rostro de niño. ¿Cuántos años tendría?

—¿Dónde están María y Pablo? —preguntó Celia impaciente.

Dani nos hizo pasar y nos acompañó al salón donde encontramos a Pablo dando vueltas alrededor de la estancia, mientras contestaba a las preguntas que le hacía un hombre sentado a la mesa con una Tablet entre las manos. A su lado se encontraba una mujer morena y menuda que también tomaba notas de forma más rudimentaria.

En cierta forma me pareció impactante el hecho de que un rostro pudiera transformarse de ese modo en cuestión de unas horas; los ojos azules y normalmente luminosos de Pablo estaban apagados, tenía ojeras y los hombros caían por el peso de la responsabilidad. Obviamente estaba hundido.

—En el colegio... ¿sabes si se ha metido en algún problema últimamente?

—¡No! Por supuesto que no.

—Yo solo hago todas las preguntas imprescindibles. Tengo que seguir varias líneas de investigación, ya que no tenemos ni idea de quién ha podido...

—No lo digas, ni se te ocurra decirlo —repuso Pablo amenazándolo con el dedo índice.

—Pablo..., —murmuró Celia, que se acercó a él en dos zancadas para

abrazarlo, a pesar de que Pablo no pudiera corresponder a su abrazo, parecía un muñeco de trapo.

—Gracias por venir. Este es Miguel, el capitán de la Guardia Civil encargado de la investigación, además de amigo de la familia, y la cabo...

—Susana Sanz —respondió ella levantando la mirada y ajustándose las gafas.

—¿Cuándo ha sucedido? —pregunté.

—No lo sabemos exactamente, pero entre las nueve y las diez de la noche. A las diez fue cuando María apareció en casa preguntando dónde estaban los niños... —miró nervioso hacia Susana—, había presentido que algo no iba bien. La buscamos por todas partes, pero no estaba —comentó Pablo apesadumbrado.

—¿Dónde está María? —preguntó Celia.

Pablo y Miguel se miraron con complicidad, como si estuvieran ocultándonos algo.

—Venid —dijo Pablo y, acto seguido, Celia y yo lo seguimos por el pasillo hasta un dormitorio a todas luces de invitados, próximo al salón.

María estaba sentada sobre una silla con las manos entrelazadas sobre el regazo y la mirada clavada sobre algún punto indeterminado de la pared. Ni siquiera se inmutó cuando entramos, parecía totalmente ida. Celia se acercó a ella y la abrazó, aunque no recibió ninguna respuesta de su hermana.

—Después de asegurarme que se habían llevado a Lola, perdió el conocimiento y está así desde entonces. No habla, no responde, como si estuviera en *shock*. No sé qué hacer, María es la única que puede ayudarnos. Ya sabéis cómo es..., seguro que habrá tenido una visión, algo que nos dé una pista de por dónde empezar a buscarla.

—Y... ¿estás seguro de que han secuestrado a Lola? ¿No estará perdida por el campo? —pregunté recordando a ese grupo de guardias rastreando los alrededores.

—Si María estaba convencida de que se la habían llevado, yo confío plenamente en ella, y Miguel también. Aun así, ha mandado que peinen el campo de olivos para descartar que se haya perdido. Esto es horrible... —masculló Pablo que se tapó el rostro, podíamos escuchar su llanto silencioso. Celia, con los ojos humedecidos por las lágrimas, se acercó a Pablo para intentar reconfortarlo.

El ruido de la puerta de la entrada cerrándose hizo que los tres reaccionáramos. Pablo fue el primero en salir, seguido de mí, sin embargo Celia permaneció en el dormitorio. Marcos y Teresa aparecieron en el marco de la puerta con el rostro marcado por la preocupación. Teresa portaba su maletín médico, como recordaba que hacía siempre.

—¡Pablo! —Teresa le dio un fugaz abrazo y después me dio dos besos—, hola de nuevo, Fabio.

—Fabio, Pablo... ¿alguna novedad? —inquirió Marcos.

Pablo negó apesadumbrado. Todos nos giramos al escuchar una voz a nuestras espaldas. Era aquel capitán amigo de la familia.

—Pablo..., tengo que seguir con las preguntas. ¿Podemos ir a un lugar más íntimo? Me gustaría que siguiéramos los dos solos.

—Sí, entra en mi despacho, ya sabes dónde está. Enseguida estaré contigo.

Pablo esperó hasta que Miguel desapareció de nuestra vista.

—Teresa..., quiero pedirte algo. ¿Puedes echarle un vistazo a María? Se ha desmayado un par de veces y no solo temo por ella, también por el

bebé.

—¿El bebé? —preguntaron Marcos y ella al unísono.

—Hace un par de días me confesó que estaba embarazada de dos meses y medio.

—Vaya..., enhorabuena..., perdona, supongo que no es el momento —comentó Marcos.

—Claro que le echaré un vistazo, pero será mejor que lo haga Celia, ella es la experta.

—Fabio... ¿puedes acompañarles al dormitorio?

—Sí, por supuesto. Acompañadme.

Me preguntaba si ellos estaban al tanto del estado de María, me temía que no.

—Tengo que avisaros de que está..., está en shock.

—Es normal, después de lo que ha pasado.

Asentí, sabiendo que el estado de María no tenía nada de normal. En cuanto entraron y contemplaron el panorama, Celia estaba sentada junto a ella cogiéndola de la mano mientras María miraba hacia la nada, me miraron asombrados.

—Dice Pablo que está así desde que perdió el conocimiento.

—Está peor de lo que pensaba —murmuró Marcos.

—Celia..., me ha pedido Pablo que le echemos un vistazo a nuestra paciente —se apresuró a decir Teresa—, aunque en este caso es más acertado que lo hagas tú.

—¿Yo? Tú eres la doctora.

—Tú eres la matrona.

—¿Está embarazada? —preguntó incrédula.

Teresa asintió.

—Oh, Dios mío... Veo que has traído tu maletín.

—Por supuesto, no voy a ningún sitio sin él.

—¿Podemos sacarle muestras de sangre y orina?

—Sí, por supuesto, las llevaré al hospital para que las analicen.

—Bien, pues... —miró hacia nosotros—, empecemos.

—Nosotros nos vamos —repuso Marcos. Me hubiera encantado quedarme y presenciar aquella consulta, pero mi abuelo me agarró del brazo al ver que no me movía.

Fuimos hasta el salón donde se encontraban Dani y la compañera de Miguel, que mantenían una conversación trivial.

—Dani..., si quieres puedes marcharte, te mantendremos informado —dijo Marcos como buen cabeza de familia—; te agradecería si pudieras ocuparte de la funeraria hasta que...

—Sí, por supuesto —se levantó —; encantado, Susana.

Justo en ese momento, Miguel salió del despacho y se acercó a nosotros con determinación.

—Dani..., necesito que mañana mismo me pases una lista de todos los trabajadores de la funeraria, de los que hay actualmente y de los que se han ido en los últimos años.

—¿Crees que hemos sido uno de nosotros?

—Yo no creo nada, ahora mismo todos son sospechosos, incluida la

familia —hizo un gesto hacia Marcos y hacia mí—. Mañana necesito que absolutamente todos los miembros de la familia pasen por el cuartel, ¿de acuerdo?

Marcos y yo asentimos.

—Y necesito el contacto de los familiares que no están aquí, de todos —recalcó—; bien, voy a ver si mi equipo ha peinado el terreno. Susana, puedes irte a casa.

—Adiós, mañana me pasaré por aquí —dijo Dani, que salió por la puerta junto con Susana—, si quiere puedo acompañarla a casa.

—Gracias, se lo agradecería.

—Olvidé decirles que nadie puede abandonar el país hasta que..., hasta que yo lo diga —dijo el capitán al mando antes de adentrarse en el olivar.

Por suerte, no había sacado billete de vuelta, tampoco me veía en esos momentos abandonando a mi familia después de lo que había sucedido.

—¿Crees que debemos llamar a Clara y a Leo? ¿Y a Alberto? —pregunté a mi abuelo.

—Mañana mismo lo haremos, es mejor que sepan lo que ha sucedido por nosotros, ya que Miguel va a llamar a todos. Ahora no son horas... —respondió Marcos mirando el reloj.

—No creo que nadie de la familia haya podido hacer algo así —repuse pensando en las sospechas del capitán.

—Claro que no, pero el capitán está haciendo su trabajo. Tenemos suerte de que lleve él la investigación, tiene muy buena fama.

En ese momento, Pablo salió del despacho cabizbajo y abrumado.

Nos indicó que salía fuera, imaginaba que querría asegurarse de que habían finalizado la búsqueda. Marcos fue tras él. Yo decidí que iría a ver si Diego estaba bien. Por lo visto, todos nos habíamos olvidado de él, aunque lo más probable es que estuviera durmiendo ajeno a aquel ajeteo. Efectivamente, lo encontré durmiendo bocabajo. Pobrecito. Me senté junto a él y le acaricié aquel pelo negro tan parecido al de su padre.

—Todo irá bien, Diego..., la encontraremos.

No me hizo falta que me girara para saber que Celia acababa de aparecer en el marco de la puerta.

—Parece que hemos pensado en hacer lo mismo —Celia se sentó al otro lado de la cama e hizo lo mismo que acababa de hacer yo, acariciar el pelo de Diego—, esto no puede estar pasando, Fabio, dime que es una pesadilla.

—Ojalá pudiera hacerlo, pero me temo que es real.

—María está... ¿por qué estará así? Me da miedo.

—No lo sé, pero ha podido volverse loca temporalmente. Seguro que volverá en sí.

—Y Lola... Oh, Dios, pero ¿quién ha podido llevársela? ¿Y si...? ¿Y si ha sido un hombre que quiere...? —dejó la frase en el aire y comenzó a sollozar.

Me incorporé para sentarme junto a ella, me apetecía tanto abrazarla, pero no me atrevía.

—Seguro que no es así. No te preocupes —aspiré aquel aroma tan maravilloso que desprendía su pelo—, todo irá bien, todos juntos conseguiremos solucionar esto, y Miguel parece un buen investigador —puse mi brazo alrededor de sus hombros y Celia se abrazó a mí.

Sabía que no debía disfrutar de tenerla entre mis brazos, pero mis emociones no entendían de situaciones adecuadas o no. ¿Cuándo había sido la última vez que una mujer me había hecho sentir de ese modo? Quería permanecer junto a ella el resto de mi vida, abrazándola, protegiéndola de lo que hiciera falta, alejándola de hombres como ese tal Rubén.

Diego comenzó a hablar en sueños y, al oírlo mencionar a su hermana, ambos nos separamos para escucharlo mejor.

—Lola... No te vayas. ¿A dónde vas? No puedes salir fuera, es de noche. Papá se enfadará.

Celia y yo nos miramos sabiendo que aquellas palabras eran una pista a seguir.

—Dios mío, él vio cómo ella se iba. ¿Por qué saldría fuera? Tiene que haber una razón. Entiendo que, si alguien secuestra a un niño, no espera que salga de la cama para ir en su busca. Aquí falla algo —comentó Celia.

—Sí, mañana tendremos que hablar con Diego, pero lo haremos tú y yo, como si fuera un juego, no creo que sea buena idea comentárselo a Miguel. Seguramente si lo intenta él, Diego se cerrará en banda.

—Tienes razón. Mañana hablaremos con él.

—Quizá debamos ir a ver si han dado por finalizada la búsqueda.

Celia se levantó de la cama y yo la imité, cerrando la puerta del dormitorio de Diego para que los ruidos no le despertaran.

—Fabio..., en estos momentos me alegro de que estés aquí.

La sonreí, aquello era lo más agradable que me había dicho desde que había llegado.

—Yo también, te lo aseguro.

5. Miércoles. Los primeros interrogatorios

Cuartel de la Guardia Civil de Mora. Miércoles 09:00 hrs.

Miguel

No dejaba de darle vueltas al caso. Todavía no sabía cómo enfocarlo y eso me preocupaba, normalmente tenía alguna idea de por dónde empezar. Obviamente, descartaba la actuación de un pederasta o un secuestro fortuito, ya que todo indicaba que aquello había estado planificado al milímetro. El hecho de que hubieran entrado en su casa para llevársela a la fuerza (todavía no había indicios de que hubiera sido así, sin embargo, me fiaba plenamente de María), le daba un significado personal, tal vez venganza, o tal vez un secuestro por dinero. Pablo era un hombre bastante adinerado. Sin embargo, que supiéramos, nadie había pedido un rescate.

Lo que más me frustraba de todo era el hecho de que mi amiga María necesitaba de mi brillante mente más que nunca, y a mi mente perversa le había dado por sospechar de su familia, sobre todo de su marido. Pablo era el único que estaba con Lola antes de que desapareciera. Según él, la niña estaba en la cama durmiendo y él viendo la televisión. Pero... ¿cómo secuestraban a una niña desde un segundo piso sin que su padre se diera cuenta? Aquello no tenía ni pies ni cabeza y algo no cuadraba en aquella historia.

Para colmo, la única persona que podría ayudarme, María, estaba

totalmente ida, algo que también me daba que pensar. ¿Y si la estaba drogando? Deseché ese pensamiento de mi cabeza, me estaba dando verdadera vergüenza dudar de alguien como Pablo, un gran padre y mejor marido, totalmente enamorado de su mujer, que obviamente estaba desquiciado desde el suceso.

Otro cabo suelto que me daba que pensar era la ausencia de Aurora (la hermana de Pablo) y su marido Joaquín, precisamente desde el día anterior a su desaparición. Según Pablo, se habían ido de vacaciones, pero ¿por qué no cogían el móvil ninguno de los dos? Hablar con ellos se estaba convirtiendo en una obsesión y no pararía hasta conseguirlo. Con respecto al resto de familiares, ya había localizado a Clara y Leo y su hijo Alejandro, por ellos no tenía que preocuparme, tenían una coartada perfecta, estaban en Londres intentando tomar un avión de vuelta desde que se habían enterado de lo sucedido, pero por lo visto no encontraban vuelo. Si las cosas no mejoraban, tendrían que esperar a tomar el vuelo que ya tenían reservado para el viernes temprano. El tono de voz de Leo, consternado, había sido real.

En cuanto al hermano de María, Alberto, y su novia Carlota, estaban de camino. Les había pedido que pasaran por el cuartel nada más llegar. Necesitaba hablar con cada uno de los componentes de aquella singular familia. Hacía tiempo que no me topaba con una familia tan diferente, algunos de ellos ni siquiera tenían lazos de sangre, y a pesar de eso se llamaban hijos y sobrinos. No acababa de entenderlo. Sin ir más lejos, Marcos consideraba a María su hija cuando no tenían ningún parentesco.

—Mi capitán... —Susana, la nueva cabo incorporada hacía unos meses, se había asomado a la puerta de mi despacho.

—Pasa.

A menudo me preguntaba cómo había podido vivir sin ella hasta ese

momento. Era la mujer más eficiente que había conocido jamás, sin duda la mejor del equipo, incluso se podría decir que tenía cierto atractivo físico a pesar de esas grandes gafas que tapaban la mitad de su rostro, aunque a mí tan solo me interesaban su cerebro y sus habilidades para poner a trabajar a aquel variopinto grupo de guardias para poder resolver aquel caso lo antes posible, antes de que se convirtiera en una tragedia. Curiosamente, de alguna manera nos complementábamos, lo que le faltaba a ella de rudeza, lo aportaba yo, y viceversa, aunque a decir verdad había pocas cosas que yo no pudiera aportar.

—Tiene visita, mi capitán.

Arqueé las cejas.

—Celia Sotomayor y Fabio Marchetti han venido a hablar con usted.

—Oh..., que esperen un momento. Susana..., pasa y siéntate —enseguida me obedeció—; necesito que te centres en hablar con todos los trabajadores de la funeraria, también con los empleados que se han marchado. Toma —le tendí la lista que me acababa de enviar Dani—, aquí tienes los contactos de todos ellos.

—Bien, así lo haré.

—Dile a Cubero que él intente hablar con la directora y la tutora del colegio de Lola, nos interesa saber cualquier problema que haya habido en el colegio en el que Lola haya estado involucrada, también quiero que se centren en aquellos profesores que sean hombres, ya sabes..., por si acaso..., interrogadlos.

—Sí, entiendo.

—¿Sabéis si Lola estaba apuntada a alguna clase extraescolar? Que Cubero investigue también eso, y que le ayude Ramírez. Quiero saber si tiene

amigos, y si es así, quiero que habléis con sus familias, me da igual que estén de vacaciones, quiero saberlo todo sobre esa niña; sus gustos, su personalidad, sus virtudes, sus defectos. ¡Todo! ¿Entendido?

—Sí, por supuesto. Me ocuparé de ello.

—¿Qué opinas de este caso?

—Pues...todavía es pronto para hacer suposiciones.

—Sí, lo sé, pero ¿cuál es tu primera impresión?

—No parece un secuestro por dinero.

—Eso es cierto, por ahora no ha pedido nadie un rescate.

—A menos que nos lo estén ocultando.

Asentí.

—Buena observación. No hay que descartar nada, iré hoy mismo a hablar de nuevo con Pablo para ver si me está ocultando algo en ese sentido.

—Mi primera impresión es que es algo personal —añadió Susana.

—¡Exacto! Me alegro de saber que compartimos la misma intuición, aunque como ya sabes...

—No hay que obsesionarse con la primera impresión, siempre hay que desechar todas las líneas de investigación, por efímeras que parezcan.

Aquella mujer no dejaba de asombrarme.

—Tú lo has dicho, Susana. Cuento con que pongas al equipo a trabajar, este caso es el más importante que tenemos desde hace tiempo y está en juego la vida de una niña de siete años. Si hace falta que yo hable con el equipo...

—No hará falta. Yo me encargo.

—Aunque lo dudo, investigad también si hay algún pederasta por la zona, cualquier hombre sospechoso en este sentido.

—Ya lo estamos haciendo, mi capitán.

—Bien, gracias Susana, y por favor, diles a Celia y a Fabio que pueden pasar.

Asintió antes de cerrar la puerta tras de sí. Sonreí al darme cuenta de que me gustaba trabajar con ella, había pasado mucho tiempo desde que no trabajaba tan a gusto con alguien, desde que..., mejor no pensar en ello ahora, necesitaba estar completamente concentrado para aquel interrogatorio.

Un golpecito en la puerta me sacó de mis pensamientos.

—Pasad.

Aquellos primos, o más bien tía y sobrino, parecían no haber dormido demasiado aquella noche, aunque ¿quién habría podido pegar ojo? Volvió a llamarme la atención la belleza de aquella mujer; la noche anterior, cuando la vi por primera vez, consiguió perturbarme, y aquello no era algo habitual. Por lo visto su sobrino no era inmune al embrujo que ocasionaba, era obvio que estaba loco por ella.

—Por favor, sentaos.

—Sabemos que quiere interrogarnos, capitán —habló él—, pero antes de nada queríamos pedirle permiso para llevar a cabo una campaña de concienciación.

—¿Concienciación?

—Sí, habíamos pensado poner carteles con el anuncio de la desaparición de Lola por este pueblo y los alrededores, por si alguien la ha visto. Hemos puesto el móvil de Celia, para que no estén molestando a Pablo

con falsas alarmas —aquel rubiales me mostró el cartel que habían diseñado, en realidad era buena idea.

—En un principio mi idea era mantenerlo en secreto... —respondí—, pero me temo que va a ser imposible, algo así se filtrará a la prensa en menos que canta un gallo. Adelante..., podéis distribuirlos. Tal vez sirva de ayuda. Es buena idea que hagáis de filtro con las llamadas y, si sospecháis que alguna es verídica, llamadme —le tendí una tarjeta a ella y no a él a propósito—, a cualquier hora.

—Bien, así lo haremos, gracias —dijo Celia cogiendo la tarjeta.

—Fabio..., necesito hablar a solas contigo.

Celia se dio por aludida y salió sigilosamente del despacho, mis ojos no pudieron evitar seguirla en todo momento hasta que desapareció de nuestra vista, detalle que obviamente no escapó a la vista de Fabio, que me miró molesto.

—Tú dirás —espetó.

—¿Qué tipo de relación tenéis Celia y tú?

—¿Relación? ¿A qué te refieres?

—Me refiero a si me puedes aclarar qué sois exactamente.

—Ah... —repuso aliviado—, bueno, mi padre, Leo, es medio hermano de Celia. Leo es el hijo de mi abuelo Marcos de su primer matrimonio. Celia es su segunda hija de un segundo matrimonio, por tanto Celia y Leo son medio hermanos. Yo soy el hijo de Leo, por lo que Celia es mi tía, o medio tía, a pesar de que yo soy mayor que ella.

—Ajá..., y ¿no es cierto que tu tía Celia y tú mantuvisteis una relación amorosa hace algunos años?

Por descontado que mi comentario le había pillado desprevenido, por lo visto se pensaba que aquella truculenta historia estaba cerrada al ámbito familiar, pero estaba muy equivocado. Más tarde o más temprano yo me enteraba de todo.

—Sí, es cierto —repuso después de unos segundos. Al menos era sincero.

—¿Es posible que María os avisara de los posibles peligros de vuestra relación? Con su don pudo ponerlos sobre aviso —Fabio estaba completamente asombrado por mis palabras—; estoy al tanto del don de María, ella misma me lo confesó hace unos años, pero no te preocupes, esto no constará en ningún informe. Es completamente confidencial, se lo prometí a María hace mucho tiempo y yo siempre cumplo mis promesas.

Fabio asintió poco convencido.

—Prosigamos..., digamos que María intentó que dejarais vuestra relación por el bien de la familia, digamos que la hicisteis caso por la presión, y por eso te marchaste lejos de aquí. Digamos que eso te ha tenido frustrado todos estos años, puesto que sigues enamorado de tu tía.

—¿Qué demonios...?

—Oh, vamos Fabio, es obvio, ¿a quién pretendes engañar? Es posible que se lo ocultes a los demás, pero a mí no. Culpas a María por lo sucedido y por eso has maquinado la desaparición de Lola.

Fabio se levantó de la silla completamente indignado.

—¿Qué estás diciendo! ¡Estás totalmente loco! ¿Cómo iba a hacer algo así?

—Simplemente me cuadran ciertas cosas..., llegaste el domingo, ¿no es cierto? Hablaste con los niños, sobre todo con Lola, de hecho por lo visto

la hiciste llorar. ¿Qué le contaste a Lola para que se asustara tanto?

Fabio tenía la mandíbula desencajada, sorprendido, no solo de la cantidad de datos que tenía, sino de la calidad de los mismos.

—Pudiste convencerla de que te esperara en la cabaña que tienen en medio del campo, y ayer la recogiste, o tal vez mandaste recogerla, porque seguro que tienes una buena coartada. No creo que seas tonto.

—Oh..., gracias por pensar tan bien de mí —su tono era evidentemente irónico—, pero me temo que yo no hice nada de eso. En esos momentos estaba con Celia, ella lo confirmará.

—Eso por descontado. Contrataste a alguien para que la recogiera y, obviamente, la dormisteis para no hacer ruido.

Fabio se volvió a sentar en la silla, no parecía estar actuando, estaba asombrado de la película que había montado en un momento. Respiró varias veces clavándome una mirada inteligente.

—Está bien..., digamos que todo eso que has maquinado es cierto. ¿Para qué demonios secuestraría a Lola? ¿Con qué propósito?

—Venganza. María estropeó tu relación.

—Ya... ¿y por qué he decidido vengarme después de tanto tiempo? ¿Acaso tiene algún sentido hacer esto siete años después, cuando yo tengo mi vida organizada en Estados Unidos?

—No lo sé, dímelo tú.

—Estás completamente loco, si esa es la línea de investigación que estás siguiendo, que Dios nos asista.

—Me parece llamativo que todo marchara bien hasta que decidiste volver de América; desde que has llegado han pasado demasiadas cosas.

¿Casualidad? No lo creo.

Fabio negó con la cabeza. Obviamente, pensaba que estaba loco, pero mi trabajo era sospechar de todo y de todos, y provocar a todo el mundo para que la mierda saliera a la superficie, y por mis huesos que ese joven ocultaba algo.

—Puedes irte. Dile a Celia que pase. Le preguntaré qué has estado haciendo estos días.

Fabio se levantó visiblemente enfadado y salió dando un portazo. No parecía culpable, pero nunca lo parecían. Tendría que decirle a Susana que le vigilara de cerca, pero sería difícil seguir el rastro de todos los familiares que iban a congregarse allí en los próximos días.

Su tía Celia (parecía mentira que aquella chica tan joven pudiera ser su tía, ¿cuánto años tendría?) apareció en el umbral de la puerta con el rostro marcado por la preocupación.

—Capitán...

Caminó hacia mí, lo cual hizo que me levantara precipitadamente de la silla confundido. ¿Qué hacía junto a mí? ¿Por qué no se sentaba en su sitio? Me tocó ligeramente el brazo. Sabía que era demasiado niña para mí, pero ¿cómo podía ser que su tacto me provocara tanto desasosiego?

—Tiene que prometerme que encontrará a mi sobrina Lola, por favor, se lo suplico, tiene que encontrarla. No sé quién se la ha podido llevar, pero tiene que encontrarla antes de que... —En ese momento se giró visiblemente emocionada y se dejó caer sobre la silla con los ojos llorosos.

—Celia..., tutéame, por favor —me había descolocado totalmente con su cercanía.

—Lo siento..., capitán, lo siento mucho, no tenía que haberme puesto

así, es que..., estoy muy preocupada, sobre todo porque no podemos contar con María. Si ella pudiera ayudarnos... No es que no confíe en su trabajo, de hecho María me ha hablado muy bien de ti.

—¿Ah sí? —aquella confesión me sorprendió tanto como me halagó.

—Sí, sé que harás todo lo posible por encontrarla, sé que no todos se lo toman tan en serio como tú, y en eso hemos tenido suerte. Aun así, quería decirte que cuentes conmigo para lo que sea, cualquier cosa en la que pueda ayudar, por favor dímelo. No puedo estar sentada esperando que...

—Tranquilízate, Celia, tú y Fabio vais a distribuir esos carteles, ¿no? Ya me estás ayudando. Y por cierto, prométeme que atenderás tú esas llamadas.

Me miró confusa.

—Sí, claro, es mi móvil.

—Bien, yo también confío en ti, Celia, en tu criterio, y si piensas que alguna de las llamadas pueden ser fiables, no dudes en llamarme, a cualquier hora —recalqué—, no intentes investigar por tu cuenta, puede ser peligroso, ¿me entiendes?

—Sí, capitán.

—Llámame Miguel.

—Sí, Miguel.

—Bien, ahora..., si te parece bien, te haré unas preguntas.

Esos ojos verdes me miraron con expectación, era obvio que estaba deseando ayudar.

—¿Dónde has estado en las últimas veinticuatro horas?

—Ayer estuve casi todo el día estudiando en casa.

—¿Y Fabio? ¿Estuvo contigo?

—Sí, él estuvo en casa también. Sobre las ocho y media los dos salimos de casa.

—¿A dónde?

—Cogimos el coche para ir a cenar a un sitio.

—¿Dónde? Necesito los datos, Celia..., mera rutina —¿por qué era tan suave con ella?

—En realidad íbamos hacia Cebreros, es un pueblo de Ávila, pero nos dimos la vuelta y acabamos cenando en casa.

—¿Puedo saber por qué cambiasteis de idea?

Por lo visto mi pregunta la había incomodado. La verdad es que no necesitaba tantos datos, era obvio que tenían una coartada, pero sentía curiosidad por saber si habían vuelto a liarse. Tal vez me diera morbo aquella relación en cierta forma incestuosa.

—Yo..., bueno, cuando me di cuenta de a dónde íbamos, le pedí a Fabio que diera la vuelta.

Arqueé la ceja, curioso.

—No quería ir al Rondón, me trae demasiados recuerdos.

—Oh..., entiendo.

—Por eso decidimos volver a casa, y cuando estábamos terminando de cenar, fue cuando Pablo nos llamó y nos contó lo que había sucedido.

—Comprobaremos las llamadas. ¿Puedes decirme qué ha estado haciendo Fabio desde que llegó el domingo?

—¿Por qué? ¿Sospechas de él?

—Contesta la pregunta, Celia.

—Está bien. No hemos estado todo el tiempo juntos, pero creo que prácticamente ha estado en casa la mayor parte del tiempo, menos el lunes por la mañana, no sé dónde estuvo, no le pregunté.

—Bien, con eso me basta..., por ahora. Puedes irte, Celia.

Asintió y, cuando estaba a punto de salir, me quedé de piedra cuando de mi boca salieron aquellas palabras. Nunca hacía eso, nunca prometía algo que no pudiera cumplir.

—Celia..., te prometo que lo haré, encontraré a tu sobrina.

Aquella sonrisa que me dedicó me dejó en un estado de euforia. No sabía qué demonios me pasaba. ¿Me habría embaucado con aquel rostro angelical y aquella voz suave y femenina? Tal vez necesitaba un buen polvo, tal vez.

Llevaba horas allí arriba, en lo que Susana llamaba el *pensadero*; según ella, aquella palabra venía en un libro de Harry Potter, a mí me daba igual, pero lo cierto era que tenía mucho sentido denominar así a esa sala fría en la que apenas había más que una mesa, dos sillas y aquellas pantallas sobre las que iba plasmando mis ideas o colgando fotos. En la primera salían los nombres de los posibles sospechosos, divididos en cuatro grupos por orden de sospecha. El primero de ellos era familia (si es que aquello podía considerarse una familia):

Familia de Lola:

Fabio (¿)

Celia (tía)

Marcos (abuelo)

Teresa (pareja abuelo)

Pablo (padre)

María (madre)

Diego (hermano mellizo)

Clara (tía abuela)

Leo (tío abuelo político)

Alejandro (hijo Clara y Leo)

Aurora (hermana Pablo)

Joaquín (marido Aurora)

Colegio

Por el momento vacío a la espera de información de Susana.

Funeraria (trabajo María)

Trabajadores en activo: Daniel Gómez, Sergio Santos, Carlos Mateo, Felicia Otaola (esta última incorporada en Junio).

Trabajadores no activos: Pedro Vals, Sebastián Ramírez

Desconocidos: pederastas, secuestro por dinero, explotadores sexuales, tráfico de órganos, redes de adopción ilegal.

Ese último no me cuadraba, la niña era demasiado mayor para esa posibilidad. Decidí tacharla.

Acababa de darme cuenta de que necesitaba un quinto grupo.

Trabajo Pablo (posibles enemigos)

Después de hablar con Pablo había considerado que, debido al éxito que estaba teniendo con su empresa de aceite tanto dentro como fuera de nuestras fronteras, debía prestar atención a la posibilidad de un móvil de ese tipo, sobre todo considerando que había quedado en segunda posición en el último concurso al *mejor extra vírgine* del mediterráneo, dejando fuera a grandes productoras de aceite que en otras convocatorias habían resultado ganadoras. Saqué la lista que me había entregado Pablo con los nombres de los concursantes, a pesar de que me había asegurado que mi idea era descabellada, y volví a repasarla por si acaso se me había pasado algo por alto. ¡Ahí estaba! ¿Cómo no lo había visto antes? Tal vez me equivocara, pero sería mejor comprobarlo.

Justo en ese momento, como si hubiera escuchado mis deseos, Susana llamó a la puerta; sabía que era ella porque la puerta era de cristal esmerilado y podía distinguir su silueta a través de ella (no estaba mal del todo, al fin y al cabo tenía unas buenas curvas); además, era de las pocas que llamaba antes de entrar, sabía que no me gustaba que me molestaran cuando estaba en el *pensadero*.

—Pasa, Susana.

—¿Puedo sentarme, mi capitán?

Le señalé la silla a modo de respuesta. Miró a las pantallas y señaló hacia una de ellas.

—Si me lo permite, creo que puede usted borrar la lista de “colegio”. Ahí no hay nada.

—¿Ya habéis podido hablar con la directora y la tutora de Lola?

—Sí. Creo que no debemos centrarnos en el colegio, allí no ha pasado nada raro, y tan solo tiene un profesor varón, y por lo visto es gay, por lo que

no tenemos sospechosos en ese sentido. Aunque ahora tengo más datos de cómo es esa niña. Es una niña introvertida, tan solo juega con su hermano, y a veces con los amigos de su hermano. No tiene trato con ninguna niña de la clase, pero las demás, por lo que dice su profesora, no se meten con ella, tan solo la ignoran como Lola hace con ellas. Incluso podría decirse que le tienen miedo. Parece que es una niña muy observadora que lo mira todo y lo escucha todo. Algo excéntrica. Su hermano y ella están muy unidos, supongo que es normal al ser mellizos, pero por lo visto su hermano se siente muy protector. Si alguien se mete con ella, es el primero en enfrentarse a quien sea.

—Acabas de decir que nunca ha pasado nada...

—Bueno, pasó el año pasado, un niño mayor se metió con Lola por lo rara que es y Diego salió en su defensa, poco le importó que aquel niño le sacara tres años y varias cabezas. A pesar de lo pequeño que era, no salió tan mal parado. Los niños desde entonces no molestan a ninguno de los dos, los respetan o, tal vez, los temen.

—Interesante... —dije al mismo tiempo que tachaba aquella categoría. Ya solo quedaban cuatro.

—No hay ningún pederasta por la zona, ni siquiera en un radio de doscientos kilómetros. No podemos descartar la actuación de alguna banda de explotación sexual, al fin y al cabo la niña tiene siete años, y es muy bonita.

—Sí..., lo sé, pero por alguna razón dudo de que los tiros vayan por ahí. ¿Qué hay de los trabajadores de la funeraria?

—Oh, todos tienen coartada, aunque todavía tengo que hacer unas comprobaciones, sin embargo no he podido localizar a la nueva trabajadora, Felicia Otaola.

—Háblame de ella.

—Es de un pueblo de Vitoria y llevaba años trabajando en un prestigioso obrador. Hace menos de dos meses y medio se vino a vivir a Mora y María la contrató para trabajar en la funeraria a pesar de que no tenía experiencia.

—De un obrador a una funeraria... —comenté extrañado—. ¿Qué la habrá llevado a cambiar de vida de un modo tan radical? No tiene sentido.

Susana no contestó, esperando a que le hiciera alguna pregunta o petición más.

—¿Sabes por qué razón la contrataron sin tener experiencia?

—Dani me ha explicado que no es un requisito, pero que además acababan de tener una baja médica, Pedro Vals..., tuvo un accidente bastante aparatoso y estará de baja bastante tiempo

—Oh, entiendo. Tenían prisa por contratar a alguien. ¿No tenemos ninguna otra forma de localizar a esa mujer?

—Tan solo tengo una dirección de Vitoria.

—Bien..., hagamos varias cosas. Quiero que te encargues de averiguar todo sobre este hombre —le dije al mismo tiempo que le tendía la lista de los asistentes al concurso de aceite—, Carlo Bassi Marchetti. Tiene el mismo apellido que Leo y me pregunto si estarán relacionados. En cuanto al tema de Vitoria..., dile a Ramírez que llame al servicio de información de Vitoria y que se informe sobre esa mujer. En cuanto a mí..., voy a hacerle otra visita a Pablo, necesito hablar con su hijo.

—¿Con Diego, mi capitán? —preguntó sorprendida Susana.

—Sí, claro, el único que tiene.

—Verá..., mi capitán, sería mejor que le acompañara yo, tal vez no sea buena idea...

—¿Cómo que no? Ese niño puede saber...

—Me refiero a que, si le parece bien, creo que sería más conveniente que lo interrogara yo —dijo esto último carraspeando, como si aquel comentario la hubiera incomodado.

—Oh..., creo que entiendo a qué te refieres. ¿Crees que no debería interrogar a un niño? —en vista de que no respondía, la insté—; venga, Susana, contéstame con sinceridad. Es una orden.

—Sí, eso creo, mi capitán.

—¿Tú si tienes experiencia interrogando niños?

—No la tengo, pero creo que conmigo se sentirá más cómodo —me dedicó una sonrisa ¿burlona? ¿o era mi imaginación?—, tal vez pueda aprovechar para preguntarle a Pablo acerca de ese tal Bassi Marchetti, si es familia de Leo es posible que le conozca.

—Sí..., está bien, puedes acompañarme, yo también tengo que hablar con Pablo para asegurarme de que no nos esté escondiendo lo de un posible rescate.

Era posible que Susana tuviera razón y fuera más conveniente que ella interrogara al niño, después de todo hacía falta tacto femenino y yo no lo tenía. Aunque curiosamente con Celia había tenido mucho tacto, más que con ninguna persona, tal vez frente a mujeres bellas y niños pequeños me comportara de otro modo, o tal vez aquello que sucedió hacía unos años me hubiera cambiado.

Finca Los Olivos. Miércoles 18:00 hrs.

Celia

Paseaba por la finca flanqueada, por un lado por mi hermana, y por el otro por mi sobrino Diego. Me veía obligada a sacar de paseo a María puesto que, si nadie lo hacía sería capaz de permanecer sentada mirando el vacío el resto del día. Su estado me desolaba, tenía miedo de que hubiera perdido la razón y nunca más fuéramos a recuperarla. Diego también parecía triste sin su compañera de juegos, como si le faltara su otra mitad.

—Celia... ¿por qué mamá está así?

En realidad, había tardado en hacerme aquella difícil pregunta.

—Bueno..., verás. Yo creo que es porque en realidad no está del todo con nosotros, creo que una parte de ella está con Lola, para que no tenga miedo.

—Ahhh, sí, creo que tienes razón. Mamá nunca dejaría a Lola sola. La echo de menos...

—Yo también. Diego... Quería preguntarte algo... ¿estabas con Lola cuando se la llevaron? —llevaba todo el día queriendo preguntarle sobre la desaparición de Lola, como Fabio y yo habíamos hablado la noche anterior, pero no había podido hacerlo hasta ese momento. Fabio y yo llevábamos todo el día colgando carteles en los alrededores.

—Ella me despertó y me dijo que se iba a la cabaña.

—¿A la cabaña?

—Sí, le pedí que no lo hiciera, papá se iba a enfadar, se suponía que teníamos que estar durmiendo.

—¿Y qué te dijo?

—Que tenía que ir para que no quemaran la cabaña.

—¿Quién iba a quemarla? —respondí asustada.

—Ellos.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

Diego se encogió de hombros.

—¿No la acompañaste?

—No me dejó, lo intenté, pero me dijo que yo no podía ir y que papá tampoco. Se puso muy seria, me hizo prometerlo por lo más sagrado.

—¿Por lo más sagrado?

—Por la familia.

—Entiendo... ¿viste a alguien?

Negó con la cabeza.

—¿Por dónde salió Lola?

—Por la ventana, pero por favor, no se lo digas a nadie —esto último lo dijo en un susurro —, si no papá se enfadará mucho con Lola.

Pobre Diego, si supiera que su padre se olvidaría de todo en cuanto la volviera a tener entre sus brazos, todo sería perdonado si es que había algo que perdonar. De todos modos, era imposible que hubiera bajado por la ventana, a menos que...

—¿No miraste por la ventana cuando se fue?

—No, tenía miedo.

—¿Pensabas que Lola iba a volver?

Asintió.

—¿La esperaste?

Diego se soltó de mi mano y aceleró el paso sin haberme respondido.

—Te quedaste dormido, ¿verdad?

Como respuesta, dejó de caminar y miró enfadado hacia el suelo, confirmando con su silencio que se sentía culpable por haberlo hecho.

—Es normal, Diego, no es culpa tuya —le dije acariciándole el pelo.

—¿Son malos los que se la han llevado?

No pude responderle a aquella pregunta. Esperaba por lo más sagrado que no lo fueran, pero no tenía ni la menor idea de quiénes eran “ellos”.

—¡Celia! ¡Celia! —me giré para descubrir a mi padre a un kilómetro de nosotros haciéndome señas para que volviéramos.

—Vamos a ver qué quiere el abuelo.

Por suerte, Diego había olvidado nuestra conversación y corrió hasta alcanzar a Marcos para después tirarse en sus brazos. Marcos le dio vueltas en el aire. Era asombrosa la capacidad de los niños para olvidar las tragedias. El hecho de que María ni siquiera mirase hacia su hijo me partía el corazón.

—Celia... —no hizo falta que mi padre me explicara de qué se trataba; a sus espaldas, a varios metros de distancia, Susana y el capitán miraban hacia Diego, que en esos momentos se había agachado en el suelo para recoger unas palas de excavar de juguete que estaban allí tiradas.

—¿Pablo está de acuerdo?

—No está, ya sabes que ha ido al encuentro de esos americanos que venían hoy a visitar la finca. Con todo lo que ha pasado se había olvidado por completo de ellos, iba a intentar cancelarla, pero no sé si lo habrá conseguido. Venían de Estados Unidos en un viaje muy apretado de tiempo. Yo me hago responsable, les he dicho que estaba de acuerdo siempre y cuando lo hiciera

ella y tú estuvieras presente.

—¿Ella?

—Sí, no dejaría a un niño con el capitán ni muerto, sé lo que es que te interrogue ese hombre —repuso, aunque en realidad no entendí aquel comentario.

—Yo estaré con Diego.

—Bien, seguro que él se sentirá más seguro si tú estás cerca.

—Llévate a María dentro y por favor, dale agua, no sé cuándo fue la última vez que bebió. Hay que mantenerla hidratada.

—Por supuesto, vamos María —la agarró de la mano y se alejó con ella mientras le susurraba cosas al oído. Mi padre era un hombre encantador. Siempre tenía una sonrisa en los labios, y en esos momentos a todos nos hacía falta una sonrisa.

Le hice una seña a Susana para que se acercara y me agaché junto a mi sobrino.

—Diego..., te presento a Susana, es policia —dije sabiendo que aquello le interesaría.

Mi sobrino soltó las palas y miró hacia Susana con interés.

—¿Vas a encontrar a mi hermana?

—Por supuesto, pero necesito que me ayudes un poquito. ¿Puedo hacerte unas preguntas?

Diego no dijo nada, y ella se lo tomó como un sí.

—¿Estabas ayer con tu hermana cuando desapareció?

—No, estaba con ella antes de que se fuera —me dieron ganas de reír,

aquello era una buena respuesta teniendo en cuenta nuestra reciente conversación.

—¿Salió ella sola de casa? —preguntó sorprendida Susana.

Diego asintió.

—¿Por dónde salió?

Diego le mantuvo la mirada pero no contestó.

—Puedes contestarla, Diego —le animé.

Él negó con la cabeza y yo le hice una seña a Susana para que continuara.

—¿Viste a alguien desconocido?

—No. Yo no fui con ella.

—¿Por qué salió de casa?

—Quería ir a la cabaña para comprobar que ellos no la habían quemado.

—¿Quiénes son ellos?

Encogimiento de hombros. Me temía que aquella conversación no iba a dar más frutos.

—Diego... —intervine—, dile a Marcos que te prepare algo de merendar, ¿de acuerdo?

—Pero no quiero fruta.

—Bueno..., no le digas nada de la fruta, tal vez te sorprenda.

Diego salió corriendo hacia la casa. El capitán, que se había mantenido al margen aunque seguramente escuchando todo lo que habíamos hablado apoyado sobre la fachada de la casa, se encaminó hacia nosotras

justo cuando Fabio salía de casa. No entendí la mirada de alarma de mi primo que, al vernos, se acercó con prisas.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió Fabio confuso mirando hacia la cabo y al capitán, aunque a este último le clavó una mirada de desagrado.

—Han venido a hablar con Diego.

—¿Con Diego? Pero si tú y yo... —Sabía que se molestaría.

—Lo sé, pero... —miré nerviosa a nuestros invitados— han venido preguntando si podían hablar con él.

—¡Usted no está capacitado para hablar con niños, capitán! — exclamó de pronto Fabio dejándome helada; sin embargo, a Susana se le escapó una risa nerviosa mientras que el capitán le miraba impertérrito.

—Siento decirte que no eres nada original, muchacho —repuso después de unos segundos.

—¿Muchacho? Será mejor que se mantenga alejado de mí, capitán — le soltó Fabio. ¿Qué demonios les pasaba a los hombres?

—Para mí será un placer, muchacho —volvió a recalcar. Intuí lo que iba a suceder (conocía demasiado a Fabio), de modo que cuando Fabio dio un paso al frente colocándose de cara al capitán y este hizo lo mismo, me interpuse entre los dos. Aquello me recordó a esa noche hacía muchos años cuando hice lo mismo para protegerle de una pelea contra tres chicos.

—¡Basta ya! Estamos intentando encontrar a Lola no buscar más enemigos. ¿Qué demonios os pasa a los dos?

Ambos se miraron fijamente, obviamente con ganas de comenzar una pelea, pero por suerte Susana decidió ayudarme y agarró a Miguel de la manga de su camisa.

—Mi capitán..., esto no va a ningún sitio. Celia..., nos iremos en cuanto nos aclares qué es lo que no nos ha contado Diego.

Esperé hasta que ambos se retiraron.

—Oh, sí, verás..., según él, Lola escapó por la ventana.

—¿La ventana? ¿Nos puedes enseñar cuál es la ventana que da a su dormitorio?

Asentí señalando hacia ella, estábamos justo debajo. Los cuatro observamos aquella fachada de piedra granítica casi lisa, sin ninguna ranura para poder trepar y ningún árbol que pudiera ayudar a una niña a descender desde el segundo piso.

—Es imposible —murmuró Miguel.

—A menos que alguien trajera una escalera —intervine.

—Buena observación..., pero en ese caso tuvieron que ser dos personas —añadió Susana.

—A menos que Lola se fuera voluntariamente... —todos me miraron extrañados.

—No me miréis así; según Diego, ella salió voluntariamente, tal vez le prometieron algo, o..., la amenazaron con hacer daño a su familia —concluí recordando las palabras de Diego, «Lola me dijo que yo no podía ir y papá tampoco».

—Sí, todo es posible —comentó Miguel sin dejar de mirar hacia Fabio maliciosamente.

—Mi capitán, creo que ya hemos conseguido la información que necesitábamos.

Miguel tardó unos segundos en apartar aquella mirada asesina de

Fabio para dirigirse hacia el aparcamiento. ¿Qué les pasaba a esos dos?

—¿Celia! —exclamó Miguel cuando ya estaba a punto de desaparecer por la esquina de la fachada—, dile a Pablo que me llame cuando venga, es urgente, ¿vale?

—Sí, por supuesto.

—¿Sí, por supuesto? ¿Qué te pasa? ¿Acaso eres su secretaria? —me espetó Fabio.

—Pero... ¿qué dices? ¿Se puede saber qué te sucede, Fabio? ¿Qué demonios os pasa a los dos?

—Oh..., perdona, Celia, es que ese hombre me saca de mis casillas.

—¿Por qué? ¿Qué os pasa a todos con él?

—No sé a qué te refieres con todos..., pero conmigo ha empezado con mal pie. Me culpa del secuestro de Lola, ¿te lo puedes creer?

—¿En serio? Eso es absurdo.

—Gracias por pensarlo.

—Pero... ¿cómo? ¿Por qué?

—Verás Celia..., él sabe lo nuestro.

—Te refieres a...

—Sí, él sabe que tú y yo... ya sabes, no sé quién se lo habrá podido decir.

Sentí un dolor en el pecho al recordar aquello, no es que lo hubiera olvidado, por desgracia jamás podría hacerlo por más que lo intentara. Recapacité durante unos segundos.

—Tan solo lo saben María, Pablo, Alberto, tú y yo.

Fabio se encogió de hombros.

—Y aun así, ¿cuál sería el móvil? —pregunté sin comprender.

—Venganza. Según él, quería vengarme de María por haber hecho que rompiéramos.

—¿María? Está muy equivocado... ¿no se lo has aclarado? El único culpable de aquello, el que hizo que rompiéramos, fuiste tú —de pronto sentí una pena inmensa que se instalaba en mi pecho. No me gustaba remontarme al pasado. Me giré para irme, necesitaba estar sola. Sin embargo Fabio me agarró de la mano para impedírmelo, demasiado fuerte para mi gusto.

—¡Suéltame! —le increpé.

—Por favor..., por favor —suplicó —, no te vayas, no me dejes solo, esto que está sucediendo me está superando.

Que la desaparición de mi sobrina —alguien a quien él no estaba en absoluto apegado puesto que se había perdido su infancia— le afectara tanto me enterneció. Pero lo que me hizo acercarme más a él fue su forma de mirarme, sus ojos verdes me acariciaban, me atraían como a un imán, como siempre habían hecho.

—A mí también, Fabio —susurré, y entonces Fabio hizo algo que no me esperaba, me atrapó entre sus brazos. Intenté desasirme, pero enseguida desistí porque hacía tiempo que nadie me arropaba de ese modo, hacía tiempo que no aspiraba aquel aroma ni me sentía tan protegida entre los brazos de un hombre. Me acurruqué en su hombro y, por primera vez en veinticuatro horas, pude respirar tranquila, aquel momento me hizo saber que todo saldría bien porque él estaba junto a mí.

—Vaya... —murmuró de pronto Fabio, haciendo que despertara de aquel sueño fugaz en el que me había metido voluntariamente.

Al separarme de él, seguí su mirada comprendiendo de golpe el porqué de su rostro cargado de tensión. Alberto estaba en el porche, mirando retadoramente hacia nosotros, haciendo que reviviera por unos segundos aquella brutal paliza que le dio a Fabio cuanto tenía dieciséis años y Fabio era el hombre de mis sueños. Qué sueños tan infantiles había atesorado cuando era una adolescente. Sueños rotos, sueños quebradizos que me habían convertido en una mujer realista y poco dada a los sentimentalismos.

El sonido del móvil de Fabio me hizo dar un brinco, y más todavía escuchar el nombre de una mujer en sus labios, Sara. Aunque podría ser alguien de su trabajo, o una amiga de San Francisco, la forma en la que dijo su nombre me hizo entender que era alguien querido. No pude descifrar nada de lo que decía, no solo porque Fabio se había alejado con el móvil, sino porque hablaba en un inglés americano tan perfecto que era incapaz de entenderlo. Me temía que tantos años esforzándome por conseguir mi sueño de convertirme en matrona había hecho que los idiomas quedaran relegados a un cuarto plano. Vamos, que no tenía ni idea de inglés.

En vista de que aquel momento irreal había pasado y no volvería a producirse, me acerqué a saludar a mi hermano, que seguía allí plantando sin dejar de mirarnos como si pensara que Fabio y yo habíamos vuelto, nada más lejos de la realidad.

—Hola —le di dos besos y entonces la vi a ella, detrás de él, escribiendo un mensaje en su móvil.

—Hola, Carlota —levantó la mirada y me dedicó una de aquellas sonrisas irónicas que tanto odiaba. Por supuesto, no le di dos besos, solíamos evitarlo siempre que podíamos. No entendía cómo podía mi hermano estar enamorado de esa chica, bueno, sí lo entendía, en realidad eran tal para cual.

—Hola, Celia. ¿Dónde están María y Pablo?

—¿Todavía no habéis visto a María?

—No.

—Bien..., acompañadme, es mejor que os prepare.

—¿Prepararnos para qué? —preguntó Alberto acercándose y rodeando la cintura de Carlota.

—Ahora lo veréis.

«Es algo horrible a lo que supongo tendremos que acostumbrarnos hasta que encontremos a Lola», pensé.

Finca Los Olivos, 21:30 hrs.

Pablo

Cuando llegué a casa eran más de las nueve y media. Estaba derrotado, abatido, aquello era una pesadilla. No sabía qué me esperaba al llegar, ni siquiera lo había pensado al entrar, perdido en la niebla de mis pensamientos y temores, pero me quedé de piedra al ver a casi toda la familia de María allí sentada a la mesa del porche esperándome para cenar. María estaba en la cabecera, Celia a un lado y el otro lado permanecía vacío, suponía que a la espera de que me sentara junto a mi mujer y mi hijo. La visión de mi mujer, igual que cuando me había ido a media tarde, hizo que estuviera a punto de darme media vuelta y encerrarme en mi dormitorio, sin embargo el rostro de felicidad de Diego al verme señalándome la silla que estaba junto a él, hizo que olvidara mi dolor por un instante.

—¡Papi! ¡Papi ya está aquí! Ven..., siéntate conmigo.

—Perdonad que haya tardado tanto —fui hasta el sitio donde me

indicaba Diego, y me senté.

—No te preocupes, Pablo, ya has llegado, de modo que a cenar —dijo Marcos—, aunque en realidad Diego ya ha cenado, pero le hemos prometido que podía quedarse hasta que llegaras.

—Gracias por cuidar de él —repuse revolviéndole su pelo rizado.

—¿Has visto qué comida tan rica han preparado Marcos y Fabio? —preguntó mi hijo.

—Ya veo..., mmm, tiene una pinta estupenda. Comencemos, entonces. Alberto..., Carlota..., gracias por venir.

Después de servirle la comida a María e indicarle que comenzara a cenar —en esos momentos era como un niño pequeño o quizá algo peor—, los comensales comenzaron a hablar de trivialidades, suponía que intentando evitar el incómodo silencio que reinaba en esa casa. Me partía el alma ver a María con la mirada perdida cenando obedientemente sin demostrar ninguna emoción por la comida, a pesar de lo delicioso que estaba. Lola desaparecida a saber en manos de quién, y María en *shock* permanente. Ni siquiera tenía apetito, pero intenté ocultarlo, después de todo, la familia de María se estaba portando maravillosamente bien.

—Diego..., creo que es hora de irse a la cama.

—Nooo, no quiero irme. No quiero dormir solo.

—Vamos, Diego, te llevaré a la cama y me quedará hasta que te duermas.

—¿Lo prometes?

Asentí y, después de darle un beso a su madre, a su tía Celia y a Marcos (aquellos besos elegidos parecían poco educados, pero en esos

momentos aquello era lo último que me preocupaba), subimos a su dormitorio y, a pesar del calor que hacía, cerré la ventana.

—¿Papá? ¿Verdad que Lola va a volver?

—Claro que sí, Diego. Volverá.

—Ya hace un día entero que no está...

—Lo sé, ahora cierra los ojos, te contaré un cuento —cogí uno de tantos que tenían en la estantería, su madre solía inventarse historias para ellos, pero me temía que yo no tenía imaginación ni ganas.

No tardó en cerrar los ojos. Le besé y salí de allí, no sin antes sentir un nudo en el estómago al ver la cama vacía de Lola. En cuanto llegué al porche y vislumbré a María allí sentada completamente ausente, comprendí lo que necesitaba en esos momentos para intentar apaciguar mi alma.

—Si me disculpáis, María y yo nos vamos a la cama.

—Por supuesto. Buenas noches, Pablo —repuso Celia—. Oh..., Pablo, casi lo olvido, me pidió Miguel que lo llamaras.

—Gracias, le llamaré, y buenas noches a todos. Estáis en vuestra casa. Vamos, María, nos vamos a la cama.

Obediente como una buena niña, se levantó. La cogí de la mano y caminamos hasta nuestro dormitorio, dejando tras nosotros un silencio casi absoluto a excepción de aquel reloj que marcó las diez y media de la noche, y que hizo que sintiera un escalofrío al recordar que hacía veinticuatro horas de su desaparición. Un día entero sin mi niña —pensé, y de pronto sentí cómo las lágrimas resbalaban por mi mejilla, pero rápidamente las hice desaparecer.

Abrí el grifo de la bañera y le indiqué a María que se sentara sobre la banqueta.

—María..., he pensado que nos vendría bien un baño. ¿Te apetece?
—por supuesto, no obtuve respuesta.

Me pregunté si dejaría que cualquiera la desvistiera o si solo lo hacía porque sabía que yo era su marido, quise pensar que sabía quién era yo. Después de quitarle las bailarinas, le desabroché aquel ligero vestido que Celia había elegido aquella mañana. Estaba muy guapa, con el pecho más abultado de lo normal por aquel incipiente embarazo, aun así no me atreví a acariciarla como me hubiera gustado. Se metió en la bañera y dejó que la enjabonara y le lavara su bonito pelo castaño.

—Oh, Dios..., María, cómo te echo de menos. Si estuvieras conmigo, todo sería más sencillo. Podría llevar mejor la falta de Lola.

Ni siquiera se inmutó y continuó con la mirada clavada en la nada, como si estuviera en otra dimensión.

—Espero que estés así por una buena causa, estoy seguro de que es así, sino..., sino no te perdonaría que me hubieras abandonado cuando más te necesito.

Me desnudé y me acomodé detrás ella, rodeándola por la cintura, esa cintura que ya no estaba tan plana como hacía un mes. Apoyé su cabeza en mi pecho y le acaricié el pelo.

—Cuida de nuestros hijos, de Lola y del pequeño que llevas dentro, yo cuidaré de ti y de Diego, y me aseguraré de encontrar a Lola, te lo prometo.

Unos minutos después, recordé las palabras de Celia.

—¡Oh, vaya! He olvidado llamar a Miguel. Creo que debemos salir del agua, cariño. Lo siento.

Una vez que María estaba seca, con el camisón puesto y tumbada en

la cama, marqué su número.

—¿Miguel? Siento llamar tan tarde...

—Mejor tarde que nunca, a cualquier hora, Pablo, ya lo sabes. Dime... ¿te ha pedido alguien un rescate y estás ocultándomelo?

—¿Qué? Ojalá, Miguel, ojalá hubieran pedido un rescate, si solo se tratara de dinero, sería más sencillo.

—El premio que te ha tocado... ¿de cuánto dinero estamos hablando?

—¿Eso qué tiene que ver? Está bien, te lo diré, si crees que es importante para el caso. Son ciento cincuenta mil euros.

—Guau, es una cifra como para que me preocupe.

—No lo creas, tan solo se puede invertir en investigar en nuevas técnicas para mejorar la calidad del aceite. No puedo usarlo en lo que me dé la gana, ¿sabes?

—¿Me aseguras que no hay rescate?

—Te lo aseguro, Miguel, por lo menos por ahora.

—¿Cómo puedo saber que estás diciendo la verdad?

—Te lo prometo por mi familia.

—Eso no me asegura nada...

—Oh, es cierto, en realidad sospechas de mí y de toda mi familia.

—Por supuesto, sobretodo de ti. Tal vez estés drogando a María y por eso está así.

—Miguel..., pierdes el tiempo, si quieres ven mañana. Teresa ha traído los análisis que le han hecho a María, gracias a Dios está en perfecto estado de salud.

—Lo haré, no lo dudes. ¿Puedes decirme quién es Carlo Bassi Marchetti?

—Es un productor de aceite italiano, además de ser el hermano de Leo y tío de Fabio.

—Otro miembro de la familia sospechoso... —noté su voz socarrona.

—¿Por qué te ha dado por sospechar de él? ¿No tienes suficientes sospechosos?

—En años anteriores él obtuvo la misma posición en el concurso de aceite al que te presentaste.

—¿Y por eso va a secuestrar a mi hija?

—No solo por eso. Me he enterado de que él también salió con María pero que al final le dejó por ti.

¿Cómo demonios sabía eso?

—No fue así en realidad —aun así, tenía que confesar que me sorprendía la cantidad de información que conseguía Miguel. ¿Quién se lo habría contado?

—Asimismo, sé que no te gusta mucho ese hombre, también estuvo liado con tu hermana Aurora. Puede estar celoso y molesto contigo por...

—Oh, vamos, Miguel, hace dos años que se casó. No tiene ningún sentido que hago algo así cuando él es un hombre feliz.

—Ya sabes que tengo que tener todos los grupos de sospechosos controlados.

—Miguel, lleva más de veinticuatro horas desaparecida... ¿Tienes algún sospechoso de verdad que no sea de mi familia o de la de mi mujer?

—Sigo sin poder localizar a tu hermana y a Joaquín.

—No le des importancia, están buceando, normalmente no están disponibles. Verás, Miguel..., no puedo seguir así, te doy un día más para encontrarla, si no, llamaré a un detective privado.

—Llama a quien quieras, pero te aseguro que seré yo el que la encuentre —y colgó dejándome con la palabra en la boca.

Me tumbé junto a María, que ya había cerrado los ojos, y me abracé a ella.

—Si pudiera saber que ella está bien...

No sabía si aquello significaría algo, pero justo en ese momento, María abrió los ojos y, por primera vez en veinticuatro horas, me miró directamente; fue un momento tan fugaz que pensé que lo había soñado, porque cuando parpadeé, estaba completamente dormida.

—Duerme, cariño, yo estaré aquí pendiente. Dudo mucho que pueda dormir...

Justo en ese momento la puerta se abrió de golpe, algo que en realidad había esperado que sucediera.

—Papi, tengo miedo, ¿puedo dormir contigo?

—Sí, por supuesto —dije haciéndole sitio.

—¿Mamá no se enfadará? —era cierto que a María no le gustaba que los niños se metieran en nuestra cama.

—No se lo diremos, es nuestro secreto —de cualquier modo no se enteraría.

Aquella noche prometía ser larga y calurosa.

6. Jueves por la mañana. Por fin una pista

Finca Los Olivos. Mora. Jueves. 05:30 hrs

Fabio

Me había costado dormir, agobiado por todo lo que estaba sucediendo, por la llamada de Sarah, por el calor que hacía y por los mosquitos que no paraban de molestarme. Cuando por fin lo conseguí, fue con su imagen en mi cabeza; su precioso pelo rubio, sus carnosos labios y sus hipnotizadores ojos verdes.

Está junto a mí, los dos tumbados sobre la hierba, me acaricia el rostro, los labios, el pelo, su mano desciende por mi torso desnudo, después por mi muslo derecho, acto seguido el izquierdo para acabar en un lugar caliente que la desea más que a nadie en el mundo. Después hace algo que me sorprende, algo que ninguna amante hacía desde hacía milenios, lame los lóbulos de mis orejas, ella es de las pocas que sabe cuánto me gusta aquello. Jamás el tacto de una mujer me ha afectado de tal modo, me deja hirviendo por dentro, entumecido por fuera, mis terminaciones nerviosas se revolucionan, mi corazón late a mil por hora, aquello es más que sexo, lo es todo, quiero poseerla por completo, encerrarla entre mis brazos para no volver a dejarla escapar, lo quiero todo de ella. Ahora me observa, es mi turno, repaso su rostro con mi mano, su nariz respingona, sus labios, sus hombros. Recuerdo como si fuera ayer lo que más le gusta, le gusta que haga círculos alrededor de los pezones antes de meterlos en mi boca, la oigo gemir, ¡oh, cómo me gustan sus gemidos!, es música para mis oídos. Cuando levanto la cabeza para besarla en los labios, ya no es Celia, sino Sarah la que me mira

extasiada. En ese momento observo que su abdomen está abultado, muy abultado, como si estuviera a punto de dar a luz, sus labios están hinchados, los pechos rebosantes de leche. Comienzo a sudar, un sudor frío. Necesito respirar, necesito encontrar a Celia.

—Fabio..., Fabio, despierta, por favor, despierta —su voz angelical acariciaba mi oído. Después de todo no había sido un sueño, estaba junto a mí, o al menos su voz lo estaba.

Abrí los ojos para descubrir a Celia junto a mí, pero no donde me gustaría, sino fuera de mi cama e inclinada sobre mí intentando despertarme. Todo había sido un fugaz aunque maravilloso sueño.

—¿Qué sucede? —me incorporé de golpe, algo grave debía pasar para que me despertara.

—Fabio..., he recibido una llamada, tenemos una pista.

—¿Qué? ¿Qué hora es?

—Son las cinco y media de la mañana, pero tienes que levantarte y acompañarme.

—¿A dónde?

—Hemos quedado con una mujer que asegura haber visto a Lola.

—¿De verdad?

—Sí —repuso tirando de mi brazo —; vamos, Fabio, es urgente que te levantes.

—¿No vas a llamar a tu amigo el capitán?

—No, por ahora no, no sé si es una llamada fiable, por eso tenemos que investigar nosotros.

—Nosotros —repetí, la primera persona de plural me encantaba cuando la decía Celia, y eso hizo que me levantara de la cama sin pararme a pensar en la situación.

—Oh... —exclamó Celia al verme; en ese momento fui consciente de que, como siempre que hacía calor, había dormido desnudo, y para colmo estaba empalmado, obviamente aquel sueño había tenido sus efectos. Celia salió de la habitación azorada murmurando que me esperaba abajo.

Esperaba no haberla asustado. No era una buena forma de comenzar el día, pero sería imposible que, después de un sueño tan asombrosamente bonito además de sensual como aquel, mi cuerpo no reaccionara. No era un santo, para qué nos íbamos a engañar, y Celia lo sabía mejor que nadie, o al menos era la visión que tenía de mí. No tardé en alcanzarla en el vestíbulo, aunque antes de abrir la boca me hizo una seña para que no hablara, y salimos como unos gatos sigilosos hacia la noche veraniega.

—¿Adónde vamos? —pregunté cuando ya había encendido el coche.

—Yo te indico.

—¿Esta mujer te ha llamado a estas horas?

—Sí, menos mal que tenía el móvil silenciado, si no hubiera despertado a todo el mundo. Según ella, es limpiadora y su jornada laboral comienza muy temprano. Está esperándonos en la carretera justo donde dice que les vio pasar ayer. ¿Crees que hacemos bien, Fabio?

—Por supuesto, Celia, cualquier señal, sea fiable o no, hay que seguirla, si no, no estaríamos haciendo lo correcto.

—Tienes razón, espero de verdad conseguir alguna pista.

—Yo también.

Sabía que no debía alegrarme de aquella situación, pero la búsqueda de Lola me estaba dando la posibilidad de acercarme a Celia, ya no estaba fría y distante, ni a la defensiva —salvo en algunas ocasiones en las que salían los demonios del pasado— y no podía olvidar que había podido tenerla entre mis brazos en dos ocasiones desde que habíamos llegado, la última vez el día anterior, y no lograba quitarme de la cabeza aquella sensación de paz que me inundó cuando la sentí tan cerca. Aquel momento había sido mágico, y me había hecho entender muchas cosas, cosas que pensé que habían sido una ilusión de mi memoria.

—Ahora vete más despacio, creo que es por aquí.

—¿De verdad habéis quedado en mitad de la carretera?

—Sí, ¡para! Creo que es esa mujer de ahí. ¿La ves?

—Vagamente..., apenas se ve nada.

—Sí, es ella, para aquí, voy a acercarme a hablar con ella.

—Iré contigo.

—No, será mejor que esperes aquí, no quiero que la asustes.

—¿Que la asuste? —exclamé molesto sin comprender—, ¿por qué iba a asustarla? ¿Acaso soy tan feo?

Sin embargo, Celia ya había cerrado la puerta y avanzaba hacia ella. Observé a aquella mujer menuda de unos cincuenta años, no parecía peligrosa, aun así escruté la carretera, aparentemente no había nada ni nadie amenazante. Me preguntaba qué hacía esa mujer en mitad de la nada. Aquello era muy extraño. Celia se acercó a la mujer y comenzaron a hablar. Por el momento todo marchaba bien, pero si no la traía pronto hacia el coche, saldría en su busca. Por suerte, después de unos minutos, vi que se acercaban y decidí salir al exterior.

—Este es mi primo Fabio, esta es Angelines. Nos ha llamado en cuanto ha visto este anuncio —dijo indicando el cartel pegado a la parada del autobús que habíamos colocado Celia y yo el día anterior.

—No hay duda de que es ella —dijo mirando hacia el cartel.

—¿Cuándo la viste? —comencé el interrogatorio.

—Ayer, debían ser las diez de la noche cuando pasaron por aquí, yo estaba esperando a que viniera a recogerme mi marido. El coche pasó despacio y por eso pude ver su rostro, fue muy extraño porque ella clavó sus grandes ojos azules en mí como si me suplicara que la prestara atención, me hablaba con la mirada, parecía pedirme que la ayudara..., fue algo muy extraño.

—¿Cómo pudiste verla en la oscuridad? Apenas se ve nada... —hice una seña a nuestro alrededor.

—¿Ves esa farola? —Señaló con el dedo la farola que colgaba por encima de la parada del autobús—, ayer funcionaba perfectamente.

—¿Te fijaste en el conductor? ¿Había más gente en el coche? —seguí haciendo preguntas. Parecía todo un profesional.

—Solo me fijé en ella.

—¿Qué hay del coche? ¿Te fijaste en qué tipo de coche era? ¿El color?

Angelines se quedó pensativa.

—Era un todoterreno de verdad, pero no era nuevo, más bien estaba un poco destartado.

—¿Qué quieres decir con un todoterreno de verdad? —inquirí curioso.

—Pues de esos no tan modernos..., uno grandote, macizo...

—¿Una especie de *land rover*? —intervino Celia.

—Sí, creo que era uno de esos.

—¿Te fijaste en la matrícula? —pregunté de nuevo.

Negó con la cabeza.

—Pero tenía una pegatina de un toro.

—¿Un toro? ¿Qué tipo de toro?

—Uno de esos como los de las autovías.

—¿Un toro de Osborne? —preguntó Celia sintiendo una leve esperanza.

—Sí, exacto.

Aquello parecía una buena pista, o tal vez no, quizá hubiera miles de *land rovers* con una pegatina como esa. ¡Qué sabía yo!

—Muchísimas gracias, Angelines, no sabemos cómo agradeceréte — dijo Celia cogiéndola de la mano.

—Una última pregunta... ¿qué hacías ayer aquí a esas horas? —las interrumpí.

—Bueno..., como ya le dije a Celia soy limpiadora, limpio en muchas fincas de los alrededores y en el pueblo. Cogí el último autobús y me dejó aquí. Cuando salgo tarde mi marido viene a recogerme.

—¿Y a estas horas hay autobuses? —pregunté curioso mirando mi reloj, eran las seis de la mañana.

—No, ahora voy caminando hasta el pueblo, ya que limpio varias oficinas, por eso tengo que estar temprano, limpiamos antes de que lleguen

los trabajadores. Al pasar por aquí, he visto el cartel pegado a la parada de autobús y me ha llamado la atención la foto de la niña. Era igual que la que vi ayer, por eso he decidido llamar ahora, he pensado que si una niña pequeña había desaparecido, a los padres les gustaría recibir una llamada a la hora que fuera. ¿Es vuestra hija?

Fabio y yo nos miramos confusos.

—No, no, es nuestra sobrina —repuso Celia.

—Oh, sí, claro, me has dicho que sois primos.

Aquel comentario por alguna razón no me gustó.

—Angelines... ¿podemos acercarte hasta el pueblo? Es lo mínimo que podemos hacer por ti, así no llegarás tarde —propuso Celia.

—Oh, te lo agradecería mucho.

Seguí sus indicaciones hasta el pueblo de Mora y la dejamos delante de la sucursal de un banco. Celia la informó de que le pasaríamos su móvil a la Guardia Civil y que contactarían con ella. También le pedimos que, si se acordaba de algún detalle más, que volviera a llamarnos.

—Bueno... ¿Qué opinas? —preguntó esperanzada Celia.

—No sé qué pensar..., puede ser una buena pista o no, pero es mejor que lo que teníamos antes.

—Voy a llamar al capitán, aunque lo más probable es que se enfade conmigo.

—¿Que se enfade? ¿Por qué? —como aquel engreído con aires de superioridad se enfadara con Celia, tendría que vérselas conmigo.

—Me pidió que no se me ocurriera investigar sola.

—Y no lo has hecho, lo hemos hecho juntos, de modo que si se enfada contigo...

—Supongo que tan solo se preocupa por mi seguridad.

—No creo que se preocupe más que yo de tu seguridad —en realidad aquello era más un pensamiento que algo que pretendiera decir en voz alta. Celia me miró ¿confusa?

—Tú eres de la familia, es normal que te preocupes.

—No, Celia, no es solo por eso. Yo..., jamás has salido de mi cabeza, en todos estos años.

—¿De qué hablas, Fabio? ¿Pretendes volverme loca? Me aseguraste que tan solo querías recuperar mi amistad.

—Te mentí. No solo quiero tu amistad.

—Fabio... No soy un ligue de verano, ¿sabes? Esto no funciona así, ya jugaste conmigo en su momento, pero te aseguro que ya no soy la misma, ya no soy una ilusa de dieciséis años a la que puedes tomar el pelo y volverla loca para después... —Celia ocultó el rostro entre sus manos y después abrió la puerta del coche para salir huyendo.

¡Mierda! Lo había estropeado todo, ni siquiera sabía lo que quería hacer con mi vida, ¿para qué le había soltado lo primero que se me había pasado por la cabeza? ¿Es que no era lo suficiente mayorcito para intentar hacer bien las cosas? ¿Poco a poco? ¿Paso a paso? ¿Es que la vida no me había ensañado nada?

Aparqué el coche allí mismo, sin pararme a pensar en si podía aparcar allí, lo más probable fuese que no, y salí tras ella.

—¡Déjame, Fabio! No me sigas —me espetó al notar que le pisaba los

talones.

—Celia..., lo siento, no es lo que piensas...

—¿Ah no? —Dejó de correr y se enfrentó a mí—. ¿Qué quieres, Fabio? Dime la verdad —se me quedó mirándome fijamente, esperando que le confesara mis intenciones. Pero... ¿Cuáles eran? Obviamente lo que sentía por Celia no lo sentía ni lo había sentido jamás por ninguna otra mujer pero, ¿qué quería hacer con mi vida? ¿Y Sarah? ¿Y el embarazo?

—Yo..., yo..., —balbuceé.

—Entendido, Fabio, lo que yo decía. No te molestes en seguirme, iré caminando al cuartel.

—¿Al cuartel?

—Sí, quiero hablar con el capitán.

—No creo que esté a estas horas...; además, la casa está muy lejos para ir caminando.

—Me buscaré la vida.

—Quédate con las llaves, Celia, yo iré caminando —se las tendí.

—No, gracias, prefiero tomar el aire. Adiós, Fabio —y se alejó dejándome con una sensación de vacío como nunca antes había sentido.

—¡Eres un imbécil! —me reproché cuando ya estaba a más de medio kilómetro de distancia y, en ese momento, decidí que no volvería a hablarle de mis sentimientos hasta que hubiera tomado una decisión sobre mi desastrosa vida personal. El mensaje que me transmitió Sarah en nuestra última llamada seguía resonando en mis oídos.

—Fabio, sé que nuestra relación empezó de un modo poco formal y que nos fuimos a vivir juntos porque éramos amigos y ambos estábamos a

gusto de ese modo pero, después de convivir contigo durante estos años, me he dado cuenta de que te quiero y me hace mucha ilusión tener este hijo contigo. Sé que ha sido una sorpresa para ti y que es posible que necesites hacerte a la idea. No voy a presionarte, y por favor, no digas nada, tan solo quiero que sepas que estaré esperándote —después de eso colgó.

Mora. Jueves 06:30hrs.

Miguel

Aquella mañana había madrugado demasiado, siempre que tenía una investigación compleja entre manos no dormía bien. Además, en esa ocasión, era algo personal; no solo porque la hija de mi amiga María hubiera desaparecido, sino porque le había prometido incautamente a Celia que la encontraría. Aquella promesa comenzaba a pesarme, y la investigación también. Todos parecían sospechosos y ninguno lo suficiente.

El día anterior me sorprendió la desfachatez de Susana para hablarme de ese modo cuando abandonamos la finca de los olivos; me había dicho, con el máximo respeto que pudo, que me estaba comportando como un niño celoso. ¡Un niño celoso! ¿De ese niñato creído? Tal vez tuviera razón, pero ¿qué quería que hiciera? Me sacaba de quicio. Sabía que le había provocado, pero era un muchacho fácil de provocar y cualquiera que me conociera sabría que no era buena idea provocarme. Al menos desde hacía unos años. Reconocía que aquello me había cambiado, no es que fuera un hombre suave de carácter, nunca lo había sido, pero tal vez aquello hizo que me volviera más frío, más cerebral, más rudo. María me lo advirtió en más de una ocasión, pero no le hice caso, y seguramente tenía razón: debía buscar a alguien que volviera a hacerme feliz, pero ¿quién?

Y el rostro de mi doctora me vino a la cabeza, pero enseguida deseché ese pensamiento; no, ella tan solo era una amiga, una confesora, una profesional que estaba intentando apartar de mí los demonios que amenazaban con destruirme. Aquella relación era tan extraña, tan cercana, tan familiar y al mismo tiempo tan irreal, que lo mantenía en absoluto secreto. Nadie debía saber nada de ella, y menos todavía de esas visitas. Y luego estaba Celia, esa mujer rubia y despampanante que últimamente se colaba demasiado a menudo en mis sueños nocturnos.

Paré frente a la puerta de la cafetería más cercana al cuartel, donde siempre desayunaba antes de incorporarme al trabajo; mi casa era demasiado silenciosa, además de que nunca tenía comida. Por suerte, aquel lugar abría muy temprano. Lo que no me esperaba era encontrarme precisamente con la mujer que ocupaba mi pensamiento desde hacía un par de noches, sentada a una mesa desayunando. ¿Qué demonios hacía allí a esas horas pudiendo desayunar en su casa? Obviamente, los pocos hombres que se encontraban allí dentro no le quitaban ojo.

—¡Buenos días, capitán! —me saludó el propietario desde la barra.

—Oh, buenos días, Germán —al segundo Celia me estaba saludando, como si no supiera que ya la había visto—, me sentaré con la joven rubia.

—Marchando un café solo y una tostada de mantequilla.

Aquella bonita sonrisa que me dedicó me hizo sonreír a mi vez, algo poco habitual en mí, por lo menos de ese modo tan tierno. Me pareció más preciosa que el día anterior, tal vez ese look tan bucólico, con aquel vestido tan veraniego y ligero de flores que llevaba, me hacía verla con otros ojos, o tal vez hubiera perdido el norte.

—Eres la última persona que esperaba encontrar aquí —le dije al tiempo que me acomodaba en la silla que estaba frente a ella.

—¿No entiendo por qué! Vivimos en el mismo pueblo —bromeó—; de hecho, estaba esperando para ir al cuartel a hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Sí, hemos encontrado a una testigo que vio a Lola la noche que la raptaron

Por alguna razón, intuí que el plural que había empleado pertenecía a Fabio, y aquello sorprendentemente me molestó. De cualquier modo, le indiqué que continuara con los hechos, ni siquiera levanté la vista cuando Germán colocó el desayuno frente a mí, absorto como estaba, no solo en escuchar lo que me estaba contando, sino en observar fascinado cómo aquellos bonitos labios se movían al compás de sus palabras.

—¿Qué opinas? ¿Es una buena pista? —parecía deseosa de que le asegurara que así era.

—Veo que no me has hecho caso.

—Oh..., lo siento, era mi primera llamada y no quería quedar como una estúpida contigo. Además..., no fui sola, Fabio vino conmigo.

Estaba seguro de que había hecho una mueca de desagrado sin percatarme; ¿lo habría notado ella?

—Es una buena pista, Celia, muy buena. Buen trabajo. —Si alguien de la oficina me escuchara, no darían crédito a que aquellas palabras hubieran salido de mi boca. Celia sonrió complacida, no porque se sintiera orgullosa de su trabajo, sino porque estaba deseando encontrar a su sobrina.

—¿Crees que será posible encontrar ese *land rover*?

—Bueno..., informaré a todas las patrullas por si ven un *land rover* con esas características. No creo que haya muchos con una pegatina así.

—Ojalá sea cierto, Miguel, no quiero que pase más tiempo.

—Lo sé.

Por un momento me perdí en sus verdes ojos y algo muy extraño me vino a la cabeza; intenté desecharlo, no era una buena idea, pero antes de que pudiera remediarlo, aquella pregunta se disparó casi sola.

—Celia..., quiero pedirte algo que no tiene nada que ver con todo esto...; cuando acabe todo, cuando encontremos a Lola... ¿crees que podría invitarte a cenar?

Celia parecía asombrada, tendría que haberme reprimido, pero la veía tan accesible, tan sonriente, tan agradable conmigo, que había pensado erróneamente que tal vez se sintiera atraída por mí.

—Sí... ¿por qué no? Cenaré contigo.

No podía creer la suerte que tenía, y por lo visto tampoco podían creerlo el barman y los dos hombres sentados a la barra; por la expresión de sus rostros, era obvio que habían escuchado toda nuestra conversación.

—Necesitaré el contacto de esa mujer...

—Oh, sí, claro, aquí lo tienes —me tendió su móvil para que pudiera copiar el número.

—Bien..., entonces me pondré a trabajar. Una pregunta... ¿Cómo has venido hasta aquí? No he visto ningún coche de la familia por aquí aparcado.

—Veo que eres muy observador..., pensaba volver caminando.

En realidad, no había contestado a mi pregunta, lo que verdaderamente quería saber era la razón por la que estaba sola y dónde se había metido Fabio, me extrañaba que la hubiera dejado sola voluntariamente. ¿Tal vez se habían enfadado? Si era así, mi invitación a

cenar había llegado en el momento justo. No tenía ningún escrúpulo en ser el segundo plato, jamás soñé con que una mujer tan joven y tan bonita como Celia aceptara cenar conmigo.

—Vamos, Celia —le hice una seña para que se levantara —, te llevaré a casa.

—Pero..., tengo que pagar, y además no quiero hacerte perder el tiempo, tienes que encontrar a...

—No creas que no aprovecharé el viaje; ya que voy hasta allí, hablaré con Pablo, sé que no estará durmiendo, a pesar de lo temprano que es y..., en cuanto a pagar, olvídalo. ¡Germán! Apuntalo a mi cuenta.

—¿Necesitas interrogarlo otra vez? A este paso tan solo te falta interrogar a la señora de la limpieza.

Aquel comentario me hizo parar en seco frente a la puerta y, sin darme cuenta, le clavé una de mis miradas; lo supe porque Celia se separó ligeramente de mí, como si la hubiera asustado.

—¿Pablo y María tienen contratada una señora de la limpieza?

—Sí, por supuesto.

—¿Por qué nadie me lo había dicho? ¿La conoces?

—Me temo que no, hace unos meses que entró una nueva, a esta no la he llegado a conocer.

—Ahora sí que te acompaño con una verdadera necesidad —dije abriendo la puerta.

—¿Es importante?

—Mucho, nadie me habló de esa señora y he preguntado muchas veces si alguien más vivía en la casa.

—No vive en la casa.

—Bueno..., ya sabes a qué me refiero, alguien que tenga acceso a la casa, que conozca a los niños. ¡Es una información básica! —había levantado el tono de voz, y con Celia debía controlarme—; perdona Celia..., no puedo creer que nadie lo mencionara. Gracias por haberlo hecho, más vale tarde que nunca.

Le hice un gesto a Celia para que pasara delante y aproveché para agarrarla suavemente de la cintura. Tenía que reconocer que aquella mujer me hacía sentir vivo de nuevo.

—Mi coche está ahí mismo —dije señalándolo al otro lado de la calle.

—He observado que aquí mucha gente conduce todoterrenos —comentó Celia cuando entró en el coche.

—Oh..., sí, es cierto, supongo que es porque estamos en el campo.

—Entonces será difícil encontrar el *land rover* —repuso preocupada.

—Celia..., piensa que ahora tenemos mucha más información que antes, ahora tenemos más cosas que investigar, eso es muy bueno —intenté animarla.

—De acuerdo..., gracias, es que estoy muy ansiosa porque todo vuelva a la normalidad y María vuelva a ser la de siempre. Pablo está destrozado...

—Lo sé, espero encontrar a los culpables lo antes posible.

En unos minutos habíamos llegado a la finca. Seguí a Celia hacia la casa, no sin aprovechar para admirar sus bonitas y largas piernas, se veían tan suaves y, justo en ese instante, sentí una mirada clavada en mí, alguien (habría jurado que era Fabio) nos espiaba desde una de las ventanas. Tal vez

se sintiera molesto porque la hubiera acompañado, y por alguna razón sonreí satisfecho. A pesar de que sabía que tenía todas las de perder —aquello tenía toda la pinta de ser una batalla territorial—, pensaba pelear duro para conseguir a Celia. Aquel niño rubio y creído no se la merecía. En cuanto a mí, era posible que fuera algo mayor para ella, pero si me daba la oportunidad, le demostraría lo mucho que podía llegar a amar a una mujer. Me sentía extraño, por primera vez en mucho tiempo sentía ilusión por algo que no fuera mi trabajo.

—Miguel..., es mejor que esperes aquí, voy a ver si Pablo está despierto.

Sin embargo, justo en ese momento, le vimos bajando las escaleras completamente vestido y, a juzgar por su pelo mojado, recién duchado.

—Oh..., comienzas temprano, Miguel.

—Tengo que hablar contigo, es urgente.

—Bien..., pasa al despacho.

—¿Cómo está María? —preguntó Celia.

—Está durmiendo, al igual que Diego, esta noche se ha colado en nuestra cama.

—Me alegro de que al menos ellos hayan dormido. Iré a hacer café.

Pablo y yo entramos en su despacho y me indicó que me sentara sobre una de las cómodas sillas de piel frente a su mesa de despacho.

—Tú dirás...

—Celia me ha dicho que viene una señora a limpiar habitualmente.

—Sí, viene cuatro días a la semana.

—¿Y puede saberse por qué razón no me lo habías dicho?

—No lo sé, Miguel, lo olvidé, no es de la familia, no duerme aquí, tan solo viene a limpiar.

—Es un dato importante, muy importante —recalqué.

—Pues, lo siento..., aunque no creo que ella tenga nada que ver.

—Eso lo decidiré yo. ¿Desde cuándo está trabajando para vosotros?

—Pues..., creo que empezó en Mayo, sí, creo que a finales de Mayo.

—¿Qué pasó con la anterior empleada?

—De pronto dejó de venir y la empresa de limpieza nos llamó para informarnos de que mandarían a otra. Yo no sé los detalles, es mi hermana la que suele ocuparse de esto.

—Aurora..., si tan solo pudiera hablar con ella, pero es imposible. Sigue ilocalizable.

—Ya te lo dije, están buceando.

—¿Sabes por lo menos cómo se llama la empresa de limpieza?

—La verdad es que no pero, si quieres, echo un vistazo en su agenda de teléfonos. La suele tener por aquí —dijo, y acto seguido se levantó y comenzó a rebuscar en el escritorio que estaba frente al suyo. Debía ser el de Aurora.

—Sí, por favor, la necesito, y también tengo que hablar con esa mujer. ¿Cómo se llama?

—Dolores, y no tendrás ni que llamarla, estará a punto de llegar. Tal vez tengas que esperar media hora.

—Entonces, si no te importa, me quedaré aquí haciendo unas

llamadas.

—No hay problema. Toma..., debe ser esto, estaba en la L de Limpieza. Quizá puedas preguntarle a Dolores si es esta la empresa para la que trabaja.

—Gracias. Otra cosa, Pablo... —casi había olvidado la razón por la que había venido a hablar con él—, me gustaría hablar con María.

—Estás de broma, ¿no? —me espetó.

—Nunca bromeo con algo tan serio. Me gustaría intentarlo.

—¡Tú mismo! Pero ahora está durmiendo.

—Esperaré a que se despierte.

Ambos nos giramos al sentir cómo el pomo de la puerta se movía pensando, por lo menos yo, que sería Celia con una taza de ese café que iba a preparar. Sin embargo, nos quedamos petrificados cuando fue María, ataviada con un camión blanco y descalza, la que apareció en el marco de la puerta mirándonos directamente a los ojos, como si hubiera recuperado su cordura, como si hubiera escuchado mi petición de hablar con ella.

—Pablo..., Lola..., Lola —repitió mirando tan solo a su marido.

Después, todo sucedió demasiado rápido. Por suerte, Pablo reaccionó, ya que si hubiera sido por mí, María se hubiera desplomado en el suelo, pero él debía saber que aquello sucedería, ya que la atrapó en el aire justo a tiempo.

—Miguel..., ayúdame. Quita esas cajas del sofá.

Rápidamente, despejé el sofá para que él pudiera tumbarla. Después la observamos, estaba tan pálida... Pablo cogió su mano y suspiró con el rostro marcado por la preocupación. Si en algún momento había llegado a

pensar que era sospechoso, en ese momento deseé borrar su nombre de aquella lista que había confeccionado; obviamente había sufrido una enajenación mental para pensar algo así. Aquel hombre estaba sufriendo lo indecible.

Iba a abrir la boca cuando María comenzó a hablar, a pesar de tener los ojos cerrados.

—Mamá está conmigo; gracias por hablarme, mamá, así me siento menos sola, pero quiero salir de aquí, quiero volver a casa con papá, con Diego.

—¡Dios mío, es como si Lola estuviera hablando a través de María! —exclamó Pablo; yo estaba demasiado estupefacto para decir nada, aunque debía reaccionar si quería interrogar a la niña, si es que eso era posible y todo lo que estaba presenciando no era una alucinación.

—Lola... ¿estás bien? ¿Te han hecho daño? ¿Te dan de comer? —preguntó un padre preocupado.

—Papi, me dan de comer y no me han hecho daño, pero me tienen encerrada en una habitación sin ventanas. Es siempre de noche y quiero irme a casa.

—Lola, soy Miguel. ¿Quiénes son los que te han encerrado? —entendía que Pablo hiciera preguntas básicas sobre su estado de salud, pero yo tenía que aprovechar aquello para averiguar cosas importantes.

—¿Ellas? No sé quiénes son.

—¿Son mujeres?

—Sí, aunque casi siempre viene una de ellas, la otra viene menos.

—¿Nunca las habías visto antes?

—No, nunca.

—¿Puedes describírmelas?

—No son tan altas como mamá, pero una de ellas es guapa y tiene un lunar en la mejilla, la otra es menos guapa y más mayor.

—¿Cuántos años dirías que tienen?

—La más mayor es como la tía Clara, la otra es como Maite, mi profesora del cole.

—¿Sabes cómo se llaman?

—No.

—¿Sabes dónde estás?

—No

—¿Sabes cuánto tardaste en llegar hasta allí el otro día?

—Un rato.

Pablo me interrumpió.

—¿Como de casa al Escorial?

—No tanto..., menos, como cuando vamos a la ciudad —Pablo me indicó que después me explicaría lo que eso significaba.

—¿Has visto cómo es la casa por fuera o el coche donde te llevaron?
—seguí con mis preguntas.

—Estaba oscuro. Pero desde aquí se oye el tren..., tengo que dejaros, alguien se acerca.

—¡No, no te vayas Lola! —exclamó su padre consternado.

Seguimos haciendo preguntas, pero por lo visto la comunicación

había terminado y, como prueba de ello, María abrió los ojos. Esa vez no nos miró directamente, sino que se incorporó y, con la mirada perdida, se levantó del sofá.

—Ahora sabemos por qué está así, ella acompaña a Lola en todo momento —la explicación de Pablo me hizo sentir un extraño escalofrío. Estaba acostumbrado a María, hacía mucho que la conocía, pero lo que acababa de suceder había sido superior a mis fuerzas—; acompañaré a María a vestirse. Supongo que ahora tienes más información para investigar.

Asentí casi sin darme cuenta y aún tardé en reaccionar después de que salió del despacho. Entonces decidí hacer algunas llamadas. La primera de ellas, a Susana.

—Tengo algunos datos para la investigación, pero no me preguntes de dónde los he sacado, no podría explicártelo. ¿De acuerdo?

—Mi capitán..., está usted muy misterioso.

Se mantuvo en silencio mientras le relataba las últimas pistas, todas ellas muy valiosas, aunque ninguna concreta.

—Entonces..., sabemos que son dos mujeres desconocidas las que retienen a Lola en una especie de sótano, desde donde se oye el tren. No sabemos si te refieres a que pasa el tren o a que hay una estación de tren cerca. El coche que usaron para llevársela es supuestamente un *land rover* viejo y con una pegatina de un toro de Osborne. Una de las mujeres ronda los treinta años, es guapa y tiene un lunar en la mejilla; la otra es menos guapa y ronda los cuarenta y pocos años. ¿Quién te ha dado esta información tan extraña?

—Ya te lo he dicho, no puedo decírtelo, pero es verídica.

—Ya, pero mi capitán, la descripción de las mujeres es..., es muy

infantil. No creo que sea demasiado válida.

—Es todo lo que tenemos. Por cierto, ¿tú tienes novedades de Vitoria?

—Sí, tengo información. La identidad de la nueva trabajadora de la funeraria de María es falsa, todo es falso, su nombre, la dirección de su casa, en la dirección que constaba hay un geriátrico.

—Qué extraño..., bien, déjalo en mis manos, yo me encargaré de esto.

—Yo puedo si quiere...

—No, lo haré yo, será más efectivo si llamo en persona al capitán.

—Por cierto..., olvidé ponerle al tanto de mi conversación con Carlo Bassi Marchetti, el tío de Fabio. Parece una casualidad pero, justo el día que desapareció Lola, él estaba en el hospital, acababa de nacer su primera hija, de modo que..., creo que podría descartar de su lista a este sospechoso.

—Bien..., ya me imaginaba que tendría coartada, pero había que asegurarse. Tengo que dejarte, debo interrogar a una posible sospechosa. Luego te pongo al día —y colgué.

Acto seguido llamé a Angelines, la testigo que había visto a Lola la noche del martes. Todas sus respuestas, a pesar de que no la tenía frente a mí para observar sus gestos, me hicieron entender que decía la verdad.

Unos segundos después, alguien llamó a la puerta. Una mujer de origen sudamericano, diminuta y con algún kilo de más, entró en el despacho. No solo tenía un aire tímido, también asustado.

—El señor me ha pedido que entrara. Me ha dicho que quiere interrogarme.

—Sí, siéntese, por favor —prefería no decir su nombre, aquello tenía que ser muy frío si quería conseguir alguna información.

—Usted dirá —dijo mientras se retorció las manos nerviosa. Bien, eso era buena señal.

—¿Cuándo entró a trabajar en esta casa?

—El veinte de mayo.

—¿Cómo se llama la agencia de limpieza para la que trabaja?

—Limpiezas Integrales Mora.

—¿Puede decirme el número de teléfono de la agencia?

Me miró con preocupación.

—No me lo sé.

—¿Cómo puede ser eso? ¿No se sabe el teléfono de la agencia que le paga, que le da de comer?

—Lo tengo apuntado en el móvil.

—Bien, pues por favor, dígame el número.

La sospechosa se puso todavía más nerviosa, sin dejar de retorcerse las manos, además de moverse incómoda en el asiento de la silla.

—No me lo he traído.

Miente, además miente muy mal. Bien, vamos mejor de lo que esperaba.

—¿Supongo que tendrá los papeles en regla? Me refiero a...

—Sí —repuso con voz casi temblorosa.

—¿Dónde estaba la noche del martes al miércoles entre las nueve y

las once de la noche?

—En casa.

—¿Alguien que pueda corroborarlo?

—No, vivo sola.

Sabía que no tendría coartada.

—¿Qué sabe del secuestro de Lola Rodríguez?

—Nada, tan solo que alguien se la llevó hace dos días.

—¿Sabe algo más?

—No, señor, yo no sé nada.

—Señora..., voy a ser claro y directo —me levanté de la silla—, está usted arrestada por ser sospechosa del secuestro de Lola Rodríguez Ferrer.

—¡Pero si yo no he hecho nada! —exclamó levantándose a su vez.

—Y por obstrucción a la justicia, vamos —la cogí del brazo—, se viene al cuartel conmigo.

—No puedo, tengo que trabajar...

—Vamos, señora, que no tengo todo el día —abrí la puerta y me puse a vociferar el nombre de Pablo.

No solo conseguí llamar la atención del anfitrión, sino que aparecieron casi todos los miembros de aquella singular familia, además de Celia con un café en la mano.

—Os informo de que os dejo sin señora de la limpieza. Es sospechosa de haber participado en el secuestro de Lola —en ese momento, Celia dejó caer la taza al suelo y todos miramos hacia ella, sin embargo ella miraba hacia Dolores, estupefacta.

—Dolores... ¿sabes dónde está mi hija? —preguntó esperanzado Pablo.

—No, señor, yo no sé nada, ni siquiera sé por qué me lleva al cuartel.

—Oh, venga, Dolores —intervine diciendo su nombre por primera vez—, ambos sabemos que me estás mintiendo, y ten por seguro que averiguaré la verdad —seguí empujándola hacia la salida—; ah, Celia, gracias por el café. Buenos días —y salí por la puerta con aquella señora agarrada a la fuerza.

Finca Los Olivos. 10:30 hrs.

Celia

Pablo nos había convocado a todos en el salón, suponía que aquello era bueno, aunque tal vez no, su rostro no mostraba ninguna alegría. Desconocía sobre qué habían hablado él y Miguel hacía un rato, después de eso Pablo se había encerrado en el despacho durante casi dos horas y, en esos momentos, estaba plantado junto a la mesa del salón, donde tenía montado un despliegue de portátil y pantallas. Comenzó a hablar, con su voz profunda y varonil, poniendo a todos al tanto de lo que habíamos averiguado Fabio y yo, aunque por lo visto había más sorpresas. A pesar de que todos conocíamos las habilidades casi sobrenaturales de mi hermana María y de su hija Lola, no dejó de sorprendernos la forma tan peculiar que habían utilizado para comunicarse.

—Según las pistas que tenemos, el coche que se llevó a Lola estaba en la CM-410. He buscado pueblos que están aproximadamente a media hora de aquí, teniendo en cuenta que, según Lola, el trayecto no debió durar más de media hora, y al mismo tiempo pueblos que tengan estación de tren. Bien,

he localizado cuatro pueblos con estas características y se me ha ocurrido que podemos hacer esas rutas en cuatro grupos, siempre y cuando pueda contar con vosotros.

—¿Miguel está al tanto de esto? —pregunté sabiendo que no debía ser así.

—No, pero no pienso quedarme esperando de brazos cruzados.

—Por supuesto que estamos contigo, Pablo, explícanos cómo nos dividimos para peinar la zona —repuso Marcos, el patriarca de la familia.

—Sabía que podía contar con vosotros. Bien..., he trazado estas posibles rutas —dijo mostrándonos los mapas que había en ambas pantallas—. A tres de los pueblos que he marcado, Tembleque, El Romeral y Villacañas se llega tomando directamente la CM-410. Al cuarto pueblo, Villasequilla, se llega desde la misma carretera pero desviándose a la izquierda, hacia la CM-4005. He pensado que podemos dividirnos en cuatro grupos. Celia y Fabio irán al pueblo de Tembleque —ambos nos miramos, Fabio ¿esperanzado?, yo molesta por tener que ir con él—, Alberto y Carlota irán al Romeral, Teresa y Marcos a Villacañas, y yo iré con María a Villasequilla. La idea es localizar alguna casa apartada, estoy seguro de que no estará en el centro del pueblo, y lo más importante, seguir la única pista que tenemos para localizarlas, una especie de *land rover* viejo con una pegatina de un toro. No olvidéis que, desde la supuesta casa, tiene que escucharse el tren. ¿Alguna duda?

Diego, que también estaba con nosotros, levantó la mano como si estuviera en el colegio.

—¿Yo en qué grupo voy?

—Conmigo y con mamá, Diego —repuso su padre.

—¿Puedo ir con Celia y Fabio? ¡Por fi, por fi! —imploró.

—Está bien, Diego, pero no molestes y, por favor, tened cuidado, no sabemos cómo son de peligrosas esas mujeres —dijo esto último mirando a Fabio—; ah..., lo olvidaba, he creado un grupo de Whats app para mantenernos comunicados, si creéis que hay algún peligro, por favor, llamad a Miguel, os he pasado su contacto por el grupo ya que algunos de vosotros no lo tenéis. No quiero ponerlos en peligro por nada del mundo.

—Bien, vamos pues —dijo Marcos cogiendo a Teresa de la mano—, suerte a todos.

Fabio y yo, con Diego de la mano, fuimos los primeros en abandonar la casa. Hubiera preferido ir con cualquiera que no fuera él, pero no pensaba poner objeciones cuando estaba en juego encontrar a Lola. En realidad era una suerte que Diego hubiera insistido en ir con nosotros, de ese modo no tendríamos que hablarnos y podríamos evitar los incómodos silencios que seguro se hubieran producido. Seguía molesta con él por lo sucedido hacía unas horas. Me cabreaba que Fabio hubiera pretendido retomar nuestra relación como un simple ligue de verano, y yo pensando que tan solo le preocupaba recuperar nuestra amistad de primos. Después de tantos años seguía siendo una auténtica ilusa. Pero Fabio estaba muy equivocado si se pensaba que accedería a algo así. Lo mejor era que desapareciera al otro lado del Atlántico y que me dejara continuar con mi plácida existencia.

Tal vez me fuera bien con Rubén, o tal vez descubriera que Miguel podría ser una buena opción. Le encontraba sumamente atractivo con ese aire de hombre observador, brusco y varonil. Con ese aire de seriedad mezclada con sarcasmo que estaba segura ocultaba a un hombre tierno y pasional. Podía verlo con claridad, tal vez igual que yo, llevaba una máscara para ocultar lo frágil que era. En realidad nos parecíamos mucho, ambos huíamos

de volver a sufrir, y por lo menos él, a diferencia de Fabio, sabía lo que quería. Me daba la impresión de que no era de esos hombres que pierden el tiempo, sino más bien de esos que, en el instante en el que descubren algo que les gusta, luchan por ello. Eso era lo que necesitaba, un hombre maduro que supiera lo que quería en la vida, sin dudas de ningún tipo, directo y contundente.

—Lola me dijo que vosotros estabais hechos el uno para el otro — soltó de pronto Diego, haciendo que ambos nos giráramos para mirarlo; obviamente Fabio volvió a centrarse en conducir un segundo después, pero yo me quedé mirándolo incrédula.

—¿Cómo has dicho?

—Mi madre dice que Lola es una experta en los asuntos de corazón y según ella, ambos tenéis muchas cosas de qué hablar, que todo había sido un malentendido, y que Fabio...

—¿Sí? —preguntó Fabio curioso después de que Diego dejara la conversación en el aire.

—Que tú tienes que tomar la decisión más difícil de tu vida. Yo no sé de qué hablaba, las cosas esas del amor, los besos, me parece todo muy aburrido, pero a Lola le encantan.

—¿Qué más te dijo? —siguió Fabio.

—Dijo que tú la encontrarías.

—¿Que yo encontraría a Lola?

—Ajá.

—¿Cuándo te dijo eso? —intervine yo; cuando me contó la historia de cómo Lola había desaparecido por la ventana, no había mencionado nada de

eso.

—Antes de irse; dijo que no me preocupara, que si le pasaba algo, Fabio la encontraría.

—¿Yo? —preguntó incrédulo Fabio—, menuda responsabilidad —masculló entre dientes.

—¿Por qué no me lo conteste el otro día?

—Se me olvidó.

Fabio me miró asustado, como sintiendo una gran responsabilidad. Durante un rato nadie comentó nada, cada uno perdido en sus pensamientos, incluido Diego, hasta que llegamos al pueblo.

—Según he visto en el mapa, es mejor que crucemos el pueblo y vayamos a la estación, de ese modo seguiremos el curso del tren. ¿Qué os parece? —propuso Fabio.

—Bien —dije secamente.

En cuanto llegamos a la estación, Fabio decidió hacer una búsqueda en google maps para ver qué construcciones había por allí cerca.

—Tan solo hay unas ruinas y una especie de fábrica, además de unas casas demasiado cerca de la estación. Miremos por si acaso, pero no creo que encontremos nada. Aunque..., después de la estación, hay un camino de tierra que lleva a una especie de construcción a la que no tengo acceso en *Street view*, qué extraño... Tal vez tengamos que investigar por allí, pero sin coche, no podemos arriesgarnos a que nos vean.

—Estamos cerca —dijo de pronto Diego, haciendo que, por segunda vez, ambos nos volviéramos hacia mi sobrino.

—¿Cómo? —pregunté curiosa al mismo tiempo que extrañada.

—Estamos cerca —repitió.

—¿Qué quieres decir, Diego?

—No lo sé, pero he oído la voz de Lola en mi cabeza.

Fabio y yo nos miramos asombrados y decidimos que estábamos en el sitio correcto; si Lola, de algún modo que no comprendíamos, había accedido a la mente de Diego o al revés, teníamos que seguir ese rastro de esperanza como fuera. Y eso hicimos, durante todo el día, tan solo haciendo una parada para comer. Indagamos por todas las zonas, construcciones, coches que había cerca de la estación, recorriendo cada rincón junto a las vías del tren, para volver a casa, casi de noche, completamente decepcionados y frustrados, donde encontramos al resto de la familia en el mismo estado emocional que nosotros. La cena fue triste y silenciosa, hasta Diego parecía no tener ni ganas de hablar.

Estaba sentada en la cama de Diego esperando a que se durmiera mientras le acariciaba aquel pelo negro y rizado, cuando entró Fabio. Hizo una seña hacia Diego, como preguntándome si dormía, a lo cual asentí después de comprobar que, con mis caricias, se había dormido profundamente. Fabio se sentó a mi lado y me habló en susurros.

—He estado dándole vueltas..., creo que nos hemos equivocado en la búsqueda.

—¿A qué te refieres?

—Hemos asumido que el supuesto coche estaría aparcado junto a una casa o a una construcción, pero... ¿y si ellas no están con Lola?

Le miré extrañada.

—¿Y si Lola está sola encerrada en algún lugar y ellas tan solo van a verla de vez en cuando para llevarle comida?

Aquello me hizo sentir un escalofrío de miedo. Pensar en Lola completamente sola encerrada en un sótano me daba pavor, claustrofobia, terror.

—Eso sería horrible...

—Lo sé, pero es una opción, y si es el caso, hemos perdido el tiempo.

—Supongo que has venido con un plan en la cabeza.

—Exacto, voy a ir a investigar de nuevo ese almacén abandonado.

—Te acompaño.

—¿Estás segura? Puede ser peligroso.

La mirada que le dediqué le hizo levantarse y hacerme una seña para que nos fuéramos.

—No quiero que nadie sepa que nos vamos, no quiero darles falsas esperanzas. Saldremos por turnos, bajaré la cuesta en punto muerto y te esperaré más abajo del camino de tierra.

—De acuerdo.

Cuando llegamos a Tembleque y aparcamos a unos metros de aquel almacén, por un momento sentí miedo, tal vez a causa de la oscuridad o por hallarnos en aquel lugar abandonado y alejado de la civilización, pero la sonrisa de complicidad que me dedicó Fabio hizo que dejara de sentirme así.

—¿Lista?

Asentí y salimos del coche. Fabio llevaba una linterna, de modo que me acerqué a él y me vi colgándome de su brazo, de ese modo me sentía más segura. Fabio me sonrió al darse cuenta.

—¿Qué llevas en la mano? —le susurré.

—Una cizalla, la he robado del garaje de Pablo, donde tiene las herramientas.

—¿Qué pretendes hacer con eso?

—Romper la alambrada para poder entrar en el recinto.

—Oh..., bien pensado —en realidad me sentía muy orgullosa de que Fabio hubiera tenido en cuenta esos detalles.

Caminamos en silencio, el uno junto al otro buscando un ángulo no demasiado visible para poder hacer el agujero. Fabio se agachó y no tardó demasiado en romper una parte de la alambrada que recorría el recinto para que los dos pudiéramos colarnos. Justo en ese momento, escuchamos el sonido del tren al pasar, aquello parecía un buen augurio. Recorrimos la fachada en busca de alguna ventana o puerta. Las ventanas estaban descartadas puesto que eran pequeñas y muy altas. Había varias puertas, todas de metal. Sentí ansiedad al entender que no íbamos a poder acceder al interior fácilmente, hasta que de pronto Fabio sacó una herramienta no sé de dónde.

—¿Qué es eso?

—Una pata de cabra, la llevaba colgada del pantalón. Con esto vamos a entrar.

Primera noticia de que Fabio fuera tan diestro con las herramientas.

—Pero..., haremos demasiado ruido.

—Solo un poco, pero si no, no conseguiremos acceder al interior. Hay que pensar que en estos momentos no están aquí, si es que este es el sitio correcto, no está su coche por ningún sitio. —Fabio me miró como calibrando si estaba preparada, supongo que me conocía demasiado bien y sabía que estaba atemorizada—. Celia..., confía en mí, no dejaría que nadie

te hiciera daño, ni a ti, ni a Lola. Además..., es probable que todo esto sea una pérdida de tiempo y acabemos en la cárcel por allanamiento de morada.

Asentí un par de veces y solté su brazo para que pudiera maniobrar con aquella herramienta de hierro que parecía una especie de palanca. A Fabio le llevó más tiempo del que pensaba, incluso comenzó a sudar por el esfuerzo. Sin poder evitarlo observé cómo se le tensaban los músculos del brazo y admiré su cuerpo atlético al mismo tiempo que sentía un calor repentino. Fabio se giró para mirarme justo cuando estaba haciendo un repaso a su cuerpo, haciendo que me sonrojara. Por suerte estaba oscuro y dudaba de que hubiera podido apreciarlo.

—Lo he conseguido —susurró con una sonrisa de satisfacción.

Le sonreí y volví a agarrarme de su brazo antes de entrar en aquel lugar húmedo y frío. Por un lado esperaba no encontrar a Lola allí dentro, aquel lugar era horrible para haber tenido a un niña pequeña encerrada durante dos días y dos noches, pero por otro deseaba encontrarla de una vez para acabar con aquella pesadilla que nos consumía a todos, pero sobre todo a María y a Pablo.

Fabio fue intercalando el movimiento de la linterna para hacernos una idea de la distribución del espacio. Aquel lugar estaba bastante vacío, a excepción de algunos sacos almacenados a los lados que seguramente contenían algún tipo de grano para cosechar. Decidimos adentrarnos por aquel pasillo al que se accedía después de aquel espacio más amplio, atentos a cualquier ruido, y descubriendo algunas puertas cerradas a nuestro paso. Fabio ignoró todas ellas hasta llegar a la antepenúltima, la única hasta el momento con una cerradura. Obviamente estaba cerrada, pero aquella vocecita que surgió del interior nos hizo dar un brinco por el susto, dando lugar después a una sonrisa de satisfacción; habíamos encontrado a Lola.

—¿Fabio? ¿Celia? —dijo la vocecilla. ¿Cómo sabía que éramos nosotros?

—Lola... ¿estás bien? Hemos venido a sacarte de aquí —susurré pegada al marco de la puerta.

—Lola..., aléjate de la puerta, voy a romperla —anunció Fabio.

—Ya está —repuso Lola.

Fabio volvió a utilizar la palanca de hierro para hacer que la puerta cediera, mientras yo sujetaba la linterna. Estaba ansiosa por sacar a mi sobrina de allí y, al mismo tiempo, temerosa de que pudieran pillarnos antes de haberlo conseguido. Esa vez a Fabio le costó menos que la puerta cediera, y enseguida pudimos entrar en aquella habitación. Por suerte no estaba tan fría y húmeda, pero Lola estaba a oscuras. Se abrazó a mí y después a Fabio.

—Sabía que me encontraríais.

—Vámonos de aquí —dijo Fabio, pero antes de salir del dormitorio, me tiré a sus brazos completamente agradecida de que la hubiera encontrado. Fabio no tardó en corresponder a mi abrazo, pero enseguida me separé para coger a Lola en brazos, vestida tan solo con un pijama de algodón y, desgraciadamente, más delgada que la última vez que la había visto. Lola me rodeó el cuello y se apretó a mí, y de ese modo salimos los tres de allí siguiendo el haz de luz de la linterna que sujetaba Fabio. Los tres respiramos tranquilos al llegar al exterior, pero aquel momento de felicidad duró bastante poco, una voz a nuestras espaldas nos hizo pararnos de golpe cuando estábamos a punto de alcanzar la alambrada.

—Volved por donde habéis venido —dijo la voz de una mujer que obviamente nos apuntaba con un arma.

Puesto de la Guardia Civil, Mora. Jueves 10:30 hrs.

Miguel

Aquella mujer iba a acabar con mi paciencia, que tampoco era mucha. Llevaba una hora y media interrogándola sin éxito, hacía rato que había decidido no contestar a mis preguntas, ni siquiera me miraba a la cara, pero por mis huesos que esa mujer mentía.

—Mire señora..., puedo hacer que la metan en la cárcel por participar en un secuestro, después de eso la mandaremos de vuelta a su país y no podrá volver a entrar en España. Me encargaré personalmente de ello..., se lo aseguro —después de decir eso, me levanté y caminé hacia la puerta, esperando una reacción, aquella era la última baza que podía jugar.

—¡Espere! —exclamó cuando estaba a punto de girar el pomo—, tan solo les di cierta información.

Me giré y sonreí para mí, después caminé despacio hasta sentarme de nuevo en la silla.

—¿Qué le pidieron exactamente?

—Información. Querían saber cuál era su dormitorio, dónde solían jugar, la hora a la que solían irse a la cama. Les conté que su lugar preferido de juegos era la cabaña, donde no solían estar sus padres.

—También les dio acceso a la finca...

Me miró asustada.

—No me mienta, sé que lo hizo usted —esa vez asintió—. ¿Cuándo? Es obvio que tuvieron un primer contacto con la niña.

—La mañana del secuestro.

—Y después les dejó una llave para que entraran de nuevo por la noche.

Asintió.

—¿Qué le dieron a cambio?

Aquella mujer se estrujó las manos, nerviosa.

—¿Dinero? ¿Trabajo?

Silencio.

—Se lo diré yo..., le ofrecieron trabajo, además de dinero, ¿no es cierto?; consiguieron que entrara en esa empresa de limpieza. Estaba todo amañado desde un principio, usted conseguía trabajo y les iba pasando información.

Le clavé una de mis miradas penetrantes, lo cual hizo que asintiera. Aquel secuestro había estado planeado desde hacía más de un mes. Lo que todavía no había podido esclarecer era cómo habían hecho que la anterior limpiadora se marchara sin dejar rastro.

—Ahora..., dígame de una vez por todas si esta es una de las mujeres —le mostré por décima vez aquella foto de la trabajadora de la funeraria que se hacía llamar Felicia, aunque ya sabíamos que era un nombre falso.

Asintió. ¡Bien! Con eso ya podía ponerme a trabajar. Me levanté del asiento y, dejándola allí dentro bastante estupefacta, salí disparado al pasillo en busca de Susana. La encontré en su puesto de trabajo.

—Susana... —me senté a su lado y le tendí la foto—, confirmado, esta es una de las mujeres involucradas. Habla con el ayuntamiento, que pongan un bando con la foto de esta mujer y la de la niña, necesito que esto circule enseguida. Prepara también una nota informativa para mandar a todas

las unidades de la comandancia de Toledo con la información de ambas y la descripción del coche en el que la vieron. Esto es prioritario.

—De acuerdo, mi capitán, me pondré ahora mismo.

—¿Estás bien, Susana? —de pronto había sido consciente de las ojeras que tenía mi cabo preferida.

—Estoy bien, tan solo estoy durmiendo mal, me preocupa este caso.

Que aquel caso, que para mí era algo personal, le llegara de aquel modo, hizo que sintiera una simpatía insólita por aquella mujer.

—Gracias —le puse la mano sobre el hombro—, cuando la encontremos te daré unos días libres —esto último lo dije en un susurro, o por lo menos lo pretendí.

Me miró extrañada.

—¿Se encuentra bien, capitán?

—¿Yo? Sí, ¿por qué lo dices?

—No sé, le noto extraño —ella también me habló en susurros, a pesar de que podía ver cómo los agentes intentaban disimular que no estaban prestando atención. Sabía que no era muy cauto por demostrar mi preferencia por Susana, pero aquello no sucedería si los demás fueran tan absolutamente profesionales como ella.

De pronto fui consciente de que los guardias habían dejado de disimular y me clavaban una mirada acusatoria, eso hizo que apartara velozmente mi mano de su hombro.

—Estoy perfectamente, gracias —repuse con un tono más serio—, voy a llamar al capitán de la comandancia de Vitoria, ha llegado la hora de investigar a esta mujer desconocida.

—Mi capitán... ¿qué hacemos con la mujer que estaba interrogando?

—La retendremos el máximo posible, setenta y dos horas y después enviaré el atestado al juez, él decidirá qué hacer con ella.

Un segundo después estaba llamando al capitán del servicio de información de Vitoria. Le expliqué la importancia de descubrir quién era la mujer de la fotografía y le pedí que investigaran en su supuesto pueblo natal, Ariñez, aunque tal vez esa información también fuera falsa.

—Otra cosa, capitán, casi lo olvido, es necesario encontrar la relación que tiene esta mujer que se hace llamar Felicia Otaola con otra mujer. Tan solo sabemos que es una mujer de unos treinta años, atractiva, no demasiado alta y que tiene un lunar en la mejilla.

—No es mucha información.

—Lo sé, pero es lo único que tenemos.

—Bien, investigaremos en el pueblo, le mantendré informado de todo. Buenos días.

—Buenos días y gracias.

Debía avisar a Pablo de las novedades, en esos momentos teníamos información importante para poder encontrar a Lola, la única incógnita era dónde tendrían escondida a la niña. No sé si porque realmente necesitaba hablar cara a cara con Pablo, o porque en mi fuero interno quería volver a ver a Celia, pero me vi conduciendo hasta la finca. Sin embargo, me llevé una decepción, allí no había nadie. ¿Dónde estarían? ¿Qué estarían tramando?

Comencé a caminar entre los olivos y aquello me recordó a ella, la echaba tanto en falta que, en ocasiones, me costaba respirar. Sabía que a esas alturas debía haberla olvidado. Pilar me animaba constantemente a comenzar una nueva vida, insistía en que era la clave para poder curarme y sabía que

tenía razón. Me gustaba hablar con ella, aquellas sesiones me llenaban de paz. Y aunque ella no lo supiera, lo había intentado, pero hasta el momento ninguna mujer había conseguido sacarme de mi mundo de tinieblas y oscuridad en el que me había sumido desde hacía cuatro años, aunque comenzaba a ver un haz de luz en mi camino, una luz que me proporcionaba aquella muchacha joven y rubia que me había llegado al corazón, y por qué no decirlo, también a mis extremidades. Había despertado mi deseo dormido desde hacía tiempo. Mi único obstáculo en el camino era aquel Fabio, obviamente seguía enamorado de ella, y por qué negarlo, era más joven y mucho más atractivo que yo. Tenía todas las de perder, pero no conseguía olvidar aquella sonrisa natural que me había dedicado aquella mañana, y sobre todo, el hecho de que había aceptado cenar conmigo.

Aquella noche recibí la llamada que estaba esperando de Vitoria.

—Hemos averiguado su nombre, se llama Idoia Gurtubay, natural de Ariñez, al menos en eso no mintió. ¿Le dice algo su nombre?

—Lo cierto es que no.

—Tiene antecedentes por robo con violencia, especializada en robo de joyas; a pesar de eso, nunca ha sido encarcelada. En cuanto a la mujer que me comentaba..., hemos averiguado algo. Mis guardias han hecho una visita a la madre de Idoia, la única familia que le queda; ella asegura que hace años que no sabe nada de su hija, no mantenían una buena relación. No se va a creer esto capitán..., mis hombres han encontrado en su dormitorio fotos de una mujer que responde a la descripción que nos ha dado, parece como si le siguiera la pista desde hace años, como si estuviera obsesionada con ella. También hemos averiguado que eran compañeras de colegio.

—¿Tiene su nombre?

—Sí, por supuesto.

Cuando escuché su apellido, casi se me cae el teléfono al suelo. No podía creerlo, nunca se me ocurrió la posibilidad de que el secuestro de Lola pudiera estar relacionado con aquel caso en el que nos habíamos visto implicados María, Pablo y yo, aquel caso que nos llevó a encarcelar al culpable de la muerte de la primera mujer de Pablo, y de otras cinco mujeres. Aquel hacker peligroso que se dedicaba a violar y estrangular a mujeres jóvenes casadas, morenas y hermosas.

Justo en ese momento recibí un whats app de Celia, un mensaje sin texto, tan solo una imagen; aquello hizo que reaccionara y me despidiera del capitán atropelladamente. Aunque podía estar equivocado, había llegado el momento de la acción, debía preparar a mi equipo por si acaso.

7. Jueves por la noche. Esperando poder volver a enamorarla.

En aquella nave perdida de Tembleque. 00:00 hrs.

Fabio

—Lo siento, lo siento mucho, Celia —repetí totalmente cabreado conmigo mismo. No podía creer lo que había sucedido.

Aquella mujer nos había despojado de nuestros móviles, así como de las herramientas de Pablo, y nos había encerrado en una habitación sin muebles. Por suerte, había encontrado unas cajas de cartón y las había extendido sobre el suelo para poder sentarnos evitando el contacto directo con aquel frío y sucio suelo de baldosas, mientras esperábamos nuestro incierto destino. Lola nos había informado de que su madre ya no estaba con ella porque sabía que ya no estaba sola antes de caer rendida en brazos de Celia. Tal vez María pudiera localizarnos, aunque aquello parecía algo imposible, yo me había encargado de que nadie supiera dónde habíamos ido Celia y yo.

De acuerdo, habíamos encontrado a Lola, pero había tejido nuestro tenebroso destino siendo un irresponsable pensando soberbiamente que yo podría solo con aquella situación, alentado por la premonición de Diego sobre que yo encontraría a su hermana. Menudo iluso, yo la había encontrado, sí, pero ¿para qué? Obviamente me había equivocado, y me preguntaba qué haría aquella mujer con nosotros. Además, había dejado a Lola sin cenar. Por lo visto había ido para darle algo de comer, pero después de encontrarse con su víctima a punto de ser rescatada, se había enfadado tanto que la había castigado injustamente sin cenar. Después había desaparecido dejándonos totalmente ignorantes de nuestra situación.

—No te preocupes, Fabio, gracias a ti hemos encontrado a Lola y ya no está sola. Prefiero estar con ella y encerrada, que estar sin ella y libre. Además...

—Pero lo he estropeado todo.

—¿Cómo ibas a saber que aparecería esa mujer con un arma? Es imposible...

—Deja que me ponga detrás de ti, de ese modo podrás recostarte sobre mí y estarás más cómoda, supongo que estás incómoda con el peso muerto de Lola.

—De acuerdo..., de todas formas no me puedo quejar, me gusta tenerla cerca. Me siento tan bien por haberla recuperado...

Celia se incorporó para dejar que me colocara detrás de ella, después la atraje hacia mí. Egoístamente deseaba tenerla cerca, anhelaba tanto su cercanía, su aroma, su contacto.

—Fabio..., tengo que decirte algo.

—No, primero yo, Celia. Quiero..., no sé cómo acabará esto y no puedo dejar pasar esta oportunidad, tal vez no tenga más...

—Pero, yo...

—Por favor, Celia, déjame hablar a mí primero, es importante —tomé aire antes de continuar, pero para hacerlo, debía sentirla más cerca todavía, por eso puse mi mano sobre la suya, que descansaba sobre la espalda de Lola —; perdona si esta mañana te ha dado la sensación de que intentaba algo temporal contigo, tú jamás serías un ligue de verano para mí. Entiendo perfectamente que no confíes en mí y que no sepas lo que siento, pero te lo voy a decir, Celia..., no puedo más, no puedo retener esto dentro de mí más tiempo, porque explotaré. Lo que dije esta mañana era cierto, es cierto, jamás

has salido de mi mente, siempre has estado ahí metida, todos los días desde hace siete años. Siento mucho cómo acabamos, siento mucho haberme ido tan lejos para olvidarte.

—¿Para olvidarme? Pero yo creí...

—Sí, pensé que era lo mejor, no debíamos estar juntos, pero a pesar de la distancia, nunca..., nunca he sentido lo mismo por ninguna mujer, nunca te he olvidado, Celia.

La respiración de Celia se hizo pesada y levantó ligeramente la cabeza. Sin embargo, yo intenté acercarla a mí y por ello la envolví entre mis brazos, a ella y a Lola, me gustaba tanto tenerla apoyada sobre mi pecho.

—Fabio..., creo que has olvidado que antes de irte lejos, ya habías estropeado lo nuestro.

—Lo sé, pero eso no quiere decir que no siguiera sintiendo lo mismo por ti.

—Creo que es mejor dejarlo, nosotros no tenemos futuro. He rehecho mi vida, yo sí te he olvidado.

No puedo negar que aquello no me doliera, pero no pensaba rendirme.

—Por favor, Celia, dame otra oportunidad.

—Pero... ¿de qué hablas Fabio? Tú vives a miles de kilómetros, no tenemos nada que hacer, es imposible, no puedo hacerlo. Además... ¿ya no te importa lo que piense la familia?

—No, en realidad no me importa nada, y menos después de todo lo que ha sucedido. Hay que aprovechar el tiempo, si no se te escapa entre las manos. He estado completamente ciego, Celia, pero empiezo a ver las cosas con claridad.

—Pues me temo que es demasiado tarde..., y... por cierto, ¿quién es Sarah?

No me esperaba aquella pregunta.

—¿Sarah?

—Sí, Sarah, la mujer que te llamó el otro día.

—Yo... y por cierto... ¿quién es Rubén? —no podía explicarle en ese momento quién era Sarah, porque la perdería antes de haberla recuperado.

—¿Rubén? ¿Cómo sabes...? Nunca he hablado con él delante de ti, ¿has estado cotilleando mi móvil?

«Algo mucho peor, Celia», pensé.

Estaba seguro de que si Celia no hubiera tenido a Lola en sus brazos, a estas alturas se hubiera separado de mí.

—Un día te escuché hablar con él.

—Eso no es cierto.

Justo en ese momento percibí ruidos en el exterior.

—*Shhh*, viene alguien —susurré.

—Fabio, tengo que decirte algo, antes de entrar en...

Pero yo ya no la escuchaba, pendiente como estaba de intentar asimilar quién o quiénes se acercaban a la puerta; eran sigilosos, pero podía notar demasiadas pisadas, aquella mujer no venía sola, y aquello me asustó de verdad.

—No dejaré que os hagan daño..., Celia, creo que es mejor que nos pongamos de pie.

Me levanté y después ayudé a Celia a incorporarse, para colocarme

delante de ellas.

—Fabio..., no es quien tú crees, debe ser... —pero no llegó a terminar la frase, de pronto escuchamos una voz detrás de la puerta que me dejó descolocado.

—Celia..., sé que estáis ahí, alejaros lo máximo posible de la puerta, vamos a echarla abajo.

Pero... ¿cómo nos habían encontrado?

Se escucharon unos golpes fuertes en la puerta, que se abrió de pronto mostrando varias linternas encendidas que lo único que consiguieron fue deslumbrarnos. Después, poco a poco, fuimos descubriendo no solo al capitán, sino a una decena de guardias armados hasta las cejas; a pesar de eso, y por suerte, Lola seguía dormida en los brazos de Celia.

—¿Estás bien, Celia? —era la voz de Miguel y parecía de verdad preocupado.

—Sí, y Lola también.

—Yo también estoy bien, por si te interesa —comenté con ironía, aunque nadie pareció escucharme.

A partir de ese momento todo se aceleró sin poder controlarlo, aquel hombre apartó a mis chicas de mí, agarrando a Celia por el hombro como si fueran algo más que rescatador y rescatada. Aquello me cabreó, pero la voz de Susana hizo que dejara de seguirlos con la mirada.

—Duele, ¿verdad?

No sabía a qué se refería.

—A mí también, pero es cuestión de acostumbrarse. Por cierto... ¿estás bien?

Por lo visto, esa mujer estaba enamorada de Miguel, y obviamente ella pensaba (¿sería eso cierto?) que Celia le correspondía.

—Vamos, Fabio..., es mejor que salgamos, a menos que quieras pasar aquí la noche —me empujó cariñosamente para que saliera de la habitación.

Por supuesto, el gran capitán se había apoderado de mi familia y había metido a ambas en su coche, dejándome completamente al margen. Aquello me daba mucha rabia, no solo porque era obvio que quería a Celia para él (¿quién no?), sino porque él no había sido el que había encontrado a Lola y estaba seguro de que quería llegar con ellas a la finca para pavonearse de ser el gran salvador.

—¡Me cago en...

—¿Seguro que estás bien, Fabio? —Susana me miraba preocupada a través de la ventana medio abierta del coche mientras intentaba meter sin éxito la llave en la cerradura.

—Eh..., sí, sí, estoy más que bien, gracias. ¿Quieres que te lleve?

—No te preocupes, voy con un compañero. Ya sabes..., siempre vamos en pareja.

«Sí, aunque parece que tu pareja te ha dejado colgada por Celia», pensé.

Aquel capullo había estropeado nuestra conversación, aunque, bien mirado, tal vez me había salvado el cuello, todavía no podía explicarle a Celia nada sobre Sarah. En realidad, estaba metido en un buen lío y no tenía ni idea de cómo saldría de él, pero al menos tenía una cosa clara: por fin era consciente de lo que buscaba en la vida, por fin veía claro lo que me hacía feliz, lo que debía perseguir, y era a ella, a Celia, ella era lo único que quería en la vida, todo lo demás me daba igual, hasta mi trabajo, hasta mi profesión.

Mi vida no había tenido ningún sentido hasta ese verano. Llevaba años viviendo una existencia vacía, rodeado de personas que no llenaban mi corazón, y ahora era consciente de que lo había hecho a propósito; después de perder voluntariamente a Celia, me había construido una jaula vacía de sentimientos y emociones, pero llena de ocupaciones que me impidieran plantearme mi existencia. Había construido mi propia tumba llena de éxitos profesionales creyendo que ellos llenarían mi vida. Cuán equivocado estaba.

Pero no todo estaba perdido; gracias a María, que me había traído de vuelta a España, podría intentar recuperar el tiempo perdido, esperaba de verdad poder enamorar de nuevo a Celia.

Aquella casa parecía haber recuperado la alegría, la luz, la vida, incluso a pesar de la presencia de Miguel y Susana, e incluso a pesar de que era la una de la mañana. Cuando por fin llegué, los encontré a todos reunidos en el salón —incluida a María, que ya volvía a ser la misma—, admirando cómo Lola comía con ansia un bocadillo de chorizo. La mirada de Pablo había recuperado la luminosidad y contemplaba a su mujer y a su hija de pie, apoyado sobre uno de los sofás orejeros, con una tierna sonrisa dibujada en sus labios. En esos momentos me dio pena haberme perdido la infancia de los hijos de María, en cierta forma me sentía fuera de aquel círculo.

Como me temía, Miguel estaba sentado junto a Celia, demasiado pegado para mi gusto. Me hubiera encantado sentarme entre los dos y besarla delante de sus narices; en otro tiempo podría haberlo hecho, pero obviamente en esos momentos era una fantasía, además de las buenas. Permanecí allí en el pasillo como un mero espectador, como si no perteneciera a esa familia, hasta que sentí una pequeña mano que cogía la mía.

—¡Qué bien! Estamos todos juntos otra vez. —Diego había aparecido de pronto junto a mí y, antes de salir corriendo al encuentro de su hermana y

de su madre, tiró de mí para darme un beso—, gracias por traerla a casa.

Me enternecieron sus palabras, y sobre todo su gesto, confirmando con aquel infantil beso que sí pertenecía a esa familia. Sin embargo, aquello no impidió que decidiera salir a tomar el aire, incapaz de seguir contemplando cómo Celia y Miguel se sonreían.

Sabía que me comportaba como un niño celoso. Ya ni recordaba lo que implicaba aquel sentimiento tan impetuoso que provocan los celos, la última vez que los sentí fue aquella noche hacía milenios cuando Celia dejó que un desconocido la cogiera de la cintura, o como aquella otra noche cuando jugábamos al juego de la botella en la playa y mi amigo Gianluca estuvo a punto de besarla en la boca.

Me encaminé a ninguna parte, perdiéndome entre los olivos, respirando el aire de la noche; aquella era la mejor hora para caminar, rodeado del sonido de los grillos, aquel sonido veraniego que tanto me gustaba. El cielo no podía estar más bonito cargado de estrellas, aun así, no conseguía serenarme. En el fondo de mi alma había anhelado, pensado, soñado que Celia siguiera enamorada de mí o que sintiera algo, por minúsculo que fuera, pero me había equivocado, ella ya me había olvidado.

De pronto sentí unas pisadas detrás de mí, aquella era la última persona que esperaba encontrar.

—Hola... ¿Qué haces?

—Nada, estaba tomando el aire.

—Ha sido alucinante cómo has encontrado a Lola..., Celia nos lo ha contado. Yo había llegado a pensar que jamás la encontraríamos —comentó Alberto.

—En realidad ha sido trabajo en equipo, solo no lo hubiera

conseguido.

—¿Cuándo vuelves a USA?

Aquella pregunta terminó de desmoronarme, no podía volver a casa sin haber recuperado a Celia, pero ¿lo conseguiría? Por el momento no iba por buen camino.

—No lo sé todavía, son las primeras vacaciones en mucho tiempo.

—Eso es lo malo de los americanos, casi no tienen vacaciones; si no fuera por eso, me iría allí de cabeza, sería el paraíso para ser entrenador de baloncesto, pero no tener vacaciones...

Dejé de escuchar a Alberto cuando vislumbré el pelo rubio de Celia entre los olivos, aunque me desesperé en cuanto distinguí a su acompañante. ¿Qué hacían ellos dos solos caminando por el olivar? Le hice una seña a Alberto para que bajara la voz y los seguí.

Parecían demasiado encariñados. Debía acercarme lo suficiente como para escuchar lo que decían sin ser visto, por ello me agazapé detrás de un olivo. Esperaba que Alberto hubiera perdido el interés y hubiera vuelto a casa, al menos no lo sentía tras de mí.

—Hemos dejado un montón de guardias rodeando el recinto, en cuanto esas mujeres entren, serán nuestras.

—Ojalá sea cierto.

—No lo dudes, ellas no saben que no estáis allí, con lo cual irán a buscaros, supongo que mañana.

—Gracias, estoy tan feliz de que esto haya terminado.

—Bueno, todavía queda averiguar por qué razón lo han hecho, aunque por supuesto tengo mis sospechas.

—¿Y cuáles son?

—Celia, Celia, esos son temas confidenciales.

—Oh..., lo siento. No quería inmiscuirme en tus asuntos.

De pronto Miguel se paró y Celia lo imitó. Aquello no me gustaba, él estaba demasiado cerca de ella y, sin venir a cuento, levantó el rostro de Celia para que lo mirara a los ojos.

—Me encanta que te inmiscuyas en mis asuntos..., mucho.

Me quedé con la boca abierta al ver cómo Miguel se abalanzaba sobre Celia besándola con una pasión desmesurada. Di un paso al frente dispuesto a interponerme entre ellos, obviamente Celia no quería que la besara. Sin embargo, enseguida me di cuenta de mi error. Por lo visto ella sí quería que la besara, por mucho que aquello me doliera, puesto que le correspondía. Aquel hombre la atrajo hacia él agarrándola con ¿violencia? del trasero.

Aquello no podía ser cierto, no podía estar sucediendo, sentí un ligero malestar en el estómago que hizo que perdiera el equilibrio, pero por suerte había un olivo cerca que me sirvió de apoyo moral y físico. Temí que me hubieran descubierto, pero al parecer estaban demasiado entregados como para oír nada que no fueran sus propios besos.

De pronto sentí la necesidad de alejarme, no podía seguir contemplando aquello, me hacía daño, mucho daño. En ese momento entendí cómo se debió sentir Celia cuando pensó que le había puesto los cuernos. Caminé medio borracho hasta llegar al porche, donde choqué de lleno contra Alberto.

—Oh..., perdona, Alberto, no te había visto.

—Tú sigues colado por mi hermana, ¿no es cierto?

—¿Eh? —lo miré confuso. No podía ser que hubiera visto lo mismo que yo.

—Vamos, Fabio, he visto todo, lo que hacía Celia con el capitán, y tu reacción. No la has olvidado.

Bajé la mirada, no podía engañarlo, por desgracia me conocía demasiado.

—Vaya..., ni la distancia ha podido con ese amor. Me da envidia, ¿sabes? No sé hasta qué punto yo he conocido ese tipo de amor.

—¿Qué? ¿Tú y...?

—Sí, Carlota y yo estamos bien, la quiero, no puedo vivir sin ella, de hecho no puedo vivir ni con ella ni sin ella, pero creo que, si estuviera separada de ella siete años, la olvidaría. Apostaría todo a que la olvidaría en menos de un año.

—Pues lo siento, sé que no te gustan mis sentimientos hacia Celia.

—¿Sabes? Creo que, después de todo, no es tan malo. Sois medio familia, ni siquiera sois familia cien por cien. Creo que podría acostumbrarme —me dio un golpecito en el hombro y se alejó de mí—. Ahh..., y Fabio, prefiero que seas tú que ese tío. No me gusta, está lleno de mierda en la cabeza. Tantas muertes te dejan jodido por dentro. Y ya no te cuento lo poco que me gusta su amigo el médico.

¿Estaba al tanto de lo de Rubén? Iba a preguntarle sobre ello cuando me di cuenta de que había desaparecido dentro de la casa. ¿Me estaba volviendo loco o me había dado su visto bueno para salir con Celia? No podía creerlo. Aquello era una auténtica ironía, tenía el apoyo del miembro de la familia menos previsible, y Celia se estaba dando el palo con otro hombre. Me arrepentía de no haberla besado cuando habíamos estado encerrados, tal

vez hubiera podido comprobar si sentía algo por mí, un beso me hubiera bastado para comprobarlo, sobre todo porque nadie la conocía tanto como yo.

Cuando entré de nuevo en casa me encontré con María, que bajaba las escaleras. Olvidé mis problemas por un momento y sonreí al verla de nuevo entre nosotros, con la mirada despierta y tan alegre como siempre. Pensaba hacer lo mismo que ella, pero se adelantó, dándome un abrazo de los suyos.

—Gracias, Fabio, gracias por recuperar a Lola —cuando se separó de mí le sequé las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Ha sido trabajo en equipo, incluyendo a Diego y a Lola. Me alegro de que hayas vuelto.

María asintió y la seguí hasta el salón, donde tan solo quedaban Marcos y Susana, que conversaban sentados en uno de los tres sofás que rodeaban la chimenea, ahora en reposo. Pablo debía estar todavía con los niños y Teresa, Alberto y Carlota debían haberse ido a dormir.

—Oh..., Miguel —dijo de pronto María, haciendo que levantara la vista; en ese momento Miguel y Celia entraban por la puerta. Celia, con el rostro sonrojado y los labios muy rojos, y Miguel con su pelo castaño revuelto, sentí un nudo en el estómago—, siéntate, ahora que ya no está Lola me gustaría saber quiénes han sido las mujeres que la han secuestrado.

Miguel se acomodó en el sofá, frente a nosotros, mientras Celia permanecía de pie, como dudando de dónde debía sentarse, si junto a mí, o junto a Miguel; finalmente optó por sentarse junto a él, dejando un espacio entre ellos. Celia rehuía mi mirada.

—Bien..., te lo diré, es justo que lo sepas. Una de ellas se llama Idoia Gurtubay —María negó con la cabeza como para dejar claro que no tenía ni la menor idea de quién podía ser—, la otra, la del lunar, se llama Nuria

Mendieta.

El rostro de María cambió de expresión, se volvió más pálido, su mirada se perdió en la lejanía.

—Sí..., es su hermana, la hermana de ese hombre que conseguimos apresar entre Pablo, tú y yo hace años. No es difícil adivinar que quería venganza, por eso ha recurrido a su hermana, lo único que no entiendo es por qué ha tardado tanto en actuar...

A pesar de que Miguel seguía divagando, no se había dado cuenta de que María no parecía estar con nosotros; no es que hubiera vuelto a irse, como había sucedido en los últimos días, aquella expresión era diferente, y la había visto en alguna ocasión. Me atrevería a decir que estaba viendo algo que los demás no podíamos ver.

Al poco tiempo, Miguel dejó de hablar, por fin parecía haberse percatado de que María estaba teniendo una visión. No tardó en despertar, parpadeando ligeramente antes de posar una mirada de pesar y dolor en Miguel.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así? —espetó Miguel.

—Oh, Miguel..., perdóname por no haberlo visto antes.

—¿De qué hablas? —la voz de Miguel parecía en tensión, igual que su rostro.

—No solo se ha vengando de mí y de Pablo..., también de ti, de hecho se ha..., se ha cebado contigo.

El rostro de Miguel estaba contraído por el dolor, como si se imaginara de qué estaba hablando María.

—Fue un accidente... —murmuró como para sí mismo.

—No, me temo que no, Miguel. Eso es lo que quiso que pareciera.

María se levantó y comenzó a pasearse por la estancia, nos dejó embrujados a todos, no solo por lo que estaba contando, sino también por su voz profunda y femenina, siempre se le había dado bien hechizar a su audiencia.

—Aquel día, tu mujer..., Andrea cogió el coche como todas las mañanas para ir a trabajar. No tardó en darse cuenta de que los frenos no funcionaban, pero lo que no había previsto esa mujer, Idoia, es que Andrea no solía conducir muy rápido, por eso, pudo girar a la derecha dirigiendo el coche hacia un camino cuesta arriba que le permitió detenerlo y poner el freno de mano. Estaba rebuscando en el bolso para poder llamarte al móvil cuando esa mujer apareció junto a la puerta de su coche, la abrió y... —María dejó de hablar, porque las lágrimas asomaban a sus ojos al revivir aquella visión—, golpeó su cabeza contra el volante repetidas veces, dejándola medio muerta.

No podría describir la expresión del rostro de Miguel en esos instantes, aquello era una mezcla de odio, pánico, desolación, tenía los puños cerrados como si fuera a dar un puñetazo.

—Después, quitó el freno de mano y dejó que el coche bajara aquella cuesta a su libre albedrío, tomando cada vez más velocidad, cruzando la carretera y haciendo que bajara la ladera de la colina hasta que encontró un árbol en su camino. Ahí fue donde la encontraste tú, horas después. Pensamos equivocadamente que había sido un accidente..., pero fue él, lo ingenió él todo, e Idoia lo llevó a cabo.

El silencio nos rodeó al terminar María de contar aquel horrible suceso. Miguel no había derramado ni una sola lágrima, pero estaba consternado, respirando con dificultad. Susana y Celia lloraban en silencio

también. Miguel se levantó de pronto y María se acercó a él para abrazarlo, pero él no pudo corresponderla.

—Tengo que irme —dijo tan solo y después salió del salón.

Susana salió tras él, pero antes de que atravesara la puerta, María la agarró con suavidad del brazo.

—No le dejes solo.

—No pensaba hacerlo.

Celia y yo nos miramos, pero enseguida rehuyó la mirada y se levantó del sofá visiblemente afectada por la historia para desaparecer escaleras arriba. Marcos se acercó a María, que se había quedado paralizada con la mirada clavada por donde había salido Miguel.

—Vete a dormir, María, lo necesitas —la abrazó con cariño—. Ya estamos todos juntos.

—Sí, tienes razón. ¿Alguien ha llamado a Clara y a Leo para...?

—Sí, tranquila, ya lo hice, mañana estarán aquí. Por lo menos se han ahorrado todo esto, aunque no lo habrán pasado muy bien angustiados sin poder estar aquí contigo.

—Buenas noches, Marcos.

Aproveché para desaparecer también, después de desearles buenas noches a los dos. Mis pasos me encaminaron hacia el dormitorio de los niños. No esperaba encontrar allí a Celia, sentada sobre la cama de Diego, aunque en realidad debía haberlo esperado, siempre nos encontrábamos en ese rincón de la casa, como si a los dos nos apaciguara aquel lugar.

—Se han dormido juntos en la misma cama —susurró Celia al verme entrar—, que monos están.

Sonreí al verlos. Diego abrazaba a Lola como si fuera el gran amor de su vida, tal vez lo fuera, por lo menos por ahora, y sobre todo después de lo sucedido.

—Se van a asar de calor... —comenté mirando hacia la ventana cerrada.

—Pablo no quiere dejar la ventana abierta después de...

—Lo entiendo. Celia..., verás, he pensado que en realidad no necesito saber quién es Rubén.

—Fabio..., necesito pensar, necesito estar a solas. Estoy muy confusa.

¿Tan confusa como para besar a ese vejstorio que ahora me daba lástima?

—De acuerdo, te dejaré a solas —mi mano derecha no pudo evitar acariciar su suave mejilla, y mi pulgar acarició aquellos tersos y carnosos labios como si quisiera borrar las huellas de ese reciente beso. Tuve el impulso de besarla para borrar su rastro del todo, pero algo en mi interior me lo impidió, aquel no era el momento.

Salí del dormitorio sin saber cómo acabaría aquello, y de pronto recordé que me había quedado sin móvil, aquella mujer se lo había llevado, tendría que comprar uno nuevo para poder llamar a Sarah. Sarah... ¿Qué iba a hacer con ella?

8. Sábado. Una cita peligrosa

De camino a cenar. Mora. Sábado 22:00 hrs.

Miguel

La miré de reojo para comprobar si en realidad estaba junto a mí en el asiento del copiloto o si lo había soñado. Me dedicó una sonrisa que me hizo olvidar todo lo que había sucedido desde el jueves por la noche, aquella horrible noche cuando me enteré del verdadero destino de mi mujer. Pero en ese momento no quería pensar en ello, necesitaba comenzar algo nuevo, tal vez con aquella mujer rubia que me había devuelto las ganas de besar, de hacer cosas nuevas, de volver a hacer el amor (y no solamente follar como hacía últimamente). Además, para qué negarlo, Celia estaba de lo más sexy con aquel vestido verde del mismo color que sus ojos y aquellas botas de *cowboy*. Mis ojos la desnudaban con la mirada, deseando no solo verla sin ese vestido pero con las botas puestas, sino deseando conocerlo todo sobre ella. También pensé en Pilar, todavía no comprendía lo que me hacía sentir, pero el hecho de que fuera algo demasiado profundo como para analizarlo en ese momento hizo que la desechara de mi mente. Además, ella tan solo intentaba curar mi mente, mi alma, nada más.

Hacía tanto tiempo que no quedaba con una mujer, que aquella mañana, cuando llamé a Celia para confirmar nuestra cena, dudé de adónde debía llevarla; por suerte, recordé a Isabel, aquel plan por lo menos sería diferente.

—... es un alivio que por lo menos una de las mujeres esté entre rejas. ¿Habéis averiguado algo más?

Sonreí con satisfacción al pensar en cómo aquella mujer a la que tanto

odiaba por haber asesinado a mi mujer a sangre fría cayó en la trampa mortal una hora después de haber encontrado a Lola. Llegó a aquel edificio para verse rodeada de mis guardias, que habían permanecido agazapados al acecho.

—Hemos interrogado a Idoia Gurtubay de todas las formas posibles, pero no parece querer cooperar ni para localizar a Nuria Mendieta ni para confesar que asesinó a mi mujer.

Pude sentir la mirada cargada de preocupación de Celia.

—Pero acabará confesando, es cuestión de tiempo —de eso me iba a encargar yo personalmente—; pero hablemos de algo más interesante. Sé por María que te dedicas a la medicina.

—Sí, soy matrona.

—Es una profesión dura, imagino.

—No tanto como la tuya, pero tal vez igual de apasionante.

—Oh, yo creo que bastante más dura que la mía.

Aquella mujer con aspecto de niña era asombrosa; bella, inteligente, sonriente, sin duda alguna buena persona. En realidad no entendía qué hacía conmigo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Por qué no he elegido ser ginecóloga en lugar de matrona?

—No, ¿por qué yo? —al ver la expresión confusa de su rostro, fui al grano—, ¿por qué dejaste que te besara la otra noche? —Cuando nos habíamos encontrado en la carretera (Celia no quiso que la recogiera en su casa, habíamos quedado furtivamente en la salida de la finca), tan solo nos habíamos besado en los labios, un beso rápido e indeciso.

Celia fijó su mirada pensativa en la carretera que teníamos frente a nosotros.

—Porque me miras de otro modo.

—¿De otro modo?

—Sí, me miras con determinación, como si supieras lo que estás buscando.

No tenía ni la menor idea de que supiera lo que estaba buscando, más bien me sentía como un crío enamorado que no había meditado ni un segundo sobre mis sentimientos, pero me estaba dejando llevar, como me había pedido Pilar que hiciera, estaría orgullosa de mí.

—Me alegro de que hayas aceptado cenar conmigo —me dedicó una tierna sonrisa como respuesta.

Miré por el espejo retrovisor, por lo visto un coche nos estaba siguiendo, aunque no estaba seguro desde cuándo lo hacía; la presencia de Celia había hecho que me olvidara por un momento de que aquello no había acabado, todavía había un cabo suelto en aquella historia, y ese cabo era alguien que podía seguir queriendo arruinarnos la vida a Pablo, a María o a mí. Sin embargo, algo no cuadraba en mis sospechas, la persona que nos seguía lo hacía de un modo demasiado evidente para ser un profesional, lo cual me hacía estar más indignado conmigo mismo por no haberme dado cuenta antes.

—Estamos llegando —giré a la derecha, el coche de detrás hizo lo mismo, subí una cuesta de tierra y atravesé la verja de hierro que estaba abierta accediendo al recinto de la casa de Isabel.

—Pero..., esto no es un restaurante... —comentó Celia al mismo tiempo que inspeccionaba la fachada de aquella casa de piedra que se erguía

ante nosotros.

—No, es una casa.

—¿Me has traído a tu casa? —no parecía muy contenta con la idea.

—No, nunca lo haría sin preguntártelo previamente, es la casa de una amiga que intenta salir adelante, ofrece su casa para cenas de grupos. Como hoy no tenía ningún grupo, me ha dejado invitarte a cenar. Su cocina es...., es mejor que lo averigües por ti misma.

—Oh..., la casa es muy bonita.

—Celia..., hazme un favor, escóndete en el suelo y quédate ahí hasta que vuelva a buscarte —dije antes de abrir la puerta.

—¿Cómo? —me miró perpleja sin comprender, yo tenía la mirada fija en el coche que había aparcado fuera de la verja, oculto en la oscuridad del camino.

—Alguien nos ha seguido, tengo que comprobar quién es. Como no tengo ni idea de qué va esto, es mejor ser precavidos. Haz lo que te he pedido, por favor —hasta que no vi que Celia me obedecía, no salí al exterior con mi arma bien amarrada en la mano.

Intenté esconderme entre los árboles que, por suerte, se esparcían por la entrada hasta llegar a la altura de la verja; una vez allí, de cara descubierta, con el arma apuntando al coche, caminé con convicción hasta que llegué a su altura. La cuestión era que, ahora que lo tenía delante de mis narices, aquel vehículo me resultaba familiar.

—Sal del coche con las manos en alto —dije alzando el tono de voz para que pudiera escucharme quien estuviera dentro.

La puerta se abrió muy despacio para mostrarme a la última persona

que esperaba encontrar allí dentro.

—¿Pero qué demonios...? —bajé el arma.

—Supongo que puedo bajar ya los brazos.

En ese momento la sentí detrás de mí, después de todo no era tan obediente como pensaba.

—¡Fabio! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Nos has seguido? —exclamó Celia obviamente enfadada.

Por lo menos no le hacía ninguna gracia, vamos, la misma que a mí. Nos estaba arruinando la noche, ¿o tal vez no?

—¡No puedo creer que hayas quedado a cenar con este vejestorio! —repuso Fabio.

—¿Vejestorio? —pregunté por si acaso se estaba refiriendo a mí.

—¡No es de tu incumbencia! ¡Es mi vida y hago lo que quiero!

—Pero..., yo... —balbuceó ese muchacho consiguiendo darme hasta lástima, aunque tal vez no tanta.

—¡Lárgate, Fabio! Por favor, vete —insistió Celia cada vez más molesta.

—Lo siento... —murmuró Fabio antes de meterse en el coche y echando una mirada triste y rota a mi pareja antes de desaparecer de nuestra vista.

Tenía que reconocer que ese muchacho tenía agallas persiguiendo a Celia, en cierta forma no me importaba, suponía que lo había hecho porque —aparte de estar loco por sus huesos— quería comprobar que Celia no había quedado con ningún loco.

Celia respiraba muy fuerte —parecía haberle afectado bastante aquel encontronazo—, mientras observaba cómo el coche de Fabio se hacía cada vez más pequeño en la distancia.

—¿Quieres seguir adelante con la cena? Si quieres volver yo...

—No —repuso tajante—, quiero cenar contigo.

No puedo negar que aquel comentario me había llenado de orgullo masculino, Fabio 0, Miguel 1, parecía un chiquillo.

—Bien —dije, y ambos caminamos en silencio hasta llegar a la puerta de entrada, la cual estaba abierta de par en par, imaginaba que Isabel nos había oído llegar.

—Adelante, entremos —la cogí suavemente por la cintura, disfrutando de estar en contacto con su cuerpo, aunque fuera en esa pequeña medida.

Unos minutos después, ambos brindábamos con aquel gran vino de nuestra tierra, o mejor dicho, de la mía, no podía olvidar que Celia no era de Castilla la Mancha, sino de Madrid.

Después de presentarle a Isabel y de probar el primero de sus platos de degustación, Celia se había interesado por conocer su historia, viuda con tres hijos e intentando mantenerse a flote alquilando su propia casa para deleitar a sus amigos y conocidos con sus magníficas cenas. A mí me gustaba colaborar porque sabía que necesitaba el dinero para no tener que abandonar lo que su marido había construido durante años.

—De modo que soy un vejstorio...

A Celia le hizo gracia mi comentario.

—En realidad no lo sé, ¿cuántos años tienes?

—¿Cuántos crees que tengo?

—Mmm, soy muy mala con eso... ¿la misma edad que María?

—Casi, unos cinco años más.

—Oh.

—¿Oh?

—Vaya, sí que eres mucho mayor que yo.

Unos catorce años tan solo. Estaba hecho un asalta cunas, pero merecía la pena.

—Lo sé.

—¿No vas a preguntarme qué edad tango? —preguntó coqueta Celia.

—Lo sé perfectamente, no olvides que os he investigado a todos.

—De modo que sabes más de mí que yo de ti.

—Supongo que sí.

—Eso habrá que solucionarlo —comentó con esa sonrisa juguetona que iba a hacer que me abalanzara sobre ella.

—Cuando quieras. Dispara.

Sin embargo, mi móvil sonó antes de que Celia pudiera formular su primera pregunta.

—Disculpa —susurré mientras sacaba el móvil del bolsillo trasero de mis vaqueros—. ¿Sí?

—¿Capitán?

—Sí, soy yo.

—Soy Ramírez..., verá, hemos recibido una llamada del centro

penitenciario de Ocaña.

Que uno de mis guardias me llamara a esas horas de la noche no me extrañaba en absoluto, pero una llamada del penal de Ocaña era algo bien distinto. No pude evitar sentir que algo no marchaba bien. Me levanté y me alejé de la mirada atenta de Celia.

—Dime, Ramírez.

—Ha llegado una requisitoria...

—¡Al grano, Ramírez! —le espeté, me estaba poniendo de los nervios.

Le oí tragar saliva, Dios, qué malas vibraciones.

—El preso Aitor Mendieta ha escapado.

—¿Qué?! Eso no es posible.

—Hace aproximadamente dos horas.

—¿Cómo ha podido escapar!?

—Están investigando cómo ha sucedido, pero sospechan que se ha hecho con una cuchilla.

—¿Una cuchilla? —por qué demonios repetía lo mismo que me decían.

—Sí, no saben cómo ha podido llegar a sus manos, pero salió de prisión con un rehén aunque, poco después, lo han encontrado abandonado en la carretera, con un brazo roto pero sano y salvo. ¿Qué quiere que hagamos, mi capitán?

—Eh..., voy para allá —dije esto último antes de colgar y sintiendo que Celia estaba junto a mí. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí observándome?

—¿Estás bien? Te has puesto pálido.

—Me temo que nuestra cena termina aquí, Celia, debo irme.

«No sabes cuánto lo siento, preciosa», pensé.

—¿Quién se ha escapado?

—Es confidencial, Celia.

—He escuchado toda la conversación. Es él, ¿verdad? El hacker violador que conseguisteis meter en la cárcel.

Asentí casi sin darme cuenta. Era una auténtica desilusión perder aquella oportunidad que se me había presentado de cenar con Celia, pero aquel caso era muy importante para mí, puesto que entre ese preso y yo había una historia muy personal que debía resolver, y debía ser yo quien lo encontrara, vivo o muerto.

De camino al cuartel, mi mente me llevó a lo sucedido desde el viernes por la mañana, cuando me desperté en el sofá de mi casa sorprendido de ver a Susana sentada frente a mí.

—¿Pero qué...? —me incorporé de golpe.

—Ayer te dormiste después de..., bueno, de beberte un par de copas y —se aclaró la garganta—, y de desahogarte un poco —dijo mirando alrededor.

Era la primera vez que Susana me tuteaba y me hablaba de ese modo, pero al mirar alrededor lo comprendí; varios vasos rotos en el suelo, cuadros, fotos, una silla rota... y de pronto lo recordé. Aquella sensación de desesperación que me había inundado al saber que mi mujer había sido asesinada y no había muerto en un accidente de tráfico, como siempre había creído, hizo que enloqueciera. Susana, a pesar de haberla advertido de que se

fuera, se había quedado como testigo de una de mis penosas y peligrosas reacciones. Una de dos, o era una suicida, o me tenía aprecio de verdad. Más bien parecía la segunda opción.

—No he querido recogerlo para que vieras la que has montado, porque entiendo que esta no es la primera vez que tienes un ataque de ira.

Decía bien.

—¿Vas a contarme por qué razón tu amiga María tiene esas visiones? No acabo de entender lo que pasó ayer por la noche..., toda esa información sobre cómo murió tu mujer..., oh, vaya, perdona.

—No... —respondí rotundo—, olvídalos, no te hablaré de María, y tú también deberías olvidarlo.

—Muy bien... ¿y qué hacemos ahora?

Seguía sorprendiéndome su grado de confianza, pero ¿qué más daba? No estábamos en el cuartel y, después de lo sucedido, en realidad el rango que nos diferenciaba poco importaba. Respiré hondo y mi mirada se perdió en el parqué del suelo, mientras mis manos se paseaban por mi pelo castaño.

—Y otra pregunta... Ese hombre... Aitor Mendieta, ¿ha hecho más cosas en los últimos años para vengarse de ti? No sé por qué me ha dado por pensar que, tal vez, si era un hacker..., haya trasteado en tu vida.

Levanté la mirada.

—Está en el penal de Ocaña desde hace siete años.

—Ya, pero..., obviamente tiene acceso a internet.

Abrí los ojos de par en par, como si Susana hubiera tocado una tecla que había estado en *off* todo ese tiempo.

—¿Ha pasado algo más en tu vida que fuera extraño? —insistió.

—¡Claro! ¿Cómo no me había dado cuenta antes? —Me levanté y comencé a dar vueltas alrededor de mi destrozado cuarto de estar—. Hace unos años, antes de que muriera Andrea, descubrieron movimientos en mis cuentas que consideraron fraudulentos. Estuve a punto de quedarme sin trabajo, pero gracias a que mi superior confiaba en mí, se quedó en nada. ¿Crees que él pudo...?

—Sí, lo creo, de alguna manera tiene acceso a internet y ese movimiento lo hizo él. No me extrañaría que también haya estado jugando con Pablo y María.

—Susana..., eres una auténtica maravilla. ¿No te lo había dicho nunca? Voy a llamar al juez, necesito permiso para hacerle una visita a Aitor..., tengo que interrogarlo hoy mismo.

Unas horas después, gracias a la intervención de mi superior, el teniente coronel de la Comandancia de Toledo, accedí al interior del penal de Ocaña, seguido de mi fiel cabo, Susana; estaba deseando hacerle unas cuantas preguntas a ese hijo de puta que había destrozado mi vida.

Alcé la vista cuando entró, en realidad había olvidado su aspecto; lo más probable es que fuera el preso más atractivo del penal, por esa razón había conseguido embaucar a muchas mujeres, con ese porte elegante y estilizado, y ese rostro de no haber roto un plato en toda su vida. Aquellos criminales eran los peores, su aspecto no concordaba con su perversa mente.

—¡Miguel! Cuánto me alegro de volver a verte. Me he enterado de que hace unos años te ascendieron a Capitán. Mi más sincera enhorabuena.

Estaba intentando provocarme, no debía entrar en aquel juego.

—Siéntate —repose lo más calmado que pude, aunque por dentro estaba hirviendo.

—Por lo visto, ya habéis encontrado a esa niña, un gran trabajo, sí señor —¿Cómo demonios lo sabría?

—Sé que has tenido acceso a un ordenador, pero te aseguro que eso se ha terminado.

Su risa me heló la sangre.

—No sé de qué me hablas... ¿ordenador? ¿Aquí en la cárcel?

—No te hagas el tonto. Será mejor que colabores. ¿Dónde está tu hermana, Nuria Mendieta?

—Aunque lo supiera, no te lo diría. Espero que lo entiendas, la familia es la familia. Tú lo sabes muy bien, bueno..., tal vez no, puesto que te has quedado sin familia. Me enteré de lo de tu mujer, mis condolencias —aquella mirada sarcástica iba a hacer que perdiera los papeles, pero no, debía respirar hondo e ignorarlo.

—¿Y esta mujer quién es? *Mmmm* —le hizo un repaso a Susana de arriba abajo—, está buena, y además, es de mi estilo. Gracias por traerla.

—No creo que sea una leyenda eso que dicen de que a los violadores les dan bien por el culo en la cárcel, después de todo, los presos tienen madre, mujer, hermana..., espero que te hayan dado bien por el culo —su mirada se endureció. ¡Eureka! Si jugábamos a hacernos daño, yo también sabía hacerlo—; en cuanto a mi compañera..., puedes soñar despierto con ella, pasarán muchos años hasta que puedas tocar a una mujer y, si depende de mí, morirás aquí mismo sin haberlo hecho.

—Bien jugado, capitán —repuso desdeñoso—, yo por lo menos no he perdido a mi familia, ni mi posible descendencia.

Aquello dolió más de lo que pudiera imaginar, además de descolocarme. ¿Cómo sabía ese endemoniado que Andrea estaba embarazada

cuando la mataron? Sin darme apenas cuenta de lo que hacía, me abalancé sobre él, directamente al cuello, quería que muriera por haber sido la mente ejecutora de su muerte. Podía notar cómo Susana intentaba separarnos, pero obviamente no podía con nosotros. Había dejado de captar cualquier sonido, concentrado como estaba en matar a aquel hijo de puta, sin embargo, unos segundos después, alguien con más fuerza quitó mis manos de su cuello y me apartó de malas maneras.

Aquel episodio me había dado problemas, por supuesto recibí una llamadita de mi superior para llamarme al orden. Susana me lo había advertido antes de entrar en el penal, “*me han dicho que a este hombre le gusta buscar las cosquillas, no le hagas caso si te provoca*”, y había caído como un idiota, pero no podía ser posible que supiera tantas cosas de mi vida, cosas que no sabía absolutamente nadie más que Andrea y yo.

Por esa razón, después de todo lo sucedido, no comprendí las ganas que sentí el sábado de volver a ver a Celia, tal vez necesitara una cara bonita, una compañía que nada tuviera que ver con la pesadilla que me corroía por dentro, tal vez necesitara una ilusión para continuar, tal vez, por eso la llamé.

Volvía a casa después de haber hablado con casi todo el personal del penal de Ocaña por teléfono sin haber sacado nada en claro sobre la desaparición de ese hombre y comiéndome la cabeza sobre dónde podía estar Susana. Lo mejor sería que ella y yo nos pasáramos por el penal, pero no la localizaba, y llevaba llamándola desde hacía un rato. Seguía haciéndolo mientras conducía, ¿dónde demonios se habría metido? Susana siempre contestaba a la primera, y de pronto me golpeó en la cara como un puñetazo.

—¡Maldita sea! ¿Cómo no he caído antes? —exclamé en voz alta.

Apostaría lo que fuera a que Aitor había ido a hacerle una visita a Susana, con la intención de seguir haciéndome daño, aquel hombre sabía

quién era la gente a la que apreciaba.

Giré el coche sin importarme haber cometido una infracción de tráfico, y me dirigí a la casa de Susana que, además, resultaba ser el lugar perfecto para secuestrar a alguien sin que nadie se percatara de ello, estaba completamente aislada en medio del campo. ¿Por qué aquella mujer sería tan valiente? Obviamente, de camino, llamé a mi equipo, no era tan estúpido como para ocuparme de aquello solo; aun así, no pensaba arriesgarme a esperarlos, Susana podría estar en apuros.

Poco antes de alcanzar el camino de tierra que llevaba hasta su pequeña casa, mi móvil sonó al mismo tiempo que decidió quedarse sin batería. Me pregunté quién sería mientras aparcaba el coche a varios metros de distancia de la casa. Desde allí, pude distinguir una tenue luz dentro de la vivienda. Por mis huesos que ese hombre se encontraba allí dentro, como si pudiera olerlo.

Subí por el camino de tierra lo más sigiloso que pude mientras desenfundaba el arma. Tal vez todo hubiera sido producto de mi exagerada y mal pensada imaginación y Susana estuviera tranquilamente en su casa, disfrutando de su merecida intimidad. Aun así, me arriesgaría a quedar como un idiota si todo aquello había sido una película de acción que me había montado en la cabeza. Apunté a la cerradura de la puerta y disparé.

Después de todo, mi instinto no me había jugado una mala pasada, allí estaba Aitor, y también ella.

—Estábamos esperándote, capitán —fueron sus palabras de bienvenida.

Me sorprendió que no me apuntara con un arma. ¿Dónde estaba el truco? Miré instintivamente hacia los laterales esperando que hubiera alguna otra persona agazapada.

—¡Suéltala! —exclamé apuntándolo directamente.

—¿Acaso ves que esté atada en contra de su voluntad?

Tenía que reconocer que era cierto, no solo Susana no estaba atada, sino que ni siquiera parecía asustada, estaba tranquilamente sentada sobre el sofá, mirándome... ¿Qué tipo de mirada era aquella? Mi compañera no parecía la de siempre, de hecho era la primera vez que era consciente de su atractivo, tal vez porque no llevaba aquellas grandes gafas, o tal vez porque era la primera vez que la veía con el pelo suelto y maquillada. Algo no encajaba, aunque tal vez la había obligado a arreglarse. Aquel hombre era capaz de cualquier cosa.

—¿Qué le has hecho?

—Querido Miguel..., no te enteras de nada... —aquel individuo soltó una carcajada que me dio muy mala espina—, me decepcionas..., pensaba que eras más inteligente. Ella no es el cebo —dijo señalando a Susana—, estás muy confundido. Susana, por favor, abre la puerta del dormitorio.

Susana se levantó presurosa para abrir una puerta que se encontraba detrás del sofá. Sentí un sudor frío recorrer mi espalda hasta hacerme temblar cuando comprendí a qué se refería con el cebo; Celia estaba atada de pies y manos, y a su vez amarrada a una silla, además de amordazada. Su cabeza colgaba hacia delante como si la hubieran dormido, o tal vez como si la hubieran golpeado, no podía ver con claridad su rostro. Estaba demasiado confuso para comprender aquella situación.

—Ahora llama a tu equipo y avísales de que ha sido una falsa alarma —siguió hablando ese hombre—, a menos que quieras que dispare a Celia.

¿Cómo podía haberme distraído tanto como para no darme cuenta de que había sacado una pistola? Aitor se acercó más a la puerta y apuntó hacia

mi última y primera cita en muchos años.

—¿Pero qué...?

—¡Miguel! —la voz de Susana consiguió hacerme reaccionar—, ¡llámalos inmediatamente!, si no quieres que mi hermano dispare a Celia, sé que la aprecias mucho. No se andará con miramientos.

¿Hermano? ¿Susana era la hermana de aquel hombre? No podía ser cierto.

—Mi hermana me ha explicado lo mucho que te gusta esta chica, tanto que andas un poco distraído últimamente. Si no llamas a tu equipo, la dispararé primero en un pie, después lo haré en el otro.

—¡Miguel! ¡Haz esa llamada de una vez! —volvió a insistir Susana, y entonces fui consciente de que ese hombre efectivamente estaba totalmente loco y no dudaría en cumplir sus amenazas.

—¡Nooo! —grité desesperado—, les llamaré ahora mismo.

Sin comprender todavía muy bien qué estaba sucediendo, saqué el móvil del bolsillo trasero del pantalón.

—Ramírez..., olvidadlo, estoy en casa de Susana, ha sido una falsa alarma.

—¿Está seguro, capitán? Estábamos de camino...

—Estoy seguro, volved al cuartel. Todo está en orden.

—Bien, como diga, capitán, nos volvemos.

—Gracias —y colgué.

—Bien hecho, capitán —dijo Aitor—, ahora siéntate, vamos a pasar un buen rato haciéndote sufrir.

En ese momento mi mente terminó de colocar las piezas que faltaban en el puzzle. Susana me había tendido una trampa, llevaba meses jugando conmigo a ser la mejor cabo del puesto, a ser mi amiga, a preocuparse por mí, pero ni era una cabo de verdad (aquel hacker obviamente había atacado el sistema de seguridad de la Guardia Civil), ni era una buena persona, era la hermana de Aitor, la otra mujer a la que estábamos buscando desde hacía unos días, culpable del secuestro de Lola y a saber de cuántas cosas más. Me sentía el mayor imbécil de la historia, además del peor capitán, no merecía el puesto que tenía.

—Hermana..., no estoy seguro de por dónde empezar; oh, sí, tal vez reviva uno de mis antiguos delitos, creo que eso conseguirá hacerle daño.

—¿Es necesario? —repuso Susana nada convencida.

—¡Ni se te ocurra tocarla! —exclamé fuera de mí.

—¿O qué? No puedes hacer nada para impedírmelo, capitán. ¡Nuria! ¡Átalo!

Desgraciadamente, tenía razón. ¡Mierda! Había cavado mi propia tumba, pero lo peor de todo era haber construido también la de Celia. Aquella pobre niña...

Susana, o mejor dicho, Nuria, se acercó a mí y, en un minuto, me había atado lo suficientemente fuerte como para no poder mover ni un solo músculo.

—¿Por qué? —le pregunté antes de que me amordazara con un pañuelo.

Su mirada por un instante me pareció cargada de culpabilidad, pero obviamente había sido una mala apreciación mía, puesto que antes de incorporarse me dio un puñetazo tan fuerte que me dejó medio bobo durante

un instante.

—No me gusta la idea —oí cómo le susurraba ella en el oído.

Pasos que se alejaban, como si temieran que los escuchara, tal vez pensarán que había perdido el conocimiento, puesto que había dejado mi cabeza ladeada, como la de Celia, con ese propósito. Perfecto, que siguieran hablando.

—Nuria..., esa niña rubia no me interesa, me la voy a tirar tan solo para ver sufrir a ese cabrón por haberme tenido encarcelado más de siete años. Tuviste una gran idea, esto es mucho mejor que matar a la niña, será una doble venganza, la novia de él y la hermana de ella. Cada día te superas más, ¿y lo de Idoia? —soltó una carcajada para después seguir susurrando, ignorantes de que mi fino oído todo lo escuchaba—, conseguiste que la apresaran enviándola de nuevo a la fábrica abandonada, de ese modo tú y yo volveremos a desaparecer del mapa sin dejar cabos sueltos.

—Tengo un mal presentimiento, creo que deberíamos irnos.

—No te pongas nerviosa, hermanita, todo saldrá bien. Dame tan solo una hora, después nos iremos, tengo que dejar esto resuelto de una vez por todas, así podré dejar esto atrás, ¿de acuerdo? —¿Un beso? ¿Se estaban besando? —Bien, ahora tú vete de aquí, sal fuera, no quiero que presencias esto, ¿de acuerdo?

—Me iré a la cocina.

—Bien..., tu capitán es una nenaza, se ha quedado inconsciente. ¡Le has dado fuerte, eh! —rió entre dientes mientras se cerraba una puerta al fondo, imaginaba que la puerta de la cocina—, tendré que echarles una jarra de agua por encima a los dos para que se despejen y no me hagan perder el tiempo.

Un segundo después, sentí un chorro de agua fría por encima.

—Despierta, cenicienta.

Pretendí despertarme en ese momento, prefería que pensara que su conversación había sido privada. Mis ojos se clavaron en Celia, por lo visto no iba a hacer falta que la duchara en agua fría, acababa de espabilarse y tenía la mirada fija en mí, mirando confusa también hacia Aitor.

—Bienvenidos a los dos. Celia..., de modo que te gustan los hombres algo mayores, entonces tal vez disfrutes un poco más conmigo, soy más joven —todo esto lo decía mientras desataba la cuerda que la unía a la silla —, y bastante más atractivo que el capitán. ¡Levántate! —aquel hombre parecía tener personalidad múltiple, puesto que su tono de voz se había vuelto impaciente y brusco. Celia me miró implorante, pero negué con la cabeza, si a esas alturas Ramírez no se había percatado de mi sutil mensaje (por Dios, jamás le daba las gracias), estábamos solos y atrapados en manos de un maniaco.

Celia se levantó bastante serena, con las manos y los pies todavía atados pero ya liberada de la mordaza, aunque en el fondo sabía que estaba muerta de miedo; sin embargo, ninguna lágrima había asomado a su rostro, y en esa situación tal vez fuera mejor que se mostrara valiente y decidida, a ese tipo de hombres podría darles más morbo si se mostraban llorosas y asustadizas.

—Tú y yo nos lo vamos a pasar muy bien —murmuró mientras su dedo se deslizaba por el escote de su vestido, haciendo exactamente lo mismo que había soñado con hacer yo.

Cuando su rostro volvió a mostrar aquel tinte brusco y violento que le llevó a romper con brusquedad la parte de arriba del vestido de Celia, no pude soportarlo más, comencé a dar saltos en la silla intentando romperla o

caerme al suelo. No sé si, a raíz de mi desesperación o por lo violento y animal que se estaba poniendo Aitor, que amasaba sus pechos y su trasero después de haberla golpeado contra la pared, distinguí lágrimas resbalando por el rostro de Celia, que había cerrado los ojos como si no quisiera ver nada.

Lo siento, pequeña, no sabes cuánto lo siento, todo esto es culpa mía.

Finca Los Olivos. En la cabaña. Sábado 22:30 hrs.

Fabio

Me sentía tan estúpido como confuso; estúpido por haber dejado que Miguel se diera cuenta de que les seguía, pero sobre todo porque me hubiera visto Celia en aquel acto tan deshonesto, confuso porque no entendía el comportamiento de Celia. Le había abierto mi corazón, le había confesado mis sentimientos, y todo para nada, después de eso no había querido hablar conmigo y me había rehuído durante los últimos dos días, para acabar quedando con aquel vejestorio que tanto detestaba. Miguel debía estar muy satisfecho de haber ganado la batalla, porque obviamente Celia había sido sincera conmigo, aunque no hubiera querido escucharla, me había olvidado.

Después de todo, Celia no era tan diferente de su amigo el médico, en esos momentos estaría dándose el palo con Miguel en su casa, donde les había dejado hacía media hora, y el hecho de saber que ya no podría recuperar a Celia, hacía que me sintiera a la deriva, como un barco sin rumbo, completamente perdido, igual que en esos momentos; me había puesto a caminar por el olivar y estaba completamente desorientado. De pronto, me topé con la cabaña de los niños, al parecer no estaba tan perdido. Me senté

sobre una banqueta del tamaño de un enano y me quedé observando la luna, totalmente llena.

—Bonito lugar para esconderse —la voz de mi padre, Leo, hizo que bajara la vista de las alturas.

—Hola, papá.

Me padre se sentó junto a mí en otra de esas diminutas banquetas.

—¿Qué te pasa, Fabio?

—Nada, estoy bien —repuse sin mucho convencimiento.

—Hijo..., no te veo desde hace varios años...

—Eso ya lo he oído unas cuantas veces desde que he llegado.

—Deja que termine. La verdad es que esperaba encontrar a mi hijo triunfador rebosante de felicidad, apareciendo victorioso junto a la familia después de tantos años de éxito, y sin embargo, me encuentro con un hijo desolado y hundido —cómo se notaba que mi padre era escritor.

¿Cómo iba a contarle a mi padre lo que me sucedía? Precisamente a él, la última persona a la que le podía confesar la razón de mi alterado estado de ánimo.

—¿Ha pasado algo con Sarah? ¿Ya no estáis juntos?

Me padre era el único que sabía que vivía con Sarah, le había pedido explícitamente que no contara nada.

—No es eso. Sarah y yo seguimos juntos, por lo menos por ahora.

Mi padre me miró sorprendido. De perdidos al río, ya no tenía nada que ocultar, se trataba de mí, de mis sentimientos, ¿por qué escondérselos a mi propio padre?

—Papá..., esto te va a sorprender, pero me gustaría ser sincero contigo.

—¿No irás a decirme que eres gay?

—¿!Qué?! ¿Pero qué dices, papá?

—No sé, quizá después de vivir tantos años en San Francisco...

—Papá..., esto es en serio. No bromees. Estoy..., estoy enamorado de otra persona.

—Oh..., no de Sarah.

—No, no de ella. Estoy enamorado de Celia.

Su rostro se volvió serio de pronto.

—¿De Celia, nuestra Celia? ¿Tu prima?

—Sí, mi tía..., mejor dicho, mi medio tía.

—Pero... ¿Cómo ha podido pasar eso? Tan solo llevas una semana en España.

—No es algo nuevo, papá, llevo enamorado de ella desde que tenía diecinueve años.

Mi padre me miró confuso.

—Eso no puede ser, con veinte años te marchaste a América.

—Precisamente papá, intentando huir de ese amor. Verás, papá, Celia me correspondía, salíamos juntos.

Mi padre se levantó de la banqueta, obviamente no le hacía demasiada gracia.

—¿Qué? ¿Saliste con Celia cuando ella era tan pequeña?

—Sí.

—Espera un momento..., todavía recuerdo antes de que te fueras de casa..., tú y Alberto... ¿fue él quien te dio esa paliza, verdad?

Asentí.

—Ahora lo entiendo.

—Papá, de nada serviría que me disculpara ahora, estábamos enamorados, completamente locos el uno por el otro.

—Entonces... ¿por qué te fuiste?

—Tenía que hacerlo por la familia, estábamos todo el día ocultándonos de vosotros. Alberto dejó de hablarnos, ¿qué podía esperar de una relación así? Debía dejar libre a Celia para que encontrara a otro hombre más conveniente que yo.

—Más conveniente... —repitió mi padre—, de modo que te fuiste queriéndola y la sigues queriendo.

Asentí.

—Es la mujer de mi vida, puedes partirme la cara si quieres, papá, lo comprenderé.

Mi padre se quedó mirándome fijamente, después volvió a sentarse junto a mí.

—Fabio..., lo único que busco es tu felicidad, también la de Celia, es mi hermana, obviamente es algo extraño que vosotros dos..., en fin, algo muy extraño, pero te aseguro que nunca he visto más infeliz a Celia que cuando te fuiste de su lado. Jamás ha vuelto a ser feliz desde entonces, se escuda en su trabajo, pero no tiene ninguna vida sentimental.

—¿No ha salido con nadie durante estos años?

—Sí, ha salido con algunos chicos, pero jamás la he visto feliz con ninguno de ellos. Tú eres el único que la ha hecho feliz.

—Pero..., si tú no sabías que ella y yo...

—Ya, pero ahora me doy cuenta de que ese año que estuvisteis juntos, antes de abandonarla, ha sido la única época que la he visto radiante, Fabio. Por supuesto, lo achacaba a un chico, pero no sabía que ese chico fueras tú. Ahora ya lo sé.

—De modo que... ¿no te parece mal?

—Ya te lo he dicho, lo único importante es vuestra felicidad. Te apoyaré, Fabio.

—Gracias, papá, significa mucho para mí, aunque no sirva de nada — ante la mirada atónita de mi padre, precisé—; lo irónico es que Celia ya no me corresponde.

—Me extrañaría mucho —repuso mi padre.

—No, es cierto, esta noche ha salido con Miguel.

—¿Con Miguel, el Guardia Civil?

—Sí, con él.

—Oh, bueno, tal vez tengas que luchar por ella.

—Ya lo he intentado, no hay nada que hacer —repuse derrotado apoyando los brazos sobre las rodillas y pasándome las manos por el pelo—, he perdido.

—Te voy a decir algo que me dijo mi padre una vez, algo que me resultó muy útil para recuperar a Clara en una ocasión: ¡Qué pronto te rindes! A las mujeres les gustan los hombres que luchan por ellas y que hacen lo imposible por recuperarlas.

Obviamente, no estaba bromeando.

—¿Eso te dijo Marcos?

—Sí, gracias a eso recuperé a Clara. Ella estaba muy decepcionada conmigo por haberte ocultado. Y por cierto. ¿Qué harás con Sarah?

—Sarah..., eso es un gran problema, papá. Nadie lo sabe todavía, pero Sarah está embarazada.

—¿Qué? —el rostro de mi padre sufrió una metamorfosis—, eso cambia las cosas, Fabio.

—Lo sé, sé que un hijo es muy importante.

—Recuerda tu vida conmigo. Estados Unidos y España no es una opción, fíjate cómo has pasado tu infancia, conmigo yendo y viniendo de Italia.

—Lo sé, pero no sé qué hacer con mi vida.

—Tendrás que tomar una decisión, pero te diré una cosa..., vivir con una mujer a la que no amas no es una opción —mi padre se levantó, me dio un amistoso golpecito en el hombro y después retomó el camino a la casa, aunque antes de desaparecer del todo, me espetó “¿no vienes a cenar?”

—Ahora voy, papá.

En eso mi padre tenía mucha razón, él intentó vivir con mi madre, pero aquello no salió bien, y al final encontró a Clara, la mujer de su vida. En realidad, mi padre, y también mi abuelo, tenían razón, no podía dejar de luchar por Celia ahora que tenía claro que ella era todo lo que quería en la vida. Ya nada me hacía ilusión si miraba hacia el futuro y no la veía a ella junto a mí. Debía seguir aquel sabio consejo, además, tal vez fuera normal que Celia me evitara o que no cayera a mis pies con mi primera confesión de

amor, no debía olvidar que ella creía que yo era un capullo que le había puesto los cuernos. Le había roto el corazón y por ello tal vez tuviera que esforzarme más por recuperarla. Tan solo le había hablado de lo que sentía en una única ocasión.

Después de cenar, me metí en el coche con ganas de volver a casa de Miguel y comprobar qué había sucedido entre ellos, pero obviamente sabía que aquel sería el último lugar al que debía ir si no quería perder la confianza de Celia para siempre. Tal vez fuera al pueblo y me uniera a Alberto y a Carlota para tomar una cerveza, como me habían pedido. Descendí la cuesta de la finca, pero antes de llegar a la carretera, creí estar soñando cuando vi cómo Celia bajaba del coche de Miguel. Miré el reloj, las once y media. Aquello me hizo sonreír, obviamente algo no había ido bien si dejaba a Celia en casa una hora y media después de haberse ido. Era el hombre más feliz del mundo por tener mi siguiente oportunidad a tres metros de distancia. Mis plegarias habían sido escuchadas.

En tres segundos, mi futuro cambió de forma radical; no pude moverme, ni reaccionar, ni para bien ni para mal, me quedé impertérrito, mudo, invisible viendo cómo un coche paraba junto a Celia y un hombre la metía por la fuerza en la parte trasera para después arrancar a toda velocidad.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Por suerte, no tardé en reaccionar y, en cuanto vi que habían torcido a la derecha y ya no era visible para ellos, aceleré. Esa vez iba a tener mucho cuidado de no delatarme, la vida de Celia estaba en juego y no era difícil adivinar que aquello tenía relación con el secuestro de Lola, ese tal Mendieta seguía intentando hacer daño a María, y esa vez habían secuestrado a Celia, pero no pensaba perder de vista aquel coche.

Me latía el corazón a mil por hora y tenía que reconocer que estaba

muerto de miedo por Celia. El coche continuaba recto por una carretera secundaria poco transitada, apenas se cruzaron con nosotros dos coches que venían por el carril contrario. Debíamos llevar uno o dos kilómetros y rezaba porque la gran distancia que había entre nosotros me mantuviera invisible. De pronto, giró a la derecha por un camino de tierra y seguí su rastro hasta que vi cómo se apagaban las luces. Aquel era el destino, fuera cual fuera. Pasé de largo, de ninguna manera podía detenerme a su altura o cerca de aquella casa, debía seguir el camino por lo menos unos metros más y después dar la vuelta, sin embargo no encontraba ningún recoveco en la carretera que me permitiera hacer maniobra. Comenzaba a desesperarme cuando apareció un pequeño saliente que me permitió por fin dar media vuelta.

Aparqué el coche cerca de la carretera oculto entre unos árboles, después caminé en la oscuridad hacia aquella casa que despedía una tenue luz de su interior. El silencio era sobrecogedor y aquello no acababa de gustarme. ¿Habrían dormido a Celia o tal vez la habían amordazado? Rezaba por no estar haciendo ruido a medida que me aproximaba a la casa, pero era incapaz de escuchar otra cosa que no fuera mi corazón; como siguiera así, me iba a explotar. Alcancé la fachada de ladrillo casi sin aliento y me pegué a ella, fui rodeando la casa en busca de algún sonido. De pronto escuché voces.

—Cómo te echaba de menos..., no poder tocarte ha sido lo peor de la cárcel.

¿La cárcel? Dios mío, Celia estaba en manos de un delincuente.

—Ha sido horrible, pero al final hemos conseguido sacarte —esa voz era de Susana, la cabo que trabajaba con el capitán. ¿Acaso estaba soñando?

—Si..., ha sido demasiado larga la espera, pero tengo que reconocer que en el proceso lo he pasado bien haciéndoles sufrir.

—Aitor..., basta ya de venganzas, ¿por qué no lo dejamos y nos

marchamos ahora mismo? Tú y yo.

¿Aitor? ¿Aitor Mendieta? Si no recordaba mal, aquel era el nombre del preso que supuestamente estaba maquinando aquella venganza contra María y Miguel. Por lo visto, se había escapado de la cárcel con la ayuda de aquella traidora que, obviamente, era su amante. Pensaba que ese tipo de cosas tan solo sucedía en las películas, pero al parecer estaba equivocado.

—Tú y yo..., sí, lo haremos, solo te pido este último juego, por favor...

—¿Qué pretendes hacerles?

—Hacer sufrir a Miguel y después...

—No, Aitor, no más muertes.

—He estado en la cárcel siete años por su culpa. Lo siento, pero me pides demasiado no ocupándome de esto. Ya lo hemos hablado, hermanita.

¿Hermana?

—Está bien..., como quieras. Si quieres verle sufrir, lo hará por ella..., es la única mujer que le ha afectado de verdad, al menos durante estos meses en los que he estado trabajando con él ha ignorado a todas las mujeres atractivas que se han puesto delante de él, incluso a mí.

—No entiendo por qué, no vale nada, es demasiado delegada, rubia..., no entiendo cómo ha podido fijarse en ella teniéndote a ti delante, yo no lo hubiera hecho jamás.

—¿Entonces no vas a...? Ya sabes...

—Tengo que hacerlo, Nuria.

¿Nuria? Entonces, efectivamente, aquella mujer era su hermana. ¿Cómo podían estar enamorados siendo hermanos?

—Pensaba que tan solo le darías una paliza.

—No debes ponerte celosa, esto no lo hago por gusto.

Durante un segundo no escuché nada y aquello me puso nervioso, ni siquiera sabía qué había sido de Celia, aunque comenzaba a hacerme una terrible idea de lo que querían hacer con ella. Debía asomarme y mirar por la ventana para hacerme una composición de lugar, aunque no tenía ni la menor idea de cómo entraría ahí dentro, sin arma y sin experiencia en acabar con un hombre tan peligroso. Me incorporé y eché un vistazo rápido a través de la ventana, que al parecer daba a un cuarto de estar. Ambos me daban la espalda y se estaban besando. Celia estaba atada a una silla y su cabeza caía hacia un lado como si la hubieran drogado.

Debía avisar inmediatamente a Miguel, debía ponerle sobre aviso de lo que estaba sucediendo. Por ello me alejé unos metros y busqué su número. Error en la red. ¡Maldita sea! Cuando más lo necesitaba y no había cobertura. Me alejé unos metros más, pero el resultado fue el mismo. Decidí subir por la colina que estaba tras la casa; cuando llegué a la cima estaba sin aliento además de histérico. Llamé de nuevo. Comunicando. ¡No podía ser cierto! Aunque debía mantenerme tranquilo, por lo visto no le harían nada a Celia hasta que llegara Miguel. Seguiría llamándolo como un loco hasta que cogiera el maldito móvil. Comunicando. Comunicando, de pronto había señal, se corta, móvil apagado o fuera de cobertura en este momento. ¡Maldición! Aquel estúpido se había quedado sin batería. Era inútil contar con él.

En ese instante escuché un ruido que me paralizó por completo, un coche se aproximaba por la carretera y acababa de detenerse a varios metros del mío. Agudicé el oído, ningún ruido, ni siquiera al cerrarse la puerta. Fuera quien fuera era muy sigiloso. Me pregunté si tenían otro secuaz para

ayudarles a torturar a sus víctimas. Un ruido de pisadas muy tenues se aproximaba a la casa, pude distinguir la oscura silueta de un hombre sin rasgos. Esperé con angustia, silencio, de pronto escuché un disparo que me hizo pensar (demasiado tarde) que aquella persona no estaba en el mismo bando que ellos, incluso tenía la esperanza de que fuera Miguel.

Me disponía a bajar para averiguar si había cometido un error al no haber ido al encuentro de esa sombra, cuando mi pie se enganchó con una piedra, haciéndome perder el equilibrio, por lo que caí rodando colina abajo por el lado contrario. Un latigazo se extendió por mi pierna derecha haciéndome creer que me había roto algún hueso, sin embargo, no había tiempo que perder. Poco importaba que me hubiera roto una pierna, debía incorporarme y subir aquella colina. Tal vez sí me hubiera torcido un tobillo, aun así me arrastré cuesta arriba con el rostro de Celia drogada clavado en mi cabeza. Aunque tal vez, si realmente era Miguel, podía haber salido victorioso.

Miré de nuevo a través de esa ventana; había tenido razón en una cosa, Miguel era el hombre que había irrumpido con un disparo en la casa pero, a pesar de eso, no había salido victorioso, estaba igual de inmovilizado que Celia. Sería difícil que lo hubiera conseguido cuando tenían a Celia inconsciente y atada a una silla y disponían de armas. Desgraciadamente, Miguel ya formaba parte de aquel juego, como lo había llamado ese hombre, pero tal vez yo pudiera solucionar todo aquello.

Ascendí por la oscura y tenebrosa colina con la intención de hacer otra llamada, aunque antes tendría que conectarme a internet y encontrar el teléfono, y no estaba seguro de si tendría señal. Pero por fin, la suerte comenzaba a acompañarme, enseguida lo encontré, puesto de Mora Guardia Civil.

—¿Dígame?

—Soy Fabio Marchetti, le llamo por una urgencia, han cogido al capitán Miguel Cervantes y a mi prima, Celia Sotomayor. Estoy fuera de la casa, puedo mandarle la ubicación...

—¡Para, para, Fabio!, sé quién eres, soy el guardia Ramírez. Después de todo el muy cabrón lo ha hecho a propósito...

—¿Cómo? —pregunté confuso.

—Tenía que haberlo sabido, es la primera vez que me da las gracias. Fabio..., vamos para allá, no estábamos muy lejos, llegaremos en diez minutos.

—Pero... ¡si no os he dicho dónde estoy!

—En casa de la cabo Sanz, quédate ahí y ni se te ocurra hacer ninguna tontería —y colgó.

Por supuesto que pensaba hacer alguna tontería, no sería capaz de permanecer quieto sin hacer nada, en diez minutos se podían hacer muchas cosas, y no pensaba dejar a Celia en manos de ese malnacido que tantas ganas tenía de hacer sufrir al capitán. No dejaba de pensar en la razón por la que le habían encarcelado; violación y asesinato de varias mujeres. Bajé la colina sin importarme si hacía ruido o no, y me asomé a la ventana sin importarme tampoco que me vieran.

De cualquier modo, estaban todos demasiado ocupados. Aquel hombre había liberado a Celia en parte, ya que sus manos seguían atadas a la espalda, tenía lágrimas resbalando por sus mejillas mientras aquel hijo de puta le manoseaba con una mano los pechos y con la otra el trasero, el muy cabrón le había roto el vestido. Miguel se retorció amarrado a la silla siendo testigo de aquello sin poder hacer nada para evitarlo. Era incapaz de

permanecer a la espera, debía hacer algo, lo que fuera, mi vida no importaba nada en esos momentos, tan solo debía evitar que ese hombre siguiera molestando a Celia. Ni siquiera lo pensé, ni lo dudé, salí corriendo en busca de algo con lo que crear confusión. Tan solo tenía que distraerlos durante unos minutos, aunque diez minutos en esos momentos me parecían una auténtica eternidad.

Un segundo después, una gran piedra de granito estallaba contra la ventana de la cocina. Me quedé agazapado en la fachada esperando que vinieran a por mí, contando los segundos. Sin embargo, la voz de Susana hizo que abriera los ojos.

—Aitor..., debemos irnos, sigo teniendo ese mal presentimiento. Ya tendrás tiempo de vengarte.

—Está bien..., me fío de tus presentimientos. Vámonos, pero antes...

No pude disfrutar demasiado mi victoria, puesto que escuché cómo aquel hombre golpeaba a alguien, recé para que no fuera Celia. En el momento en que vi cómo el coche descendía por el camino de tierra, salí corriendo hacia el interior de la casa con el corazón a punto de desbocarse.

—¿Celia? —mis ojos tan solo la buscaron a ella, sentada en el sofá con las rodillas en alto intentando ocultar su vestido desgarrado—, ¿qué te ha hecho? —obviamente aquel ojo morado había sido obra de ese maniaco. ¿Por qué narices había tenido que golpearla antes de irse?

Celia abrió mucho los ojos al verme aparecer y me precipité hacia ella para desatlarla.

—¿Fabio? Qué... ¿Qué haces aquí?

Le hice una seña para que se girara y pudiera liberar sus muñecas, atadas con tanta fuerza que le habían dejado una marca. Me hubiera gustado

abrazarla, consolarla, pero sabía que era urgente liberar a Miguel para que pudiera ir tras ellos. A juzgar por su nariz y su ojo derecho, aquel asesino también se había ensañado con él.

—Fabio..., ocúpate de Celia, yo voy tras ellos —dijo Miguel una vez libre de sus ataduras.

—Eso no tienes que pedírmelo..., estoy aquí por ella.

Miguel asintió y se dispuso a abandonar la casa.

—Tu equipo viene hacia aquí, deben estar a punto de llegar.

—Sabrán seguirme —y salió por la puerta sin decir nada más.

Celia intentaba recomponer su vestido roto, pero me temía que aquello era misión imposible. Me desabroché la camisa y se la tendí. Celia la cogió musitando un débil gracias y, con manos temblorosas, intentó abrochársela. Me hubiera gustado ayudarla, pero no creía que en esos momentos necesitara un hombre cerca de ella. Después de eso posó en mí una mirada mezcla de espanto y alivio e hizo algo que tal vez necesitara yo más que ella, se tiró a mis brazos y comenzó a llorar.

—Ya está, ya se acabó todo —le susurré al oído al mismo tiempo que la estrechaba entre mis brazos. Oh, Dios, cuánto la quería—, estás temblando...

Justo en ese momento escuchamos ruido de coches aproximándose. Debía ser el equipo de Miguel. Un segundo después, aparecieron en la puerta varios guardias armados. Celia pegó un pequeño brinco, obviamente estaba muy alterada.

—¿Fabio? —Aquel debía ser el tal Ramírez—, ¿estáis bien?
¿Miguel...?

—Se ha ido tras ellos, ha dicho que sabría encontrarle.

—Sí, así lo haremos. ¿Necesitáis que llamemos a una ambulancia?

Miré a Celia para que ella lo confirmara, pero negó con la cabeza.

—Todo bien, nosotros también nos vamos de aquí.

—Deberíais ir al cuartel a testificar.

—¿Ahora? —pregunté nada convencido de que aquello fuera lo mejor para Celia.

—Sí, es lo mejor.

No tardaron en abandonar la casa haciendo un ruido tremendo, aunque ya daba igual. Agarré a Celia por la cintura y salimos de allí dejando la puerta abierta y las luces encendidas.

—Yo he estado aquí todo el tiempo, Celia —le expliqué una vez dentro del coche —, vi cómo ese hombre te metía en el coche y decidí seguirlo.

—Oh, ¿en serio?

—No pensaba perderte de vista. Intenté llamar a Miguel, pero no paraba de comunicar, hasta que le vi aparecer..., después le ataron a él también y fue entonces cuando llamé al puesto de Mora. Siento mucho no haber entrado en acción antes..., lo siento mucho.

—Fabio..., lo has hecho justo a tiempo, yo... —de nuevo los ojos se le inundaron de lágrimas. Me acerqué a ella y dejó que la abrazara de nuevo.

—¿Te ves con ánimos de pasar a testificar? —Celia asintió—, entonces vamos para allá y después te llevaré a casa y te curaré ese golpe —aunque en realidad no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Celia se mantuvo en silencio durante todo el camino mientras yo no dejaba de mirarla de reojo, me preocupaba.

—Espero que les coja —dije para romper el hielo.

—Lo hará, sé que lo hará —parecía tener una fe ciega en ese hombre; bueno, tal vez fuera lo normal, puesto que parecía que estaba enamorada de él.

En el cuartel tan solo había un guardia, quien se precipitó a atender a Celia pidiéndome secamente que esperara en una silla. La llevó a un despacho y, después de ofrecerle una bolsa de frío que Celia se colocó sobre el ojo izquierdo, se sentó junto a ella mientras tomaba notas. Por suerte, los grandes cristales del despacho me permitían seguir los movimientos de ambos, aunque me hubiera gustado estar junto a ella, estaba seguro de que no era fácil para ella describir lo sucedido.

El interrogatorio se extendía más de lo debido, y empezaba a preocuparme el estado de agotamiento que mostraba Celia. Por suerte, vi cómo Celia negaba con la cabeza y se levantaba para después mirarme, como pidiéndome auxilio. Avancé hacia ellos justo cuando Celia abrió la puerta.

—Mire..., estoy muy cansada y ya le he contado todo.

—De acuerdo —y entonces me miró—, creo que es mejor que se la lleve a casa.

¿Por qué todo el mundo se empeñaba en decirme lo que tenía que hacer cuando eso era precisamente lo que había venido a demandar?

—Su testimonio lo dejaremos para mañana.

—¿Estás bien? —le pregunté antes de entrar en el coche, a lo cual Celia asintió sin dar más explicaciones. A quién se le ocurría hacer una pregunta tan estúpida, solo a mí, pero no estaba seguro de poder gestionar el

mal trago que se había llevado.

Por suerte, toda la familia estaba durmiendo cuando llegamos a casa pasadas las dos de la mañana. Acompañé a Celia hasta su dormitorio.

—No me gusta el aspecto del golpe, deberíamos haber ido al hospital.

Celia hizo un ademán con la mano como restándole importancia.

—Teresa le echará un vistazo mañana —repuso.

—Buenas noches, Celia, me alegro de haber llegado a tiempo —y, sin poder evitarlo, acaricié su mejilla derecha. Celia puso su mano sobre la mía, pero no supe interpretar su mirada, tal vez ya no la conociera tan bien como pensaba. Después tiró de mí con suavidad hasta que ambos entramos en su dormitorio. Cerró la puerta, pero su mirada no era traviesa, como hubiera pegado en esa situación, sino más bien desamparada.

—¿Te importaría dormir conmigo? —preguntó en un susurro—, no creo que pueda dormir sola después de...

—Sí, por supuesto que dormiré contigo —para mí aquello sería un sueño. Miré hacia la única cama de noventa metros de ancho, el sitio perfecto para apretujarnos, aunque sabía que aquella invitación no tenía nada que ver conmigo, y mucho menos con que me deseara. Tan solo necesitaba compañía de alguien cercano y yo era la única persona a mano en esos momentos.

Celia debía estar agotada puesto que, después de descalzarse, se metió en la cama con aquel vestido medio roto y con mi camisa. Me acomodé junto a ella tan solo ataviado con los vaqueros y me alegré de no llevar nada más de ropa, hacía un calor de mil demonios. La observé, tenía la mirada perdida en el techo.

—Esto me recuerda a cuando éramos más jóvenes y te colabas en mi cama —dije intentando sacarle una sonrisa, aunque enseguida me arrepentí,

no era el momento para ese tipo de comentarios. Sin embargo, Celia me sorprendió con una sonrisa.

—Con la única diferencia de que esta vez has sido tú el que se ha colado en mi cama.

—Oye... —protesté bromeando—, que tenía invitación.

La risa de Celia inundó mi alma, recordando lo mucho que siempre me había gustado hacerla reír, y deseé poder seguir teniendo ese cometido el resto de mi vida, pero aquello era un sueño lejano difícil de alcanzar.

—Fabio..., —su tono de voz era serio, prefería cuando se reía—, verás..., no he sido sincera contigo. Yo..., yo tampoco te he olvidado.

—¿Te refieres a...? —no podía creer lo que estaba escuchando.

—Sí, soy tan estúpida que sigo amándote.

Sentí unas ganas horribles de llorar o de besarla; sin embargo, no hice ninguna de las dos cosas.

—¿Y qué hay de Miguel?

—Oh..., me siento atraída por él, me hace sentir..., segura, pero no siento lo mismo por él.

—Oh, Celia..., lo que has dicho significa tanto para mí —de nuevo mi mano rozó su mejilla—, empezaremos de cero, Celia, pero esta vez no pienso perderte.

Celia se abrazó a mí y después se tumbó sobre mi pecho mientras yo le acariciaba el pelo. Sentía tanta paz junto a ella como no recordaba haber sentido nunca, no necesitaba nada más que permanecer a su lado toda la noche sin hacer nada más que estar pegados, el uno junto al otro, disfrutando de esa cercanía que apenas recordaba. Mi cuerpo obviamente me pedía otras

cosas bien distintas, sobre todo mi entrepierna, pero no era el momento adecuado después de lo sucedido y mi intención era ignorar esa parte de mi cuerpo y centrarme en otras.

—Celia..., tengo que decirte algo importante.

—*Shhh*, hoy no, Fabio. Puede esperar.

—De acuerdo, canija, ahora duerme —la besé en la frente—, yo estaré vigilando toda la noche para que nadie ni nada disturbe tu sueño.

—Canija..., me gusta —comentó antes de caer en un profundo sueño.

Me encantaba sentir el peso de su cabeza sobre mi pecho, me hacía sentir que había recuperado su confianza, y aquello era lo más importante de todo. Una vez que supe que yo era el único testigo presente, lloré de felicidad por haber recuperado a mi canija, no lloraba desde que la había perdido, ella era la única mujer que me había hecho llorar en la vida.

9. Domingo por la mañana. Asuntos de familia

Finca Los Olivos. En el porche. Domingo. 11:00 hrs.

María

Aquella mañana me sentía llena de vida, no solo por haber recuperado a mi hija, sino por ver a toda la familia desayunando en el porche de nuestra casa, bueno, en realidad todavía faltaban por aparecer Alberto y Carlota, los más dormilones de la familia, porque intuía que Carlota pasaría a ser un miembro más de la familia, y no solo porque su madre y Marcos fueran una pareja estable, sino porque mi hermano y Carlota no podían vivir el uno sin el otro.

Al final, los planes habían cambiado tanto que todos habíamos olvidado la razón por la cual nos habíamos juntado. La celebración adelantada del sesenta y cinco cumpleaños de Marcos había quedado olvidada, pero aquello ya no tenía importancia, porque la situación había hecho que estuviéramos celebrando algo mucho más importante: aquella familia diferente y singular era una familia de verdad, una familia con la que podía contar en los buenos y en los peores momentos, y todos y cada uno de sus componentes lo habían demostrado durante los últimos días. En cuanto se enteraron de lo sucedido, todos acudieron enseguida, algunos abandonando su trabajo, otros sus vacaciones, para ayudarnos a encontrar a Lola, y absolutamente todos habían puesto su granito de arena para poder encontrarla. Jamás olvidaría lo grandes que eran todos y cada uno de ellos. Lola volvía a estar con nosotros, completamente recuperada y en absoluto traumada (por suerte tenía una hija fuera de lo normal en todos los aspectos), y volvía a ser la niña de siempre; despreocupada, fuerte, mandona, inteligente

y observadora. Ella también miraba hacia el mismo punto que yo, las dos éramos conscientes de aquel cambio; la verdadera razón por la que le había hecho volver a España.

Esa forma de mirarse, de sonreírse, aquel leve roce de manos, la luminosidad en la mirada de ella, la expresividad en los ojos verdes de él; estaba segura, Fabio había recuperado a Celia. Aunque parecía que Lola y yo éramos las únicas que lo habíamos notado, o tal vez no. Mis ojos escrutadores se detuvieron en Leo, él también miraba de vez en cuando hacia ellos, sonriendo satisfecho. ¿Estaría él al tanto? En ese mismo instante su mirada se cruzó con la mía, aquella sonrisa cómplice me lo dijo todo; él estaba al tanto y sabía que yo también lo estaba. Sentí que me quitaba un peso de encima, un peso que llevaba demasiado tiempo soportando; yo había sido la culpable de que ellos se alejaran, cuando era obvio que se pertenecían el uno al otro.

En ese momento, los dormilones hicieron acto de presencia.

—Venid, sentaos, tenéis tostadas recién hechas de tomate y aceite.

—Mmm, que ricas, hermanita —repuso Alberto visiblemente hambriento y dándome un cariñoso golpecito en la espalda.

—¿Mama? ¿Podemos irnos a jugar? —preguntó Lola.

—Pues...

—Lola, Diego, ¿os importa esperar un momento? Tengo algo que contaros..., a toda la familia —Fabio me interrumpió y supe que por fin iban a ser lo suficientemente valientes como para compartir su secreto con todos nosotros.

Miró nervioso hacia Celia, sentada junto a él, que le sonrió como animándole a continuar. Por lo visto, lo tenían planeado.

—Veréis..., para la mayoría de vosotros esto que os voy a contar será

una noticia que no esperabais escuchar, pero creo que ha llegado el momento de compartirlo con todos vosotros, ya no tiene sentido ocultaros algo así a la familia... Celia y yo estamos juntos, estamos enamorados.

Observé los rostros de cada uno de ellos claramente, aunque yo ya lo supiera; los únicos sorprendidos de verdad eran Clara y Alejandro, por lo visto Leo no se lo había contado a Clara, y era extraño que no lo hubiera hecho, cuando siempre lo compartían todo. Todos los demás, de una manera u otra, estábamos al tanto, aunque obviamente Fabio no lo sabía. Me fijé especialmente en Alberto, y me sorprendió no verle alterado, todavía recordaba lo mal que se lo había tomado hacía unos años.

—Y no es algo nuevo, yo por lo menos lo estoy desde hace mucho tiempo.

—Pero... —murmuró Clara.

—Entonces, ¿el juego que hicimos sirvió para algo? —preguntó Diego dirigiéndose a su hermana.

—*Shhh*, calla, Diego —respondió Lola, que no quería perderse nada de aquella conversación.

Aquello le hizo gracia a Fabio, que soltó una carcajada; los demás no comprendimos aquel comentario. Celia tenía la mirada clavada en su padre, una mirada en alerta, como si estuviera preocupada por su reacción.

—¿Papá? Te has quedado muy callado.

—Hija..., esto no es una sorpresa para mí, en realidad estoy al tanto de lo que sucedió cuando eráis más jóvenes —el rostro de Celia era un poema, completamente incrédula—; en realidad no sé qué decir..., sois familia, esto no debería estar sucediendo.

—Papá... —interrumpió Leo—, sé que son familia, aunque en

realidad son medio-familia, y esto es lo que sucede cuando vives en una situación familiar tan distinta a las demás, pueden darse estas situaciones, y yo los comprendo. Jamás había visto a Celia tan radiante como hoy, igual que a Leo, son felices juntos, no pueden evitarlo, nunca han podido. Dejemos que vivan su vida, son mayorcitos para tomar sus propias decisiones.

Marcos estaba muy sorprendido de que su hijo les apoyara.

—Por supuesto, no importa lo que yo piense, ellos pueden hacer lo que quieran, es solo mi opinión, hubiera preferido que las cosas siguieran como antes.

Celia parecía estar sufriendo con el comentario de su padre y, de rebote, Fabio también. Pero yo sabía que eso no les impediría seguir adelante, no en aquella ocasión.

—María... —Oh, no, no, Marcos, no digas lo que estás pensando—, tú me dijiste que lo suyo no saldría bien.

—Niños... —Pablo interrumpió la conversación, aunque eso no evitó que toda la familia me estuviera acibillando con la mirada; la culpable de todo, mi Don podía ser un tanto molesto en algunos casos, y peligroso en otros—, podéis ir a jugar.

—No, ahora no queremos irnos —repuso Lola, haciendo que Diego asintiera para que quedara constancia de que estaba de acuerdo con su hermana.

Su padre se levantó y fue hacia ellos.

—Vamos..., esta conversación ha dejado de pertenecer al público infantil, o vais vosotros solos u os llevo yo.

Tanto Lola como Diego fruncieron el ceño, pero le obedecieron en el acto, sabían muy bien distinguir cuándo su padre hablaba en serio y cuándo

no.

—Yo..., es cierto, en aquel tiempo así era, o así lo vi. Mi Don no es una bola mágica que todo lo sabe, tan solo veo las cosas que van a suceder, pero por lo visto no siempre son a largo plazo; las situaciones, las personas, todo lo que nos rodea, cambia constantemente y eso hace que cambie lo que va a pasar. Por aquel entonces, no parecía que fuera a salir bien. Tal vez los dos debían vivir su vida separados durante un tiempo, tal vez ese no fuera el momento ideal.

—¿Tú lo sabías? —me preguntó Celia—. ¿Sabías que no iba a salir bien y se lo dijiste a todos, a Fabio, a Marcos...? —vaya, ahora mi hermana pequeña se enfadaba conmigo.

—Yo..., te aseguro que no fui contándolo por ahí, tan solo lo sabía Marcos, y..., Fabio..., no recuerdo exactamente lo que les conté, tal vez influí en ellos de alguna forma, lo siento mucho... No quería haceros daño, de verdad que no.

Celia intentó contener las lágrimas y finalmente hizo ademán de levantarse de la mesa, sin embargo, Fabio la agarró del brazo para impedirselo.

—Espera, Celia... María nunca me confirmó que lo nuestro fuera a salir mal. Simplemente no quiso contestar a mis preguntas.

—Pero a mi padre sí se lo dijo, ¿no es cierto?

Tuve que asentir.

—Es cierto..., se lo dije, lo siento, no tenía que haberlo hecho.

Me sentía tan mal que tenía ganas de llorar. ¿Había sido la culpable de que ambos sufrieran durante años cuando era obvio que estaban hechos el uno para el otro?

—Bueno..., creo que no deberíamos hurgar más en el pasado —intervino Clara—, dejemos lo pasado en el pasado y preocupémonos por el presente y por el futuro.

—Clara tiene razón —repuso Fabio—, yo estoy dispuesto a hacerlo.

—Bien, centrémonos en el futuro, ¿esta vez saldrá bien? —preguntó Marcos mirándome directamente, como esperando que diera una respuesta negativa.

—Perdonad que me meta por el medio —intervino Pablo sorprendiéndonos a todos—; sé que esto no es asunto mío, pero María es mi familia, es mi mujer, y no quiero que le echéis en cara nada en absoluto. Ella todo lo hace con la mejor intención, su Don es muy molesto y siempre anda preocupada por vosotros, no se merece el tercer grado que le estáis haciendo, y menos todavía después de lo que ha sucedido y sabiendo que está embarazada.

—No..., Pablo, déjalo —repuse.

—No, no lo dejaré, creo que la maga de la familia no va a contestar a ninguna pregunta más. ¿Queréis saber qué va a suceder en el futuro? Pues vivid el presente y tal vez lleguéis a descubrirlo. Esta conversación ha terminado —y acto seguido, se levantó y me tendió una mano.

Cuando me levanté de la silla sentí un mareo que hizo que cayera hacia atrás; todos ellos dejaron de ser nítidos, perdí la audición y comencé a sentir un cosquilleo por todo el cuerpo hasta que dejé de percibir lo que me rodeaba. En su lugar, apareció el rostro de Miguel, estaba entubado, tumbado sobre una cama de hospital, con el torso desnudo y vendado alrededor del hombro. Sentado junto a él había una mujer desconocida, morena y atractiva que cogía su mano con el rostro marcado de preocupación. Aquella mujer le hablaba en susurros.

—*Oh, Miguel, menudo susto me has pegado. Menos mal que eres un tipo duro que no dejas que nadie acabe contigo. Él está mucho peor que tú, luchando entre la vida y la muerte, pero él se lo merece, tú no, tú siempre estás intentando salvar al mundo. ¿Dejarás alguna vez que alguien te salve a ti? Déjame intentarlo, yo quiero hacerlo, si tan solo me dejaras... Después de todos estos años en mi consulta te conozco muy bien, eres un hombre maravilloso, aunque no quieras reconocerlo. Intentas parecer hosco y arisco, pero eres tierno y sé que puedes volver a amar. Te estaré esperando...* —y se levantó de la silla dejando un paquete sobre la mesilla.

—¿María? ¿Estás bien? No puedo creer que haya vuelto a desmayarse —era la voz de mi marido lleno de preocupación, pero yo estaba bien, me encontraba bien, tan solo preocupada por Miguel.

—No ha sido nada grave, Pablo, no te preocupes, tan solo un desmayo. Es normal con toda la tensión de estos días... —dijo Teresa.

—En realidad se ha desmayado más veces, antes de que desapareciera Lola. Por cierto, ¿alguien puede ir a echar un ojo a los niños, por favor?

—Yo lo haré —repuso Marcos.

—Parece que está volviendo en sí; por favor, Carlota, acércame un vaso de agua —dijo Celia, una de las doctoras de la familia.

Abrí los ojos para descubrir miles de cabezas pendientes de mí.

—Toma un poco de agua, María —propuso Celia y le hice caso, tenía la boca seca. El calor comenzaba a apretar de nuevo.

—Estoy bien..., pero tengo que marcharme.

—¿Adónde? —exclamó sorprendido Pablo—, ahora no debes moverte, ¿verdad? —mi marido miró a las tituladas médicas para recibir apoyo a su moción.

—Es cierto, ¿adónde quieres ir? —preguntó Celia.

—A ver a Miguel, está en el hospital, Mendieta también está allí.

—¿Qué? —exclamaron Celia y Fabio al mismo tiempo.

—Sí, no sé lo que ha pasado, tan solo me ha llegado una imagen de Miguel en el hospital.

—¿Está grave? —Celia parecía preocupada por él.

—Creo que ha sido algo grave, pero está fuera de peligro. Sin embargo, Mendieta..., está pendiente de un hilo. Al menos es lo que he visto.

—Me alegro, ese hijo de puta debería desaparecer del planeta —intervino Fabio.

—Necesito ir a verle —dije de nuevo e intenté incorporarme.

—Yo iré contigo —añadió Celia.

—Yo os llevaré —dijo Fabio—. Pablo..., cuidaremos de ella.

—De acuerdo, de cualquier manera es imposible detenerla cuando algo se le ha metido en la cabeza. De todas formas, ¿por qué está Mendieta en un hospital? ¿No estaba en la cárcel?

—Bueno, con respecto a eso..., es una larga historia que pensábamos contaros después de... —repuso Fabio—, pero me temo que no nos ha dado tiempo. Ayer Mendieta escapó de la cárcel, secuestraron a Celia y le tendieron una trampa a Miguel.

—Y Fabio nos salvó a los dos —respondió Celia dejando boquiabiertos a todos, incluida a mí.

—¡Menuda pasada! —exclamó Alejandro entusiasmado, que hasta el momento se había mantenido al margen—, parece una película policiaca.

No pudimos salir hacia el hospital hasta que no nos contaron todo lo sucedido la noche anterior.

Hospital de Toledo. 13:00 hrs.

Celia

María y yo estábamos frente a la puerta de la habitación donde estaba ingresado Miguel. Fabio se había quedado esperándonos en la cafetería. Me pareció buena idea que no nos acompañara; por un lado sabía que no era santo de su devoción, y por otro, necesitaba hablar con Miguel a solas.

María me cogió del brazo antes de que pudiera abrir la puerta.

—Celia..., antes de que entremos..., me gustaría que fueras sincera, dime si me odias.

¿Habría escuchado mi pensamiento? Obviamente sí. Suspiré antes de hablar.

—Tal vez sí, por unos segundos te he odiado, hasta que he llegado a la conclusión de que en realidad no fue culpa tuya. Es evidente que Fabio y yo no debíamos estar juntos en ese momento de nuestra vida, por mucho que aquello me hiciera sufrir. Tienes razón, él debía vivir su vida, lejos de nosotros, y yo debía vivir la mía; si hubiéramos seguido juntos, tal vez no estaríamos donde estamos. ¿No crees?

—No lo sé, Celia, a veces me equivoco, y no puedo evitar sentirme culpable.

—No lo hagas, es mejor no pensar más en el pasado y seguir adelante. Necesito empezar de cero con Fabio, sin echar la culpa a nadie, sin reproches,

si no esto no funcionará.

Y yo quería que aquello funcionara, más de lo que imaginaba. María sonrió ante mi comentario.

—Gracias por perdonarme.

—No hay nada que perdonar...; además, no tiene que ser fácil ver lo que tú ves. Debe ser una carga.

—A veces me lo parece, pero otras veces, cuando puedo ayudar a los demás, me parece que es una bendición.

—Por eso eres tú la que tienes un don, eres la persona más buena y generosa que conozco.

—Basta ya de halagos..., que vas a hacerme llorar; y entremos, sé que quieres hablar a solas con Miguel.

—Me gustaría aclararle algunas cosas, aunque no sé si estará consciente.

—Tal vez despierte cuando escuche nuestras voces.

—Ojalá, me gustaría mucho cerrar los capítulos que tengo medio abiertos.

—Entonces..., vamos —dijo María, como animándome a entrar de una vez.

Verle tan solo y vulnerable, lleno de tubos y completamente inconsciente, hizo que me sintiera culpable. Le había dado esperanzas, había flirteado con él, nos habíamos besado, y tenía el presentimiento de que no era de esos que se arriesgaban con cualquiera, era un hombre con el corazón roto, con una historia trágica a sus espaldas.

Nos sentamos cada una a un lado de la cama.

—Cómo me duele verle así... —comentó María—; a pesar de que se ha vuelto algo arisco después de lo de su mujer, es una gran persona y mejor amigo. Le tengo mucho aprecio, debes aclararle todo para que no se haga ilusiones. No quiero que sufra.

—Yo tampoco, te lo prometo.

—Después de todo, mi sueño ha sido bastante real...

—¿Qué? —pregunté confusa.

—La mujer que salía en mi visión era real, mira ese paquete —dijo señalando un paquete rectangular que había sobre la mesilla.

—¿Qué mujer?

—Cuando tuve la visión de Miguel, también vi sentada junto a él a una mujer que jamás había visto, era morena y atractiva, y por sus palabras, es obvio que está enamorada de él. Tal vez sea su médico, puesto que dijo que le veía en la consulta. Pero jamás me ha hablado de ella y me dio la impresión de que él desconoce sus sentimientos.

No pude evitar tomar aquel paquete entre las manos con curiosidad.

—¿Crees que...?

—Tal vez podamos echarle una miradita..., antes de que se despierte —mi hermana y yo nos sonreímos con picardía. Que una mujer misteriosa hubiera ido a visitarle al hospital y le hubiera dejado un regalo, no dejaba de llamarme la atención. Miguel era un hombre lleno de secretos por descubrir, pero yo no sería la mujer que los descubriera; aun así, me apetecía satisfacer mi curiosidad. Lo abrí con sumo cuidado de no dejar rastro del delito.

—Es..., es precioso —exclamé al contemplar aquella pintura—. ¿Quién lo habrá pintado?

—Tal vez la misma que se lo ha regalado.

—¿Quién será la mujer del cuadro? ¿Es ella, la mujer misteriosa? — pregunté curiosa.

María negó con la cabeza, a pesar de que en el lienzo tan solo se veía el perfil de una mujer morena que contemplaba absorta los característicos olivos de Mora. Creí intuir en los trazos de la artista a los impresionistas, por aquella pincelada breve pero gruesa llena de colorido.

—Es mi mujer —la voz ronca y profunda de Miguel hizo que me pegara un susto, sin embargo María me miraba divertida, por lo visto ella sabía que él estaba despierto mientras observaba aquel cuadro.

—Oh, perdona, Miguel, no queríamos... —comencé a decir.

—Sí queríais..., no lo neguéis —dijo con aquella sinceridad que le caracterizaba a pesar de que no parecía molesto—. El cuadro es de Pilar..., mi psicóloga. Dibujar es otra de sus pasiones. Ella sabía que me encantaba ese cuadro.

—¿Quién es Pilar? Nunca me has hablado de ella —le reprochó una amiga herida.

—Es cierto..., nunca lo he hecho, era mi secreto, no me gusta admitir que voy al psicólogo, me obligaron a ir, te lo aseguro.

—Típico tuyo —repuso María, a lo que Miguel hizo una mueca divertida—, aunque hay algo que no comprendo, ¿por qué tiene ella un cuadro donde sale tu mujer?

—Lo dibujó Pilar hace años, ellas dos eran amigas de la infancia.

—Andrea nunca me habló de ella.

—A mí tampoco. Estuve yendo a su consulta durante casi un año sin

saberlo. Ella desconocía que yo era su marido, hasta que un día le pregunté quién era la mujer del cuadro. Me explicó que era de su amiga Andrea, que había muerto en un accidente poco antes de volver ella a Mora, y que quiso pintarla como la recordaba, contemplando por la ventana los olivos de la casa de sus padres.

—Si te ha regalado el cuadro, entonces significas mucho para ella —comentó María.

—Ella sabe que me encanta, siempre me quedo hipnotizado observándolo cuando voy a su consulta.

—Con más razón... ¿y qué opinas de la artista?

—No empieces, María, por favor... —se quejó Miguel.

—Está bien, está bien —se dio por vencida—. Por cierto, ¿cómo te encuentras?

—Tengo ganas de jugar un partido de tenis —contestó irónico—; estoy bien, no te preocupes.

—Me preocupo, y lo sabes —Miguel asintió ligeramente complacido de contar con la amistad de mi hermana—, ¿no vas a contarnos qué ha pasado con Mendieta?

—Seguramente vosotras sabréis más que yo, acabo de despertarme desde que ayer me disparó.

—¿Te disparó? ¿Dónde? —preguntó Celia.

Miguel señaló su hombro.

—Él no creo que esté tan bien como yo.

—Según mi visión, está entre la vida y la muerte.

—Pues no sabes cuánto me alegro de oírlo.

—¿Qué hay de Susana? Celia y Fabio nos han contado lo que sucedió anoche. Debes sentirte fatal al haber descubierto que ella...

—Voy a dimitir, María —anunció con voz grave.

—¿¡Qué!?! No debes hacer algo así, Miguel, eres el mejor del puesto de Mora, el único que se preocupa de los casos complejos, el único que encuentra a los culpables, el único que investiga cualquier denuncia por insignificante que parezca, no puedes abandonar...

—María..., he tenido al enemigo trabajando codo con codo conmigo. Susana..., o más bien, Nuria Mendieta, sabía absolutamente todos nuestros movimientos, yo mismo se los contaba, confiaba en ella —Miguel bajó la mirada realmente destrozado—. No puedo seguir trabajando con la cabeza bien alta. Susana era la mejor del equipo... ¿no es irónico?

—Pero, ¿cómo lo hizo? —siguió indagando María—. Oh..., ya..., fue él, jaqueó el sistema, ¿no es así?

Miguel asintió apesadumbrado.

—Se ha reído de nosotros, especialmente de mí.

—No entiendo cómo Lola no reconoció a Susana cuando estuvo en casa el día que la encontrasteis.

—Supongo que se disfrazaría, ¿te acuerdas de que Lola la describió como una mujer atractiva y con un lunar en la mejilla? Susana no tiene ningún lunar, pero es atractiva, y sobre todo, es una magnífica actriz.

—¿Qué ha sido de ella? —preguntó de nuevo María.

—Vi cómo se la llevaban esposada. Supongo que estará en la cárcel, acusada de cooperar en el secuestro de Lola, en el asesinato de mi mujer, en

el secuestro de Celia —dijo esto último mirándome—, acusada de usurpación del estado civil, en fin, tantos delitos que pasará una buena temporada en prisión.

—Menuda historia... Miguel, prométeme que no tomarás ninguna decisión en caliente, no puedes abandonar, eso es precisamente lo que querrían los dos hermanos.

Miguel se quedó pensativo.

—Te lo prometo si a cambio tú prometes no volver a dejarnos de ese modo, ¿de acuerdo? No me ha gustado nada verte tan ida.

María rio.

—Tuve que hacerlo..., por Lola.

—Lo sé, pero no quiero volver a verte así.

María sonrió halagada.

—Lo prometo, siempre y cuando nadie de mi familia me necesite — dijo para después ponerse en pie —. Vendré a verte mañana.

—Pues no esperes verme —repuso socarrón Miguel.

—¿No pretenderás que te den de alta mañana?

—No pretendo nada, si no me dan el alta, me iré voluntariamente.

—¡Eres incorregible, Miguel! Necesitas a alguien que cuide de ti.

Miguel puso los ojos en blanco.

—¡Olvídalo, María! No intentes buscarme pareja..., nunca más. —No sabía de qué hablaban, pero conociendo a mi hermana, le habría organizado más de una cita—. Y lárgate ya con tu familia.

—Os dejaré a solas —y María salió sigilosamente de la habitación.

Miguel me dedicó una mirada escrutadora que hizo que me sintiera desnuda.

—Miguel..., yo...

—Lo sé, Celia. Sigues enamorada del rubito, no tuve más que ver cómo le mirabas anoche cuando entró en la casa...; lo entiendo, no ha habido nada entre nosotros, salvo..., en fin, no hace falta que digas nada. Es mejor que te vayas.

—No pienso irme hasta que diga lo que he venido a decirte.

Miguel se dio por vencido e hizo un gesto para que hablara.

—Me sentía atraída por ti, Miguel, no he jugado contigo, tan solo estaba un poco confusa, ha pasado todo demasiado rápido, pero me gustaba estar contigo.

—No..., si en realidad, tengo que agradecértelo. Has hecho que volviera a sentirme vivo, Celia, has hecho que algo se removiera en mi interior. Así que..., vete tranquila. Estoy bien.

Permanecí indecisa sin saber qué decir o qué hacer, pero Miguel ya no me prestaba atención, contemplaba aquel cuadro completamente absorto en sus pensamientos. Entendí que no quería seguir hablando conmigo y, aunque dolida, supe que en realidad lo hacía para ayudarme a marcharme sin montar un melodrama.

La mirada de Fabio cuando entré en la cafetería me enterneció, por lo visto temía que lo dejara por Miguel, temía que hubiera cambiado de opinión. Su mirada de expectación, conteniendo la respiración, hizo que le sonriera. En ese instante pareció recuperar la compostura y el brillo de sus ojos volvió a ser el mismo de antes de entrar en el hospital. Caminó hacia mí para agarrarme por la cintura y besarme en la frente.

—¿Todo bien, canija? —para qué negarlo, adoraba que volviera a llamarme como antes, hacía que pareciera como si el tiempo no hubiera pasado.

—Sí, estoy bien. ¿Nos vamos? —pregunté mirando hacia mi hermana, que asintió.

Todavía no podía creer que Fabio y yo volviéramos a estar juntos, o por lo menos que hubiéramos comenzado de cero, como le había pedido aquella mañana. Me desperté con aquella mirada verde sobre mí, parecía acariciarme con ella sin ni siquiera tocarme.

—Buenos días, canija. ¿Has dormido bien?

—Creo que sí. ¿Tú has dormido algo?

—No, prácticamente nada, he estado toda la noche pendiente de ti. Echaba de menos observarte mientras duermes, es fascinante.

—¿Fascinante? ¿A qué te refieres?

—Oh, bueno..., no paras de moverte, ¿de verdad que has descansado? Porque parecía que estuvieras corriendo una maratón.

—¡Tonto! —exclamé dándole un ligero golpe en el hombro.

—Cómo te echaba de menos, canija —repuso soltando una carcajada—, vuelves a ser tú. ¿Dónde habías estado?

—Delante de tus narices todo este tiempo.

—Lo sé —susurró esa vez con el tono serio—, y no solo delante de mis narices, sino también en mi mente, en mis sueños... —me acarició el rostro haciendo que sintiera tantas cosas en un segundo...

—Fabio..., necesito empezar de cero, no puedo seguir donde lo dejamos.

—Oh —separó su mano de mi cara—, entonces ¿debo invitarte a un café? —preguntó divertido.

—No seas gracioso, Fabio, hablo en serio.

—No te preocupes, Celia, esperaré lo que haga falta. Tú eres todo lo que quiero en mi vida. Siempre has sido tú...

Hizo que temblara por dentro, pero necesitaba ir paso a paso, no podía abalanzarme sobre él como me estaba pidiendo el cuerpo.

—Iré a ducharme.

—Imagino que no podré colarme en la ducha —repuso travieso, por lo visto no se había tomado muy en serio mi petición.

—Imaginas bien —repuse levantándome de un salto de la cama. Sentí cómo venía detrás de mí.

—Celia... —Oh, Dios, cómo adoraba cuando decía mi nombre, nadie me había hecho vibrar jamás de ese modo con tan solo decir mi nombre. Me cogió suavemente de la mano—, por favor..., me muero por besarte.

¿Cómo iba a negarme cuando aquello era lo que llevaba soñando desde que entró por la puerta de casa y me pilló enrollada en una mini toalla? Mi ausencia de palabras y de gestos fue interpretado por él como una aceptación, por lo que me agarró con firmeza de la nuca y me besó, o más bien me comió con ansiedad; después me atrajo hacia él con más fuerza todavía. Podía sentir su deseo de forma obvia, y aquello me gustó por primera vez en mucho tiempo. Sin embargo, cuando me apretó el trasero, no pude evitar recordar cómo aquel hombre lo había hecho también y, me dio tanto asco, que me separé bruscamente de él. Fabio se quedó perplejo por mi reacción.

—Poco a poco, Fabio, de cero.

Asintió sin sarcasmo o diversión en su mirada, algo le había hecho comprender que hablaba en serio.

—Está bien, Celia, de cero —repitió—; lo siento, no puedo evitarlo, me vuelves loco.

Me duché a toda prisa sin poder disfrutar del agua templada, pensando en que debía olvidarlo todo y disfrutar de lo que tenía, al amor de mi vida que había vuelto a mi lado a pesar de que jamás soñé con recuperarlo.

Cuando salí de la ducha envuelta en una toalla, encontré a Fabio de espaldas mirando por la ventana, estaba espectacular en boxers de D&G, siempre le había gustado la ropa interior de marca.

—He estado pensando... —comenzó a decir sin girarse para mirarme—, me gustaría mucho anunciar a la familia que estamos juntos.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio, Celia —entonces se giró y su mirada me hizo un repaso (no había sido mi intención salir de ese modo, pero había olvidado coger la ropa antes de entrar en el baño), sin embargo no se movió ni un ápice—; sé lo que quiero, y es a ti, y por primera vez en la vida quiero que lo sepa nuestra familia.

—Yo..., mi padre...

—A todos, Celia, esta vez no quiero engañar a nadie. ¿Me dejas anunciarlo en el desayuno?

Suspiré. En realidad me sentía halagada de que quisiera contárselo tan rápido, tan halagada que asentí, muerta de miedo pero al mismo tiempo ilusionada.

—Gracias..., ah, y por cierto, quería hacerte una pregunta... ¿te sientes segura conmigo?

—¿A qué te refieres?

—Me dijiste que con Miguel te sentías segura.

Sentirme segura..., cómo explicárselo.

—Sé que tú nunca me harías daño, al menos no físicamente, y tampoco dejarías que nadie me lo hiciera...

—¿Pero? —preguntó como sabiendo que faltaba algo en aquella explicación.

—Sentirse segura es mucho más que eso.

—¿Y ya está? ¿Esa es tu respuesta? —obviamente no parecía satisfecho.

—Por el momento sí.

La mirada de Fabio se entristeció.

—Iré a darme una ducha—dijo al tiempo que se ponía los vaqueros—, nos vemos abajo.

—¿Estás seguro de que quieres seguir adelante con la noticia? —le pregunté.

—Nunca he estado más seguro en toda mi vida, y últimamente no suelo estar seguro de las cosas, créeme.

10. Domingo por la tarde. Suite nº 1 de Bach

Hospital de El Escorial. Domingo 19:00 hrs.

Fabio

Por fin llegaba a mi destino; hacía un calor de mil demonios, por lo que decidí dejar el coche en el parking para “personal autorizado”, como la última vez que había estado allí, hacía tan solo una semana. Era asombroso la cantidad de cosas que habían sucedido desde entonces; algunas malas, como el secuestro de Lola o el de Celia, pero al final había sucedido un milagro que ni tan siquiera esperaba, había recuperado el objetivo de mi existencia: Celia. Rezaba por llegar a tiempo para sacarle aquellas fotos, pero sobre todo, para que estuviera trabajando aquella enfermera que tanto me había ayudado; sin ella, mi plan sería imposible de llevar a cabo.

Después de visitar a Miguel en el hospital de Toledo, Celia me anunció que debía volver a El Escorial, por lo visto una de sus pacientes había dado a luz y otra había sido ingresada. Me hubiera gustado volver con ella para poder hablarle de Sarah durante el camino, sin embargo, mientras Celia hablaba con su querido capitán, había recibido una llamada del puesto de Mora pidiéndome que pasara por allí para explicarles mi exposición de lo sucedido la noche anterior. Celia todavía no me había contado nada sobre su secuestro, sobre cómo se había sentido y cómo le había afectado, y me hubiera gustado saberlo para sentirme más seguro.

Fui directo a la recepción de maternidad (a esas alturas me movía por aquel hospital como pez en el agua) para descubrir que la enfermera que estaba allí sentada no era Elena. Tendría que pensar en un plan alternativo.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?

—Busco a Elena —esperaba que no hubiera más de una Elena, si no, estaría perdido, ni siquiera recordaba su apellido.

—Oh.., ¿de parte de quién?

—Es personal —aquella mujer me hizo un sutil repaso y desapareció en la habitación contigua para salir poco después con la mujer que estaba buscando.

—¿Señor Conroy! —exclamó mientras su amiga se situaba junto a ella deseando averiguar a qué había ido exactamente.

—¿Podemos hablar un momento a solas? —pregunté sin utilizar aquel estúpido acento americano de la primera vez.

—Pero...

—Por favor —le insté.

—De acuerdo, pensaba ir a tomar un café. ¿Quieres uno? —y salió de detrás del mostrador para susurrarme «espero que tengas una buena excusa para haberme mentido sobre tu identidad, Señor Conroy».

—La tengo, te lo contaré todo, ah..., y por cierto, me llamo Fabio.

—¿Fabio Marchetti? —¿Cómo demonios sabía quién era? Tal vez no tuviera que explicarle demasiadas cosas.

Quince minutos después, entraba en la habitación número 232, cámara en mano, seguido por Elena, sabiendo que ella y Celia eran bastante amigas y que, en alguna ocasión, incluso le había hablado de mí.

Celia estaba de espaldas a la puerta, manteniendo una conversación con la recién estrenada madre; no iba vestida de azul, como la última vez que la vi en el hospital, sino que llevaba una bata blanca desabrochada a través de la cual podía ver que llevaba el vestido rojo que se había puesto esa mañana y

que le sentaba tan bien. Ni siquiera se volvió para mirar quién entraba, acostumbrada al trajín del ir y venir de enfermeras y otro personal del hospital.

Tal vez fue el ruido de mi dedo disparando fotos (aunque lo dudaba, mi cámara era de lo más silenciosa), o tal vez fue el olor de mi perfume, pero a la tercera foto, capté a Celia en el objetivo mirándome fijamente.

—¿Fabio? ¿Qué haces aquí? Pero qué...

—Todo está en orden —por suerte Elena salió en mi defensa—, tiene permiso para hacer las fotos, tanto del hospital como de la madre.

—¿Qué fotos? —preguntó Celia mirando a su paciente—, ¿tú sabías algo?

Aquella santa de mujer asintió, y yo seguí ignorando a Celia sin parar de hacer fotos.

—¿Qué es todo esto? ¿Qué estás tramando, Fabio?

—¿Mmm? —levanté la mirada haciéndome el tonto—, tan solo me han encargado unas fotos para un artículo, por eso estoy aquí.

Me clavó una mirada recelosa.

—Tú sigue haciendo tu trabajo y yo haré el mío. Olvídate de que estoy aquí...; por favor, Celia, si no estropearás mis fotos, ya tengo que hacer un gran esfuerzo para que salgas bien —dije ahogando una risa en mi interior y provocando que todas las mujeres de la habitación me clavaran una mirada perpleja. ¿Acaso no tenían sentido del humor?

De algún modo, las tres acabaron por ignorarme y por fin pude dedicarme a hacer mi trabajo. No solo me conformé con aquellas fotos, después me empeñé en acompañar a Celia a otra sala llamada “monitores”,

donde se encontraba otra de sus pacientes. Mientras disparaba miles de fotos desde distintos ángulos, pensaba en lo irónico de la situación; aunque no quisiera asumirlo ni reconocerlo, en unos meses me convertiría en padre, un padre como el que estaba en la sala acompañando a su mujer y que no dejaba de hablarla en susurros al mismo tiempo que vigilaba las hojas que sostenía Celia en sus manos.

Aquella escena me hizo preguntarme si me hacía ilusión ser padre. Lo cierto era que no tenía ni la menor idea, pero lo que sí sabía era que el solo hecho de pensar en Sarah embarazada me provocaba una ansiedad desconocida que amenazaba con paralizarme; aquello también podría llamarse cargo de conciencia, y cada vez se hacía más grande, porque durante esa semana, las veces que había hablado con ella, no había podido adelantarle nada sobre mis dudas, y no solo eran dudas sobre aquel niño que crecía dentro de ella y que era parte de los dos, sino sobre todo por la ausencia de sentimientos hacia ella y el convencimiento absoluto de que llevaba perdiendo el tiempo desde hacía años.

Y allí estaba Celia, comprobando aquellos gráficos que salían de la máquina, que, obviamente, aunque me pareciera cosa de ciencia ficción, sabía interpretar, ignorante de todo lo que nos separaba, no solo un inmenso océano y miles de kilómetros, sino otra mujer y un futuro niño. De pronto comencé a sentirme demasiado mareado para seguir con aquella sesión. Debía hablar con Celia y después llamar a Sarah y, por lo menos, adelantarle algo sobre nuestro futuro incierto.

—¿Estás bien, Fabio? —era la voz de Celia.

—Eh..., sí, creo que ya he terminado por hoy.

—Bien, pues si quieres podemos irnos. Yo también he terminado.

Asentí casi pálido después de todos los pensamientos que habían

cruzado mi mente.

—Claudia, mi compañera, está a punto de llegar, todo irá bien, no tienes que preocuparte.

—Gracias, Celia —repuso aquella mujer.

—Muchísimas gracias por todo, Celia —añadió su marido.

Seguí a Celia por los pasillos sin hacer ningún comentario, aunque el hecho de que Celia se volviera hacia mí en un par de ocasiones dedicándome una sonrisa hizo que mi estado emocional mejorara. Unos segundos después, estábamos en el parking del exterior.

—Oh, perdona, Fabio, he venido directamente a mi coche, ¿dónde has aparcado?

Sonreí haciendo un gesto hacia mi coche, aparcado unas filas hacia atrás.

—¿Has aparcado aquí? Pero si esto es para el personal del hospital...

—Lo sé, pero yo estaba haciendo un trabajo comunitario —repuse con toda tranquilidad.

—¡Eres un caso, Fabio! —exclamó al mismo tiempo escandalizada y divertida.

—¿Celia? —Aquella voz masculina hizo que ambos nos giráramos para encontrarnos con su anterior novio, porque aunque él no lo supiera, ya era historia.

—Vaya..., hola Rubén —obviamente Celia estaba incómoda con aquella situación, yo sin embargo iba a disfrutar viendo sufrir a aquel cerdo.

Rubén se quedó mirándome con cara de necesitar una explicación, o al menos una presentación, sobre todo por el hecho de que Celia y yo íbamos

cogidos de la mano. Como si Celia hubiera escuchado mi pensamiento, en ese mismo instante me soltó la mano, recuperando al mismo tiempo el habla.

—Fabio, este es Rubén, un compañero de trabajo.

—Con que un compañero... —repuso sarcástico aquel hombre—, Fabio, ¿te importaría dejarnos un momento a solas?

Haría como si fuera extranjero y no le entendiera, a mí ese cabrón insolente no iba darme órdenes.

—Fabio..., —intercedió Celia—, por favor, espérame en el coche, ahora mismo voy. —Ese hombre tenía suerte de que me lo pidiera expresamente ella.

Me alejé sin muchas ganas y, cuando llegué al coche, lo abrí y lo cerré para que creyeran que me había metido dentro y ya no estaba escuchando, sin embargo, caminé de vuelta lo más sigiloso que pude ocultándome entre los coches.

—¿Quieres decir que ahora estás con ese tío?

—No es un tío, es mi novio de toda la vida

¿Mi novio de toda la vida? Oh, Dios, cada vez me gustaba más espiar.

—Hemos vuelto. Lo siento, Rubén, ha sucedido demasiado rápido y no he podido hablar contigo.

—Te he llamado miles de veces...

—Lo siento, es que esta semana han pasado muchas cosas, es una larga historia.

—¿De modo que me dejas por ese? —preguntó atónito, como si aquello no pudiera ser posible. ¡Sería creído!

—Tan solo hemos salido unas cuantas veces, Rubén, no es como si fuéramos novios ni nada parecido, pero de verdad que no era mi intención hacerte daño.

—Oh..., ya veo, ¿pues sabes qué? A mí nadie me hace esto, ni siquiera una niñata de veinticuatro años. A partir de ahora, te juro que te haré la vida imposible en el hospital...

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? Esto no tiene nada que ver con el trabajo, nunca hemos mezclado el trabajo con nuestra vida personal.

—No me gustan los traidores —replicó él.

¡Aquello era la monda! No pude resistirlo por más tiempo y me personifiqué frente a él cual alma que lleva el diablo. Por suerte, era bastante más alto que él, aunque en esos momentos era lo último que me preocupaba; le agarré por el cuello de la camisa con rabia contenida.

—Tú no vas a hacer nada en absoluto, ¿entiendes? A mi novia la vas a dejar en paz si no quieres que publique todas las fotos que tengo tuyas en actitudes bastante comprometidas.

—¿De qué estás hablando? —noté el miedo, y no solo en su voz.

—Soy fotógrafo —le solté con la única intención de encender mi cámara que llevaba al cuello—, y además muy bueno —mientras hablaba iba buscando aquella foto—; es curioso que, precisamente tú, hables de traidores. —Ahí estaba la foto, giré la cámara para que pudiera contemplar mi obra.

—¿De dónde has sacado esa foto? Esa..., esa es mi casa.

Celia se acercó curiosa para entender de qué estábamos hablando, aunque sabía que estaba empeorando la situación.

—¿Quién es el traidor? ¿Eh? Tengo más, ¿quieres verlas? Podría

publicar todas para que tus compañeros del hospital sepan qué tipo de hombre eres.

Lo cierto era que mi primer pensamiento había sido darle una paliza, pero sabía que a Celia no le gustaría; por suerte, mi ingenio había hecho un gran trabajo, amenazarlo con publicar esas fotos le mantendría calladito para siempre; una paliza hubiera tenido un efecto efímero, aunque sin lugar a dudas hubiera sido mucho más placentero para mí.

Le vi alejarse sin decir nada en su defensa, había huido como un cobarde, con el rabo entre las piernas.

—Vamos —agarré a Celia, que seguía estupefacta mirando hacia Rubén, y la acerqué a su coche—, nos vemos ahora en casa, ¿vale?

Celia había entrado obediente en el coche, aunque no parecía reaccionar, ni siquiera había puesto las llaves en el contacto, permanecía sentada mirando hacia el vacío.

—¿Estás bien?

—Sí, creo que sí, simplemente estoy asombrada por lo que ha pasado. No puedo creer que hubiera elegido tan mal..., había algo que me hacía desconfiar de él, por lo visto mi instinto no estaba tan equivocado.

—¡Menudo espécimen! Vete delante, yo te seguiré.

Celia asintió más lúcida que antes, me preguntaba cuánto tardaría en interrogarme sobre las fotos. No fue demasiado, en cuanto salí del coche, lo hizo.

—¿Qué hacían esas fotos en tu cámara?

—Entremos en casa. —No quería montar una escena en la calle, no estaba nada seguro de lo que sucedería cuando confesara uno de mis pecados.

—¿Y bien? —me miró con los brazos en jarras en cuanto cerré la puerta, ya no podía dilatarlo más.

—No te va a gustar —repuse, por qué negarlo, muerto de miedo.

—Te escucho.

—El día que llegué de San Francisco, le hice una visita a María antes de venir a El Escorial, ella sugirió que te buscara en el hospital, quería verte sin que tú me vieras..., tan solo intentaba saber qué era de tu vida, puesto que María no había querido contarme nada. Te vi besándote con él en un pasillo del hospital.

—¿Estabas espiándome?

Presentía que aquello no iba a terminar bien.

—Tan solo quería verte, Celia, pero te prometo que tan solo estuve unos minutos, me fui enseguida; pero cuando me dirigí al parking, me quedé asombrado cuando vi cómo tu amiguito besaba a la mujer de la foto. Me indignó que aquel hombre te estuviera traicionando.

Celia carraspeó, obviamente ella no olvidaba que yo era igual que él, o creía saber que yo era como él, un cabrón que se acostaba con todas.

—Les escuché cómo quedaban para aquella tarde en su casa, obviamente no para tomar un café. No tenía pensado hacerlo, Celia, pero me vi siguiéndole en el coche hasta su casa. Es más, me quedé allí esperando a que llegara ella, quería hacerles una foto.

—¿Qué pensabas hacer con la foto?

—Quería hacerles una foto comprometida para enseñártela, pero no lo conseguí. En realidad, tan solo les hice esa foto, no tengo más, le he engañado...

No tenía ni idea de qué se le estaría cruzando a Celia por la mente, pero de pronto estalló en una carcajada explosiva que se alargó inesperadamente, parecía no poder parar de reírse. Cada día entendía menos a las mujeres.

—Oh, Fabio..., te adoro, te quiero, cuánto te echaba de menos —y de pronto se tiró a mis brazos y comenzó a besarme. Sabía que aquel era el momento en que debía separarme de ella y confesarle el resto de mis pecados pero, ¿qué hombre podría resistirse a que la mujer de sus sueños le estuviera desabrochando los botones de la camisa? Si aquello era empezar de cero, bendito número, desde ese momento el cero pasaría a ser mi número preferido.

De cualquier modo, y por si acaso, no me lanzaría en picado, esperararía a que ella marcara el ritmo, no quería asustarla de nuevo. Mi camisa reposaba en el suelo y Celia me dejó sin habla cuando comenzó a desabotonarse la blusa. Mis ojos seguían sus movimientos completamente hipnotizados, deseando acariciar sus pechos, comérmelos, sin embargo, no hice nada de eso. Esperé hasta que ella misma se despojó del sujetador dejándolo tirado junto a mi camisa.

Me acerqué a ella disfrutando de aquel aroma que siempre desprendía a flores silvestres, sin embargo, en el último segundo, decidí cambiar de escenario, no quería hacerlo de pie, podría recordarle a cómo Mendieta la había acariciado la noche anterior. De modo que la agarré de la mano y la llevé hasta la planta baja, a nuestro antiguo dormitorio, donde todo comenzó.

Celia se tumbó sobre la cama todavía con la falda puesta, y yo la imité, no sin antes haberme despojado de los vaqueros. Me tomé mi tiempo en acariciar su bonito rostro; su nariz, sus mejillas, sus labios, para luego descender por el cuello hasta llegar a sus pechos. Lo hice como recordaba

que le gustaba, haciendo círculos a su alrededor. Celia hacía rato que había cerrado los ojos. Mientras seguía aquel juego con sus pechos, la besé, después mis dedos se perdieron bajo su falda. Jadeó de placer, ¡cómo me gustaba volverla así de loca! Sin embargo, yo comenzaba a estar más loco que ella. De pronto, Celia abrió los ojos y se abalanzó, colocándose a horcajadas sobre mí. Me alegraba tanto de que todavía recordara lo mucho que me gustaba que chupara los lóbulos de mis orejas, era la única mujer que conocía aquel pequeño detalle, y así debía ser, porque ya no quería estar con ninguna otra mujer salvo con ella.

Dios, nadie sabía cuánto la había echado de menos, ni siquiera yo mismo. Desconocía cómo había podido estar sumido en la oscuridad durante tanto tiempo, viviendo sin vivir, trabajando como un completo adicto, viviendo la noche invitado a tantas y tantas fiestas organizadas por las revistas de moda o los diseñadores o las modelos, a las que solía acompañarme Sarah, que adoraba aquel ambiente que sin embargo yo había aprendido a odiar y evitar. Todavía antes de marcharme de San Francisco me echaba en cara el hecho de haber dejado de acudir a aquellas pomposas celebraciones. Ya no me llenaban, nada me llenaba, aquel mundo era vacío y cínico. Lo único que me gustaba era la fotografía.

Celia era todo lo contrario: sencillez, familiaridad, amor, hogar, bondad, belleza, naturalidad, para mí ella era recuerdos y más recuerdos desde que era un niño y la defendía de cualquiera que se metiera con ella. Era ahí, junto a ella, donde me sentía más yo mismo, más real, más verdadero, con todos mis defectos y complejos, ella era la persona que más me conocía y mejor me comprendía y, a pesar de todo, me amaba.

—Celia..., Dios, cómo te echaba de menos.

Celia me sonrió con lágrimas en los ojos, invitándome a que siguiera

amándola hasta el final, de cualquier modo ya no podría parar, una vez redescubierto aquel regalo de la vida, ya no podría, nunca más. La penetré quizá con demasiada fuerza anhelando que volviera a ser mía, que se olvidara de Miguel, de Rubén o de cualquier otro hombre, después la rodeé con mis brazos desde atrás.

—Mucho mejor de cómo había soñado —le susurré en el oído. Aquella risa volvía a pertenecerme, si es que la risa podría pertenecer a alguien.

La vi levantarse desnuda, aquel cuerpo que siempre me había recordado al de la Diosa Venus (como si la conociera, vamos) y caminar hacia la puerta.

—¿Te vas?

—No te librarás de mí tan fácilmente —dijo guiñándome el ojo antes de salir.

Volvió unos minutos después, todavía desnuda, pero esa vez con su violonchelo en la mano.

—Solía gustarte escucharme tocar.

—Oh, sí, siempre me ha encantado, y más si te quedas así, tal cual estás.

Volvió a reír y se sentó en el borde de la butaca que estaba a los pies de la cama, su pelo rubio caía a ambos lados del rostro y sus preciosos ojos verdes miraban el vacío concentrada en interpretar aquella melodía, haciendo que pareciera aún más bella. Aquella visión me recordó a la primera vez que hicimos el amor. La encontré igual que en esos momentos, desnuda, sentada sobre la cama tocando exactamente la misma pieza que estaba interpretando en ese instante. Se me ponían los pelos de punta de solo escuchar la Suite nº 1

de Bach, no solo por lo bien que lo interpretaba mi canija, sino sobre todo por los recuerdos que se agolpaban en mi mente.

Mi cuerpo se fue relajando poco a poco, no me había dado cuenta de lo agotado que estaba después de haber pasado la noche en vela hasta ese momento de relajación después de haber hecho el amor. Mis ojos se cerraron y fui cayendo en un ligero sueño al principio y poco después en un sueño profundo que no me impidió sin embargo notar cómo el cuerpo caliente de Celia me abrazaba un tiempo indeterminado después.

No sé cuánto tiempo había pasado, pero el sonido del timbre de la puerta comenzó a colarse en mi sueño, una y otra vez, hasta que cada vez se hizo más real. Abrí los ojos para descubrir que estaba solo. ¿Dónde estaría Celia? Me puse los calzoncillos y el vaquero, la camisa debía estar en la entrada de la casa, donde la habíamos dejado tirada hacía unas horas, y subí las escaleras. Cuando estaba a punto de salir al vestíbulo, escuché una voz demasiado familiar pero al mismo tiempo lejana que me obligó a parar en seco. Aquello no podía ser cierto.

—*You must be Celia. Oh, my god!, you look just like Fabio, you could be brother and sister!* —la oí reír nerviosa, no estaba nada segura de haber hecho lo correcto viniendo a España, y, para mi desgracia, se había equivocado—. *I'm Sarah.*

Asomé la cabeza sabiendo que Celia podría verme desde donde estaba, pero por lo visto estaba tan aturdida que no se había percatado de mi presencia.

—*Do you know who I am?* —Sabía que Celia no tenía ni pajolera idea de inglés, sin embargo negó con la cabeza—. *Oh, I should have guessed that Fabio didn't tell you anything about me. I'm Fabio's girlfriend.*

A juzgar por lo rápido que se abrieron los ojos de Celia, aquella

palabra sí la había comprendido a la perfección. Fue justo en ese momento cuando pasaron varias cosas al mismo tiempo; Celia me vio de pronto y me clavó una mirada cargada de decepción y tristeza que me rasgó por dentro, al mismo tiempo que Sarah advirtió tanto mi presencia como el hecho de que mi camisa estuviera tirada en el suelo junto al sujetador de Celia, ambos objetos seguían ahí como símbolo de nuestro pecado, o más bien del mío.

11. Lunes. Un interrogatorio diferente

Centro penitenciario Soto del Real, Madrid. Lunes. 10:00 hrs.

Miguel

La tenía frente a mí, por un lado parecía la misma persona, pero por otro no lo era, incluso me pareció mucho más hermosa que la última vez que la había visto. En ese momento comprendí que, durante los meses que había trabajado junto a mí, se había esmerado en parecer menos agraciada, sin maquillarse, con aquellas grandes gafas que solían presidir sus ojos, sin aquel lunar junto a su boca que le daba ese aire tan sensual. Tal vez nunca la había mirado con detenimiento para apreciar esos detalles, de cualquier modo, daba igual, ya era demasiado tarde para todo. Aquella mujer que tanto había valorado y apreciado ya no era nada más que una delincuente a quien debía interrogar. Aunque tenía que reconocer que quería profundizar en la razón por la cual una persona como ella, tan eficiente y trabajadora, obedecía a un asesino y violador que ni siquiera era su hermano de verdad, convirtiéndose en una farsante o tal vez algo peor.

Pero María tenía razón, por el momento no debía renunciar a mi puesto, debía cerrar aquel caso y no permitir que aquellos supuestos hermanos se salieran con la suya.

—Ahora lo entiendo..., no todo, pero sí cómo me utilizaste para que fuera a visitar a tu querido hermano a prisión. Lo teníais todo planeado, cómo me sacaría él de quicio para que me tirara sobre él y tú pudieras pasarle la cuchilla sin que me diera cuenta..., asombroso..., sí, tengo que reconocerlo.

Silencio, como la última media hora.

—Nuria... ¿Quién eres realmente?

Levantó el rostro desafiante, sin embargo no abrió la boca.

—Te lo diré yo..., hija de Pilar Méndez López, sin padre reconocido. Tu madre murió de cáncer cuando apenas tenías cuatro años, sin familia que pudiera ocuparse de ti, te ingresaron en un orfanato. Con la edad de diez años, Ainhoa Mendieta te acogió en su casa, viuda y madre de Aitor Mendieta... ¿sigo?

Me dedicó una mirada vacía con cierta mueca irónica.

—Dos años después, consiguió adoptarte y te convertiste en Nuria Mendieta. Una alumna brillante que consiguió una doble titulación en Administración y Dirección de Empresas y Derecho con tan solo veintidós años. Cuéntame... ¿Qué te hicieron en esa familia? —mirada desafiante de nuevo, no parecía querer hablar—, algo tuvo que suceder para que te convirtieras en secuestradora de niños, usurpadora de estado civil, asesina, cómplice de las violaciones y asesinatos perpetrados por tu hermano adoptivo...

—Jamás participé. Yo no tengo nada que ver con eso.

—¿Te refieres a las violaciones y asesinatos de tu hermano o a que no participaste en el asesinato de mi mujer?

Silencio de nuevo. Aquello iba a ser más complicado de lo que pensaba, pero no cejaría en el intento.

—He estado investigando..., y efectivamente parece que tienes coartada para el último asesinato de tu querido hermano, pero no estoy tan seguro de los demás. ¿Participaste en el asesinato de mi mujer?

—¿Sabes qué? He disfrutado este tiempo trabajando codo con codo contigo, hasta te he cogido cariño, Miguel; pero, como sabes, soy una buena

cabo y no vas a conseguir sacarme ninguna información. No hablaré.

—¿Cabo? No me hagas reír..., aunque tengo que reconocer que has bordado el papel. ¿Cómo lo has hecho?

—Aunque no lo creas, he estudiado para convertirme en cabo y tengo que confesar que lo he disfrutado.

—Eso no puede ser...

—Lo es; busca, investiga, haz tu trabajo, eres bueno en eso ¿no? Soy cabo de la Guardia Civil.

—Entiendo..., si es cierto lo que dices, tu hermano se infiltró en el sistema para colocarte precisamente en el puesto de Mora, ¿no es cierto?

Hizo una reverencia con la cabeza.

—Por supuesto ha habido también algo de teatralidad, querías que creyera que eras indispensable, que confiara en ti más que en nadie, que pensara que me apreciabas e incluso que te gustaba... —¿Una sonrisa irónica?—. Debo reconocer que, como actriz, no tienes precio. ¿Participaste en el asesinato de mi mujer?

—Soy buena, Miguel, y lo sabes, no me sacarás ninguna confesión.

Me dedicó una sonrisa irónica, como sabiendo lo que estaba intentando hacer; sin embargo, tenía un as en la manga, siempre lo tenía.

—Tengo que decirte algo que creo te interesará.

Ni siquiera me miró, había vuelto a clavar la mirada en el suelo.

—Me temo que tu hermano no ha pasado de esta noche.

¡Bingo! Tenía toda su atención.

—Ha fallecido por insuficiencia respiratoria a las dos treinta de la

madrugada.

—No te creo.

—Contaba con ello —le tendí la copia del certificado de defunción de su hermano, aquello no era una farsa, por suerte ese sujeto jamás volvería a cometer ningún asesinato.

Nuria se quedó consternada cuando se dio cuenta de que aquello iba en serio. No entendía qué relación podía tener aquella mujer inteligente y atractiva con un hombre como Aitor. No comprendía qué podía haber sucedido en su vida para poder estar enamorada de alguien así, porque obviamente lo estaba, y esas lágrimas que comenzó a derramar no podían significar otra cosa. De pronto, levantó la mirada y dejó de llorar.

—¡Has sido tú! ¡Tú le has matado!

—Me temo que sí, pero él disparó antes.

—¡Te odio! —y siguió gritando todo tipo de improperios hasta que se levantó y comenzó a golpearme en el pecho llena de odio, pero también de dolor.

No necesitaba ayuda para quitarme a una mujer histérica de encima, aun así, los guardias entraron cuando se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo y se la llevaron a la fuerza, completamente desquiciada, intentando quitárselos de encima.

En realidad, Nuria tenía razón, yo había matado a su hermano, además dos veces, o al menos eso fue lo que dijo la enfermera.

Hacia las dos de la madrugada me presenté en el hospital de Toledo, donde hacía unas horas que me había dado de alta voluntariamente. Había un policía apostado en la puerta donde se encontraba Aitor ingresado. Tendría que haber estado en la UCI, pero al tener que estar vigilado y al no poder

estar con otros pacientes debido a lo peligroso que era, le mantenían aislado en una habitación donde estaba constantemente monitorizado. Por suerte para mí, el responsable de la vigilancia del prisionero estaba profundamente dormido, por lo que nadie vio cómo me colaba en aquella habitación, y era una suerte, me había evitado montar un escándalo.

Sonreí al contemplar aquel cuerpo cadavérico entubado hasta las cejas. Resultaba tan vulnerable e inocente, pero tan solo era una ilusión óptica.

—Vaya, vaya, veo que sigues vivo, Aitor. Eres un tipo fuerte y decidido. Me pregunto cómo fue tu infancia; no es que me interese en realidad, tan solo tengo curiosidad por entender qué hicisteis tu madre y tú para que Nuria se convirtiera en una asesina como tú. Aunque todavía no estoy seguro de que sea en verdad una asesina, al menos no del tipo que se mancha las manos como tú, sino de esas que trabajan por detrás, sin dejar rastro. Por eso contratasteis a Idoia, ¿no es cierto? Ambos sabíais que estaba obsesionada con tu hermana, por eso estabais seguros de que sería vuestra mejor opción. No haría preguntas, no os delataría, mataría por vosotros, haría el trabajo sucio sin rechistar, siempre y cuando pudiera tener a Nuria a su lado y dinero para poder enviárselo a su madre. Estoy al tanto, siempre acabo enterándome de todo, por si no lo sabías.

Por el momento no había conseguido ninguna reacción por su parte, pero algo en mi interior me decía que estaba escuchándome.

—Tengo que reconocer que habéis hecho un gran trabajo engañándome, a mí y al resto del puesto de Mora, incluida la comandancia de Toledo. Lo teníais todo planificado, ¿verdad? Acababais con mi mujer y, sabiendo que iba a volverme un hombre insufrible, yo mismo me encargaría de hacer insoportable la vida de cualquiera que intentara usurpar el puesto de

mi difunta esposa. Hasta que llegó Susana, hace cuatro meses. Me habíais estudiado, sabíais cómo llegar a mí, cómo hacer que confiara en ella, para eso debía ser una mujer, no un hombre. He caído en vuestra trampa, pero de nada os servirá, tú estás medio muerto y en cuanto a tu hermana..., bueno, me encargaré personalmente de que se pase el resto de su vida en la cárcel.

Un movimiento de mano, tal vez involuntario. Por muy malvado que fuera ese hombre, había sido testigo de lo mucho que amaba a su hermana adoptiva.

—He oído que a tu hermana la encarcelarán en Soto de Real. ¿Te suena verdad? Fue allí donde te llevaron en un primer momento, antes de trasladarte definitivamente al centro de Ocaña. Verás..., cuando se enteren de su nombre rápidamente la relacionarán contigo. No creo que a las mujeres les guste saber que su hermano se dedicaba a violar y asesinar mujeres. No sé si la tratarán demasiado bien... Además, como sabes, es un centro mixto, ya sabes que existen posibilidades de que en algún momento...

De pronto, el electrocardiógrafo comenzó a emitir un pitido estridente haciendo que los gráficos, que eran antes pequeñas montañas ascendentes, se convivieran en una única línea continua. La sala se llenó en un instante de personal médico.

—Capitán... ¿Qué hace usted aquí? Le dije que no podía entrar... — aquella enfermera me había impedido el paso en varias ocasiones.

—Tan solo estaba hablando con él.

—Váyase capitán, me temo que ha matado usted a nuestro paciente por segunda y última vez.

—Pues me alegro mucho... —murmuré mientras me dirigía hacia la puerta.

—¿Cómo ha dicho? —me espetó esa mujer.

—Que lo siento mucho... —y salí de allí con una sonrisa en la boca. Disfrutaba con la certeza de saber que aquel elemento peligroso ya no volvería a serlo jamás.

Dejé de lado mis pensamientos cuando salí al pasillo del centro penitenciario y vi cómo se llevaba a rastras a Nuria; aquel día no había sido muy fructífero, pero volvería con cierta regularidad hasta que la hiciera confesar haber participado en el asesinato de Andrea, al menos como cabeza pensante.

—Adiós, Susana, te veré pronto —exclamé pensando en que estaría tan enloquecida que no me escucharía.

—Me llamo Nuria, imbécil —gritó.

Solté una carcajada antes de desaparecer de allí.

El desgraciado de Ramírez había sido elegido como mi nuevo compañero de patrulla hasta que encontráramos al sustituto de Susana; además, por desgracia, me veía incapacitado para conducir por el momento y necesitaba que me llevara de un lugar a otro.

—Ramírez, te voy a pedir que me lleves a una dirección —le dije cuando ya estábamos llegando a Mora.

—¿No vamos al cuartel?

—No.

En realidad, el lugar al que quería que me llevara no tenía nada que ver con ningún caso ni con mi trabajo.

—¿Quiere que le acompañe, capitán? —preguntó cuando había

aparcado frente al edificio que le había indicado.

—No, no tardaré.

—De acuerdo, le esperaré.

Entré en la consulta que llevaba visitando desde hacía más de un año. Aunque fuera algo extraño, me gustaba aquel lugar aséptico y cuadriculado, seguramente porque siempre me había sentido especial y sorprendentemente cómodo hablando con ella. Colgué el cuadro en su lugar de origen y me tumbé sobre aquel sillón de cuero negro donde había hablado y hablado durante horas, donde había desnudado mi alma, donde había sacado a relucir mis demonios más profundos; solo ella había sido capaz de algo así y, como un estúpido, no me había dado cuenta de lo que sentía por Pilar hasta que Celia había despertado mis inertes instintos.

Unos minutos después, escuché cómo se abría la puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Pilar asombrada—, hoy no tienes cita y deberías estar en el hospital.

—Sé que no tengo cita —repuse obviando su segundo comentario—, pero necesitaba verte.

—Entiendo..., bien, tengo media hora, ¿qué te sucede, Miguel?

—Debo advertirte que esto no es una sesión —repuse incorporándome y acercándome a ella—, he venido a hablar contigo.

—Oh... —me miró sorprendida—, te escucho.

—Creo que, por una vez, te voy a hacer caso.

—¿A qué te refieres?

—A que voy a comenzar algo con alguien, voy a dejar atrás el pasado.

—Oh, vaya, me alegro mucho. ¿Quién es la afortunada? No recuerdo que me hablaras de ninguna mujer en concreto.

—Es cierto..., no lo hice. Verás..., una mujer ha hecho que me despierte, y se lo agradeceré toda la vida.

—¿Quién es ella?

—Eso ya no importa, porque la mujer con la que quiero comenzar algo nuevo está justo delante de mí.

Su rostro sufrió una transformación y dejó de lado su porte profesional y medido para adoptar una actitud más femenina, sonrojada estaba más guapa todavía. La había tenido delante de mis narices sin percatarme de sus sentimientos y tampoco de lo bien que me sentía a su lado. Ella me amaba, debía haberlo sabido, a pesar de que no comprendía cómo podía hacerlo cuando conocía mis más oscuras facetas.

—Eres la única persona a la que he necesitado durante estos años, la única que me ha hecho sentir mejor, eres mi profesora, mi mejor amiga..., la única que me conoce de verdad, por dentro, por fuera, y aun así, me aprecias.

—¿Por qué estás tan seguro? —me preguntó retadora, no podía decirle que había escuchado la visión de María; además, una parte de su cuerpo me lo estaba diciendo de forma evidente. ¿Cómo no lo había visto antes?

—Lo veo en tus ojos, Pilar.

—Oh..., vaya, ¿tan transparente soy?

Aquello me hizo reír.

—No, en realidad no lo había visto hasta ahora.

—Mi trabajo es hacer que mis pacientes se encuentren mejor y que

hablen conmigo, no lo confundas con el amor.

—Querida doctora..., no estoy tan afectado como para no diferenciar a una profesional de la psicología de la mujer con la que quiero comenzar algo nuevo. ¿Crees que podrás soportarme el resto de tu vida?

Me miró confusa, temblorosa, ya no parecía tan segura de sí misma.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio... —le acaricie el rostro y sentí cómo temblaba—. Pilar..., he estado muy ciego, pero ya no lo estoy.

Sus ojos se desviaron de repente hacia el cuadro.

—Veo que no te ha gustado mi regalo.

—Te equivocas..., me encanta, pero se queda donde estaba, no necesito más recuerdos, necesito nuevos recuerdos —y la atraje hacia mí.

Mi móvil comenzó a vibrar justo en el momento más inoportuno.

—Oh, vaya, perdona, Pilar —lo cogí sin siquiera mirar la pantalla—, si..., vaya, Ramírez, me había olvidado de ti. Puedes irte..., sí, de verdad..., vete sin mí —repetí molesto por tener que insistir—, sí, tengo a alguien que podrá llevarme a casa.

Pilar arqueó las cejas como preguntándose si me referiría a ella.

—Gracias, Ramírez... ¿Qué? No, no me han secuestrado de nuevo, a partir de ahora que te dé las gracias no tendrá un doble sentido, ¿de acuerdo? Buenas noches.

Pilar se mordía el labio de un modo travieso que me estaba poniendo a mil por hora.

—¿Qué? ¿Por qué pones esa cara? —le espeté.

—Parece que tus agentes no están acostumbrados a que les des las gracias...

—Oh, veo que te hace mucha gracia.

—A mí tampoco me has dado las gracias por mi regalo.

—Y no te las daré, al menos no de un modo tradicional —la atraje de nuevo hacia mí con mi brazo sano.

—No, aquí no, Miguel, está mi secretaria.

—Me temo que te equivocas, le he dado la tarde libre.

—¿Que has hecho qué? ¡No puedes ir por ahí dando la tarde libre a mi personal! —protestó, estaba tan atractiva enfadada.

—Bueno..., quizá me he aprovechado de mi puesto. No debí hacerlo.

—¿Se puede saber qué le has dicho?

—Tan solo que tenía que interrogarte y que, en cuanto entraras, podría irse, iba a ser un interrogatorio largo..., muy largo.

Pilar rio coqueta echando la cabeza ligeramente hacia atrás.

—Pero no te interrogaré si tú no me das permiso —añadí burlón.

—Con que esas tenemos... —no tenía ni idea de qué se le estaría pasando por la cabeza, aquella mujer era un enigma para mí y me encantaba tener enigmas que descubrir. Fue ella la que hizo el primer movimiento besándome con pasión, después de eso ya no necesité su permiso para subirla sobre la mesa del despacho y deslizar mi brazo derecho por debajo de su falda.

12. Al otro lado del Atlántico

SEIS MESES DESPUÉS (Víspera de Navidad). Ocean Beach, San Francisco.

Fabio

A pesar de lo peligrosa que era aquella playa, me hechizó desde el momento en que la vi por primera vez, por esa razón fue allí donde decidí comprar mi apartamento, necesitaba ver el mar al despertarme, aunque no hubiera dudado en cambiar esas vistas por las del monasterio de El Escorial si hubiera podido. Aparté ese pensamiento de mi mente, en esos momentos, y sobre todo siendo la época que era, prefería no pensar en mi familia, y mucho menos en ella, sobre todo en ella, dolía demasiado.

—¿Cómo te encuentras? ¿Crees que...

—Estoy bien, demasiado bien, pero esta tripa no baja.

—Bueno, ten paciencia, Sarah, tu ginecólogo ha dicho que demos grandes paseos, que el bebé bajará.

—¿Tú crees? —se tocó su inmensa barriga sin poder creerlo, en realidad yo tampoco lo creía, pero estábamos en la semana cuarenta y, si aquello no funcionaba, le provocarían el parto. Ambos queríamos evitar la palabra cesárea.

—Caminemos hasta el final de la playa —propuse.

—Lo intentaré —obviamente para ella, que debía cargar con aquella enorme barriga, era un auténtico reto. A pesar de eso estaba espléndida, apenas había engordado diez kilos en todo el embarazo.

Cuando alcanzamos por fin nuestro destino, Sarah se quedó muda con el rostro marcado por la tensión para después retorcerse sobre sí misma conteniendo la respiración.

—¿Qué te sucede?... , Sarah, no me asustes, ¿estás bien?

Unos segundos después, por fin pudo hablar.

—Creo que ha funcionado, Fabio..., he tenido una contracción dolorosa, muy dolorosa, como dijo Mike que tendría.

—Oh, maldición... —comencé a mirar a mi alrededor evaluando la situación. Estábamos bastante más lejos de lo que debíamos del hospital—, ¿puedes caminar hasta la calle? Tenemos que pedir un taxi.

—Sí, creo que no me veo capaz de volver caminando.

—Bien, te ayudaré —dije agarrándola por la cintura.

El trayecto de vuelta a la civilización, que en circunstancias normales nos habría llevado diez minutos a lo sumo, nos costó más del doble, puesto que cada dos minutos Sarah se encorvaba debido al dolor de la siguiente contracción.

Cuando tomamos el taxi, las contracciones eran cada minuto, aquel paseo parecía haber puesto en marcha la maquinaria; sin embargo, no dejaba de maldecir el hecho de haber ido tan lejos. Me sentía impotente viendo cómo sufría Sarah sin poder hacer nada para remediarlo, y no dejaba de preguntarme si el niño y ella estarían bien, si todo acabaría como debía.

Por suerte, el taxista (el único que estaba en su sano juicio) había alertado al hospital y, cuando llegamos, estaban esperándonos con una camilla. A partir de ahí, todo sucedió tan rápido que me vi aceptando aquella bata verde y entrando en la sala de partos, cuando aquella no había sido mi intención. Era demasiado aprensivo y ambos habíamos acordado que no la

acompañaría llegado el momento. Sin embargo, ahí estaba yo, sujetando su mano mientras varios sanitarios la rodeaban, hablando en su jerga médica que nadie más que ellos comprendía, cada uno haciendo lo que le correspondía y sin dejar de hablar con Sarah, dándole instrucciones de lo que debía hacer, a lo cual Sarah asentía mientras intentaba respirar.

—¿Dónde está Mike? —preguntó ella con dificultad.

—Lo siento, Sarah, tu ginecólogo no está de turno, pero le acabamos de avisar, llegará en cualquier momento —le indicó el ginecólogo de guardia que, obviamente, no sabía lo importante que era él para Sarah—; pero me temo que ya no hay tiempo de ponerte la epidural, esto ha ido demasiado rápido, pero todo saldrá bien.

Una hora más tarde, contemplaba una estampa totalmente nueva para mí; Sarah, tumbada sobre la cama de la habitación, exhausta pero feliz, sosteniendo a nuestro hijo entre sus brazos. Habíamos tenido suerte y el parto había sido de libro.

—Acércate, Fabio, y cógelo.

—Oh, no, ni hablar, podría caerse —aquella cosita tan pequeña me daba pavor.

Ella rio.

—Vamos, no digas tonterías, no se caerá —insistió.

—¿Confías tanto en mí?

—Bueno..., como padre pienso confiar siempre en ti, como hombre, nunca más.

Bajé la mirada avergonzado, cuánta razón tenía.

—Lo siento, Sarah, siento mucho el daño que te hice. Fui un capullo.

—Lo sé..., has tenido suerte de que me haya enamorado de nuevo.

—Sigo sin comprender cómo has podido enamorarte de tu ginecólogo.

—Supongo que era el que tenía más a mano... —me miró divertida. En realidad, tenía suerte de que no sintiera ningún rencor hacia mí, quisiéramos o no, estaríamos unidos por aquel bebé el resto de nuestras vidas —; venga, acércate y cógelo con las dos manos.

Me aproximé lentamente, no tenía nada claro que yo fuera capaz de coger algo tan pequeño sin romperlo.

—Vamos, Fabio, no te va a comer, es solo un bebé.

Cuando lo tuve en mis manos, lo acerqué rápidamente a mi cuerpo para evitar que se resbalara. Sentí algo extraño al verle allí acurrucado tan tranquilo y confiado, tan pequeño y vulnerable, y por un momento pensé que no sería capaz de cuidar de algo tan frágil.

—Pensaba que los recién nacidos no abrían los ojos de este modo.

—Debe ser un Marchetti de pura cepa; activo, incansable, inteligente... —Sarah me dedicó una sonrisa.

—Enhorabuena, Sarah, has tenido un bebé sano y despierto.

—Tú también has tenido algo que ver.

—Solo un poco —repuse.

—¿La echas de menos? —me preguntó de pronto sin que viniera a cuento.

¿Que si la echaba de menos? No había día que no pensara en ella.

Tenía suerte de que Sarah no fuera una mujer celosa y rencorosa. Según ella, tan solo le hizo falta ver cómo miraba a Celia para saber que lo nuestro estaba perdido. Aun así, al volver a Estados Unidos se mudó a casa de sus padres y se negó a hablar conmigo. Tardé más de un mes en conseguir hablar con ella, gracias en parte a la intermediación de sus padres, así como a mis insistentes visitas diarias a su casa. Aquel día que me dio la oportunidad de hablar, le relaté mi vida desde la infancia. Le hablé de los miles de viajes que había hecho mi padre para visitarme a Italia, y de los miles de viajes que había hecho yo cuando tuve edad suficiente para viajar solo para estar con mi familia, y de cómo aquel verano en que contaba diecinueve años dejé de ver a Celia como a una prima para comenzar a verla como la mujer de mis sueños. Después de hacerle partícipe de mi vida, de mis estúpidas decisiones, de cuánto valoraba su amistad y de la oportunidad de tener aquel hijo con ella, solo entonces me dio otra oportunidad.

Desde entonces me volví un compañero activo e interesado en todo lo que tuviera que ver con el embarazo y con nuestro hijo, pero Sarah y yo ya no volvimos a ser pareja, no solo por mí, sino pronto por ella, que se vio amada y correspondida por su ginecólogo.

—Alguien llama a la puerta —la voz de Sarah me devolvió al presente, pero no llegué a abrir la puerta, sino que de pronto su querido novio irrumpió como un vendaval en la habitación con el rostro marcado de preocupación y culpabilidad por no haber llegado a tiempo.

—¡Sarah! —en tres pasos se colocó junto a ella—, lo siento mucho, había ido a visitar a mis padres, viven a las afueras y he pillado un atasco horrible. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, no te preocupes.

Aproveché para devolverle el bebé a su madre, sentía unas ganas

terribles de salir de allí.

—Hola, Fabio, enhorabuena tío —Mike me tendió la mano.

—Gracias, Mike. Cuídala, os dejo. Volveré más tarde.

Mientras me alejaba apresuradamente de allí pensé en que, definitivamente, Sarah había elegido bien. Mike parecía un buen tío, aunque la idea de que formaran una familia y pudieran de alguna manera alejarme de mi hijo no me hacía tanta gracia. Y fue en el preciso instante en que aquel pensamiento cruzó mi mente cuando por fin, y por primera vez, me sentí padre de verdad. Sonreí al darme cuenta de que ya comenzaba a sentirme unido a aquella cosita pequeña y arrugada, incluso me había costado devolvérselo a su madre. Y sin embargo, mientras caminaba de camino a aquella estúpida cita, me sentí el hombre más solo del mundo. No había ni un solo día en el que no pensara en ella, todavía recordaba cada una de las palabras que me dedicó aquella maldita noche, cuando Sarah apareció en nuestra casa de El Escorial por sorpresa.

Después de dejar a Sarah en mi dormitorio dándose una ducha (entonces yo no sabía que Sarah se sintió peor que en toda su vida al darse cuenta de que yo no la quería), había seguido a Celia calle arriba. No sabía hacia dónde se dirigía, pero no pensaba dejarla marchar sin poder mantener una conversación sobre lo ocurrido. Por un momento pensé que intentaba huir de mí como siempre hacía y temí que no dejaría que me explicara, sin embargo me sorprendió (obviamente ya no era la de antes) cuando, al llegar a un pequeño parque, se sentó sobre el columpio y me dedicó una mirada serena al mismo tiempo que desolada.

—Te escucho, Fabio.

—Gracias..., pensé que no dejarías que me explicara —cerré por un momento los ojos, aquello iba a ser lo más complicado que había hecho en

toda mi vida—; quería hablarte de ella, te lo prometo, pero no antes de saber que te había recuperado, eso fue ayer por la noche. ¿Recuerdas que te dije que tenía que hablar contigo?

Asintió.

—Era de ella de quien quería hablarte. Hoy apenas hemos tenido tiempo.

—Hazlo ahora.

—Bien..., es cierto que jamás te he olvidado, pero no soy un santo, Celia, me gustan las mujeres; sin embargo, fui muy claro con Sarah cuando comenzamos a quedar. Le dije que no creía en el amor —Celia hizo una mueca de sorpresa al escuchar aquello—, que tan solo buscaba estar a gusto con una mujer con la que me llevara bien, porque es cierto, somos amigos, y ella estuvo de acuerdo. El tiempo ha pasado volando y, sin casi darme cuenta, llevamos cuatro años juntos con esta relación tan hecha a medida. Jamás hablamos de tener hijos, a mí ni se me había pasado por la cabeza, y justo antes de venir a España me confesó que estaba embarazada. En cierto modo me vino muy bien la excusa del supuesto cumpleaños de Marcos porque necesitaba reflexionar sobre ello, sobre nuestra relación, me sentía al borde de un precipicio, y entonces..., te volví a ver.

Me hubiera gustado acariciarle el rostro, cogerle la mano, besarla, abrazarla, pero ni el más loco de los hombres se hubiera atrevido en esa situación. Estaba siendo juzgado y no tenía ni idea de si la testigo testificaría en contra o a favor de mi condena.

—Los días que he pasado junto a ti me han devuelto la razón y la cordura y no he tardado en darme cuenta de que tú eres la única mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida, tener hijos, todo, lo quiero todo contigo. Sabía que tenía que hablarte de Sarah y hablarle a ella de ti, pero me parecía

una crueldad hacerlo a través del teléfono, sin embargo tenía pensado adelantarle algo mañana mismo, pero ha aparecido aquí y lo ha estropeado todo. Lo siento, Celia. Yo no quiero volver con ella, lo tengo muy claro.

El gesto que hizo de ocultar su rostro entre las manos no auguraba nada bueno, casi prefería que me pegara o me gritara, aquella serenidad iba a acabar volviéndome loco.

—Fabio... —por fin alzó el rostro lleno de lágrimas—, no puedo seguir de esta manera, no sabes..., no tienes ni idea de lo que me ha costado volver a confiar en ti, pero mi acto de confianza ha durado menos de veinticuatro horas. Aunque tal vez sea mejor así, nos haremos menos daño.

—¿De qué estás hablando, Celia? ¿No vas a perdonarme? Yo solo quiero estar contigo.

—¿No te das cuenta de tu situación, Fabio? Creo que sería bueno que fueras responsable por una vez en la vida. Vas a ser padre, tu novia está embarazada, además de estar muy ilusionada con la idea. Ella no tiene ni idea de tus sentimientos hacia mí, la vas a destrozar si se lo cuentas, y ahora está en un momento muy delicado de salud, no le conviene una desilusión tan grande.

—No la pongas de excusa...

—Tienes razón..., no es solo por eso, es por mí, no puedo estar con un hombre que no confía en mí y me cuenta sus problemas, no puedo volver a sufrir por ti, Fabio. He estado todos estos años luchando contra mi desconfianza en los hombres. Sé que en el fondo es culpa mía y solo mía, es un miedo que me he creado yo misma, y precisamente por eso, te pido que te olvides de mí.

—No puedo, Celia —en ese momento me acuclillé junto al columpio

colocando mis manos sobre las suyas, que reposaban en su regazo; sin embargo, Celia las apartó para volver a colocarlas en las cuerdas del columpio.

—Yo tengo razón, tenía razón, no tenemos futuro; tú debes estar en Estados Unidos, donde nacerá tu hijo, yo tengo mi vida aquí, soy matrona. Tenemos vidas diferentes a miles de kilómetros de distancia, ni siquiera habíamos hablado de qué íbamos a hacer con nuestra relación, porque creo que no queríamos enfrentarnos a ello. Pero es así de simple, nos separan muchas cosas, y tu hijo va ser lo más importante de tu vida.

—¿Ya lo has decidido, verdad? ¡No nos vas a dar una oportunidad!

—Esto no tiene sentido, Fabio, por mucho que me duela, por mucho que te quiera, tendremos que comenzar de nuevo sabiendo que tú y yo jamás estaremos juntos.

Nada más pronunciar aquellas palabras apocalípticas, se incorporó.

—Lo siento —me dedicó una mirada decidida, en absoluto triste, y se alejó de mí.

—No estoy de acuerdo, Celia, no estoy de acuerdo —mis palabras se las llevó el viento, ya que Celia bajó la cuesta a toda prisa. Yo la seguí abatido, tan roto que me demoré más de lo deseado. Cuando llegué a casa, la encontré en la puerta con una mochila en la mano.

—Me voy, Fabio, es mejor que yo no esté de por medio, así será más sencillo para los dos.

—Será más sencillo para ti, Celia, no para mí. Solo quiero decirte una cosa, si te vas..., si me dejas ahora, te prometo que jamás volveré a buscarte, jamás te llamaré, jamás volveremos a estar juntos de esta manera. Sin embargo, si me perdonas, si te quedas, si me das otra oportunidad, lo dejaré

todo por ti, volveré a España, haré lo que me digas. Ya poco me importa mi trabajo, ni mi vida en Estados Unidos, sin ti nada tiene sentido.

Celia respiró hondo y unas lágrimas volvieron a asomar a sus bonitos ojos verdes.

—Yo no te he pedido que lo dejes todo por mí, no quiero ser la responsable de que un padre abandone a su hijo. No me pidas eso, Fabio, no lo puedo aceptar. Para mí un padre, una madre, es algo único, muy valioso, y tú deberías saberlo mejor que nadie. En cuanto a tu ultimátum..., si tú lo quieres así, que así sea. Jamás... —dijo antes de salir corriendo hacia su coche.

No tengo ningún recuerdo de aquella noche, como si la hubiera borrado de mi mente.

Y ahí estaba el día de Nochebuena, de camino a una cita con una prima de Mario, mi empleado más fiel. No había podido negarme, me había amenazado con dejarme si no aceptaba tomar un café con su supuesta guapa y simpática prima Linda, ni siquiera me gustaba su nombre. Pero pensaba quedar como un caballero, tomar un café con ella y, con la excusa del nacimiento de mi hijo (no creía que a ninguna mujer le apeteciera salir con un chico de veintiocho años que acababa de ser padre), desaparecería de allí.

Las cuatro menos diez de la tarde, llegaba incluso antes de la hora prevista. Escogí una mesa con vistas a la playa y me dediqué a observar a las pocas personas que paseaban frente al ventanal. Aquel era mi café preferido, no solo por las vistas que tenía, sino sobre todo por sus magníficas tartas de manzana.

A las cuatro en punto se abrió la puerta y una chica morena, alta y atractiva (para qué negarlo) me sonrió al reconocerme. Mario me había enseñado una foto suya, por lo que intuí que había hecho lo mismo con ella.

—¡Hola, Fabio! ¿Has llegado hace mucho?

—Acabo de llegar. ¿Cómo estás? —nos dimos dos besos, bueno, más bien, yo se los di, no podía evitar aquella maravillosa costumbre española que tenía tan inculcada y que tanto les sorprendía a los americanos—, gracias por venir. ¿Lo has encontrado bien?

—Sí, no he tenido ningún problema. Te veo algo diferente a la foto que me enseñó Mario.

—¿A sí? ¿En qué sentido?

—Salías mejor en la foto.

—Vaya..., eso es sinceridad; pues tengo que decir que a mí me pasa lo contrario, eres más guapa al natural —dije admirando sus bonitos y distinguidos rasgos.

Aquello pareció gustarle, ya que se sonrojó, y hacía tiempo que no me encontraba con una chica que se sonrojara de aquel modo tan espontáneo; las modelos y la gente que se dedicaba a la moda no lo hacían.

La camarera vino rauda y veloz en cuanto Linda se quitó el abrigo y, mientras pedía una tarta de manzana (vaya, ¿tendría los mismos gustos que yo?), observé con disimulo su rostro, su figura, su porte. Tenía un aire muy interesante además de elegante. Aquella cita me estaba sorprendiendo soberanamente, después de todo iba a tener que darle las gracias a Mario.

—Fabio..., quiero ser sincera contigo. Acepté esta cita por quitarme al pesado de mi primo de encima, él no entiende por qué estoy soltera, sin compromiso, viviendo sola y sin hijos. Pero a mí me parece que, con mi edad..., tengo veintiséis años—aclaró—, es lo más normal del mundo.

Definitivamente, aquella chica era un descubrimiento y estaba haciendo que mi idea de desaparecer se quedara en eso, en una idea.

—Me temo que a tu primo se le ha olvidado lo que es tener veintiséis años.

—Pero si tiene veintiocho...

—Peor todavía..., en dos años se le ha olvidado lo que es tener veintiséis.

Linda estalló en una carcajada que me hizo sentir el hombre más gracioso del mundo y, por primera vez en mucho tiempo, tuve la ilusión de que, tal vez, alguien como ella podría hacer que olvidara a la mujer que llevaba atascada en mi mente desde que tenía diecinueve años.

—Creo que Mario no lo ha hecho tan mal después de todo... —sonreí y ella pareció entender aquel extraño comentario.

—Puede que en la foto salieras mejor que al natural, pero no imaginé que fueras un hombre divertido e interesante.

¿Interesante? Aquello prometía.

—¿Qué tal la tarta?

—¿Quieres? Es la tarta más deliciosa que he probado nunca.

—Es mi postre preferido.

—También el mío, ¿por eso me has traído aquí?

—Entre otras cosas —repuse pensando en que tal vez podríamos dar un paseo por la playa y ver la puesta de sol que era inminente.

—Toma..., para ti —y me tendió el tenedor con el último trozo que le quedaba, que acepté con gusto.

—Pidamos otra. ¿Quieres un café?

—Sí, por qué no.

Le hice una seña a la camarera y, antes de fijar la mirada de nuevo en Linda, algo llamó mi atención. No podía ser más que un fantasma, o tal vez fuera mi mente haciéndome una mala jugada para que no olvidara que seguía enamorado de ella. Y sin embargo, era un fantasma muy real, con sus andares, el tipo de ropa que sin duda llevaría (unos vaqueros, unos botines beige además de un abrigo a juego), sus mismos ojos y el pelo rubio sujeto en una coleta. Caminaba como si buscara algo o a alguien, con una mirada confusa mientras tiraba de una maleta con ruedas.

—¿Fabio? ¿Estás bien? Parece como si hubieras visto un fantasma.

—Creo que lo he hecho —repuse todavía sintiendo aquel escalofrío que me había recorrido de arriba abajo—; perdona, Linda —volví a centrarme en ella.

—No te preocupes.

—Dígame señor... —la camarera nos interrumpió, poniendo algo de realidad a la situación.

—Otra tarta de manzana y dos cafés.

—Enseguida señor.

—¿A qué te dedicas, Linda?

—Oh, nada de trabajo hoy, creo que hay cosas más interesantes de las que hablar.

Aquella mujer respondía cosas diferentes a las demás. Me gustaba.

—Tienes razón. ¿De qué quieres hablar?

—¿Has estado casado alguna vez?

Aquello me hizo reír.

—Menuda pregunta, Linda. Pues no, por ahora no he estado casado. Pero ya que entramos en terreno personal, me gustaría ser sincero contigo. Hoy mismo he sido padre. Mi hijo ha nacido exactamente hace tres horas.

—Oh, vaya..., menuda sorpresa.

—Si quieres puedes irte, no miraré —me giré en plan teatral—, es el momento de deshacerte de mí.

Rio de nuevo.

—Oh, no pienso irme, Fabio. Y por cierto, enhorabuena, ¿y ella...?

—Ella es mi ex novia, con la que ya no salgo pero tenemos muy buena relación.

No podía estar sucediéndome aquello. ¿Era mi mente proyectando su imagen para estropear aquella cita? ¿Era una fantasma que me perseguía cuando me sentía de nuevo atraído por una mujer? Aquella mujer rubia exacta a Celia acababa de aparecer de nuevo frente a la cristalera mirando confusa hacia los lados, tanto que, por un momento, pensé que me había visto al otro lado del cristal, pero finalmente decidió cruzar en dirección a la playa. La única diferencia con la mujer que había pasado hacía unos minutos era que se había deshecho de la maleta.

—¿Fabio? ¿Has vuelto a ver un fantasma?

—Sí, pero estoy pensando que tal vez no era un fantasma, sino que era de verdad —la miré con pesar—. Linda..., vas a creer que soy el mayor capullo de la historia, pero tengo que ir a ver si esa persona que he visto es real.

—Te esperaré aquí.

—No..., es mejor que no, siento haberte hecho venir —saqué unos

billetes del bolsillo y los dejé sobre la mesa—, lo siento.

Me dolió dejar a aquella mujer tan especial y bonita, pero no podría seguir disfrutando de su compañía pensando en que la doble de Celia acababa de pasar por delante de mis narices.

Levanté el cuello de la cazadora al sentir una corriente de aire nada más salir al exterior. Mis pasos me llevaron hacia la playa. Era la única mujer paseando cerca de la orilla. El oleaje era muy fuerte y ella no sabía lo peligrosa que era esa playa.

Dos días antes. 21:30 hrs.

Celia

Tiré el bolso sobre la cama y me descalcé, estaba agotada; llevaba de turno más de veinticuatro horas, pero saber que desde la jornada siguiente y durante los días de Navidad no tendría que trabajar, me daba fuerzas para ir a aquella cena con mis amigas. Tenía tiempo de darme una ducha tranquilamente. Por suerte, la cena sería en El Escorial, y no tenía que desplazarme; en ocasiones se les ocurría que fuéramos a Madrid y eran muchos kilómetros, teniendo en cuenta que no dormía desde hacía más de un día.

Alguien llamó a la puerta y, por la forma de hacerlo, supe que era mi hermano Leo.

—Celia... ¿tienes un momento?

«Oh, no, otra vez no», pensé.

—Sí, pasa, Leo.

Me dolía reconocer en él aquel verde intenso de sus ojos, su misma nariz, incluso las mismas manos grandes y protectoras; desgraciadamente para mí, Fabio se parecía demasiado a su padre.

—Quiero hablar contigo, Celia —dijo al mismo tiempo que se sentaba sobre la silla giratoria que usaba para estudiar, justo frente a mí.

—No, Leo, otra vez no —hacía menos de un mes que me había dado una charla de hermano mayor.

—Lo siento..., pero estoy preocupado por ti. No haces nada más que trabajar, estudiar y trabajar. No sales con nadie, no te relacionas...

—Me hace gracia que me lo digas justo hoy que salgo a cenar con mis amigas.

—¡Fantástico! Eso..., eso es genial, Celia —su rostro sonriente demostraba que sus palabras eran sinceras.

—Y siempre ceno en familia, no todo es trabajar.

Leo suspiró.

—Cuando cenas con nosotros es como si no estuvieras. Desde este verano cuando...

—No lo menciones... —le avisé.

—Jamás te había visto tan feliz, Celia, aunque durara poco. No entiendo por qué razón no lo solucionasteis. Él tan solo no te había contado su situación..., pero te quiere a ti.

—Olvídalo, Leo, es imposible, él tiene que estar allí, con su futuro hijo, y además..., seguramente siga con ella.

—Te equivocas..., no volvió con Sarah precisamente porque él está enamorado de ti. Y tienes razón en que su lugar es San Francisco, no puede

abandonar a su hijo, pero...

—Por eso, nuestra relación es imposible, siempre lo fue, hay un océano entre los dos.

—Eso es porque tú no te has planteado que hay otras opciones —lo miré confusa—, tú podrías irte a vivir allí.

—Eso es imposible.

—Oh... ¿es que no hay matronas en Estados Unidos? —preguntó irónico.

—Muy gracioso, Leo, no hablo inglés, no sé si mis prácticas y estudios servirían en América. Además..., ni siquiera me ha llamado, lo más probable es que me haya olvidado —todavía las palabras que me dedicó la última vez que le vi continuaban resonando en mi cabeza, día tras día; *“si te vas..., si me dejas ahora, te prometo que jamás volveré a buscarte, jamás te llamaré, jamás volveremos a estar juntos”*.

—Eso no creo que sea cierto..., conozco a mi hijo.

—Además..., Marcos está encantado de que hayamos terminado, él no aprobaba lo nuestro.

—¿Y desde cuándo lo que opina tu padre te impide seguir tus ideas? Además, sé que Marcos, a la larga, lo aceptará.

Llevaba unos meses dándole vueltas a la idea de independizarme, y ese tipo de conversaciones hacían que lo ansiara más todavía; sin embargo, debía esperar unos meses y terminar mis prácticas, además de encontrar un trabajo que me permitiera alquilarme un piso, aunque fuera compartido.

—Celia..., estás dejando que se escape lo más importante de la vida...

Que parara ya, no íbamos a llegar a ningún lado, no quería hablar en ese momento de Fabio y, como si alguien hubiera escuchado mi plegaria, mi móvil sonó haciendo que Leo se incorporara.

—Ya no volveré a molestarte con esto, Celia. Es la última vez que te lo digo, pero recuerda que enamorarse no es algo fácil.

Mientras buscaba el móvil en el bolso, sentí cómo Leo cerraba la puerta. Estaba un poco harta de los ultimátum de los Marchetti; *«es la última vez que te lo digo»*.

—¿Sí? —contesté sin haber mirado siquiera la pantalla.

—Hola, Celia —por lo visto, aquel era el día mundial de los hermanos.

—Hola, María. ¿Qué tal todo? ¿Los niños están bien?

—Te llamo precisamente por Lola.

Aquel comentario hizo que se me acelerara el corazón.

—¿Le ha pasado algo a Lola?

—Acaba de despertarse, tan solo llevaba media hora en la cama cuando ha tenido una pesadilla, y quiere hablar contigo.

Aquel comentario hizo que sintiera un escalofrío muy desagradable, jamás me habían gustado los sueños de mi hermana, pero los de mi sobrina, por alguna razón que no lograba entender, me daban más miedo todavía.

—¿Qué tipo de pesadilla?

—Es mejor que la escuches, te la paso.

—Hola, tía —me pareció que había llorado—, he soñado con Fabio. Él te necesita, tienes que ir a verle, es urgente.

—¿Qué? ¿De qué hablas, Lola? ¿Por qué razón tengo que ir?

—Si no lo haces..., pasará algo, cambiará todo, es peligroso para él, ¿irás, verdad?

—No lo sé, Lola, esto es muy raro. No puedo ir a verle, hace mucho que no hablo con él.

No me esperaba que Lola fuera a estallar en un llanto incontrolable.

—No llores, cariño —oí que le decía su madre.

—Tienes que prometerme que irás, si no lo haces, todo cambiará, todo. Es peligroso, tía, tienes que hacerme caso —dijo con dificultad debido al llanto.

—Bueno..., iré, pero no sé cuándo podré ir, Lola.

—Si no te vas ya, será demasiado tarde.

¿Estaba mi sobrina bromeando? Noté un ruido en el teléfono.

—Soy yo —mi hermana se había puesto al teléfono—. Lola..., vete a la cama, cariño, ahora mismo voy a verte, ¿vale? Celia..., esto no es una tontería, deberías tomarte en serio lo que te ha dicho Lola.

—Pero... ¿Qué ha soñado?

—No lo sé, no me lo cuenta, pero recuerda la última vez que tuvo una visión que le afectó tanto..., unos días después la secuestraron.

Como para olvidarlo, ninguno de nosotros lo habíamos hecho todavía. Aquello terminó por decidirme; si Fabio estaba en peligro de algún modo y mi presencia podría evitarlo, iría.

—Está bien, María, dile a Lola que iré. Pero no sé si encontraré vuelo, estamos hablando de ir a San Francisco por Navidad.

—Si necesitas dinero para el billete, dímelo.

—No, está bien, tengo dinero..., creo. Pero solo voy para supuestamente salvarle la vida, espero que sea cierto que está en peligro, no pienso hacer nada más. Me quedaré unos días y volveré.

—Muy bien, lo que tú digas. Pero es mejor que no cierres la vuelta, ¿de acuerdo?

—¿Cómo?

—No sabes cuándo podría estar en peligro. ¿Y si es unos días después? No sabemos la fecha exacta de lo que ha comentado Lola. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Está bien, ¿crees que tengo que avisarle de que voy?

—No, algo me dice que es mejor que no. Estará, al fin y al cabo está a punto de nacer su hijo.

Menudo momento para aparecer en su casa.

—También el tuyo... ¿ya os habéis decidido por un nombre?

—No —aunque no pudiera verlo, imaginé que María estaría acariciando su enorme tripa de casi nueve meses—, los ginecólogos dicen que es niña, pero estoy segura de que se han confundido, es un niño.

Aquello me hizo reír.

—¿No crees en los médicos? —pregunté irónica.

—Creo más en mi instinto, y no te lo tomes a mal por tu profesión.

—Anda, vete a comprobar si Lola está bien —le dije.

—Sí, pero antes, necesito preguntarte algo...

Víspera de Navidad. Playa de Ocean Beach, San Francisco.

Fabio

Caminé despacio, aunque aquello no era lo que me pedía el cuerpo ni la mente, sin embargo no quería asustar a esa mujer que caminaba por la orilla con la mirada fija en el oleaje del mar. Lo más probable era que no fuese Celia, lo más probable era que estuviera proyectando mis deseos de volver a verla, de volver a besarla, de volver a tenerla entre mis brazos.

Los escalofríos que sentía no solo eran debidos al frío húmedo que se había instalado en mi interior, reavivado por la brisa nada suave del viento, sino por la posibilidad de que estuviera equivocado y que esa mujer, que en ese instante miraba hacia el Golden Gate que parecía suspendido sobre la nada rodeado de una neblina muy habitual en aquella ciudad, fuera de verdad Celia.

—¿Celia? —pregunté cuando estaba a escasos tres metros de ella.

Se volvió hacia mí sorprendida y confusa para demostrar que, efectivamente, estaba equivocado.

—¿Fabio? ¿Cómo sabías que yo...?

La aparté de la orilla casi con brusquedad, pero me daba pánico lo cerca que estaba del agua.

—¿Pero qué haces?

—Oh, lo siento, Celia, pero esta playa es muy peligrosa, te podría llevar una ola y, en cuestión de segundos, te habrías ahogado. La temperatura del agua es heladora. Siento haberte asustado —sin poder evitarlo, mi mano derecha acarició su suave e inconfundible mejilla—. ¿Eres tú de verdad? —

susurré.

—¡Pues claro! —repuso al mismo tiempo que reía.

—Pensé que eras un fantasma. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo no me has avisado de que venías?

—Puede que tenga pinta de fantasma, nunca pensé que este vuelo fuera a ser tan duro.

—Sí, son muchas horas. Estarás agotada.

—Un poco. No te avisé porque María me dijo que no hacía falta.

—Oh..., y... ¿Cómo es que has venido a verme? No me malinterpretes, estoy encantado de tenerte delante de mí.

—No es lo que piensas, Fabio —su tono se había vuelto serio de pronto—; he venido porque Lola tuvo una visión y estaba muy afectada.

—¿Una visión? ¿Estáis todos bien? —las visiones de Lola me daban pavor.

—Estamos todos bien, solo que... —parecía indecisa—, según Lola, debía venir a salvarte.

Sí, a salvarme de no volverme loco sin ti, a salvarme de no sentirme tan solo el día que debía ser el más feliz de mi vida, a salvarme de comenzar algo nuevo con la mujer que acabo de conocer —pensé.

—Pues..., gracias, supongo. Celia..., mi hijo ya ha nacido.

—Oh, Dios mío, ¿cuándo?

—Hace unas horas.

Celia me dedicó una sonrisa sincera que me hizo olvidar mi sentimiento de culpabilidad.

—Enhorabuena, Fabio, un hijo es un tesoro —esa frase se repetía mucho en nuestra familia.

—Lo sé.

—¿Y qué haces aquí? ¿Cómo es que no estás con Sarah?

—Bueno..., ha llegado su novio y me he ido. Además..., seguro que ha llegado su familia y me sentiría un poco fuera de lugar.

—¿Su novio? —preguntó asombrada.

—Sí... Celia, yo no he vuelto con ella, no hubiera podido, ya que no sentía lo que debía sentir por ella, y durante estos meses se ha enamorado de su ginecólogo.

—Oh, vaya —no sabía si estaba contenta o decepcionada con aquella información.

Me sentía como si apenas la conociera; cuando lo dejamos en verano, aquel día tan doloroso para mí en el que me comunicó que no podía seguir conmigo, me dio esa misma impresión, ya no era esa chica previsible y alocada con la que salí hacía años. A pesar de todo, por desgracia para mí, mi corazón siempre le había pertenecido a ella y parecía que no podría pertenecerle a nadie más.

En ese instante, sentí cómo sonaba el whats app en el bolsillo de mi vaquero y, sin saber por qué, lo saqué.

—A la una y cinco minutos de la tarde ha nacido tu nuevo sobrino. Hemos decidido llamarle Miguel, como su padrino. No me suele gustar repetir nombres, pero en este caso, he soñado que debía ser así. También he soñado que tu hijo y el mío van a estar unidos por haber nacido al mismo tiempo. ¿Es cierto? ¿Ha nacido tu hijo a esa hora también? Me ha extrañado ese presentimiento cuando no nos has escrito para comunicarnos su

nacimiento.

—Oh..., vaya —susurré casi sin ser consciente de ello—, no puedo creer que le hayan puesto su nombre...

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Mira —y le tendí el móvil para que pudiera comprobarlo por sí misma.

—¡Vaya! Qué bien que haya nacido ya. Has dicho que tu hijo ha nacido hace unas horas, ¿ha sido a esa hora exactamente?

—Exactamente exacta. María es asombrosa. ¿Tú no has recibido un mensaje de ella?

—Puede ser, pero tengo desactivados los datos..., demasiado caro.

En ese momento me fijé en que Celia se abrazaba como si tuviera frío.

—Vamos... —la cogí suavemente del brazo—, vayamos a mi casa. Está aquí al lado.

Celia rio traviesa.

—Lo sé, he ido a tu casa y tu encantador portero ha guardado mi maleta.

—¿No te ha ofrecido entrar en mi piso?

—Oh, sí, lo ha hecho, pero prefería dar un paseo y ver esta playa. Además..., mira las vistas.

Estaba tan anonadado y extrañamente feliz contemplando su rostro que no me había percatado de la bonita puesta de sol que teníamos frente a nosotros.

—Sí, a mí me encanta venir a ver las puestas de sol, sobre todo en septiembre; no sé por qué razón, pero en esa época son asombrosas. ¿Te está gustando San Francisco?

—Lo poco que he visto me ha encantado. Es una ciudad muy bonita.

Unos minutos después entrábamos en mi piso; me hizo gracia comprobar que Celia ya se había ganado la simpatía del portero, que la saludó con efusividad deseándole feliz navidad.

—Estás en tu casa, Celia, y..., este es tu dormitorio —dije al mismo tiempo que me hacía a un lado para que pudiera pasar—; tiene su propio baño, de modo que... —Iba a decir que no tendría que compartirlo conmigo, pero las palabras se ahogaron en mi garganta—, bueno, supongo que querrás descansar.

Jamás había imaginado a Celia en mi casa, pero si lo hubiera hecho, no habría sido de ese modo.

—No, tan solo necesito una ducha. Fabio..., si tenías plan para cenar, al fin y al cabo es Nochebuena, no te preocupes por mí.

—¿Que no me preocupe por ti? Oh, vamos, Celia —protesté, aquello estaba siendo demasiado cordial y formal para mi gusto—, eres mi única familia a kilómetros de distancia, está siendo un día muy extraño y..., es cierto que mi amigo Mario me había invitado a cenar con su familia, pero rechacé su invitación.

—¿Por qué? ¿Pretendías cenar solo?

—Sí. ¿Qué hay de malo? Es la primera vez que..., que estoy solo, pero no me importa, es una noche como otra cualquiera.

—No puedo creer que estés diciendo eso, para nosotros siempre ha sido una fecha señalada.

Tenía razón, pero hacía años que había dejado de celebrar la navidad con tanto entusiasmo, puesto que hacía una eternidad que no la pasaba con mi verdadera familia.

—Yo también me daré una ducha y prepararé algo de cenar. Ahora nos vemos —dije cerrando la puerta.

Después de comprobar que tenía los ingredientes necesarios para preparar una pasta *frutti di mare* bañada en vino blanco, me metí en el baño. Mientras me daba una ducha fría con la clara intención de apagar el deseo constante que sentía, intenté dar nombre a las emociones contradictorias que me invadían; esperanza y rabia. Rabia por aquella farsa que ambos estábamos representando comportándonos como unos desconocidos formales y educados; esperanza porque, aunque fuera imposible, seguía soñando con volver a recuperarla. El hecho de que hubiera venido hasta el fin del mundo después de escuchar la petición de auxilio de una niña de siete años (¿quién haría caso a una niña pequeña en una situación normal?, obviamente nadie, pero Lola no era una niña cualquiera, y nuestra familia tampoco lo era), tendría que significar algo, o al menos me engañaba con esa etérea y absurda idea.

Al salir de la ducha recordé que mi ropa estaba en el dormitorio que le había cedido a Celia, puesto que en realidad era el mío, pero había pensado que ella se merecía dormir en la mejor cama con la mejor vista de la casa. Llamé repetidas veces a la puerta sin obtener respuesta alguna. Tal vez seguiría duchándose y no podría oírme, por lo que decidí entrar sigilosamente. Estaba eligiendo una camisa del vestidor cuando sentí pasos detrás de mí.

—Oh, lo siento, Celia..., he llamado a la puerta pero... —mis ojos la desnudaron sin poder evitarlo; una toalla más grande que la última vez que la

había visto en una situación similar envolvía su cuerpo, y una más pequeña su cabeza. Estaba tan bonita que enmudecí como un niño.

—No te preocupes, en cuanto he entrado me he dado cuenta de que me has cedido tu dormitorio; gracias, no tenías por qué hacerlo. Coge tranquilamente tu ropa, esperaré en el baño —hizo ademán de girarse para irse, pero mi mano atrapó su brazo antes de que pudiera salirse con la suya.

—Celia... —no supe interpretar la mirada que me dedicó—, dejemos esta farsa. No puedo soportarlo. Nos comportamos como unos desconocidos cuando no lo somos. Hemos vivido muchas cosas como para estar hablándonos tan formalmente. Te diré sin rodeos lo que me pasa por la cabeza... Sigo loco por ti, Celia, mis sentimientos no han cambiado, y por lo visto no cambiarán nunca. Eres tú, o tú.

Hubiera continuado desnudando mi alma sin ningún problema, pero necesitaba saber si merecía la pena. Celia se mantenía en silencio, asombrada y visiblemente paralizada.

—Di algo, Celia, aunque sea malo.

—Yo..., ahora no, Fabio, deja que me cambie y hablaremos durante la cena. Tengo que pensar...

—No, dime lo que piensas ahora, en este mismo momento.

—Está bien —su tono se volvió más vivo al mismo tiempo que retador—, quieres que hable, pues lo haré. Tus palabras, las palabras que me dijiste la última vez que nos vimos, siguen resonando en mis oídos, ¿sabes?

¿De qué palabras hablaba?

—Parece que las has olvidado, yo sin embargo puedo recitarlas de memoria. *«Si te vas, si me dejas ahora, te prometo que jamás volveré a buscarte, jamás te llamaré, jamás volveremos a estar juntos de esta manera».*

Me observó durante unos segundos.

—Y lo has cumplido.

—Oh..., Celia, tienes que olvidar esas palabras; las dije, es cierto, pero porque estaba muy dolido, no querías darme otra oportunidad. Era cierto que no te había hablado de Sarah ni de su embarazo, pero lo iba a hacer. Rompiste diciendo que no teníamos ningún futuro cuando el futuro lo decidimos nosotros, y se puede cambiar si hay intención y amor. Y yo lo hubiera cambiado por ti.

Intuí una lágrima solitaria recorriendo su mejilla, lo cual me dio más esperanzas.

—Fabio..., perdóname.

Aquella simple palabra me dejó perplejo. Hacía tanto tiempo que nadie me pedía perdón, siempre era yo el que tenía que andar disculpándome con las mujeres de mi vida; mi madre, Celia, Sarah.

—No te entiendo —repuse confuso.

—He estado todo este tiempo engañándome a mí misma, ignorando mis sentimientos, mis deseos, dándole la espalda a lo que me haces sentir, intentando olvidarte, aunque ha sido en vano. Leo y María me han abierto los ojos. Mi vida no tiene ningún sentido..., no sin ti.

—¿Hablas en serio? —mi esperanza ya era un hecho y di un paso al frente para tenerla más cerca de mí.

—¿Por qué no me dijiste que tu engaño había sido una farsa?

—¿Mi engaño? —cada vez estaba más confuso.

—María me lo contó, en realidad nunca me pusiste los cuernos, aquella modelo con la que supuestamente te acostaste, fue una farsa. María

pensó que me lo habías confesado este verano y que por eso volvimos juntos.

—Oh..., no lo hice porque pensaba que nunca me creerías. Pero tú me diste una oportunidad aun pensando que te había engañado. Eso significó mucho para mí, ¿sabes?

—Ahora sé cuál era tu intención, intentabas que no idealizara nuestra relación, para que pudiera enamorarme de otro hombre. Qué equivocado estabas, Fabio, porque a pesar de creer firmemente que me habías engañado, lo hice, idealicé nuestra relación, a ti, y además, no pude enamorarme de ningún hombre, no confiaba en ninguno de ellos.

—Lo siento, Celia, no pretendía que sucediera eso.

—Lo sé, fue un efecto colateral, pero no podías saberlo. Siento haberlo estropeado todo, no haber confiado en ti, no haberte dado otra oportunidad, siento haber sido tan orgullosa.

—Olvídalo —la tenía frente a mí, cada vez más cerca, mi mano acarició su mejilla secando aquellas lágrimas, mi dedo gordo siguió el contorno de sus carnosos labios.

Sus ojos brillaban a la espera, su respiración contenida, mis labios buscaron los suyos y la estreché contra mí. No podía creer que fuera de nuevo mía. Le quité con suavidad la toalla de la cabeza y su pelo, todavía húmedo, se desparramó por sus hombros. Después me separé ligeramente de ella clavando mis ojos en esa toalla que nos separaba a ambos. Mis manos se deshicieron de ella, que cayó al suelo hecha un ovillo, permitiéndome volver a contemplar ese cuerpo lujurioso, aunque ella no lo pretendiera. Celia me imitó y soltó la toalla que llevaba en la cintura, sorprendiéndose de un modo travieso al comprobar el efecto que provocaba en mí.

—Creo que esta vez no vas a escapar de mí, ¿verdad? —dije

refiriéndome a aquella mañana cuando Celia huyó de mi dormitorio al contemplar el efecto que había tenido el sueño nocturno.

—Nunca más... —respondió antes de besarme.

Sonreía como un auténtico estúpido enamorado sintiendo el peso de la cabeza de Celia sobre mi pecho y sus piernas enrolladas entre las mías. Jamás soñé con que aquel día que comenzó de un modo tan extraño, en el que había sido padre por primera vez, pudiera acabar con Celia entre mis brazos, cumpliendo un sueño que tenía desde hacía una eternidad.

—Quiero que me cuentes todo lo que me he perdido de tu vida.

Celia rio.

—¿A qué te refieres con todo?

—A qué has hecho desde que vine a Estados Unidos.

—Ya sabes..., estudiar y estudiar.

—¿Qué hay de tus novios?

—¿Novios? Oh, ya veo.

—Sí, quiero saberlo todo sobre ellos.

—No hay mucho que contar, Fabio; cuando estaba en segundo de carrera salí con un chico de cuarto que estudiaba enfermería, como yo. Estábamos bien hasta que descubrí que me ponía los cuernos.

Oh, no. Dios mío, pobre Celia.

—¿Cuánto tiempo llevabais juntos?

—Un año más o menos, y sí, Fabio, nos acostábamos, yo tampoco soy una santa, ¿sabes? —¿Cómo sabía que me preguntaba eso?—. No me resultó

tan complicado olvidarme de él, tal vez no estaba tan enamorada como pensaba. Después de eso no volví a salir con nadie hasta cuarto. Comencé a quedar con el hermano de una compañera de carrera, era ingeniero, y era muy bueno conmigo.

Esperaba que él no le hubiera puesto los cuernos, no otra vez.

—Esa vez fui yo la que lo dejé con él, estaba muy enamorado de mí, pero yo no le correspondía de igual manera, de modo que no me parecía justo para él. Me dolió dejarlo. ¿Qué hay de ti? Dudo mucho que solo hayas estado con Sarah.

Qué forma de cambiar de conversación... De cualquier modo, era justo que ahora me tocara a mí, la culpa era mía por sacar el tema.

—Bueno..., verás, hasta que comencé a quedar con Sarah, mi vida personal fue un poco desastrosa.

—Ya, he leído algo así en la prensa.

—¿En la prensa?

¿Me había seguido la pista?

—Sí, aunque no lo creas, eres bastante conocido, y por lo que decían ibas de flor en flor.

—Bueno..., no siempre hay que creer todo lo que dice la prensa —carraspeé incómodo e hice lo mismo que ella, cambiar de tema—. ¿Cuándo tienes el billete de vuelta? —de pronto me dio por pensar que tal vez solo hubiera venido por unos días.

—No lo he cerrado. El día ocho de enero tengo que estar de vuelta en el trabajo.

—¡Eso es fantástico! Podemos pasar las Navidades juntos, te prometo

que no trabajaré, tan solo tengo una sesión de fotos que no puedo cancelar, pero me encantaría que me acompañaras, por lo demás..., estaremos todo el tiempo juntos.

Celia se abrazó más fuerte a mí como respuesta.

—Celia..., he tomado una decisión. Tardaré un mes, o tal vez dos, en dejar todo organizado, y después..., volveré a España contigo.

—¿Qué? —Celia se incorporó negando con la cabeza—, no lo permitiré, tú debes quedarte aquí por tu hijo. No puedes volver...

—No pienso dejar que te escapes de nuevo, nunca más.

—No hará falta que abandones a tu hijo, Fabio, yo sí he tomado una decisión, y es irrefutable. Seré yo la que venga a Estados Unidos.

Esa vez fui yo quien se incorporó de golpe.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué hay de tu carrera?

—Volveré cuando termine mis prácticas y el examen, en unos meses.

—Pero..., después de ese examen tendrás una plaza en un hospital de Madrid.

—Como dice Leo... ¿es que no hay matronas en San Francisco? —
repuso dedicándome una sonrisa.

—¿Leo? ¿Qué tiene que ver mi padre en todo esto?

—Él habló conmigo, y lo que me dijo ha tenido mucha importancia para mí. Yo tenía miedo de tomar una decisión así, por el inglés, por el temor a enfrentarme a otro país, otro modo de trabajar, pero él tenía razón, si soy una buena matrona en España, también lo seré aquí.

—¿Hablas en serio, Celia? —No podía creer que todo fuera tan

perfecto.

—Totalmente en serio. Tan solo necesito que me ayudes con el inglés.

—Por supuesto que te ayudaré, te buscaré una buena profesora, me informaré de cómo convalidar tu título de matrona, haré lo que sea que haya que hacer.

—A cambio quiero pedirte una cosa..., me gustaría acompañarte mañana al hospital a conocer a tu hijo. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Sarah ha decidido el nombre, pero por deferencia a mí es italiano, se llama Matteo. Me haría mucha ilusión que vinieras conmigo mañana. ¿Eso que he oído son tus tripas?

—Me temo que sí —Celia rio con esa risa que me alegraba el alma—, estoy muerta de hambre.

—Por suerte, ya estoy preparando la cena, estará en unos minutos.

—Pero..., es imposible, tan solo has ido un momento al baño.

—He aprovechado para poner la pasta a hervir...

—Cuánto echaba de menos tu cocina.

—Tendrás que conformarte con pasta, no tengo pavo ni carne en rollo, ni nada de eso.

—Sabes que tu pasta es uno de mis platos preferidos.

—Y este es el mío —y la besé para después levantarme de la cama—; el chef tiene que ir a atender sus asuntos. Dejaré que te vistas.

—¿Tengo que vestirme?

—Bueno..., en realidad, sorpréndeme.

Caminé desnudo hasta la cocina y me coloqué un delantal antes de

sacar la sartén. Después recordé que tenía algo importante que hacer antes de ponerme a cocinar.

—Hola Sarah, soy yo, ¿cómo estás? ¿Cómo está Matteo?

—Cansados, pero bien, ya ha cogido el pecho como un campeón. Mike está conmigo, medio dormido sobre la butaca. Mis padres nos van a traer una cena especial.

—Me alegro..., no he vuelto para dejaros un poco de intimidad, pero mañana me pasaré por ahí.

—Claro, aquí estaremos esperándote.

—No iré solo, Sarah.

—¿A qué te refieres?

—Celia ha venido y..., estamos juntos, esta vez es la definitiva.

—Oh..., enhorabuena —dijo con poco entusiasmo.

—¿La recibirás bien?

—Por supuesto —repuso, pero supe que mentía.

13. Desenlaces

SEIS MESES DESPUÉS (Julio) Finca Los Olivos, Mora.

María

—Mira que estás guapo así vestido, mi pequeñín.

Hablaba con Miguel como si él pudiera escucharme y, como respuesta de que sí lo hacía, me dedicó una sonrisa al mismo tiempo que seguía mordisqueando aquel juguete que tanto le gustaba sentado sobre la silla de paseo.

—¡Pablo! ¡Niños! Bajad o no llegaremos a la boda —grité asomándome a la puerta de casa.

Hacía siglos que no teníamos bodas, y aquel verano nada menos que dos; además, de las personas que más quería. Primero la de mi hermana, y ese día era el turno de mi amigo Miguel. La de Celia había sido apenas hacía un mes y había sido la boda más emocionante en la que había estado, incluso aunque Marcos no pareciera estar disfrutando de ella, e incluso aunque hubiera sido una boda pequeña a la que tan solo había acudido nuestra familia, la familia italiana de Fabio (incluyendo a su abuela y también primera mujer de Marcos, y a su tío Carlo, con el que yo había tonteado antes de decidirme por Pablo), y algunas amigas de Celia. Ellos habían querido que fuera una boda pequeña y acogedora.

Ver a mi hermana y a Fabio mirarse de ese modo mientras se daban el sí quiero rodeados de olivos me hacía darme cuenta de que Lola y yo habíamos hecho bien al contarles aquella pequeña mentirijilla, era obvio que estaban hechos el uno para el otro y que tan solo habían necesitado un ligero

empujón para volver a verse. La parte difícil para mí sería aprender a vivir sin ella, y sobre todo, acostumbrarme a verla tan solo una o dos veces al año. Aquello se me antojaba poco, Celia y yo siempre habíamos estado muy unidas, a pesar de los años que nos llevábamos.

—Marcos..., —mis pasos me habían llevado hacia él, que observaba cómo bailaban los invitados mientras bebía distraído una copa apoyado en una de las mesas altas que habíamos distribuido—, ¿no bailas?

—Prefiero observar cómo bailan los demás —su mirada se detuvo en Teresa, que bailaba con Carlota y Alberto.

—Al menos podrías disimular que lo estás pasando bien.

Marcos se giró para mirarme, asombrado por mis palabras.

—Cualquiera que te viera pensaría que no estás nada contento con esta boda —añadí.

—Y no lo estoy.

—Marcos...

—María..., mira, Celia es mi hija y la quiero más que a nadie en el mundo. En cuanto a Fabio..., es mi nieto y siempre le he querido y apreciado. Pero esto... —hizo un gesto con la mano, como albergando a todos los que estaban allí congregados, entre ellos los novios, que también bailaban sobre la pista que habíamos improvisado—, jamás me lo hubiera esperado.

—Estoy segura de que mi madre hubiera apoyado esta boda

La mirada de Marcos cambió del azul frío al rojo enojo.

—Eso no puedes saberlo. Patricia... —suspiró sin poder terminar la frase.

—Patricia se hubiera fijado en cómo se miran, en cómo ninguno de

los dos ha sido feliz hasta que han estado juntos. Estoy seguro de que ella lo hubiera visto de este modo.

—Esto no es lo natural, mi nieto y mi hija, no puedo estar feliz por este final.

—Sabes perfectamente que ellos nacieron para estar juntos, desde niños eran inseparables, este amor creció entre nosotros, fuimos testigos, otra cosa es que no quisieras verlo o quisieras disfrazarlo de amistad de primos. Pero siempre ha estado ahí, delante de nuestras narices.

—¿Sabes qué? En estos momentos me alegro de que Celia no pueda...

—¡Ni se te ocurra decirlo! —esa vez era yo la enojada—, no puedo creer que hayas sido capaz de pensar algo así. Es..., es horrible.

Marcos bajó la mirada, obviamente avergonzado por aquel pensamiento.

—Tienes razón, es horrible lo que iba a decir.

—Celia viene hacia aquí..., a veces no es malo interpretar un papel, sobre todo si es para hacer feliz a alguien a quien quieres mucho —le susurré antes de que Celia se plantara delante de nosotros con una sonrisa enorme en su rostro.

—¿Qué estáis cuchicheando?

—Estábamos hablando de lo bien que ha salido todo. Estás preciosa, Celia —le di un beso en la mejilla—; ahora voy a buscar a Miguel para acostarle, a saber en los brazos de quién estará.

Me alejé de ellos, pero gracias a mi don podía seguir escuchándolos, a pesar de la distancia.

—Papá, siento que hayas tenido que ver a tu ex en la boda.

—Bueno, es algo natural, no iba a faltar a la boda de su nieto. Pero no te preocupes, no me afecta verla de nuevo.

—Imagino que a Leo tampoco le habrá hecho mucha gracia la presencia de Lucía.

—Es lo que hay que aguantar por habernos equivocado. Parece que equivocarse con el primer matrimonio es contagioso en esta familia.

—Fabio y yo no nos hemos equivocado, papá —las palabras de Celia fueron contundentes—, esto es para siempre. ¿Podrás aceptarlo?

Durante unos angustiosos segundos, Marcos no dijo nada, haciendo que me volviera para mirar hacia ellos.

—Celia..., siempre quise que te casaras con un hombre que te adorara y te cuidara como si fueras algo muy valioso, porque para mí lo eres. Estoy seguro de que Fabio, tu marido, mi nieto, cumplirá estos requisitos toda su vida.

Pude ver desde donde estaba (intentando pasar desapercibida entre la gente mientras escuchaba cómo terminaba aquello) cómo Celia le miraba emocionada.

—Además..., tu madre estaría orgullosa de esta boda, y de ti —la sonrisa de Marcos demostraba que todavía pensaba en nuestra madre a menudo.

Pude ver con claridad cómo Celia derramaba alguna lágrima antes de tirarse a sus brazos.

—Bailemos, papá —dijo después de unos segundos, tirando de él hacia la pista.

En ese momento me alejé sonriendo para mí y preguntándome si aquello había sido una actuación o había sido verdadero.

—Ya estoy aquí. —La voz de Pablo me devolvió al presente—. ¿Te he pegado un susto?

—No disimules..., te encanta hacerlo.

—Sí —respondió travieso—, es cierto, disfruto porque nadie consigue asustarte, solo yo.

—Solo tú..., muchas cosas.

Me besó.

—Estás asombrosa, María —comentó al mismo tiempo que me hacía un repaso—. Todavía no puedo creer que Miguel vaya a casarse.

—Se lo merece, después de todo lo que le ha pasado.

—Sí, sí, por supuesto, pero no deja de sorprenderme.

—Será feliz con ella. Además.... —me acerqué a su oído—, está embarazada, aunque nadie lo sabe.

—¿Y cómo lo sabes tú? —entonces se dio cuenta de cómo lo miraba—; oh, menuda pregunta he hecho, tú siempre lo sabes todo. Por cierto..., esta noche has tenido una pesadilla, ¿verdad?

Asentí sin querer recordarla, hacía tiempo que no vivía una pesadilla tan real.

—¿Se trata de alguien de la familia? —preguntó Pablo curioso.

—No, por suerte no tiene nada que ver con la familia.

—Oh..., de acuerdo. Entonces mejor no me lo cuentes. ¿No

preferirías no tener visiones? ¿Como cuando estabas embarazada de Miguel?

—No, me sentía extraña sin mis visiones. Esa época fue muy frustrante para mí.

—¿Nunca te has preguntado por qué durante el embarazo no tenías visiones, o por lo menos no tenías tantas?

—Sí, claro que me lo he preguntado.

—Según tú, Miguel no tiene tu don, con lo cual no pudo ser el causante.

—Aun así, va a ser un chico muy especial.

—¿Especial en qué sentido?

Aquello era una buena pregunta, y sabía la respuesta, aun así me encogí de hombros.

—¿Has decidido algo sobre la chica que te comenté?

Pablo estaba empeñado en que necesitábamos ayuda para cuidar a nuestros hijos, sobre todo durante el verano, cuando no había colegios ni guardería.

—Si Angelines no puede ocuparse de los niños, que es la única persona que me da confianza, entonces no quiero a nadie desconocido cuidando de nuestros hijos —repuse.

Después de lo que había sucedido el verano anterior, cuando descubrimos que la señora de la limpieza había participado en el secuestro de Lola, no me fiaba de nadie excepto de Angelines, que limpiaba nuestra casa desde entonces pero que desgraciadamente tenía demasiado trabajo como para ocuparse de nuestros hijos. Fue idea de Celia que contratáramos a Angelines, después de todo ella nos dio la pista para encontrar a Lola y eso

jamás lo olvidaríamos.

—María... —protestó—, esta chica viene muy recomendada, es de aquí, de buena familia, necesitamos ayuda con tres niños y los dos trabajando.

—Entre todos podemos cuidarlos, tu hermana, Joaquín, nosotros dos. Lola y Diego ya tienen nueve años, y pueden quedarse en la finca mientras vosotros trabajáis, incluso podrían ayudarte.

—¿Y qué hay de Miguel? ¿También quieres que me ayude en la almazara? —preguntó con ironía resentida mirando hacia su hijo pequeño.

—Yo me ocuparé de él, vendrá a la funeraria conmigo.

—De eso nada, la funeraria no es un lugar para un bebé, todo lleno de cadáveres..., uf, me da repelús solo de pensarlo.

—A él le gusta, se siente más relajado que en ningún otro sitio. En eso es especial, ¿no querías saberlo? Tiene un don, no como el mío, pero sí con todo lo relacionado con los muertos. Le hablan.

—¿Qué? —preguntó Pablo, visiblemente disgustado—; oh, Dios, no me digas eso.

—Es cierto, tu hijo tiene una sensibilidad especial con el mundo del más allá, él será el único que siga mi trayectoria. Tendrías que verle cuando está conmigo en la sala de tanatopraxia, está en su salsa.

—Oh..., no sigas, esto es demasiado para mí, María. No me gustan nada esas cosas y lo sabes —se apartó ligeramente de mí y yo aproveché para volver a llamar a los niños, íbamos a llegar tarde a la ceremonia.

—Pablo..., confía en mí, será bueno para él; te prometo que, si veo que no funciona o que se asusta, pensaré en otra opción.

Pablo suspiró mientras sus ojos se paseaban por los olivos que rodeaban la casa.

—De acuerdo, te doy este verano de prueba, pero cuando empiece el curso, Miguel irá a una guardería, no puede estar todo el tiempo contigo en la funeraria.

Tendría que aceptar, aunque sabía lo que iba a suceder.

—De acuerdo.

Miguel se pasaría todo el tiempo llorando en la guardería, se pondría enfermo y solo mejoraría su ánimo y su salud cuando le llevara a la funeraria conmigo. Por alguna razón, ese bebé sabía lo que quería, por mucho que a su padre no le gustara, y yo me encargaría de hacerle feliz. Sabía que a la larga Pablo aceptaría cuando entendiera lo mucho que disfrutaba él allí dentro, escuchando lo que los espíritus le susurraban al oído. Podía entender que, a cualquier persona que no fuera como yo, le asustara algo así, pero veía con una claridad asombrosa adónde le llevaría la vida a mi pequeño, iba a ser un fantástico médico forense, algo que me hubiera encantado para mí misma.

—Oh, por fin —murmuró Pablo al ver a los niños plantados en el marco de la puerta—, pero ¿qué demonios lleváis puesto?

Cuando me giré, comprendí a qué se refería Pablo.

—Pero chicos, ¿de qué vais vestidos? Vamos a una boda, no a una fiesta de disfraces.

—Miguel dijo que podríamos disfrazarnos —repuso Lola.

—Oh, era una forma de hablar. Vamos..., subamos a cambiarnos —propuse empujando a mi brujita y a mi hechicero dentro de la casa al mismo tiempo que intentaba reprimir la risa que clamaba por salir de mi garganta, mira que ir disfrazados como si fuera Halloween.

Llegamos por los pelos a la boda, una pequeña ceremonia con apenas treinta personas, casi todos invitados de Pilar, puesto que Miguel apenas tenía familia y mucho menos amigos, durante los últimos años se había encargado de desterrar a cualquier amigo que no fuéramos nosotros dos.

—Enhorabuena, Miguel, estoy muy feliz por ti —le abracé al final de la ceremonia.

—Todavía no sé cómo Pilar me ha engañado para casarme por la iglesia. De hecho, esperaba que Cristo se revoliera en la cruz cuando fuera a comulgar..., esto no es para mí.

—Lo has hecho por ella y eso demuestra lo mucho que la quieres. Por cierto... —esto último lo dije en un susurro—, enhorabuena por la otra noticia.

—¿De qué estás hablando?

—Vamos..., no pretenderías que no me enterara..., para mí no hay secretos.

—Es imposible sorprenderte con nada, María, eres una amiga muy frustrante.

—Soy la única que tienes, o sea que no puedes quejarte. Y por cierto... ¿Cuándo salís de viaje?

—Al final no iremos en avión, creo que ya sabes por qué, me niego a que le suceda nada a mi mujer y a mi futuro hijo.

—Hija.

—Oh, vaya, de modo que ya sabes el sexo... —hizo una mueca de fastidio, como si no hubiera querido saber el sexo todavía—; bueno, pues

iremos en coche hasta Francia, pero mañana nos lo tomaremos relajadamente, saldremos al día siguiente.

—Bien, porque necesito hablar contigo mañana.

—¿Sobre qué? —preguntó curioso.

—Te lo diré mañana. En mi trabajo o en el tuyo.

—Mañana no trabajo, ¿pretendes que vaya al cuartel?

—De lo que quiero hablarte tiene que ver con el trabajo, de modo que tú elijas, o en la funeraria o en el cuartel.

—Me lo pones fácil..., sabes perfectamente que la funeraria me hace echar espuma por la boca —me miró divertido y yo puse los ojos en blanco —, en el cuartel a las ocho de la mañana.

—¿Tan temprano? Si hoy es tu noche de bodas.

—Ya sabes que no soy de dormir mucho, me costará hacer tiempo hasta las ocho, bueno..., tal vez no me cueste tanto —dijo echando un vistazo a su mujer, que saludaba sonriente a un grupo de gente.

—Como quieras..., entonces a las ocho.

—Tengo que reconocer que me tienes intrigado.

Me encogí de hombros, no pensaba hablarle de aquello el día de su boda, pero tampoco quería esperar a verle a la vuelta de su luna de miel.

Miguel cerró la puerta solemnemente antes de sentarse a su mesa del despacho; su rostro, a pesar de ser el día después de su boda, no reflejaba ninguna emoción, estaba en su trabajo, en su dominio, y allí se convertía en otra persona, en un profesional que dejaba de lado cualquier sentimiento que

podiera demostrar que tenía una parte humana. Sonreí ante su previsible pose.

—¿Qué tiene tanta gracia? —me espetó.

—Nada, no es nada. —No creía que a él le pareciera tan gracioso.

—Bueno... ¿a qué viene tanto misterio? ¿Qué es lo que tienes que contarme?

En ese momento mi rostro se transformó, todavía tenía las imágenes de aquella pesadilla en mi retina.

—Se trata de Nuria... —el rostro de Miguel se volvió más duro, si eso era posible—, la otra noche soñé con ella.

Me hizo un gesto para que continuara.

—Sé que, desde que está en la cárcel, vas a verla una vez al mes —me miró sorprendido, como preguntándose cómo podía ser que yo estuviera al tanto—, y la interrogas sin éxito. Sé que intentas averiguar lo que le sucedió, lo que la convirtió en lo que es.

—Es cierto..., no sé cómo lo sabes..., y mejor no quiero saberlo, pero no es solo que me intrigue en particular este caso, o esta mujer, sino que llevo años preparando un perfil de delincuentes, de asesinos, y este caso en particular es el más extraño con el que me he encontrado.

Mentía, era cierto que desde hacía años preparaba aquel dossier de perfiles, pero Nuria le interesaba en concreto y por cuestiones personales.

—¿Es parte de tu trabajo?

—No, esto lo hago para mí. Es algo mental, necesito elaborar su perfil para comprender por qué han actuado de un modo u otro. Pero Nuria no suelta prenda, por eso me interesa mucho tu sueño. Supongo que has venido a contármelo, ¿no?

Asentí y me dispuse a comenzar mi relato cuando una visión me dejó paralizada. Ya no me encontraba junto a Miguel, en su despacho del cuartel, sino en una sala fría y gris desconocida para mí. Nuria, algo diferente a la Susana que había conocido (tal vez más bella), estaba frente a mí y parecía querer susurrarme algo.

—No le cuentes tu sueño a Miguel, por favor, no lo hagas.

La miré extrañada.

—Aunque no lo creas, Miguel ha sido importante para mí, y no me gustaría que le mostraras esas imágenes de mi pasado, no estoy orgullosa de ello.

¿Pero de qué hablaba? Ella no había sido la culpable, sino una víctima, y Miguel debía saberlo.

—Es cierto que mi madre adoptiva era una bruja malnacida que nos convirtió a ambos en lo que somos, pero supongo que nosotros tuvimos elección; había una parte buena en nosotros, los dos nos amábamos de verdad, pero en vez de agarrarnos a ese amor, sucumbimos a nuestro lado más oscuro, al que creó ella. Sobre todo Aitor..., a él le afectó mucho más que a mí, supongo que porque él sufrió viendo cómo su propia madre acababa con mi honor, con mi pudor, con mi inocencia, supongo que porque ella le impidió amarme el primero como a él le hubiera gustado, como a los dos nos hubiera gustado, éramos unos adolescentes enamorados.

»En realidad, no había hecho nada malo conmigo, tan solo me había convertido en una especie de cenicienta, haciendo que la responsabilidad de la casa recayera sobre mí; a mí no me importaba, siempre y cuando pudiera seguir estudiando y sacando las mejores notas del colegio. Pero cuando cumplí quince años y nos pilló a Aitor y a mí metidos en mi cama, todo cambió a peor. En realidad, no había sucedido nada, tan solo nos habíamos

besado y tal vez acariciado, pero ella no quiso escucharnos. Esa noche ella durmió conmigo y, desde entonces, me encerraba con llave, tan solo la abría cuando ella necesitaba algo de mí. Y para mi desgracia, me necesitó.

»Desde entonces comenzó nuestra pesadilla, o la mía, puesto que la de él había comenzado hacía mucho tiempo. Ella también acabó con su inocencia, a él también le hacía interpretar papeles constantemente, ella jugaba con nuestros cuerpos, con nuestros rostros, porque los dos teníamos la mala suerte de ser hermosos, y también con nuestras mentes. Nos convirtió en actores, en amantes, en cualquier cosa que necesitara, con todo lo que ello implicaba.

Por suerte, dos años después, se dio cuenta del potencial que tenía su hijo con los ordenadores, y fue entonces cuando ambos pudimos respirar tranquilos, el dinero venía de otro modo. Aitor tan solo tenía que hacer operaciones fraudulentas desde ordenadores imposibles de rastrear. Aun así, aunque yo no lo sabía en ese momento, Aitor contaba los minutos para cumplir dieciocho años y ser mayor de edad, y cuando lo consiguió, se aseguró de llevar a cabo lo que siempre se había prometido a sí mismo, acabar con ella. Yo lo supe demasiado tarde para impedirselo, además, no tengo claro que lo hubiera hecho, odiaba a esa mujer.

»Para el resto del mundo fue un accidente, aquella pobre mujer tropezó cayendo por la escalera rompiéndose el cuello, pero nosotros sabíamos que no había sido así. Después de recibir la herencia y vender aquel piso, nos trasladamos a Toledo.

Unos años después, sin yo saberlo, Aitor cometió su primer delito; cuando me enteré era demasiado tarde para ayudarle, en realidad lo supe cuando tú y Miguel conseguisteis encarcelarle. Te preguntarás cómo podía seguir amándole después de saber que había violado y asesinado a aquellas

mujeres. Pues verás..., seguía haciéndolo, porque yo le comprendía. Esas mujeres tenían la mala suerte de recordarle a su madre cuando era joven; bellas, morenas, felizmente casadas como su madre antes de enviudar; no creo que lo hiciera premeditadamente, al menos no las primeras veces. Él las hacía daño como su madre había hecho con nosotros. Sé que no hay excusa para eso, y mucho menos para la muerte de Andrea.... Yo no lo sabía, Aitor no me contaba nunca sus planes. El único plan que yo conocía era el de convertirme en cabo y hacer que Miguel confiara en mí para, llegado el momento, ayudar a Aitor a escapar del penal de Ocaña. Esa era mi misión. Si él necesitaba que alguien hiciera el trabajo sucio, contaba con Idoia. Ella hacía todo lo que le pedía Aitor, por dinero. Y por mí siempre hace cualquier cosa que le pido, porque está enamorada de mí, siempre lo ha estado, desde que éramos pequeñas. Yo no la correspondo, pero a ella le da igual con tal de poder estar cerca de mí. Por eso acudimos a ella para secuestrar a tu hija. Aitor quería venganza, yo quería sacar a mi hermano de la cárcel. Te aseguro que no pensaba hacerle daño, jamás haría daño a una niña pequeña, tan solo asustaros. Y era mejor que aquello estuviera en mis manos y no en las de él, si no, hubiera sido de otro modo. Te lo aseguro.

»Por favor, no le cuentes a Miguel todo lo que has soñado sobre mi pasado, no me gustaría que supiera todos los detalles, me avergüenza que lo sepa la gente, y sobre todo él. Sé que no me crees, pero para mí los meses que pasé trabajando junto a él han sido lo más auténtico que he vivido. Él me respetaba y valoraba mi trabajo, llegué a crearme mi papel tanto que sentí que formaba parte de algo, me sentía incluso buena persona, pero no nos engañemos, no lo era, no lo soy. Aquello era efímero y lo único real que tengo y que siempre he tenido es a Aitor, y él no está aquí, de modo que me reuniré con él.

La imagen desapareció al mismo tiempo que la imagen de Miguel

apareció ante mí. Había acercado la silla a la mía y me cogía de la mano.

—¿Qué te ha sucedido, María? ¿A quién has visto?

A esas alturas ya debía saber lo que me había sucedido.

—Creo..., creo que Nuria se ha suicidado.

—¿Cómo? ¿De qué demonios estás hablando? Eso es imposible.

En ese mismo instante, el móvil de Miguel comenzó a sonar. Después de mirar la pantalla, frunció el ceño.

—Sí —así respondía él al teléfono—, sí, soy yo... —me clavó una mirada dura y llena de asombro—, ¿cómo ha podido suceder?, ¿a qué hora ha sido? ¿Quién la ha encontrado? ... Sí, por supuesto que iré para allá enseguida... —dijo antes de colgar.

Se pasó las manos por su pelo castaño antes de mirarme.

—Por supuesto, tienes razón, como siempre. Han encontrado a Nuria muerta en la celda, se ha cortado las venas, una muerte lenta y segura. ¿Sabes qué ha usado para matarse? Una cuchilla, lo mismo que usó Aitor para escapar. No sé cómo ha podido hacerlo..., no me lo explico.

—Yo sí lo entiendo.

—No había pruebas de que hubiera participado en ninguno de los asesinatos, le iban a caer unos años por el secuestro de Lola y por el de Celia, así como por usurpación del estadio civil, pero no tantos años como me hubiera gustado —de pronto me miró—; ¿a qué te refieres con que tú sí que la entiendes?

—Te lo explicaré.

—Bien, pero hazlo de camino al penal.

—¿Quieres que te acompañe?

—Sí, necesito que me cuentes ese sueño de camino. Hay algo que no te he dicho.

—¿Qué?

—Me resulta curioso que no lo sepas —sonrió travieso—; Nuria tenía un sobre en la mano..., dirigido a mí.

Le miré asombrada.

Durante el trayecto a Ocaña le expliqué aquello que me había pedido Nuria en esa visión, obviando los detalles de aquella pesadilla que había tenido sobre su vida, pero haciéndole entender que ella había sido una víctima y que le había engañado por amor. Jamás imaginé un destino peor para unos adolescentes, esa mujer había hecho un monstruo de su propio hijo y de su hija adoptiva. En cierta forma, ni siquiera entendía cómo Nuria, o Susana, como yo la había conocido, podía ser tan normal después de todo lo que había tenido que vivir.

Después de pasar todos los controles y obtener permisos extraoficiales que necesitó Miguel para acceder al penal, el responsable de la prisión le explicó lo sucedido y le tendió aquella carta.

Miguel Cervantes

Capitán de la Guardia Civil de Mora

Miguel no lo abrió en ese momento y, después de comprobar, como se temía, que no le dejaban ver el cadáver que ya estaba en manos del médico forense, lo seguí hasta el coche. Miguel me miró antes de rasgar el sobre. Dentro había una nota, además de otro sobre con el nombre de Idoia Gurtubay escrito en él.

Miguel,

Entrégale el sobre a Idoia y te prometo que confesará el asesinato de tu mujer, sé que lo necesitas, y yo te lo debo.

Susana

Finales de Septiembre. San Francisco.

Celia

—Vamos, Matteo..., tienes que echarme una mano... —le metí la cuchara de papilla de fruta y, después de sonreírme con picardía, escupió todo sin dejar de sonreír—; vamos, Matteo, quiero decirles a tus padres que, por una vez, te has tomado toda la papilla. Haz un esfuerzo por tu tía...

Aún no podía creer que estuviera ocupándome de un bebé que no era mío, aunque ya era demasiado tarde para arrepentirme. Matteo se había ganado todo mi afecto, era un niño simpático, sonriente y disfrutaba estando con él; sin embargo, hubiera dado lo que fuera por estar en esos momentos en un hospital trayendo niños al mundo, pero tal vez tuviera que olvidarme de ese sueño, parecía más complicado de lo que nos había parecido en un principio. Me dedicaba a cuidar de Matteo mientras Fabio y Sarah trabajaban, por suerte Sarah tan solo se ausentaba cuando tenía clases.

—Otro intento, Matteo, y esta vez que sea el definitivo —nada, él se lo pasaba genial, pero la papilla la echaba fuera como si fuera lo más asqueroso del mundo, eso sí, sin dejar de sonreír en todo momento—; a ver, lo voy a probar para comprobar si está tan malo como dices. *Mmm*, está delicioso, mira, yo me lo como. Ahora tú.

Enseguida descubrí que aquello había sido una buena idea, siempre y cuando yo tomara una cucharada antes, él se tragaba la suya.

—De modo que, si no lo como yo, tú tampoco. Pero que sepas que no pienso beber tu biberón —le dije señalándole con el dedo índice amenazadoramente, lo cual sirvió para que me pringara la mano de papilla—; bien..., ahora estamos igual de sucios.

Cuando ya habíamos terminado la papilla y estábamos embadurnados hasta las cejas, oímos una llave en la cerradura.

—¿Viene papá o mamá?

Matteo tenía un oído muy fino y, en cuanto oyó los pasos de su madre, comenzó a patalear feliz sin dejar de mirar hacia la puerta.

—¿Dónde está mi niño? —preguntó Sarah, que lo cogió en brazos para darle un sonoro beso llenándose de papilla también ella—, de modo que has estado merendando. ¿Qué tal todo? —me preguntó.

Mi inglés había mejorado mucho en los últimos meses, sin embargo distaba mucho de tener un buen acento; aun así era suficiente para lo poco que nos comunicábamos Sarah y yo.

—Más que bien, hoy se ha comido la papilla— le expliqué orgullosa aquel avance para recibir una mirada neutral y, como siempre, no dijo nada. Tan solo se le daba bien transmitirme respuestas silenciosas o comentarios negativos, pero no era capaz de hacer ningún comentario positivo sobre el trabajo que realizaba con su hijo.

Se dio la vuelta para irse, pero un impulso me hizo agarrarla del brazo.

—Espera..., me gustaría que habláramos, Sarah. Sé que no te caigo bien, para ser sinceras, tú a mí tampoco, pero tienes que entender que yo no

te quité a Fabio, él vino a mí. En cuanto a Matteo..., es tu hijo, pero también es el hijo de Fabio, y estoy cuidando de él desinteresadamente mientras encuentro trabajo porque Fabio prefiere que esté conmigo que con una desconocida. Si no te gusta que lo haga, déjalo claro ahora y le daré una excusa a Fabio, le diré que necesito tiempo para estudiar y para encontrar trabajo. Seguro que lo entiende.

Sarah suspiró y se mantuvo en silencio durante unos segundos, como sopesando mi propuesta, y antes de responder, volvió a colocar a Matteo sobre la trona de la cocina, quien curiosamente no protestó, como si supiera que aquella conversación era lo suficientemente seria como para estarse calladito, de hecho nos miraba con expectación.

—Tienes razón, Celia, no me gustas, y sé que la culpa de todo la tuvo Fabio, no tú, pero no puedo evitar sentirme así contigo; yo era feliz con él, ahora también lo soy con Mike, pero..., quizá todavía no lo he olvidado del todo. Pero sobre todo, tengo miedo.

—¿Miedo?

—Tengo miedo del día en que ambos tengáis vuestro propio hijo. Os olvidareis de Matteo y lo pasará mal.

Mi semblante se ensombreció.

—¿Es por eso que no le dejas nunca a dormir con nosotros?

Asintió.

—Sarah..., no tienes que temer nada, eso no sucederá.

—Es fácil decirlo cuando no has tenido un hijo, sé que vuestros sentimientos por vuestro hijo serán más fuertes que los que tengáis por Matteo.

—No, no me refiero a eso, aunque también, sino a que yo no seré madre.

Negó con la cabeza como si no comprendiera lo que le estaba intentando decir.

—No puedo tener hijos.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera lo has intentado... ¿o sí?

—No, no lo he intentado, porque ya sé que no puedo.

En ese momento, Sarah pareció comprender.

—¿Lo sabe Fabio?

Negué sintiéndome inmensamente culpable por haberle ocultado algo así después de habernos casado. Hacía tan solo dos meses de nuestra boda y, en todo ese tiempo, no había sido capaz de sacar el tema.

—Deberías decírselo —dijo con contundencia.

—Y tú deberías dejar que Matteo duerma con su padre.

Sarah me dedicó una mirada retadora, obviamente no le había gustado mi respuesta, y como si él supiera que hablábamos de él, las dos nos giramos al oír cómo la puerta se cerraba de un portazo. Fabio siempre entraba de ese modo, haciendo mucho ruido.

Sospechaba que Fabio solo me había visto a mí al entrar en la cocina soltando un “hola canija” acompañado de una amplia y sincera sonrisa, además de traviesa, pensando seguramente que estábamos solos con Matteo. Dirigí una mirada de advertencia a mi izquierda para que comprendiera que no lo estábamos.

—Oh. Hola, Sarah. No te había visto —se acercó a ella para besarla en la mejilla.

Matteo comenzó a patalear de nuevo, adoraba a su padre por encima de todo.

—¡Matteo! —enseguida lo cogió en brazos y después (¿lo mejor para el final?) se acercó a mí atrayéndome con un solo brazo para besarme en la frente.

—¿Qué os pasa? —nos miró a ambas sabiendo que se cocía algo en el ambiente.

—Estábamos celebrando que Celia ha conseguido que Matteo se tome la papilla de fruta por primera vez. —La miré sorprendida. ¿Qué le había hecho cambiar de actitud? Era la primera vez que me alababa.

—¡Eso es fantástico! —me miró con orgullo—. ¿Qué os parece si vamos a la playa?

—Me parece buena idea —repuse con ganas de salir de allí.

—Creo que yo no iré, pero mientras os cambiáis, voy a despedirme de Matteo.

—¿Despedirte? —preguntó Fabio sin comprender.

—Creo que esta noche me vendría bien dormir un poco. ¿Podéis quedaros con él?

—¿Lo dices en serio? —el rostro iluminado de Fabio era una auténtica maravilla.

En ese momento, desaparecí para dejarles a solas, aunque podía escuchar lo que hablaban.

—Sí, creo que ya es lo suficientemente mayor como para que duerma contigo de vez en cuando. Pero me gustaría empezar poco a poco, no podría soportar dos noches seguidas sin él.

—Me parece bien, y..., muchas gracias por confiar en nosotros. Cuidaremos bien de él.

—Lo sé, y..., tengo que confesar que me quedo tranquila sabiendo que hay una enfermera cerca —¿otro halago? ¿Qué le había sucedido a aquella mujer? ¿Tal vez se sentía mal por lo que le había confesado o tal vez al revés, tranquila al saber que yo no podría competir con su maternidad?

—Gracias, Sarah —oí como Fabio la besaba, esperaba que en la mejilla.

Unos minutos después, estábamos sobre la arena de la playa de Ocean Beach. El mar estaba lleno de surfistas, puesto que aquella playa era magnífica para practicar aquel deporte, sin embargo, no era una playa muy recomendable para niños. Por el momento, no había peligro para Matteo, que era feliz con el simple hecho de estar tumbado mirando el cielo mientras se comía uno de sus pies.

—¿Por qué te noto tan seria?

Suspiré, no sabía si estaba preparada, aunque en realidad nunca lo estaría.

—Supongo que es por lo mucho que echas de menos trabajar en algo de verdad.

—No, no es por eso, ya llegaré, mientras tanto estoy contenta cuidando de Matteo. Es que..., tengo que hablarte sobre algo.

La expresión de Fabio se volvió seria de pronto.

—¿Qué sucede, Celia? —preguntó alterado.

—Hay algo que te he ocultado, y no debería haberlo hecho.

Percibí un destello de temor en sus ojos.

—Verás..., es justo que lo sepas, pero yo..., yo, no podré tener hijos.

Su rostro se relajó al instante. ¿Qué pensaba que iba a decirle?

—Eso no puedes saberlo todavía.

—Lo sé, Fabio.

—¿Cómo?

—Tuve una infección muy grave en las Trompas de Falopio.

—¿Cuándo?

—Hace mucho, Fabio, ya no tiene importancia.

—Quiero saber cuándo tuviste esa infección —repuso contundente.

—Cuando tenía diecisiete años.

—¿Cuándo exactamente, Celia? ¿En qué mes?

¿Por qué insistía en saberlo?

—No lo recuerdo —mentí.

—Sabes perfectamente cuándo fue, pero no quieres que me sienta culpable de ello.

—Y no tienes la culpa, Fabio.

—Dime cuándo fue, por favor.

—En Agosto —repuse sabiendo que no se daría por vencido.

—Un mes después de que me fuera... —dijo en un murmullo.

—No te culpes, Fabio, fue una infección.

—Las infecciones pueden suceder cuando una persona está emocionalmente mal, y tú lo estabas. ¿No es cierto?

Negué con la cabeza, aunque una lágrima me delató.

—Oh, Dios..., cuánto lo siento, Celia, no sabes cuánto lo siento.

—Fabio..., no sigas, no fue culpa tuya.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el hospital? ¿Por qué nadie me dijo nada?

—No les dejé. Tan solo estuve una semana.

—¿Una semana? —se pasó las manos por su pelo rubio—, si lo hubiera sabido, yo...

—Ahora no merece la pena. Siento mucho no habértelo contado antes de la boda.

Me dedicó una mirada confusa.

—Celia..., no me importa que no podamos tener un hijo, quiero decir..., sí me importa, me hubiera encantado tener un hijo contigo dentro de unos años, pero si no podemos, seré igual de feliz. Pero lo siento mucho por ti..., y si piensas por un momento que no me hubiera casado contigo de haberlo sabido, estás muy equivocada. Tú eres todo lo que quiero, ya lo sabes.

Fabio me secó las lágrimas, que resbalaban sin control alguno por mis mejillas.

—Además..., tenemos a Matteo —dijo haciendo un gesto hacia él, que seguía feliz ajeno a nuestra conversación.

—Sí, y no sabes cuánto me alegro de que hayas tenido un hijo.

—¿Hablas en serio? No fue eso lo que pensaste hace un año cuando... —sabía que intentaba consolarme haciéndome reír.

—Oh..., lo sé, no me lo recuerdes.

—Celia..., creo que te está sonando el móvil.

—¿El móvil? —miré confusa hacia mi cesta de la playa, Fabio tenía razón, aunque no sabía quién podría ser, casi no recibía llamadas en aquel móvil americano.

Una llamada local. Me alejé de Fabio para contestar.

—¿Sí?

—¿Señorita Sotomayor? —aquel acento tan americano consiguió ponerme en guardia.

—Sí, soy yo.

—Soy Rupert Johnson, le llamo del hospital Wisewoman Childbirth Traditions de San Francisco. Hemos recibido su solicitud para trabajar como matrona y estaríamos interesados en hacerle una entrevista.

Las piernas comenzaron a temblarme de felicidad. ¿El Wisewoman? Aquel era el mejor hospital que hubiera podido imaginar.

—Muchas gracias. Estaría encantada de ir a hacer la entrevista — esperaba haber pronunciado bien, sabía que el inglés era un requisito primordial para cualquier personal sanitario.

—La cuestión es que tenemos una urgencia. Sé que es viernes por la tarde, pero... ¿Cuánto tiempo le llevaría venir hasta el hospital?

Miré hacia Fabio que, aunque jugaba con Matteo, me miraba de reojo, curioso por saber con quién estaba hablando. Le sonreí.

—Podría estar en cuarenta y cinco minutos. ¿Le viene bien?

—Sí, fantástico. Pregunte por mí en recepción. La estaré esperando.

Me acerqué a Fabio casi corriendo, sin aliento.

—Fabio..., necesito que me lleves al hospital *Wisewoman Childbirth Traditions*. Tengo que estar ahí en cuarenta y cinco minutos —miré nerviosa el reloj.

—¿Te van a hacer una entrevista? —su rostro radiante me sorprendió, ya que si conseguía el trabajo no podría seguir cuidando de Matteo.

—Sí, aunque eso no significa nada.

—Matteo..., nos vamos pequeño, tenemos que llevar a Celia, tengo una corazonada, esto va a salir bien —me miró esperanzado.

—No lo sé, Fabio, ya sabes que mi puntuación en el TOEFL no fue muy buena. No quiero hacerme falsas ilusiones —me besó antes de tomar a Matteo en brazos.

—Vamos..., canija, en el otro examen sacaste la mejor puntuación, pero vámonos, no hay tiempo que perder.

Cincuenta minutos después entraba jadeando en la recepción del hospital, vestida más o menos dignamente, pero demasiado acalorada al no haber podido darme una ducha.

—El Doctor Johnson la espera en su despacho —dijo la recepcionista señalándome una puerta al fondo del pasillo.

Caminé temblorosa y respiré profundamente antes de abrir la puerta.

—¿Señora Sotomayor?

—Sí, soy Celia.

—El Doctor Johnson —me tendió la mano—, muchas gracias por

haber venido tan rápido.

—Perdón por el retraso.

—Siéntese —él volvió a acomodarse y tomó una revista en sus manos. ¿Vogue? Si no fuera por lo nerviosa que estaba, hubiera soltado una carcajada, no parecía el tipo de hombre que leería aquella revista—; recibimos su currículum hace unos meses, pero fue descartado al haber sacado una nota tan baja en el TOEFL.

Ya decía yo.

—Como comprenderá, un buen nivel de inglés es imprescindible para este trabajo —se tomó unos minutos para observarme—; sin embargo, ahora tenemos la necesidad de contratar a una matrona con conocimientos de español. Tenemos bastantes pacientes que prefieren hablar en su idioma y que a veces no nos entienden. Pero, no la voy a engañar, Señorita Sotomayor —por lo visto no sabía que estaba casada—; esta mañana he ido a acompañar a mi hijo al dentista. Mientras esperábamos a ser atendidos, he comenzado a ojear esta revista y..., he leído su artículo.

Le miré extrañada.

—Perdone, doctor, pero no sé a qué artículo se refiere.

—¿No lo ha leído? —en ese momento le dio la vuelta a la revista que sostenía en las manos y me sentí muy confusa al reconocer entre esas fotos mías ataviada con una bata blanca a algunas de mis antiguas pacientes. Aquel era sin lugar a dudas el hospital de El Escorial, y esas eran las fotos que Fabio me había hecho hacía casi un año.

—No puedo creer que no lo supiera..., en fin, comencé a leerlo, no solo por el título “¿Matrona o modelo?”, sino porque me pareció usted muy atractiva. De todos modos, lo importante del artículo no son las fotos, ni

tampoco el título, por otro lado nada acertado, sino el contenido. El famoso fotógrafo, que por lo visto después de este artículo ha recibido una oferta para publicar un artículo mensual, Fabio Marchetti, la ha puesto por las nubes, pero no solo él, también pacientes tuyas, y compañeras del hospital. Lógicamente, yo soy un hombre serio y no me dejo llevar por esta basura —dijo esto último señalando la revista—, por eso me puse en contacto con el hospital de El Escorial. Ellos me han enviado un informe muy extenso sobre usted. Incluso me han informado de que le ofrecieron trabajo después de terminar sus prácticas. ¿Por qué razón no lo aceptó?

—Mire, Doctor, yo he tenido que trasladarme a San Francisco, por eso no podía aceptar aquel trabajo, aunque, obviamente, me hubiera encantado trabajar allí.

—¿Y la razón para trasladarse aquí?

—Por amor...

—Entiendo.

—De hecho, no tiene que preocuparse por el permiso de trabajo, todo está en orden.

—Lo sé, lo he comprobado. En cuanto al inglés..., nosotros podríamos proporcionarle clases para que pudiera repetir el examen y mejorar su nota, eso será algo imprescindible; por el momento veo que se comunica lo suficientemente bien como para poder realizar su trabajo. ¿Qué me dice? ¿Estaría interesada en el puesto? El único requisito es que se comprometa a trabajar con nosotros durante tres años.

¿Tres años? Aquello era sin duda un sueño para mí.

—Estaría encantada de trabajar aquí.

—Bien, me alegro, Señorita Sotomayor... Por si llegábamos a un

entendimiento y aceptaba el puesto de trabajo, he preparado el contrato para que pueda leer las condiciones.

—Lo leeré, pero ya le digo que acepto.

Me miró de nuevo durante unos segundos en silencio.

—Veo que es usted una persona rápida en tomar decisiones, debe saber que durante un tiempo su trabajo será supervisado por una matrona de más experiencia.

—No hay problema.

—Bien..., hay otra cosa que debo decirle, necesito saber en este momento si acepta el trabajo, como le he dicho tenemos cierta urgencia.

—Como le he dicho, puede contar conmigo. Estoy disponible.

—¿Podría empezar el próximo lunes?

—Por supuesto, Doctor.

—Entonces venga a las ocho de la mañana con el contrato firmado. Gracias de nuevo por venir a estas horas y nos vemos el lunes —me tendió la mano.

Parecía un hombre serio y, sin embargo, gracias a aquel inesperado artículo se había interesado por mí.

—Tenga, Señorita..., —me tendió el vogue—, seguramente le gustará leer el artículo. Yo no quiero para nada esta revista.

—Gracias, Doctor. Buenas tardes.

Todavía temblando salí de aquella sala y me dirigí rauda hacia el baño. Quería leer aquel artículo antes de volver al coche. No podía creer que Fabio lo hubiera publicado y no me lo hubiera comentado. ¿Por qué lo habría

hecho?

¿Matrona o modelo?

No se equivoquen, a pesar de lo bella que es, tanto como para ser modelo y más, ella tan solo es una matrona dedicada a su trabajo. Una matrona que comenzó a formarse como tal a la edad de dieciséis años cuando, de forma inesperada, se presentó valerosamente voluntaria para ayudar a una casi desconocida a traer a un niño al mundo. Ella no lo dudó, ni siquiera tuvo miedo, cuando una doctora a la que acababa de conocer le preguntó si quería ayudarla con una emergencia, una vecina se había puesto de parto en su casa y no les daba tiempo a trasladarla a un hospital. Aquella fue su primera práctica en el mundo de la medicina, una práctica que fue todo un éxito, realizada casi sin medios a su alcance y en un entorno poco profesional.

Ese día comenzó su amor por su trabajo, puesto que desde ese instante supo que quería dedicarse a traer niños al mundo, y sobre todo a cuidar de las madres para que ellas mismas pudieran contemplar el rostro de su bebé.

Tal vez el hecho de haber perdido a su madre al nacer la haya convertido en la matrona perfecta, como si en cada parto, ella tuviera la posibilidad de salvarle la vida a su madre. Y siempre, siempre, lo intentará, lo dará todo para que todas las madres puedan acunar en sus brazos a sus hijos.

Nunca le ha importado trabajar horas extras, fines de semana, noches, siempre trabaja con una sonrisa en la boca, la que le dedica a esas madres que esperan nerviosas y doloridas la llegada de sus bebés; siempre les dedica palabras de ánimo, trasladándoles positivismo y buenas vibraciones, creando buen ambiente allá adonde vaya, cuidando en todo

momento de todos los detalles médicos que yo desconozco, y mostrando unos resultados admirables en el poco tiempo que lleva ejerciendo su profesión; tan buenos, que incluso la matrona encargada de la supervisión de su trabajo ha llegado a confiar en ella hasta el punto de dejarla tomar decisiones que en muchas ocasiones han salvado la vida de algunas madres.

Hasta aquí mi opinión, ahora les dejaré testimonios de sus pacientes y compañeros de trabajo.

Fabio Marcchetti

Fotógrafo y escritor

Las lágrimas caían por mis mejillas cuando salí un rato después del cuarto de baño, no solo por los testimonios de aquellas personas tan queridas, sino por aquel emocional y precioso artículo que había escrito Fabio y que me había llegado al corazón.

—¿Está usted bien, señorita? Oh..., no ha conseguido el puesto de trabajo —la recepcionista parecía preocupada por mí.

—Estoy más que bien, he conseguido el trabajo. Gracias.

La recepcionista se quedó perpleja sin comprender mis ojos llorosos, pero tenía tantas ganas de ver a Fabio que salí a toda prisa del edificio.

Fabio me miró consternado al descubrir, igual que la recepcionista, que había llorado.

—Vaya..., lo siento canija, de verdad que tenía la ilusión de que esta vez saldría bien.

—Y ha ido más que bien —le tendí el contrato.

—¿Y entonces? —preguntó confuso, y en ese momento me abracé a él.

—¿Matrona o modelo? —le dije simplemente.

—¿Lo has leído?

Asentí después de separarme de él.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo había olvidado, se lo di a mi amigo hace tanto tiempo que no pensé que lo fuera a publicar. Me llamó el otro día para avisarme de que lo iban a publicar este mes y que cambiarían el titular, el mío no era exactamente igual, pero ellos necesitaban algo más sensacionalista para una revista de moda. Olvidé comentártelo. Pero..., no entiendo. ¿Qué tiene que ver la entrevista con el artículo?

—Mucho, tiene que ver mucho, sin ti no lo habría conseguido.

—¿Hablas en serio? —preguntó feliz.

—Totalmente, ha sido gracias a este artículo. Gracias, Fabio.

—No sabes lo bien que lo pasé haciendo las fotos y escribiéndolo, fue genial, y he descubierto que no solo quiero hacer fotos, me gusta escribir.

—Y lo haces muy bien, tienes el talento de tu padre.

—No..., te tengo a ti de inspiración —me susurró antes de besarme.

Un ruidito como de un quejido nos hizo volvernos para mirar a Matteo, que acababa de despertarse y reclamaba también un beso.

—Somos una familia, Celia.

—Sí, siempre lo hemos sido, una familia diferente.

FIN

Torreloones, Madrid, 31-12-2016.

Tus comentarios en amazon serán inmensamente agradecidos por escritores independientes como yo.

Si prefieres decírmelo en persona, aquí tienes mis datos de contacto:

Twitter: [@Mery_Mera](#)

Facebook: María N. Mera Escritora

o Fran o Francesca

e-mail: mnunezmera@gmail.com

Si te ha gustado esta trilogía, te recomiendo mi Saga, Ojos de gata, disponible en amazon, KindleUnlimited y en papel en la editorial Liber Factory, en El corte inglés y en amazon.

AGRADECIMIENTOS

A mi hermana Begoña por sus portadas, es una gran artista.

Al teniente coronel José García A. por toda la ayuda que me ha prestado para entender cómo se llevaría un caso como el que Miguel tuvo entre manos. No estaba muy familiarizada con el mundo de la Guardia Civil y me ha encantado poder meterme en la mente del capitán. También a Diego, oficial de la Guardia Civil por darme algún que otro dato importante para la historia.

A Marga, matrona jubilada, por contestar a todas mis preguntas sobre los estudios de Celia y por darme la pista para entender la infertilidad de Celia.

A Ana Durán por averiguar el proceso que hubiera tenido que llevar a cabo Celia para convalidar sus estudios de matrona.

A la página web Info prisiones por contestar alguna duda que tenía sobre el penal de Ocaña y el de Soto del Real.

Gracias a mi compañera de Facebook y también lectora Pilar Costales Escapa por resolver algunas dudas prácticas que tenía sobre el hospital del Escorial.

Gracias a mi compañero de letras, Marcos Nieto Pallarés (autor de fantásticas novelas que no debéis dejar de leer), por cederme uno de sus poemas sobre el amor.

A mis lectores cero; Marta González, Elena, Gema, Pedro, Rodrigo Aguado y Bea. Esta vez he reducido el círculo ya que necesitaba una lectura rápida que me devolviera una crítica constructiva. Gracias a vosotros he podido mejorar esta historia.

A mi amiga y hermana del alma Jen Douglass por decirme cual sería el mejor hospital de San Francisco en el que Celia podría ejercer su profesión.

Por supuesto a Susana, mi correctora y lectora.

Muy especialmente a mi marido Pedro y a mis tres hijos.

Y a todas las familias diferentes.